

MARIEL RUGGIERI

el
GRANIZO 



Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora, a la cual se puede contactar a través de Facebook, Twitter e Instagram: @marielruggieri

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, empresas, acontecimientos o lugares es mera coincidencia.

Diseño de cubierta: H. Kramer
Distribución: Amazon©

Mariel Ruggieri
Montevideo, Uruguay
Julio de 2016-Primera edición
©Todos los derechos reservados

EL GRANIZO

Mariel Ruggieri

Agradecimientos:

A Mónica Antonopulos y Marco A. Caponi por haber prestado sus rostros a mi inspiración.

A mis amigos del mundo virtual, que han hecho posible que esta historia se transformara en novela.

A mis amigos del mundo real, por estar siempre ahí.

Y a mi hijo Tomás, mi obra más perfecta. Amor mío, no solo te doy las gracias, sino también te pido perdón. Ojalá logres comprender que cuando escribo, también vuelo. Y que eso pueda compensar en parte mis ausencias.

Mariel

Dedicado a mi amiga Silvana que le hizo frente y le ganó. Ahora una estrella tiene su nombre, y brillará en el cielo para siempre

Punta del Diablo en otoño, se disfruta más que en verano.

Primero porque la bulliciosa masa turística que lo invade cada año, ya emprendió la retirada. Y segundo, porque el viento logra que la espuma proveniente del océano se esparza por toda la playa, dejando un rastro blanco y volátil que torna una simple caminata por la arena en un paseo entre nubes. La delicada y frágil estela contrasta con el entorno agreste y salvaje, que a medida que avanza el año va perdiendo el tibio encanto otoñal, perfilándose de a poco como inhóspito y cruel. Y sino que lo diga la cada vez más magra población de pescadores artesanales, que soporta estoicamente las inclemencias invernales.

"Debe ser bastante duro vivir acá en invierno. Aun así, me encantaría intentarlo", pensó Victoria observando las precarias viviendas de los pobladores del lugar, construidas sobre las inestables dunas. Sabía que era imposible, que su intempestivo retiro espiritual tenía fecha de vencimiento, que este *impasse* en su vida tenía que terminar a corto plazo, pero soñar no costaba nada.

Y si no podía vivir en Punta del Diablo, quizás pudiese morir allí algún día.

Se estremeció al pensar en lo cerca que había estado de eso. De la muerte, y no precisamente en Punta del Diablo. Rogó en silencio para que eso que había dejado atrás, no regresara nunca, nunca...

Sacudió la cabeza, y sus flamantes rizos se agitaron en torno a su rostro. Se quitó el pelo de la boca, y se sentó en la parte baja de la duna como lo hacía cada día.

Jamás se cansaba de mirar el fuego, y de mirar el mar. Permanecía horas inmóvil, observando los mil matices, dejándose llevar por la belleza y por la paz de ese sitio increíble. De vez en cuando caminaba, pateando espuma y retozando como una niña. Pero la mayoría del tiempo se sentaba en la arena, con las piernas dobladas contra el pecho, y el enorme suéter blanco que solía llevar estirado sobre ellas.

Tenía la mala costumbre de toda la vida, de esconder las manos y todo lo que podía estirando las prendas de lana. Siendo pequeña se llevó más de una reprimenda por eso, pero jamás pudo vencer la costumbre de hacerlo. Y en esos momentos, cuando ocultar su cuerpo era la constante en su vida, ese viejo hábito había comenzado hasta a resultarle útil.

Hacía bastante frío esa tarde, así que el suéter se estiró más de la cuenta para intentar cubrir sus pies desnudos, que asomaban bajo los jeans a media pierna.

"Hoy no hay surfistas. Lástima, porque podrían correr unas olas preciosas", se dijo decepcionada. Desde hacía un par de días, venía observando a un grupo de adolescentes que aparecían todas las tardes a la misma hora con sus trajes de neopreno y sus brillantes tablas.

Su entusiasmo era contagioso, y parecía que nada podía amedrentarlos, pero ese día no habían regresado. Una pena.

También era una pena que Felipe no pudiese disfrutar de este tipo de actividades, y que pasara casi todo el día inmerso en sus dispositivos electrónicos. Victoria lo había incentivado durante muchísimo tiempo a que desarrollara al máximo sus capacidades, y había observado complacida cómo él iba superando sus propias marcas, sumergiéndose más y más en el universo de la tecnología. Cuando reaccionó e intentó sacarlo "al sol", cuando se dio cuenta de lo que él se estaba perdiendo, ya era demasiado tarde. Felipe habitaba un sitio tan elevado, tan fuera de este mundo, que cualquier placer sencillo se le antojaba incomprensible. Y ella era la responsable, al menos en parte. Una cuenta más para su rosario de culpas...

La playa estaba desierta. Bueno, casi.

En su recorrida visual se encontró de pronto con un hombre que al parecer había salido de la nada, e iba caminando lentamente en dirección a ella. No lo había visto llegar, pero se quedó observando cómo él se inclinaba cada tanto, tomaba algunos guijarros que parecía elegir a conciencia, y los lanzaba al mar haciendo el clásico movimiento de lanzamiento del béisbol, con festejo incluido.

Victoria sonrió ante el infantil gesto, y lo miró con más atención. Ahora había cambiado el estilo, y lanzaba las piedras oblicuamente de forma que produjeran el "efecto sapito", rebotando varias veces en el agua. Evidentemente uno de los tiros le pareció especialmente bueno, porque alzó los brazos, y gritó "¡ídolo!" a sí mismo, riendo.

A Victoria le gustó esa risa. Aun a esa distancia de más de diez metros, pudo notar la blanca dentadura en el rostro barbado. Le hubiese gustado ver sus ojos, pero los tenía cubiertos por anteojos estilo *RayBan* aviador, que brillaban al sol. Lo observó con franco interés, consciente de que él no había reparado en su presencia. Le pareció bastante alto, y eso no le pasaba con frecuencia. Con un metro setenta y cinco de estatura, pocos hombres le resultaban lo suficientemente altos a Victoria, pero éste parecía superar el metro noventa. Y no solo era alto, también era fuerte y atlético.

Otro tiro considerado bueno, ameritó un nuevo festejo. Cuando alzó los brazos, por un momento quedó su abdomen al descubierto bajo la fina camiseta, y Victoria no pudo evitar que su mirada se concentrara allí.

"Como una tabla de lavar. ¡Bendita juventud!", se dijo algo inquieta. Ojalá ella pudiera mostrarse con esa ligereza, como lo había hecho siempre, orgullosa de su cuerpo. Pero ya no, eso había quedado atrás.

Mostrarse era para jóvenes y bellos, como ese muchacho que continuaba caminando por la playa, lanzando piedritas al océano y haciendo gestos de triunfo por demás agradables. Porque no había dudas de que era joven, no parecía pasar los treinta. Y tampoco había dudas de que era bello.

A solo cinco metros de él, Victoria permanecía inmóvil, mimetizada en la arena por su ropa clara, y podía observarlo con comodidad. Castaño, barba de por lo menos una semana. El cabello un poco largo de más y despeinado. Dientes blancos y sonrisa de publicidad de dentífrico. Jeans gastados, descalzo. Camiseta verde militar, demasiado fina para el clima otoñal. Pero él parecía inmune al frío.

"Bendita juventud", repitió Victoria para sí, y una vez más se sintió frustrada por no ser así de joven, por verse debilitada, frágil. Vulnerable. Sentirse vulnerable era lo que más la afectaba. No tener el control de su cuerpo, no tener el control de su vida, era devastador para ella aun habiendo dejado atrás la pesadilla que le había tocado experimentar.

Tenía que dejar de pensar en el pasado. Tenía que concentrarse en el futuro y en cómo quería encararlo, pero lo haría luego porque el vientre al aire del muchacho le impedía concentrarse en otra cosa que no fuera admirar sus músculos abdominales impecablemente trabajados, y el vello oscuro que se perdía dentro de sus jeans. Hacía mucho tiempo que no se fijaba en esas cosas.

"Vaya, parece que continuó siendo una mujer. Me falta una teta, pero evidentemente el resto sigue funcionando", pensó sorprendida. En mala hora, porque no le convenía en ese momento conectarse con la femineidad que creía perdida. Antes de reconocerse como mujer, antes de encontrarse con sus deseos, tenía que recomponer la identidad que el cáncer le había arrebatado. Porque no había dudas de que ya no era la misma.

El ladrido de un perro que se aproximaba al muchacho a toda velocidad, no le permitió continuar con sus reflexiones. Era un labrador, y se parecía bastante al suyo, solo que Moro era negro y ese era dorado como el sol. El perro movió la cola con alegría y se elevó sobre sus patas traseras para lamer el rostro del hombre que lo esperaba con los brazos abiertos, pero éste no tardó en cambiar de actitud.

—¡Juan Carlos! ¡No podés tener ese olor! —exclamó él intentando apartarse—. ¿Dónde estuviste revolcándote? ¡Olés a pescado podrido, carajo!

Victoria se tapó la boca con la mano. Estaba tentada, y disfrutaba mucho de la escena que estaba presenciando. Un perro apuesto llamado Juan Carlos, y un hombre que intentaba huir de las demostraciones de cariño del animal.

—¡Vamos! Dale, Juan Carlos, al agua... ¡Tenés que bañarte! —le decía al perro mientras tiraba de su collar para obligarlo a meterse en el mar. Pero "Juan Carlos" se mostraba bastante reticente a hacerle caso.

Finalmente, el muchacho pareció desistir. Lo soltó, pero no dejó de reprimirlo.

—Sos un asco. Tenía que tocarme a mí la única perra labradora a la que no le gusta el agua.

Por un momento Victoria se quedó con la boca abierta. Y luego no pudo evitar soltar una carcajada, y también sorprenderse al escuchar el sonido de su propia risa que hacía meses no oía.

Cuando se dio cuenta de que ese sonido la delató, volvió a cubrirse la boca pero ya era tarde. Tanto el animal como el joven, habían notado su presencia y la

miraban con atención.

Y luego sucedió. La apetosa perra inició una loca carrera hacia ella, y antes de que pudiese reaccionar, Victoria estaba tendida de espaldas y la tenía encima con su espantoso olor, lamiéndole la cara con entusiasmo.

—¡Basta, Juan Carlos!—escuchó gritar al muchacho, pero la perra lo ignoró y continuó con sus demostraciones de afecto, mientras ella intentaba incorporarse sin éxito.

Finalmente él llegó hasta ellas, y apartó al animal tomándola del collar mientras se excusaba, contrariado.

—Perdón, perdón, perdón. Mil veces perdón. ¡No puedo controlar a esta perra!

Victoria se sentó con cierta dificultad, escupiendo pelo y arena, mientras murmuraba:

—Ya lo noté.

Él le tendió la mano con la intención de ayudarla a levantarse, y ella se la quedó mirando sin saber qué hacer. Por alguna razón le parecía incorrecto tocarlo, aun en ese simple gesto.

Entonces el muchacho se inclinó y sin mayores miramientos la tomó del codo y la hizo incorporar.

—¿Estás bien?—preguntó él inclinando la cabeza para buscar su mirada.

—Eso creo. Tu “Juan Carlos” es muy vehemente —le respondió acomodándose el suéter con nerviosismo.

—Lo sé. Y qué mal huele ¿verdad? Es terrible, ya no sé qué hacer con ella —le dijo el hombre sacudiendo la cabeza. Al parecer continuaba algo contrariado por la conducta de su mascota.

Victoria acarició la cabeza del animal, mientras se decía que no debía preguntar, que era incorrecto entablar una conversación con un desconocido... Pero no pudo evitarlo.

—¿Le pusiste Juan Carlos a tu perra? No lo puedo creer.

Él pareció serenarse al escucharla. Ya no estaba preocupado por su reacción, así que una hermosa sonrisa le iluminó el rostro.

—Es una larga historia —respondió—. Bah, no es tan larga. Su dueña había pedido un macho, y no notó que era hembra durante un mes. Para ese entonces ya le había puesto Juan Carlos.

—Increíble —murmuró ella. Y luego otra vez la sorprendió su propia carcajada, contagiosa y fresca—. Eso explica por qué no te hace caso. No es un nombre muy apropiado que digamos.

Él volvió a inclinar la cabeza y su sonrisa se hizo más amplia. Tenía puestos aún los lentes de sol, pero por alguna razón Victoria se sintió observada con demasiada intensidad, y se sonrojó.

—Es cierto —dijo él tendiéndole la mano—. Hola... ¿y vos cómo te llamás? —preguntó.

Ella miró su mano y tras dudar un segundo, terminó estrechándose la mientras respondía:

—Victoria.

—Ese sí es un nombre apropiado —murmuró él—. Victoria... —repitió sin soltarla.

La mano del muchacho era cálida, o al menos así le pareció a ella porque se encontraba realmente helada. Un estremecimiento la recorrió entera, y por un momento se sintió incómoda, confundida. Era un hombre extraño. La tenía aferrada con demasiada fuerza y quiso saber su nombre, pero no tuvo la delicadeza de presentarse formalmente.

—Tal vez. ¿Y vos?—preguntó solo por decir algo mientras intentaba desasirse sin disimulo.

Finalmente, él la soltó. Por un momento se quedó con la mano tendida mientras ella volvía a meter las suyas dentro del suéter, pero luego introdujo ambas en los bolsillos delanteros de sus jeans.

—Me llamo Renzo.

"Renzo. Cuadra perfecto con él. Masculino, fuerte, y también algo infantil", pensó Victoria mirando a la perra, porque sabía que él continuaba observándola fijamente a través de los lentes y eso la ponía muy nerviosa. No podía ver sus ojos, pero de alguna forma sabía que no dejaba de mirarla. Y eso era precisamente lo que ella no deseaba: ser el blanco de las miradas de nadie.

—Bueno, un placer conocerte, y también a tu perra. Ahora tengo que irme —se sintió obligada a decir, mientras se daba la vuelta para alejarse de él, y de la incomodidad que le provocaba.

—Esperá... No puedo creer que tengas prisa en un lugar así, Victoria. A propósito ¿te dicen Vicky?—dijo Renzo muy a su pesar. Odiaba la charla intrascendente, pero tenía que decir algo para evitar que se marchara.

Ella lo observó, asombrada por la pregunta.

—Solían hacerlo cuando era joven. Algunos aún lo hacen pensándolo bien... —comenzó a decir, pero él la interrumpió.

—¿Cuando eras joven? —preguntó riendo y echando la cabeza hacia atrás—. ¿Y ahora qué se supone que sos?

Victoria no supo qué decir. Era joven para ser vieja, y vieja para ser joven. Estaba en esa etapa de transición que no sabía bien cómo definir.

—¿Qué edad tenés? —insistió Renzo sin recato alguno, ignorando alevosamente que esa es una pregunta que jamás debe hacerse a una mujer.

"Se lo voy a decir, a ver si deja de hacerse el galán y huye de una vez" decidió ella. Y si eso no fuera suficiente, solo tendría que levantarse el suéter y asunto solucionado, pensó con amargura.

—Treinta y siete —murmuró, intentando olvidar que en esa misma semana cumplía los treinta y ocho.

—Nunca hubiese creído que eras mayor que yo. Sin dudas no parecés superar los treinta, Victoria —afirmó él sin perder la sonrisa.

A pesar del cumplido, ella no podía dejar de sentirse incómoda sin saber por qué. Quizás el hecho de comprobar que él no los superaba la hacía sentir así.

—Está muy entretenida esta conversación, pero me tengo que ir.

—No es cierto—dijo él tercamente. Ella lo miró sin comprender. ¿Qué no era cierto? ¿Lo de la conversación entretenida o que tenía que irse? No se comprometió al seguir indagando, y replicó solamente:

—Tengo cosas que hacer.

—No te vayas —pidió Renzo, quitándose los lentes.

Victoria pestañeó varias veces. Por fin pudo encontrarse con su mirada, que era tan cálida como había imaginado. Ojos castaños. Ojos color miel. ¿Por qué tenía que tener ojos tan bonitos? Mierda, eso estaba muy mal. No sabía si estaba logrando disimular lo atractivo que le parecía.

"Estás loca, Victoria. Se ve que perdiste la cordura, además de una teta. En dieciséis años de casada jamás se te ocurrió fijarte en otro hombre que no fuese Daniel, y lo venís a hacer ahora, que estás mutilada física y mentalmente. Y encima se trata de un chico al que le llevás por lo menos diez años. Loca y estúpida" pensó, nerviosa.

—Te dije que no puedo quedarme.

—Por favor, ¿qué puede ser tan urgente para dos argentinos en Punta del Diablo en pleno mes de mayo? Vos y yo estamos acá para lo mismo: encontrar respuestas. ¿Qué tiene de malo mitigar nuestra soledad durante un rato, conversando? ¡Ya habrá tiempo para continuar torturándonos con nuestros dramas existenciales! —exclamó él abriendo los brazos.

El comentario la dejó atónita. ¿Cómo era que supo...? Bueno, era evidente que ninguno de los dos era de allí. ¿También sería tan obvio lo sola que se sentía? No lo sabía, pero al parecer, él se encontraba igual.

—No me parece correcto —murmuró para intentar escapar de esta situación tan perturbadora.

—Bien. Victoria, ¿ves aquella cabaña? La de techo verde. Esa misma. Esta noche voy a hacer una cazuela de mariscos. ¿Te gustan los mariscos? —preguntó, y ella asintió automáticamente—. Te vas a chupar los dedos, y luego discutiremos lo que es correcto y lo que no. Juan Carlos y yo te estaremos esperando, y te prometo que ella olerá un poco mejor y yo también.

Victoria se mordió el labio para no reír. Cada vez que él mencionaba el nombre de la perra, no podía evitar tentarse.

Alerta ante cualquier señal de aprobación que ella pudiera darle, Renzo notó su media sonrisa y sonrió a su vez, mientras la observaba marcharse. Listo, la red estaba tendida. Solo le restaba esperar que la hermosa sirena cayera en ella.

Aproximadamente un año antes, Victoria se encontraba frente al espejo de su dormitorio, con un vestido color plata y corte de sirena. Se veía realmente hermosa. Su largo cabello era rojizo, y lo llevaba recogido en una cola de caballo en lo alto de la cabeza. Intentaba comprobar si estaba lo suficientemente presentable como para bajar a su fiesta de cumpleaños, pero no lo lograba porque las lágrimas la cegaban. Pestañeó varias veces, y el llanto se disipó, pero no pasó lo mismo con el nudo en la garganta, con la opresión en el pecho.

En el pecho. Mierda, mierda, mierda. ¿Cómo podía estar pasándole algo así a ella? No podía creerlo, simplemente no podía. ¿Qué carajo había hecho mal? Dieta balanceada, ejercicio, jamás había fumado... Nunca faltaba a los controles de rutina; cuidar de su salud era un ítem más de su lista de prioridades que ella cumplía metódica y puntillosamente.

Se preocupaba de lo que pasaba en el interior de su cuerpo tanto como lo hacía con el exterior, así que no entendía cómo ese maldito tumor se había enroscado en su pecho, y nada pudo impedir que eso ocurriera. Se sintió estafada. La vida le estaba pasando una factura que ella no se merecía.

Sencillamente no podía entenderlo. No había un solo antecedente en su familia, ni uno solo. Tenía que ser un error, un maldito y cruel error, una broma grotesca. Una verdadera pesadilla. Pero sabía que no lo era. Y justo se había enterado el mismo día en que cumplía sus treinta y siete años.

No podía haber empezado mejor la jornada. Daniel no solo había recordado que era su cumpleaños, sino que también le había regalado un anillo de brillantes y un buen polvo mañanero.

Felipe no lo había recordado, o quizás fingió no hacerlo hasta que Lola, la mucama, se lo hizo notar susurrándole algo al oído. Finalmente, él no tuvo más remedio que darse por enterado y besar su mejilla musitando algo que sonó a "felicidades".

"Peor es nada", pensó Victoria mientras respondía agradeciendo el saludo. Es que con sus catorce recién cumplidos, pensaba que su hijo se encontraba tan lejos de ella como la luna. No era solo por la rebeldía adolescente, porque Felipe era adulto desde hacía mucho tiempo, sino porque creía que en cierta forma la despreciaba.

Victoria era una mujer brillante, pero para su hijo que tenía un coeficiente intelectual de 151, ella tenía la sagacidad de su perro Moro. Era evidente que él no se sentía así con respecto a su padre, pues siendo un exitoso neurocirujano parecían tener algún elemento en común al cual aferrarse para no perder el contacto. Además compartían el mismo interés en el ajedrez, y eso los acercaba aún más.

Pero con ella se había deteriorado tanto la relación que a veces parecía que ni siquiera existía una. Victoria sabía que a pesar de no haberlo mencionado jamás, Felipe le reprochó durante mucho tiempo que trabajara tanto fuera de la casa. No se lo decía a ella, se lo decía a Daniel quien oficiaba de intermediario entre ambos. Ella creía que eso había abierto una fisura en la relación con su hijo, que con el tiempo se transformó en una brecha prácticamente insalvable.

Descubrieron que él era diferente alrededor de los dos años, y luego de eso, Felipe dejó de ser el bebé de su mamá para convertirse en la promesa, en el centro de atención, en el talento que había que ayudar a desarrollar a como diese lugar. Y a eso se abocaron sus padres.

Al principio ella era la más interesada en que su hijo explotara al máximo sus capacidades, y para eso llenó sus días de innumerables actividades. Pero ninguna tenía que ver con el aspecto lúdico de la vida, ni el espiritual, ni el afectivo. Todas iban encaradas a fomentar y desarrollar su asombrosa inteligencia muy superior al promedio. Jamás terminaba un ciclo, porque absorbía todo tan rápido que ya lo trasladaban al siguiente escalón, por lo que nunca pudo crear lazos con sus pares.

Terminó relacionándose solamente con pequeños genios como él, pálidos, silenciosos, atentos solamente a los intrincados procesos que se producían dentro de sus mentes.

Cuando Victoria se dio cuenta de su error, ya era demasiado tarde. Daniel estaba al timón, y su hijo se dirigía vertiginosamente hacia un lugar donde ella jamás podría llegar. De todos modos intentó sacarlo del ostracismo en el que él y la tecnología eran inseparables, y hacer que pudiese disfrutar de cosas más simples como un paseo en bici o jugar con su mascota, pero solo obtuvo como respuesta una mirada de extrañeza.

Después de eso, la relación entre madre e hijo se tornó francamente tirante. A ella le dolía, pero estaba tan ocupada con sus cosas que se conformó pensando que cuando él creciera, eso cambiaría.

Así que no hizo absolutamente nada por acercarse a Felipe. Respetaba sus tiempos, sus espacios, pero no interfería en su vida. ¿Para qué? Su hijo habitaba en un mundo que ella no comprendía, y parecía no querer salir jamás de allí.

Ese día sin embargo, además de saludarla por su cumpleaños, el chico tuvo la deferencia de dirigirle la palabra en el desayuno aunque más no fuera para pedirle algo.

—Me dijo Lola que no vas directo al banco hoy.

—Sí, querido. Tengo médico; exámenes de rutina —le dijo despreocupada, porque realmente se sentía así—. ¿Necesitas que te lleve a algún sitio?

—Tengo que recoger un dispositivo periférico en una importadora, en el centro.

—¿No tenés clase hoy? —preguntó, porque no tenía ni idea. Felipe había terminado el secundario el año anterior, y estaban tramitando los permisos para que ingresara a una universidad en Estados Unidos al siguiente. Mientras tanto tomaba clases extracurriculares de las asignaturas que más le interesaban, en un instituto privado que se especializaba en genios como él.

—Se suspendió.

—Bueno, te llevo. Recogemos ese dispositivo, paso por la clínica y luego te traigo de nuevo a casa ¿te parece? Igual ya avisé en el banco que hoy voy solo por la tarde.

—No sé. ¿Cuánto vas a demorar en esa clínica?—preguntó él sin dejar de mover los pulgares sobre el aparato que tenía en las manos.

—Diez minutos, querido. Te podés quedar en el coche jugando con la Play.

Felipe levantó la cabeza y la fulminó con la mirada.

—Hace años que no juego con la Play, mamá.

Carajo, siempre metiendo la pata. No se explicaba cómo podía resolver todo tan bien en su trabajo, pero era una completa inepta en todo lo que se relacionaba con su hijo.

No se entendían, parecía que hablaran lenguajes distintos. Estaban a años luz de distancia, y ella temía que estuviesen cerca del punto de no retorno. Sonrió amargamente al pensar que a los ojos de todos era una madre perfecta por tener un hijo brillante, y que además parecía ser inmune a la "edad del pavo", porque nunca se lo veía en actitudes fuera de lugar o haciendo tonterías. Si supieran...

Entre la indiferencia de Felipe, y las continuas aventuras amorosas de Daniel, su casa no era precisamente el paraíso en el que ella quería estar. Había aprendido a ignorar lo que no podía controlar, y por eso era ciega y sorda, y jamás se daba por enterada de los devaneos de su marido. Mientras fuese discreto, podía soportarlo. Eso sí, hacía varios años que en las raras ocasiones especiales en que tenían relaciones sexuales, utilizaban condón. Daniel, como médico que era debía ser sumamente prolijo en sus andanzas extramatrimoniales, pero ella no quería arriesgarse ni a un embarazo no buscado, ni a pescarse alguna enfermedad. ¡Qué ironía! Finalmente fue la enfermedad la que la pescó a ella, y totalmente desprevenida.

Pero esa mañana aún ignoraba que dentro de uno de sus pechos albergaba un tumor que haría que su vida se pusiera de cabeza.

Desde los treinta y cinco se realizaba una mamografía cada año, más o menos en la fecha de su cumpleaños. Las dos primeras habían salido perfectas, pero esa...

Diez minutos después de haberle tomado las radiografías, ella esperaba el resultado hojeando distraídamente una revista, mientras pensaba en todo lo que tenía para hacer ese día. Miró el reloj algo inquieta, porque temía que esa demora en darle los resultados pudiera fastidiar a Felipe, que se había quedado en el coche.

—Señora Ríos, por favor. Pase por acá.

Qué extraño. Generalmente entregaban las pruebas por una ventanilla. Seguramente alguna placa había quedado mal, y tendrían que repetirla. Se preocupó, pero solamente porque sabía que Felipe se sentiría bastante contrariado por el imprevisto.

Dentro del consultorio la esperaba un médico que examinaba sus placas con detenimiento en un panel iluminado. Se lo dijo así, sin preámbulo alguno. Esa mancha,

era un tumor. Y además tenía el aspecto que solían tener los que eran malignos.

Victoria estaba clavada en su silla, abrumada, confusa, mientras el médico le explicaba los pasos a seguir.

"Cáncer. ¿Me está diciendo que tengo cáncer? Imposible... Si hace un año no lo tenía, cómo voy a... Mierda. No puede ser. No a mí, no el día de mi cumpleaños. ¡Yo no puedo tener cáncer! ¡No puedo tener un tumor! Si llevo una vida más que sana, me cuido como nadie, me alimento bien... Estoy mareada. Veo que el médico habla, pero no logro comprender exactamente a qué se refiere con eso del tumor, de una biopsia, de un maldito tratamiento. Necesito irme de este lugar. Quiero googlear lo que me está diciendo, quiero que algo o alguien me diga que esto no me está sucediendo a mí".

Salió del consultorio tomándose de las paredes, y llegó al coche sin aire.

—Demoraste más de diez minutos, mamá.

—Lo sé.

—Estaba a punto de bajarme y tomar un taxi.

—Lo siento.

—No me gusta que me digan una cosa y luego...

—Tengo cáncer, Felipe.

Silencio. Demasiado.

—¿Me escuchaste? Me acaban de decir que tengo un tumor en un seno.

Más silencio. Victoria permanecía en el auto, con ambas manos aferradas al volante y la vista al frente. No sabía qué decir, no sabía siquiera qué pensar.

—No podés conducir así, mamá. Voy a llamar un taxi—dijo él finalmente.

Ella se dejó llevar. Felipe podía resolver cosas que solo uno en un millón podía, así que seguro que la sacaría de ese lugar de alguna forma.

Mientras iban en el taxi, Victoria sintió que algo le mojaba las manos. Carajo, provenía de su rostro. Lágrimas. Y ella que creía que no le quedaba ni una.

Felipe le tendió un pañuelo de papel sin apartar la vista de su Tablet.

—Es imposible determinar la malignidad de un tumor solo por una mamografía. Ni siquiera la biopsia es confiable en un cien por ciento. Y aunque lo fuera, estadísticamente...

—Basta, Felipe.

—Papá conoce a los mejores especialistas en todas las ramas, y podrá...

—Te dije que basta.

Se miraron en silencio por un momento, y luego ella dijo con calma:

—Por hoy, y solo por hoy, vamos a hacer de cuenta que esto no sucedió. No voy a ir a trabajar, pero sí voy a recibir a las cincuenta personas que invité a mi cumpleaños tal cual estaba planeado ¿de acuerdo?

El chico asintió y ella sintió por primera vez en mucho tiempo que estaba a cargo de algo. Aunque ese algo fuera un bicho horrible que le estaba comiendo la vida.

Esa noche, más que nunca fue la reina de la fiesta. Se sacudió la tristeza, se desprendió del dolor, se alejó de la incertidumbre como pudo. Un poco de alcohol le mantuvo la sonrisa intacta toda la noche.

Bailó, rio, bebió. Cincuenta veces le desearon felicidades, cincuenta veces le dijeron lo hermosa que se veía. Mientras su vida tal como la conocía se derrumbaba lentamente, ella se mostraba dichosa y alternaba entre la gente derrochando encanto.

En un momento, su mirada se cruzó con la de su hijo que la observaba con el ceño fruncido desde el otro lado del salón. Fue solo un instante el tiempo en que se despojó de su máscara. Tan breve, que nadie más que Felipe lo notó, y apartó la vista, confundido. Ella tragó saliva, y luego continuó regalando sonrisas a sus invitados, mientras se le cruzaba por la mente la amarga idea de que por fin compartía algo con su hijo en mucho tiempo.

Hacía cuatro meses que no tenía nada con ninguna mujer. Ni una simple conversación aunque fuese trivial, ni un flirteo, y ni hablar de tener sexo. No lo tenía porque no lo deseaba.

Dos meses atrás esta situación lo inquietaba levemente, pero a la fecha estaba realmente preocupado. Tanto, que llegó a preguntarse si esta falta de ganas podía considerarse una disfunción sexual, y si debería consultar a un especialista. No sería nada extraño, después de todo lo que le había pasado...

No era normal en él esa apatía. Siempre había tenido un apetito sexual demasiado activo, e incluso su única experiencia de convivencia con la que resultó siendo la madre de su hija, había terminado por eso.

Jimena se había esforzado en cumplir con sus expectativas en ese terreno, pero no lo había logrado y él terminó enredándose en relaciones casuales que acabaron con la pareja cuando Lucía tenía solo diez meses.

Por eso se sorprendió tanto de encontrarse tan excitado por una mujer que acababa de conocer, y con la que no había intercambiado más que dos palabras. Desde el momento en que la rescató de la perra y la ayudó a ponerse de pie, se había sentido así. Incluso tuvo que acomodar su erección, metiendo con disimulo las manos en los bolsillos mientras hablaba con ella.

Victoria le había parecido hermosa desde que la vio, pero eso no explicaba el deseo que se había apoderado de él. Después de todo, en estos cuatro meses había encontrado varias mujeres bellas en su camino, pero ninguna le había interesado lo suficiente como para hablarle siquiera. No sabía si era su belleza, su voz, o su actitud lo que lo tenía subyugado, lo cierto es que cuando ella amagó con marcharse, experimentó una acuciante necesidad de impedirlo. No quería perder el contacto, no deseaba verla partir.

Era muy extraño, pues no parecía exactamente del tipo de mujer con las que solía salir. Su vida amorosa había estado signada por mujeres llamativas, producidas, artificiales. Mujeres que no pasaban desapercibidas por su forma de vestirse, de arreglarse. Todas eran así, incluso la propia Jimena. Bueno, todas menos una, pero a ella no podía calificarla como una de sus mujeres.

Victoria tampoco pasaría por ningún sitio sin que notaran su presencia, pero era completamente distinta a ellas. En primer lugar, no había podido admirar una sola curva en su cuerpo, e incluso se dio cuenta de que era demasiado delgada. Pero aún con ese suéter deforme y estirado, despeinado y descalza, se veía elegante y distinguida como una reina.

No tenía ni una pizca de maquillaje, e igual sus ojos destacaban como dos soles en su rostro menudo. Eran tan misteriosos esos ojos grises, que por un momento deseó poder sumergirse en ellos. Con esa sencillez, y el corto cabello revuelto le pareció exquisita, y se deleitó observando lo turbada que estaba. Una mujer ruborizada era toda una novedad para él.

Se preguntó que estaría haciendo alguien como Victoria en Punta del Diablo en esa época del año, y si no había sido demasiado audaz al darle a entender que debía olvidarse de sus asuntos y distenderse un poco. Después de todo no sabía nada de ella, y no tenía idea de qué era lo que la había llevado a ese lugar en pleno otoño. Pero estaba seguro de que estaba sola, y que era muy probable que su presencia allí tuviese que ver con algún problema grave.

Él sí que tenía uno. Un gran drama que había sacudido su vida hasta los cimientos y que le había hecho cuestionar cada paso, cada evento del pasado.

El enterarse de que era hijo adoptivo había significado una sacudida, un golpe bajo, una forma de vulnerar el derecho básico de todo ser humano de conocer sus orígenes sin mentiras de por medio. Porque ocultar era lo mismo que mentir, y eso es lo que habían hecho sus padres durante veintisiete largos años. Y él era tan tonto que no se había dado cuenta de nada... Si hasta se encontraba parecido a su padre en sus fotos de niño, en las que jamás aparecía Magdalena embarazada. "Qué estúpido fui", se dijo. Mil indicios en el camino y él no había sospechado jamás de nada.

Y si no fuese por la entrada en escena de Alma, nunca lo hubiese sabido.

Alma... Le hacía mal recordarla. No sabía si lamentar haberla conocido, o por el contrario, lamentar no haberla conocido antes. No solo tenía que ver con la moral o algún tabú lo que lo hacía evocarla con dolor, sino el pensar que ella pasó por la vida sin lograr ser feliz ni por un instante. Y tampoco podía evitar sentirse algo culpable por su muerte. ¿No podía evitarlo o no quería?

Se sirvió una copa de vino blanco mientras ponía los mejillones que acababa de comprar en un colador, para poder limpiarlos. Antes de quitarse el reloj, miró la hora. Carajo, eran las nueve de la noche y ni rastros de Victoria.

No podía creer que ella le fallara de esa forma. Ciertamente no habían intercambiado teléfonos; de hecho era imposible hacerlo porque él había lanzado el suyo al océano ni bien pisó Punta del Diablo, pero podía al menos haber pasado por allí para avisarle que... Mierda, de verdad le parecía una reverenda mierda que ella lo hubiese plantado así. Las mujeres no solían hacerle eso, más bien era al revés. Y tenía que ser ella, la única que le había interesado en tanto tiempo la primera que lo hiciera.

"Lo que me falta es que este golpe a mi autoestima me termine volviendo impotente", se dijo sonriendo con amargura.

A las diez y media en punto, echó los mejillones en el agua hirviendo, y minutos después se los comió condimentados solamente con limón. Y se fue a acostar maldiciendo, con la botella de vino en la mano y una sola copa. La otra la había hecho añicos al lanzarla con fuerza contra el muro del patio trasero.

A esa hora, Victoria estaba llorando. Lo hacía cada noche luego de tomar un baño y obligarse a observar su cicatriz, como su psiquiatra le sugirió. Pero no había resultado como ambas esperaban, pues cada vez se le hacía más difícil asimilar lo que el cáncer le había arrancado, que era mucho más que un seno.

Tenía claro que esa cicatriz significaba que seguía con vida, y que quizás continuaría así por mucho tiempo. El oncólogo le había asegurado que si se hubiese encontrado con que las células malignas se hubieran diseminado, jamás le hubiese practicado la mastectomía. Pero afortunadamente el tumor era pequeño y estaba circunscripto al seno izquierdo, por lo que cuando despertó de la anestesia se encontró más liberada del fantasma del cáncer, pero con un solo pecho.

Pero eso no fue lo peor. Lo peor fueron las sesiones de quimioterapia a las que debió someterse luego para asegurarse de que ese fantasma jamás regresara. Lo quería bien lejos; por culpa de él perdió un seno, perdió el cabello, perdió la dignidad. No podía creer todo lo que había perdido en tan poco tiempo, pero así era. El cáncer se había llevado su aparente vida perfecta.

Por eso lloraba cada noche. No era solamente por el pecho que había perdido. Después de todo, eso era algo que se podía solucionar con una cirugía reconstructiva, y de hecho la tenía planificada y la suspendió el día en que tocó fondo y huyó a Punta del Diablo. Lo que más le dolía era haber perdido esa estrella que siempre la había protegido de todo mal, de haber perdido la vida que llevaba, que era la que siempre había soñado. Ahora sabía que no era invencible, y eso la hacía sentirse vulnerable, deprimida, insegura. Y ahora también sabía que esa vida, era una farsa.

No tenía idea de cómo iba a encarar el futuro luego de todo lo que le había sucedido, pero intuía que haber suspendido la cirugía, tenía que ver con el pánico que le producía reencauzar su existencia interrumpida bruscamente por el cáncer.

Ahora era consciente de que no existía la felicidad plena y que jamás podría relajarse, porque cuando menos lo esperara, un balde de mierda le podía caer encima. Y la maldita cicatriz no hacía más que recordarle eso una y otra vez. La odiaba, odiaba sentirse así.

Por eso se sintió tan incómoda por el encuentro en la playa. Ese chico, Renzo, era tan atractivo que cada vez que recordaba su torso musculoso, o sus ojos castaños, la invadía una extraña sensación casi olvidada. Se sentía... excitada. Eso era, y eso era también lo que la tenía bastante perturbada.

Nunca había sido una mujer "caliente" y no iba a comenzar a serlo en ese instante, y mucho menos a causa de un encuentro fortuito con un desconocido. Pero lo cierto es que el muchacho la había afectado demasiado. Y esa invitación a comer mariscos a su cabaña... Jamás pensó seriamente en acudir a la cita, pero le molestaba encontrarse deseando hacerlo.

Si hubiese sido mayor, bastante mayor... O tal vez más joven, un chico como Felipe, quizás no hubiese tenido reparos en entablar una conversación con él. Pero siendo así de sensual, y habiéndose mostrado tan interesado en ella, era imposible siquiera el pensar en una conversación más prolongada que la que mantuvieron en la playa, y ni hablar de compartir una cena en su cabaña.

Se preguntó si él realmente la estaría esperando, y concluyó que no había chance de que así fuera. Seguramente se olvidó de ella ni bien se alejaron. Era lógico; él tan encantador, tan indolentemente guapo, jamás podía interesarse en una mujer como ella, diez años mayor, y mutilada en más de un aspecto.

Y definitivamente no estaba en Punta del Diablo en plan de ligue, sino para rearmarse con los restos que el cáncer le dejó, y continuar adelante. Con algo de suerte regresaría al ruedo más madura, fortalecida. Todos admirarían su valor, y ella aceptaría su nuevo rol de sobreviviente, intentando ser fuente de inspiración para otros que tuviesen la desgracia de pasar por ese trance.

Se sometería a la cirugía, y reaparecería con un nuevo look, y todo volvería a ser como antes.

Mierda. ¿A quién quería engañar? La antigua Victoria ya no existía, no quedaba nada de ella. ¿Cómo podía regresar si solo era un despojo, y no quedaba ni rastros de lo que alguna vez había sido? El cáncer había sido una bofetada en plena cara y ella no había cesado de dar tumbos, por más que por fuera simulara una serenidad que no poseía en absoluto.

La reconstrucción mamaria marcaría un aparente final en este ciclo maldito, y se suponía que ella estaría deseosa de cerrar esa puerta y salir al mundo, pero lo cierto era que no era así.

Tenía miedo, más bien pánico de lo que antes había disfrutado tanto. Se sentía desnuda, vacía. No tenía idea si la Victoria que había sido había muerto en la mastectomía o en la quimioterapia, pero lo cierto es que se encontraba completamente fuera de su eje y no se sentía capaz de retomar su vida.

¿Podría ser la mujer sensual que Daniel tenía en su cama cada vez que se le antojara? ¿O la elegante anfitriona que derrochaba encanto y simpatía? ¿Volvería a ser la supuesta madre perfecta del supuesto hijo perfecto? ¿Lograría que regresara la ejecutiva proactiva y eficiente de antes?

La verdad era que no solo no sabía si podría, tampoco sabía si querría. El tiempo y la distancia le habían dado una visión muy distinta de su vida. A la luz de la devastación que el maldito tumor había dejado a su paso, se daba cuenta de que nada había sido como ella creía, y que había vivido bajo una fachada que se había hecho añicos cuando la enfermedad la golpeó.

Lo de la esposa siempre dispuesta era una mentira. Sabía que si no cumplía con su rol, Daniel volvería a las andadas. Sospechaba que jamás había dejado de frecuentar a sus amantes, pero realmente ya no le importaba.

Y su activa vida social le resultaba ahora tediosa y superficial. ¿De qué le habían servido todas esas horas de gimnasio, y el negarse esos pequeños placeres culinarios, para mantener su figura? De nada, absolutamente de nada.

Desde que había caído en la cuenta de lo infeliz que era su hijo y que tanto ella como Daniel tenían su parte de culpa en eso, la imagen de madre perfecta era de la puerta para afuera. Lo cierto es que luego de un breve acercamiento días antes de la mastectomía, Felipe y ella continuaban siendo como dos desconocidos y no era solo por culpa del chico. Ella permanecía ajena a todo lo que antes le había importado tanto.

Y su trabajo... Era eficiente, sí. Pero para serlo también tuvo que ser astuta, implacable y hasta soberbia. Le había dedicado demasiado tiempo, demasiada energía, y ahora se daba cuenta de que no había merecido la pena. Estuvo gravemente enferma y el mundo continuó girando. El sentir en la piel que de verdad no existen los imprescindibles, le hizo mucho daño.

Lo peor era que reconocer que su llanto tenía más que ver con todo eso y no con su cicatriz, le estaba costando demasiado.

Su vida, su falsa maravillosa vida tal como la había conocido se había acabado para siempre, y ahora se encontraba perdida, y no tenía ni la menor idea de cómo iba a seguir adelante. Someterse a la cirugía estética significaba tomar nuevamente el timón. ¿Cómo podría hacerlo si no tenía ni idea de quién era?

Lo que había experimentado al encontrarse con ese tal Renzo era la prueba de eso. La Victoria de antaño jamás hubiese reaccionado así. Seguramente no hubiese dejado pasar la ocasión de coquetear con un hombre atractivo, solamente para satisfacer las demandas de su ego. Pero jamás se hubiese permitido sentirse perturbada por algo como eso. Un hombre que le demostrara interés solo podía afectar su vanidad, no su cuerpo y mucho menos su alma.

Se desconocía, una vez más se desconocía. No podría salir al mundo, ni siquiera debía haber salido de su casa sin saber quién era y quién quería ser. Pero por alguna razón, aquella tarde no llegó al hospital en el taxi que abordó, sino que se dirigió a la terminal de *Buquebus* y tomó el primer ferry que salía hacia el Uruguay.

Ni bien llegó a Colonia, compró algunas cosas, alquiló un auto y se dirigió hacia el este hasta que llegó a Rocha, en la costa atlántica uruguaya. Una vez hacía muchos años, había pasado unos días en Punta del Diablo, y le pareció el lugar ideal para encontrarse a sí misma y definir su rumbo.

Telefonó a su hijo, a Daniel, a sus padres. Ninguno de ellos entendió qué se proponía, e insistieron en que se dejara de locuras y que regresara a casa. Ella se secó las lágrimas, y luego apagó el celular y lo dejó en un cajón.

Habían pasado ya tres días desde que llegó a Punta del Diablo, y lo único que había logrado descubrir fue que su maltratado cuerpo era sensible a la belleza masculina, y que todo hombre argentino, tuviera la edad que tuviera y estuviese en el lugar que estuviese, jamás abandonaba su rol de conquistador innato, incluso ante una mujer tan poco deseable como ella.

Renzo. No pudo evitar desear que él la estuviese esperando, frustrado por su ausencia. Y tampoco pudo evitar desear estar allí con él.

Fue difícil contarle a Daniel, pero lo fue más decirlo en el banco. Lo hizo recién cuando la biopsia confirmó lo que más temían: que el tumor era maligno.

Todos se mostraron conmovidos, todos se pusieron a la orden. De pronto ya no era la implacable dama de hierro, sino una frágil muñeca de algodón a la que trataban como si se fuese a romper.

Ser la gerente de una división tan compleja como Banca Minorista no había sido nada sencillo, en una institución como Banco del Plata, tradicionalmente gobernada por hombres. Lo había logrado a fuerza de trabajo y dedicación, y también porque mantuvo siempre sus sentimientos al margen. No le tembló la mano cuando tuvo que prescindir de varios funcionarios. No le tembló la voz cuando les dijo claramente qué era lo que esperaba de ellos a los que quedaron.

Tenía fama de implacable y dura, y eso en ese lugar era un plus que pocas mujeres conseguían aportar. Por eso escaló una posición tan elevada. Por eso, y por sus condiciones de líder, que afloraban en cada uno de sus actos, en cada uno de sus discursos. Tenía una visión global de su tarea y la de sus subordinados, y apartaba uno a uno los obstáculos que se interponían entre ellos y el éxito. Poseía visión, inteligencia, y le sobraba encanto. Logró cada meta que se propuso, y llevó a su división a superar ampliamente los objetivos que se había planteado al asumir el cargo.

Su triunfo más resonante fue hacer del departamento de Tarjetas de Crédito, algo redituable. En un año logró algo que muchos no pudieron; no solo se revirtieron los números rojos sino que terminó proporcionando ganancias superiores a las de la competencia.

Había festejado ese triunfo con un viaje a los Estados Unidos, y aprovechó el mismo para hacerse unos retoques en el rostro y en el busto, que a decir verdad eran completamente innecesarios. Regresó renovada, más bella y con más energía que nunca, y así se había mantenido hasta que el cáncer llegó a su vida y la convirtió en esa mujer preocupada y taciturna que ensayaba ante el espejo sonrisas que jamás logró poner en práctica.

Al principio odiaba la lástima que podía leer en cada mirada.

Daniel no escapó a esa forma de reaccionar, tan común al enterarse de que alguien tiene cáncer. Le brindó toda su atención, y se tornó súbitamente cariñoso y solícito. Dejó de lado sus asuntos, y se dedicó a conseguirle las mejores manos en las que poner su cuerpo corrompido, para salir con bien de ese horrible contratiempo. Porque para él era eso, un contratiempo. Había supervisado cada prueba y estaba convencido de que lo estaban deteniendo a tiempo y que pronto este evento no iba a ser más que un mal recuerdo para ellos.

Victoria no estaba tan segura, pero se dejó querer, se dejó mimar. Lo que más la reconfortaba era que Felipe se había abierto un poco más con ella. Una tarde, dos días antes de la intervención quirúrgica en la que perdió el seno, se apareció en su dormitorio mientras ella se arreglaba para ir a trabajar.

—Tenías razón sobre Harry Potter.

Ella se volvió, sorprendida.

—¿Viste alguna de las películas...?

—Leí todos los libros.

—¿Todos?

—Ajá. En la biblioteca del instituto los tenían. No querían prestármelos todos juntos, pero el instructor en lenguas les envió la orden de que así lo hicieran. Leí uno por día esta semana... Es una tontería la historia en sí, pero está bien narrada. Si querés, hoy podemos ver juntos la primera película.

—Por supuesto, me encantaría—respondió ella, radiante.

—Me gustaría saber si lograron captar la esencia al llevarlo a la pantalla grande— murmuró él antes de retirarse.

Esa noche vieron la película juntos. Victoria estaba segura de que a Felipe le parecía una pérdida de tiempo estar sentado con ella en el sofá de la sala mirando una película fantástica, y por eso valoró tanto el gesto. Cuando silenciosamente él acercó su cabeza y la recostó en el hombro de ella, se quedó petrificada.

Tragó saliva, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas, pero lo único que hizo fue mover un poco su mano, y tocar la de su hijo con su dedo meñique. Eso, nada más. Un contacto fugaz, pero para ella significó tanto...

Y fue precisamente eso, ese encuentro de meñiques, lo último en lo que pensó antes de que le aplicaran la anestesia sumiéndola en la oscuridad y el silencio.

El día en que la vio por primera vez, fue precisamente el más desgraciado de su vida.

Estaba junto al féretro de su padre, sumido en la desesperación, intentando a la vez contener a su madre que no podía asumir la repentina muerte de su marido.

El infarto fue fulminante, y nada se pudo hacer.

Renzo no podía creerlo. Ya no vería más a su padre, ya no podría hablarle ni escuchar sus atinados consejos. No lo vería reír, y tampoco regañarlo como hacía a menudo, cuando él se pasaba de la raya. ¿Qué haría sin él? ¿Cómo sostendría la empresa solo? Docenas de empleados dependían de su fortaleza para tomar el mando y dirigirlos como su padre lo hacía. No se sentía preparado en absoluto, y sobre todo, no estaba listo para dejarlo partir para siempre.

Lo amaba. Siempre se habían llevado de maravillas, incluso se confabulaban para fastidiar a su madre, que jamás logró introducirse en el mundo que padre e hijo compartían.

La relación con Magdalena siempre fue difícil. Tanto Renzo como Juan Andrés eran sencillos, campechanos, y sus gustos eran muy similares. Ella, en cambio era altiva, distante. Se notaba a la legua que no se sentía a gusto en su papel de madre, por lo menos hasta ese horrible día en que Juan Andrés murió, y su hijo se transformó en su bastón y en su tabla de salvación.

Renzo le acariciaba la mano a Magdalena mientras miraba al vacío, cuando alguien se les puso adelante. Instintivamente levantó la vista y se encontró con ella.

Era una muchacha joven, y muy pálida, de cabellos color café y ojos castaños y almendrados.

—Lo siento mucho.

—Gracias.

No tuvo tiempo ni de preguntarle quién era porque enseguida ella salió de su campo visual, suplantada por otra persona que la apartó suavemente.

—Hola, Renzo.

Magdalena pareció salir de su letargo al escuchar su voz. Ambos lo reconocieron al mismo tiempo. Era Carlos Benítez, antiguo chofer y hombre de confianza de su padre. Se había marchado de sus vidas cuando él tenía cinco años, y jamás había vuelto a saber de él hasta ese momento.

“La muerte separa, la muerte reúne”, pensó Renzo con amargura.

—Carlos —murmuró Magdalena y luego regresó a su actitud doliente.

—Lo lamento—dijo simplemente, y Renzo inclinó la cabeza asintiendo. Lo había hecho ininidad de veces en las últimas veinticuatro horas—. Permite presentarte a mi hija Alma.

La joven de cabello oscuro le dio la mano por un segundo y luego la retiró con prisa. Renzo la observó un momento y concluyó que la hija del chofer era una chica extraña.

Días después se la encontró en el centro por casualidad, y la invitó a un café por compromiso. Y así empezó la relación con Alma.

Para la muchacha, Renzo era un dios, pero él no se sentía así con respecto a ella. Alma era una amiga. La hija del chofer. Una joven distinta a las que acostumbraba tratar. Alguien que sabía escuchar. Una mujer muy triste. Incluso parecía más triste que él, que acababa de perder a la persona que más quería en la vida después de su hija.

Se vieron varias veces y compartieron penas. Tenían pocas cosas en común: sus padres fueron amigos, les gustaba la playa...

Cuando llegó el verano, Alma lo invitó a la cabaña que poseía en la costa atlántica uruguaya. Estaba medio derruida por el efecto del viento, de la sal, del granizo. Y precisamente se llamaba así: “El Granizo”.

Al principio, Renzo no pensó seriamente en acompañarla, pero ella insistió tanto... ¿Por qué no? Después de todo era un hombre libre; la relación con Jimena había terminado hacía varios años, y no estaba interesado en nadie.

Cuando él le comentó a su madre que la hija del chofer y él eran amigos, y que quizás se irían de vacaciones juntos, Magdalena simplemente enloqueció. Le prohibió a los gritos que la viera, que tratara con ella de cualquier manera. No adujo razón alguna, simplemente le ordenó que se alejara de ella.

Renzo atribuyó su enojo al hecho de que la chica era la hija de su antiguo chofer. No podía creer lo clasista que era su madre. Furioso, desoyó todo lo que ella le dijo y se marchó con Alma y su incontrolable perra llamada “Juan Carlos” a Punta del Diablo.

Hablaron mucho, nadaron, emprendieron largas caminatas. Y una noche, luego de unas copas de más, tuvieron sexo.

Al día siguiente Renzo recordaba vagamente el encuentro en la cama con Alma y ella demostró querer ignorarlo, así que jamás volvieron a hablar del asunto. Se trató de un encuentro fugaz que al parecer significó para la joven lo mismo que para él: nada. Terminó siendo un viaje realmente desafortunado, pues les robaron el auto y tuvieron que volver en bus, dejando a la perra en casa de un vecino.

Ni bien regresaron a Buenos Aires, Alma llamó a su padre. Cuando cortó, estaba lívida.

—¿Qué pasa?

—Me dijo que nos esperaban en tu casa.

—¿Nos esperaban?

—Tu madre y papá. Nos están esperando, Renzo.

Luego, todo fue muy confuso. Magdalena lloraba y Carlos parecía alterado.

—Renzo, querido... Decime por favor que no te acostaste con ella...

—Mamá, por favor.

—Renzo... No entendés... —murmuró ella entre desgarradores sollozos—. Alma es tu hermana.

Se hizo un profundo silencio. La chica se tapó la boca y permaneció así por largo tiempo, mientras Renzo miraba a su madre como si fuese el mismo demonio.

—¿Qué decís?—preguntó con un hilo de voz.

—Es cierto. Soy tu padre, Renzo. Ustedes dos son hermanos, chicos. Siento tanto... —comenzó a decir Carlos, con el pesar pintado en el rostro, pero Renzo lo interrumpió.

—¿Vos y mamá...?—murmuró con los ojos desorbitados. Fue lo primero que le vino a la mente.

—¡No!—exclamó Carlos, mientras Magdalena sacudía la cabeza, llorando.

—¿Entonces...?

—Querido, papá y yo te adoptamos.

Renzo se la quedó mirando, y luego lentamente se fue deslizado hasta quedar sentado en la silla que tenía detrás. Se cubrió el rostro con las manos. Estaba como en un trance, y ni siquiera notó que Alma salió corriendo por la puerta principal, y que su padre la siguió.

Estaban solos, su madre y él.

—Mi amor, sé que teníamos que habértelo dicho antes...

—¿Quién carajo es mi madre?—preguntó él, mirándola con los ojos encendidos como brasas.

Entonces Magdalena le habló de su ama de llaves. De cómo Carlos y ella habían tenido un romance, y cómo habían acordado que los esposos Lombardi se quedarían con el bebé cuando naciera, ya que nunca habían podido ser padres. Le contó que el parto se complicó, y que María falleció minutos después de que él naciera. En realidad no había ni un solo papel de adopción, sino que el matrimonio se había apropiado de la criatura haciéndolo pasar por su hijo biológico.

Así fue como Renzo se enteró de que era hijo de María Pena, el ama de llaves, y de Carlos Benítez, el chofer. El mismo que le había enseñado a patear penales, y que se había marchado de su casa, poco después de que él cumpliera los cinco. Magdalena le explicó que Carlos estaba muy encariñado con él, por eso le pidieron que se alejara y le dieron un dinero para que se estableciera por la cuenta. Puso una rentadora de autos en Uruguay, se casó, fue padre de Alma, enviudó... Y en mala hora regresó a sus vidas trayendo consigo a su hija.

Renzo estaba en estado de shock. Sus padres no eran sus padres. Él no era quien creía que era. Le habían mentido, le habían hecho vivir una vida que no era la que le correspondía.

Y por extraño que pareciera, lo que menos le preocupaba era lo que más hacía sufrir a su madre: el asunto del incesto. No tenía dudas de que el hecho de haberse acostado con Alma, no era lo peor de toda la situación. Lo peor era... Carajo, todo era muy malo, todo era pésimo.

Dejó de hablarle a Magdalena, y se volvió realmente hermético. Por unos meses estuvo completamente fuera de sí. Trabajó como un poseso, se alcoholizó, se aturdió, y ni una sola vez pensó en lo que podía estar sintiendo Alma, hasta que sucedió... Eso era lo peor. Eso sí era una verdadera pesadilla.

Alma se suicidó. Se arrojó a las vías del ferrocarril una mañana. Cuando Renzo lo supo, su cabeza detonó. De nada sirvieron las palabras de consuelo de Carlos, el empeño por que entendiera que no era responsable de lo que había pasado... Al parecer no era la primera vez que intentaba quitarse la vida, y que además su madre también había muerto de esa forma, pero Renzo eligió echarse toda la culpa, soslayando el hecho de que no sabía su origen cuando se relacionó con ella, y que también era una víctima de las circunstancias. Se reprochó duramente el no haber pensado en Alma, el no haberla buscado ni una sola vez en todos esos meses. Eligió torturarse perpetuando su sufrimiento, y multiplicándolo hasta el infinito.

La muchacha le había dejado una carta, donde le pedía que no se sintiera mal por lo que ella había decidido hacer, que había querido morir desde que tenía uso de razón, y que regresara a “El Granizo” y cuidara de su perra.

Y él hizo eso. Dejó todo, y se fue a Punta del Diablo.

Lo primero que hizo al llegar, una semana antes de encontrar a Victoria, fue lanzar su teléfono móvil al océano.

Y lo segundo, llorar hasta quedarse dormido en el suelo, junto a la extraña perra de Alma.

Renzo se acostó tarde la noche en que lo dejaron plantado por primera vez, pero se despertó más temprano que de costumbre. Y lo primero que le vino a la mente fue el rostro de Victoria.

Apartó las mantas con furia. Aún no podía creer que ella lo hubiese plantado. Se había quedado esperándola hasta la medianoche, completamente en vano. Y luego había bebido más de la cuenta, por eso esa mañana se encontraba tan mal.

Resaca, como en los viejos tiempos. Carajo.

"No vino. Ella se lo perdió", se dijo sabiendo que en el fondo, él era el que más había perdido. Deseaba verla, lo deseaba a rabiar. Y hablar con ella, escuchar su voz, disfrutar de su turbación, de su rubor inaudito, de los encantadores gestos de su boca perfecta.

"Basta, Renzo. La viste solo por un momento, así que terminá de hacerte la película con esa mina que evidentemente no está interesada en vos ni un poquito". Tenía que olvidarse de ella, y concentrarse en sus conflictos, que con eso tenía bastante y para eso estaba allí.

Sin embargo, minutos después estaba con Juan Carlos al pie de la duna donde se habían encontrado el día anterior. Ni siquiera había desayunado, pero no tenía nada de hambre. Se sentía como un sabueso, buscando las huellas que ella había dejado en la arena cuando se marchó. Cuando las encontró, las observó con detenimiento. Quedaba tan poco de ellas... No obstante, y con la ayuda de la perra, logró reconstruir su partida.

Luego de trepar a la duna, aparentemente había continuado por un pequeño sendero en el llano, pero el rastro terminaba al llegar a tres cabañas en el medio de la nada.

Renzo las observó con atención. Dos de ellas estaban herméticamente cerradas, pero la tercera tenía abierta una ventana, y en el jardín se veía un coche modelo sedán. Se acercó y pudo distinguir que se trataba de un vehículo de alquiler.

"Tiene que ser... tiene que ser esta. ¿Qué debo hacer? ¿Aplaudir, gritar su nombre o directamente entrar sin llamar, como acostumbran por acá?", se preguntó. No le parecía que Victoria pudiese apreciar ninguna de las tres opciones, por lo que lo único que hizo fue sentarse en el césped junto a su perra a aguardar pacientemente que ella saliera, si es que esa era su cabaña. No le importaba esperar, tenía todo el tiempo del mundo...

A diferencia de Renzo, Victoria despertó bastante tarde a causa de los somníferos. Las nueve de la mañana para ella era lo mismo que el mediodía para el resto de la gente. Desayunó dos tostadas y un jugo, y luego miró el cielo por la ventana de la cabaña que había arrendado ni bien llegó. Había optado por una vivienda particular, y no por la posada, porque necesitaba estar aislada del mundo en esos días.

Ni una sola nube, completamente despejado, así que decidió que era un excelente día para volver a entrenar. Victoria era una chica de gimnasio. Caminador, pesas, aparatos modeladores, pero en Punta del Diablo no existía nada de eso. Apenas había varios kilómetros de costa que invitaban a trotar. Sonrió ante la perspectiva de hacer algo que siempre había deseado, pero por falta de tiempo había postergado.

Se vistió con prisa, porque quería aprovechar el buen tiempo. Afortunadamente había tenido el acierto de comprar una calza y zapatillas en Colonia. Frente al espejo, se colocó uno de los corpiños especiales que Daniel había hecho traer del exterior, para que ella usara durante el período que precediera a la reconstrucción estética del pecho que había perdido.

Era una prenda nada sexy, pero muy práctica. Victoria sonrió tristemente. ¿Quién podía siquiera desear provocar a alguien en esa situación? Se acomodó la prótesis dentro del bolsillo especial del corpiño, y luego moldeó ambas copas con sus manos para que quedaran parejas.

Con la camiseta puesta, era imposible notar que... Mierda, ¿qué le importaba que alguien lo notara? No había usado corpiño desde que llegó a Punta del Diablo, y se había sentido liberada y cómoda. Pero ahora había algo que la perturbaba: Renzo. ¿Y si se lo encontraba en la playa? No, no creía que fuese posible, pero...

Se preguntó por enésima vez si él realmente la habría esperado la noche anterior, y si había experimentado cierta decepción por su ausencia. Nunca lo sabría, se dijo con un suspiro. Y sin dudas era mejor así. Debía rescatar lo mejor de ese encuentro fortuito, que era la vaga sensación de que aún podía resultarle atractiva a alguien. Sobre todo cuando ese alguien no tenía idea de la mutilación que existía bajo su ropa.

Terminó su jugo y salió de la cabaña. Como todas las mañanas dudó. ¿Debería pasar la llave o...? Allí nadie lo hacía, pero ella aún era reticente. No obstante, no quería salir a trotar con el incómodo llavero. Lo dejaría bajo el tapete de la entrada, eso haría. Se volvió para observar si había alguien en los alrededores que pudiese descubrir su escondite y en ese momento lo vio.

Estaba a pocos metros, al otro lado del sendero, sentado en la arena. Tenía las rodillas levantadas, y ambos brazos en torno a ellas. No llevaba anteojos de sol, y ella sintió el calor de su mirada aún a esa distancia.

Renzo. Tragó saliva, y fue el único movimiento que pudo hacer durante varios segundos. Simplemente se quedó allí, de pie en la entrada, con el llavero en una mano y la botella de agua mineral en la otra sin saber qué hacer.

Él decidió por ella. Se puso de pie de un salto, y la perra lo imitó. Sin dejar de mirarla a los ojos, se sacudió con las manos la arena que le había quedado en la parte de atrás de los pantalones, y se aproximó a la verja de madera.

Victoria se quedó sin aire. Estaba impresionantemente guapo, con sus jeans gastados, zapatillas, y una campera tipo canguro con el cierre a medio subir y a juzgar por el vello que asomaba en la parte superior, nada de nada debajo.

—Hola Victoria —dijo sonriendo.

—¿Qué...? —Se aclaró la voz, porque lo que oyó salir de su boca se parecía a un graznido—. ¿Qué hacés acá?

Renzo estaba preparado para esa pregunta. Durante hora y media no hizo más que imaginar todas las eventualidades posibles, todos los escenarios. Y terminó optando por lo más simple, improvisar sobre la marcha pero sin faltar del todo a la verdad. Nada de excusas estúpidas.

—Vine a ver si estabas bien. Ayer, cuando no apareciste a cenar, me quedé preocupado...

—¿Pero cómo me encontraste?—preguntó ella, asombrada.

—Ah... Juan Carlos siguió tus huellas, las que dejaste ayer. Ella me trajo hasta vos —respondió, y su sonrisa se hizo más amplia mientras ella aún no lograba salir de su asombro—. Por lo que veo, salías a hacer ejercicio. Dale, te acompaño y hablamos un poco —le dijo abriendo la verja e invitándola a salir con un gesto.

Victoria pasó por delante de él, tesa como un poste, y echó a andar hacia la playa mirando al frente. No estaba lista para volver a enfrentarse a esos ojos castaños que la miraban con una intensidad que la hacía sudar, aún sin haber movido un músculo.

—¿Por qué no fuiste, Victoria? Te esperé durante mucho tiempo, y por tu culpa tuve que bajarme una botella de vino blanco y o solito —le reprochó, pero su tono de voz no dejaba dudas de que estaba bromeando.

Ella lo miró de reojo y respondió simplemente.

—Yo no te dije que iría.

—Tampoco me dijiste que no irías —replicó él, rápido como un rayo.

Era cierto, pero no deseaba admitirlo. En lugar de eso, decidió salirse por la tangente.

—¿Te doy un consejo? —dijo sin dejar de caminar—. Nunca des nada por sentado, Renzo. Eso te va a servir mucho en la vida, para que no pierdas el tiempo esperando...

No pudo seguir porque él se paró en seco y se quedó atrás. Victoria se volvió, sorprendida.

—Gracias por el consejo, pero yo no te lo pedí. Yo no me guío por consejos basados en experiencias ajenas, y me guío por lo que siento, o por lo que intuyo, y a

veces por lo que deseo —murmuró, serio.

Victoria se quedó de una pieza. En su trabajo se había topado con jóvenes de este estilo. Estaba acostumbrada a lidiar con ellos, después de todo tenía a su propio "sabelotodo" en casa, y tenía muy claro que a algunos había que ignorarlos, como a Felipe, y a otros golpearlos con alguna verdad contundente en el rostro. Se preguntó en qué categoría encasillar a este pibe insolente que ni siquiera la dejó terminar de hablar. Optó por la segunda.

—¿Ah, sí? ¿Y tu intuición qué te dijo? ¿Que esa noche, vino mediante, podrías echarme un polvo? Yo no volvería a confiar en ella—le dijo cruzando los brazos sobre su pecho, en un tono exageradamente burlón y atrevido.

Si Renzo acusó el golpe no se le notó, porque se aproximó a ella con una expresión inescrutable. Cuando estuvo a solo unos centímetros de su boca, murmuró pausadamente:

—¿Uno? Te equivocás. Varios, Victoria. Si me hubieras dado la chance, te hubiera cogido durante toda la noche.

Los ojos de ella se abrieron como platos, y Renzo no pudo dejar de admirarlos. Era hermosa por donde se la mirara. Así con esa ropa deportiva ajustada, era imposible no ponderar su figura perfecta, y con el rostro completamente despejado por el cabello recogido en una pequeña coleta en la nuca, se veía abrumadoramente bella. Y muy joven... Se preguntó si era posible que se hubiese agregado años cuando le dijo su edad, para intentar espantarlo. Apretó los puños con fuerza para lograr controlarse, porque tenía unos deseos urgentes de partirle la boca de un beso.

Durante interminables segundos permanecieron uno frente a otro, mirándose a los ojos, sin pronunciar palabra. A él se le ocurrían mil cosas que decir, y otras tantas que hacer, pero tenía claro que debía esperar el próximo movimiento de ella.

A Victoria, en cambio, no se le ocurría nada. Se sentía extrañamente débil de pronto, y se sorprendió muchísimo de reaccionar de esa forma. Normalmente ese tipo de embates directos la dejaban fría, pero este le causó precisamente el efecto contrario. Entre sus piernas, un súbito calor comenzó a gestarse, y se extendió rápidamente al resto de su cuerpo. Era como si hubiese tomado de golpe una bebida de alta graduación alcohólica. Se sentía extrañamente alterada y su corazón también acusó recibo de la embriagadora situación, palpitando a un ritmo descontrolado.

La expresión del rostro de él, la sacó de ese estado de ensoñación que la tenía tan turbada.

—Victoria... Disculpame. No llores, por favor, no llores. No quise hacerte sentir mal... —comenzó a decir Renzo, pero se interrumpió de pronto. Ahora sí que no sabía qué hacer ni qué decir, pues jamás hubiese esperado que ella comenzara a llorar.

¿Que no llorara? Victoria se tocó el rostro y comprobó que estaba mojado. Pestañeó confundida, y su mirada se aclaró. Era cierto, y no era la primera vez que le sucedía algo así. Al parecer su cerebro no lograba detectar rápidamente lo que su alma experimentaba, por lo que de pronto se encontraba bañada en lágrimas sin saberlo siquiera.

—No, no. No te preocupes, que no es nada —murmuró para tranquilizarlo. Y luego agregó sin mirarlo—. Estoy algo sensible estos días y no tiene nada que ver con vos. Es un poco de depresión, que me asalta en cualquier momento... En serio, no tenés nada que ver con esto.

A Renzo no le terminaba de gustar no tener nada que ver con los sentimientos de Victoria, incluso los más oscuros. Se sintió algo culpable por desear ser el causante de ese desborde de emociones, pero lo cierto era que eso fue lo que sintió al verla llorar. Quería tocar su alma además de su cuerpo, quería conmoveerla, además de darle placer y obtener lo mismo. Quería... Carajo, quería todo lo que ella quisiese darle. Hasta esas lágrimas. Era la primera vez en su vida que una mujer lloraba en su presencia, y él no tenía las más mínimas ganas de salir corriendo.

—Contame que te pasa, Victoria. Contame por qué estás acá, por qué estás así. Por favor... —murmuró y eso último sonó a súplica para su propia sorpresa.

Victoria bajó la vista, confusa. A él menos que a nadie quería contarle qué era lo que le pasaba. Prefería que Renzo se quedara con la imagen de ella que evidentemente había construido en su mundo de fantasías, y mantenerlo al margen de la cruel realidad.

—No es nada —repitió. Y luego de su boca salieron unas palabras de las que inmediatamente se arrepintió, pero ya era tarde—. Mirá, vení vos esta noche. Conversamos un poco, comemos algo... Y no puedo ofrecerte más nada, Renzo —agregó mirándolo a los ojos para que a él le quedara bien claro a qué se refería.

Él inspiró profundo y el aroma de Victoria invadió sus sentidos. Ignoró el último comentario de ella, y solamente dijo:

—¿Blanco o tinto?

—Refresco de dieta —respondió al instante, reafirmando de alguna forma lo que había dicho antes, para que no quedaran dudas de que no se trataba de una cita.

Juan Carlos ladró con entusiasmo, al parecer feliz porque ellos habían llegado a un consenso.

Renzo sonrió y Victoria lo imitó.

—Nos vemos luego, Vic —dijo él, consciente de que lo último que ella necesitaba era apremios o presiones. No quería imponerle más su presencia, porque apostaba todas sus fichas al encuentro de esa noche. Así que se marchó silbando por mismo sendero por el que había llegado.

Victoria se lo quedó mirando un rato. *Vic*. Le había dicho *Vic*. Nunca nadie la llamó así, salvo ella misma, la primera vez que se miró al espejo luego de la mastectomía. "Aquí estás. Ya sucedió, ahora sos media mujer. Ya no sos Victoria entonces, sos solo Vic. Pero estás viva, Vic. Viva...".

Así se sentía en ese momento. Viva, más viva que nunca. Y con grandes posibilidades de volver a sentirse Victoria algún día.

Renzo llegó a la cabaña de Victoria bastante antes de lo que ella había previsto, así que la encontró literalmente con las manos en la masa.

Se le había metido en la cabeza y también en el cuerpo unas ganas enormes de comer pizza casera, que por otro lado era la única forma de comerla en esa época del año en que no había ni un solo local de comidas abierto en todo Punta del Diablo.

Cuando Renzo golpeó la puerta, no tuvo más remedio que gritarle que entrara porque estaba metida hasta los codos en una especie de engrudo del que no sabía cómo deshacerse.

Antes de que pudiera siquiera reaccionar, tenía a la perra saltando a su alrededor, buscando lamerle la cara.

—¡Uf! ¡Juan Carlos, no!

Dos segundos después Renzo estaba a su lado intentando controlar al animal, pero sin apartar los ojos de ella.

—Hola, Victoria.

Escuchar su nombre de la boca de él, tuvo un efecto demoledor en Victoria. De pronto se sintió mareada y comenzó a experimentar un calor intenso y conocido, que nacía entre sus piernas y se iba extendiendo rápidamente por todo su cuerpo. Sentía las mejillas arder, y el vientre se le llenó de mariposas.

No pudo articular palabra; por un par de segundos se quedó paralizada sosteniéndole la mirada, y cuando ya no pudo resistirlo bajó la vista, turbada. Y en ese instante lo vio: el anillo.

Se había quitado la alianza de matrimonio antes de ponerse a amasar, y allí estaba a un lado de la pileta, reluciendo como nunca.

Al instante dejó el engrudo en el que estaba sumergida y se apresuró a saludarlo, mientras sin saber por qué lo hacía, acercaba su mano al anillo con disimulo.

—Hola, Renzo. Me agarraste con las manos en la masa. Vaya frase hecha, qué tonta. ¿Cómo estás? ¿Trajiste vino? Te dije que no era necesario... — le dijo al tiempo que empujaba la alianza con un dedo, y esta caía en la pileta estrepitosamente. Intentaba hablar y hablar para cubrir el ruido y que él no notara lo que estaba haciendo, pero no lo logró del todo.

—Creo que se te cayó algo —murmuró Renzo apartando por primera vez su mirada de la de ella.

Pero Victoria se apresuró a abrir la canilla, y la joya se deslizó en menos de un segundo por el agujero del desagüe de modo que él jamás pudo ver de qué se trataba.

—No es nada, no te preocupes.

—Pero...

—Dame esa botella que la pongo en la heladera —dijo ella para intentar distraerlo.

Renzo observó sus manos y sonrió. Las tenía totalmente pegoteadas con eso que ella llamaba “masa”. Él no era un experto, pero eso no se parecía a nada.

—Tenés las manos... Mejor seguí amasando que yo me encargo de poner la botella en la heladera.

Victoria agradeció en silencio que él se volviera en ese momento, porque ya no podía ocultar la turbación que sentía. ¿Por qué había hecho eso? ¿Cómo se le ocurrió tirar la alianza de esa forma? ¿Y cómo diablos haría para recuperarla? No podía creerlo, simplemente no podía.

Pero lo que más la atormentaba era por qué lo había hecho.

Y por primera vez en su vida experimentó esa sensación de culpa deliciosa que solo puede producir la infidelidad.

Jamás se había sentido así. Había sido bastante vanidosa antes del cáncer y si había un papel en el que se sentía cómoda era en el de seductora, pero nunca sintió la necesidad de ir más allá de un coqueteo intrascendente.

Pero lo que le estaba pasando con Renzo era completamente distinto. Esta vez se sentía innegablemente atraída por ese hombre.

“En mala hora lo conocí. Si esto me hubiese pasado antes del cáncer, yo... Vamos, Victoria. ¿Te hubieses atrevido? ¿Hubieses tenido una aventura con un hombre más joven, estando casada con Daniel? No lo creo” se dijo.

Si no le había sucedido antes tampoco lo haría en ese momento, cuando era solo una sombra de lo que alguna vez fue. No era nada más por la cicatriz que ocupaba el lugar donde meses antes tenía un seno perfectamente redondo y firme. Se sentía media persona, se sentía media mujer. En ese breve instante en que evaluó la posibilidad, la remota chance de tener un romance con Renzo, se dio cuenta de que era más que nunca *Vic*. No había Victoria, sino una intensa sensación de derrota y una incomodidad que no sabía disimular.

Sacudió la cabeza, molesta. El pelo se le vino a los ojos, y ella con las manos completamente enharinadas intentó apartarlo primero con el antebrazo, y luego soplando hacia arriba inútilmente. A Renzo no se le escapó el gesto, porque la estaba observando desde atrás. En un instante eliminó las distancias entre ambos y antes de que ella pudiese reaccionar, tomó el mechón entre sus dedos.

Victoria inspiró profundo. No quería mirarlo, no debía hacerlo pero... Cuando sus ojos se encontraron, sucedió lo que ambos sabían que pasaría desde el primer momento en que sus vidas se tocaron. Todo los condujo a ello, y ninguno de los dos hizo absolutamente nada por evitarlo.

De su pelo, la mano de Renzo pasó a su mejilla y luego delineó pausada y delicadamente el contorno de su rostro con un dedo. Victoria cerró los ojos porque ya no podía tolerar esa cálida mirada fija en su boca. Supo que él iba a besarla y que ella no iba a resistirse ni un poquito, en el momento en que lo sintió respirar sobre sus labios. Su aliento fresco y ardiente a la vez le indicó que ya no había forma de huir, si es que deseaba hacerlo. Pero no, no quería eso. Deseaba... No tuvo tiempo ni a desearlo porque en un segundo Renzo le cubrió la boca con la suya, abierta y voraz. No fue un beso delicado que buscaba tantear el terreno y probar cuan dispuesta estaba. Era un beso apremiante, increíblemente demandante. Con ambas manos en su rostro, le reclamó la lengua con ansiedad y ella le correspondió sin poder contenerse. Hacía años que nadie la besaba así, y podía jurar que nunca algo como eso la hizo sentirse tan caliente, tan entregada, tan mujer. Jamás había recibido tantas promesas en un beso.

Como si tuviesen vida propia, sus manos llenas de harina no resistieron la tentación de tocarlo. Las alzó y acarició su rostro barbado, dejando un rastro blanco y pegajoso que ninguno de los dos pudo registrar.

Victoria se estremeció cuando Renzo le acarició la espalda con ambas manos. En un gesto posesivo y salvaje, la acercó a su cuerpo y allí fue cuando una señal de alerta comenzó a encenderse en la cabeza de ella. Se tensó de pronto y él lo percibió, mas no renunció a tocarla con insistencia. Pero Victoria no había logrado cruzar la línea que para Renzo ya casi no tenía retorno, sino que más bien estaba intentando una heroica retirada. Es que de solo pensar en que él pudiese darse cuenta de... No quería ni imaginarlo. Esa simple idea la sacó de clima rápidamente, y poniéndole las manos en el pecho lo rechazó en forma terminante.

—Basta —dijo con firmeza, y no le tembló la voz al hacerlo. Era impensable que una mujer en su situación pudiese disfrutar de las caricias de nadie. ¡Y mucho menos de un encuentro sexual!

Hacía un año que no había sexo en su vida. Daniel no había vuelto a intentarlo, y aunque lo hubiese hecho, ella se hubiese negado de plano. No tenía ni ganas ni fuerzas para algo así, y la horrible cicatriz le recordaba cada día que esos placeres ya no eran para ella. Por un instante sintió que podía permitirse ese beso, una pequeña licencia, un premio por lo que había sufrido en los últimos tiempos. Pero no. Debía darse cuenta de que él no se conformaría con eso.

Mientras Renzo la observaba con la interrogante pintada en el rostro enharinado, Victoria se lavaba las manos, intentando componerse, convencida de que había cometido un grave error al invitarlo a cenar.

—Vic...

Otra vez *Vic*. Ojalá nunca lo hubiese dicho. Su nombre abreviado le recordaba que era una mujer mutilada y que no tenía derecho a desear lo que estaba deseando, pero a la vez la llenaba de ternura.

Mientras se sacaba las manos intentó sonreírle al joven que permanecía de pie a su lado esperando respuestas a las preguntas que no era necesario realizar.

—Renzo, creo que esto no es para mí —le dijo mirando por la ventana, mientras se afirmaba con ambas manos a la mesada de mármol.

Él pestañeó, confuso.

—Si te referís a eso que estás amasando, estoy de acuerdo. Pero si tiene que ver con lo que sentimos cada vez que estamos cerca, Victoria, sería un pecado dejar pasar algo así.

Ella lo miró con el ceño fruncido. ¡Parecía tan seguro de sí! Eso le molestaba mucho. Se creía el dueño de la situación; era evidente que intentaba manejarla a su antojo.

—Lo que sentimos... No sobreestimes un breve momento de pasión, Renzo. Me imagino que no es la primera vez que te pasa algo así y a mí tampoco, claro. Pero mi concepto de pecado sin duda es diametralmente opuesto al tuyo —repuso, y se arrepintió al instante de lo que acababa de decir. Era casi como admitir lo que se había empeñado tanto en ocultar tirando la alianza matrimonial por el desagüe.

Y a él no le pasó desapercibida la intención velada en el comentario. Victoria le estaba diciendo que para ella era un pecado dejarse llevar por lo que estaba sintiendo. Por primera vez desde que la conoció, Renzo sospechó que ella tuviese algún compromiso. Después de todo, que estuviese sola en Punta del Diablo no quería decir que estuviese sola en la vida. Y se sorprendió al sentirse tan contrariado por la sola idea de que Victoria tuviese dueño.

Se suponía que con que estuviese el camino libre en ese momento y en ese lugar, sería más que suficiente. Se suponía que si lograba llevarla a la cama esa noche, podía considerarlo un triunfo. O una *victoria*... ¿Qué le importaba que tuviese novio, marido o amante? Pero lo cierto era que así era. No solo le importaba, lo violentaba en extremo. Necesitaba saberlo ya, pero se daba cuenta de que indagar sobre el tema podía abrir una brecha entre ellos aún mayor. Se preguntó qué haría si resultaba que ella estaba comprometida. ¿Seguiría adelante, insistiría en seducirla? O por el contrario, ¿se iría de allí a la carrera? Después de todo no necesitaba un problema más en su vida. Pero lo único que pudo definir con certeza es que con o sin sexo de por medio, no se perdería por nada del mundo esa velada con ella.

—Tenés razón, no es la primera vez que me pasa algo así —y luego agregó, sonriendo, mientras se tocaba la barba pegoteada—. Me pasa a diario que las mujeres intenten enharinarme. No sé nada de cocina, pero ¿no es mejor aceitarme o enmantecarme antes? Eso no me desagradaría para nada.

Muy a su pesar, Victoria no pudo evitar reír. Aunque por dentro, la imagen del cuerpo de Renzo desnudo, aceitado y brillante la estaba haciendo flaquear. Tenía que decir algo para alejar esa tentación de su mente.

—Payaso... Tomá, limpiate —murmuró alcanzándole un paño de cocina. Por un momento sus manos se rozaron y la descarga eléctrica fue instantánea. Ninguno de los dos podía negar la atracción que sentían, pero Victoria se volvió, turbada, y él con la mirada fija en ella, se limpió el rostro lentamente. De pronto se pusieron demasiado serios pues lo que estaban sintiendo los abrumaba demasiado.

—Victoria, yo...

—No digas nada, Renzo, por favor.

—Es que...

—Te estoy pidiendo que no digas una palabra.

Y él no quiso atormentarla más, al menos por el momento.

—¿Ni siquiera que estoy muerto de hambre? Y no creo que estés bien orientada con respecto a eso que tenés sobre la mesa.

Ella observó el engrudo y suspiró. Era cierto.

—¿Te parece? Pero si hice exactamente lo que dice esta receta...

—No te preocupes. Continuemos con la línea de la comida italiana. ¿Tendrás espagueti? Si es así podemos cocinarlos y utilizar esa salsa. ¡Ah!... Era pizza lo que intentabas hacer—le dijo, intentando disimular la risa.

—Tengo espagueti, de hecho es lo que como desde que llegué a este lugar. Y no imagino el porqué de esa sonrisita irónica.

—Perdón. Es que no luce como masa de pizza. Eso no se parece a nada, Vic. Se nota que la cocina no es tu fuerte.

—Tenés razón —murmuró ella con una mueca, tratando de ignorar la forma tan especial en que él pronunciaba su nombre.

—¿Y cuál es entonces?

—¿Cuál es qué?

—Tu fuerte.

Ella no supo qué responder. ¿Qué se suponía que era lo que hacía mejor? La antigua Victoria, trabajar como una posesa. La actual, flagelarse continuamente. Eso realmente se le daba de maravillas.

—No lo sé —respondió, mientras ponía a hervir el agua en una gran olla de aluminio.

—¿Cuánto hace que llegaste a Punta del Diablo?

—Cuatro días.

—¿Vivís en Buenos Aires?

—Sí.

—¿En Capital Federal?

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? —preguntó ella fingiendo enojarse. No le molestaba responderle, pero tenía miedo de que estas preguntas aparentemente inocentes dieran luego lugar a otras mucho más comprometidas.

—Tal vez. Quiero conocerte, Victoria —respondió Renzo con sinceridad.

Ella se temía algo así. Decidió atacar el problema, cortarlo desde la raíz para que no siguiera adelante. Alguna cosa tenía que quedarle de la Victoria eficiente e implacable de antes. Esa mujer enfrentaba sus miedos, no los soslayaba.

Renzo estaba recostado en la heladera, con los brazos cruzados sobre el pecho y se veía magnífico con el cabello húmedo, jeans azul claro y camisa por fuera. Magnífico y joven. Demasiado joven.

Pero eso no debía amedrentarla. Se acercó a él y lo miró directamente a los ojos.

—No tiene caso seguir con esto.

—¿Qué es esto?—preguntó él enderezándose.

—No tengo idea, pero no podemos continuar, Renzo.

—¿Por qué? Mirá, no te voy a hacer más preguntas. Hagamos de cuenta que el pasado no existe, que las vidas que tenemos en Buenos Aires no existen. Hagamos de cuenta que... Que estamos estrenando vidas, Vic. Vos y yo, solos en Punta del Diablo. Podemos hacer que este sea nuestro mejor otoño.

Victoria se lo quedó mirando como hipnotizada. Sonaba tan convincente. Si no fuera porque su cuerpo estaba horriblemente deformado, quizás podría... No, carajo. Era imposible. Y el hecho de darse cuenta de que no podía permitírsele por vergüenza o vanidad, y no por lealtad hacia Daniel, la dejó perpleja. Mientras tanto, Renzo continuaba hablando.

—... un paréntesis, Victoria. Solo eso: un paréntesis. Te propongo una pausa que se transforme luego en un hermoso recuerdo.

—Una especie de tregua —reflexionó ella en voz alta—. ¿Leíste el libro, Renzo? ¿Leíste *La Tregua* de Mario Benedetti?—le preguntó con los ojos encendidos.

—Sí.

—¿Lo leíste todo? ¿Sabés cómo termina?

—Ella se muere—respondió él colocando ambas manos en los bolsillos de sus jeans e inclinando la cabeza hacia un lado, como preguntándole que se proponía.

—Así es.

—No sé adónde querés llegar. Ni vos ni yo nos vamos a morir por sacarnos las ganas que nos tenemos desde la primera vez que nos vimos—aseguró, inquieto.

Victoria tragó saliva. Intentaba decirle que ese juego que él le proponía no podía terminar bien, pero se le estaba haciendo muy difícil disuadirlo. Y lo peor era que no estaba segura de querer hacerlo.

—Renzo, por favor. Me estoy sintiendo demasiado incómoda con el cariz que está tomando esta conversación.

—¿Nunca te relajás, Victoria?—preguntó él ignorando su comentario como si nunca hubiese existido—. Pues deberías, en serio. Te veo muy tensa. Dejame que te haga unos masajes en...

—¿Y vos no te das por vencido, verdad?

—No cuando estoy seguro de que vos estás deseando lo mismo que yo.

No podía con eso, sencillamente no podía. Deseaba con todas sus fuerzas entregarse a esa increíble atracción que él le provocaba, pero imaginar el rechazo en sus ojos cuando viera su cuerpo mutilado, acabaría con ella. Carajo, ni siquiera debería permitirse sentirse atraída por alguien, y mucho menos si ese alguien era tan joven, tan endemoniadamente atractivo... ¿Qué podía hacer? Sospechaba que decirle que era casada no haría que el renunciara a seducirla. Después de todo era el propio Renzo quien había propuesto lo de la bendita tregua, y ella sospechaba que tenía que ver con ignorar sus compromisos afectivos. Quizás él también tuviese uno, y no le gustó para nada la idea.

Era inevitable el tener que revelarle la verdad sobre lo que su enfermedad le había hecho, pero no quería. En el fondo no deseaba interrumpir eso que se estaba gestando entre los dos y si no fuera por ese detalle, seguro que los conduciría a la gloria.

—Renzo, hay algo que vos no sabés...

—No quiero saber nada, Vic. Nada...—la interrumpió mientras le tomaba la muñeca y la acercaba a él—. Solo quiero darte placer.

Victoria no pudo resistirse más.

Cerró los ojos, y ahí comenzó la magia.

No fue una sorpresa que él la besara de nuevo, pero igual se sorprendió.

Es que la forma en que lo hizo parecía desmentir la propuesta de Renzo de tener un encuentro sexual sin mayores consecuencias. La mirada que precedió al beso tenía tanta ternura implícita como el beso en sí. Esa vez fue delicado, dulce... Exploró sus labios, rozándolos sin prisa, y solo invadió su boca cuando ella entreabrió los suyos invitándolo a entrar. Se besaron una y otra vez. Las manos de Victoria se perdieron en la espalda del muchacho, mientras él la tomaba de la nuca y su lengua acariciaba la de ella de una forma que hacía estremecer a ambos. En una de las pausas para tomar aire, sus ojos se volvieron a encontrar. Los de él preguntaban si podía seguir avanzando, y los de ella reflejaron un súbito temor. Fue solo un instante, porque Renzo no permitió que la duda se apoderase de ella volviéndola a besar pero esa vez de una forma más demandante, mientras sus manos se deslizaban por el cuerpo de Victoria dejando un rastro de fuego a su paso.

Ella ya no podía pensar. Le echó los brazos al cuello y se dejó llevar por las sensaciones, por esa cálida laxitud que se iba apoderando de su cuerpo cada segundo que pasaba. Perdió la cabeza, literalmente la perdió. Se olvidó de todo lo que podía impedir que disfrutara de ese momento único, y se entregó a los besos de Renzo de forma por demás apasionada.

Por primera vez desde que la conoció, él tuvo esperanzas de lograr lo que más deseaba: hacerle el amor a Victoria. No solo lo había deseado, lo había fantaseado como un adolescente. Se la imaginó desnuda, disfrutando de un orgasmo con el cuerpo enrojecido y sudoroso, y el estar tan cerca de su objetivo estaba poniendo a prueba su capacidad de autocontrol.

Era consciente de que hacerle sentir su erección podría hacer que ella se volviese a replugar, que se dejase guiar por sus escrúpulos y que lo mandase a la misma mierda, pero no pudo evitar tomarla de las nalgas y acercarla a su cuerpo. Tal como lo esperaba, sintió que ella se tensaba, pero él estaba preparado para eso. Su boca abandonó la de Victoria y se deslizó por su cuello, besando y lamiendo mientras la escuchaba respirar agitadamente primero, y ahogar un gemido momentos después.

Renzo estaba perdido de deseo. Ella era tan hermosa... Si esa noche no lograba llevarla a la cama, se iba a morir de frustración. Estaba urgido por el deseo, pero no quería apresurarla. Y sabía que aunque ella lo rechazara, lo intentaría una y otra vez hasta tenerla. Y mientras lo hacía, se deleitaría escuchándola, observándola, aspirando su exquisito perfume.

Le hubiese gustado saber todo de ella. Todo menos que era de otro; eso no quería ni imaginarlo. Pero tuvo que elegir entre ser solo un amigo e insistir en que le confiara sus problemas, y ser su amante aunque sea por una noche. Fue su pene quien decidió por él, lo cual tenía cierta lógica luego de tantos meses de abstinencia.

Sabía que no podía obtener ambas cosas, así que le propuso ese encuentro, ese dejarse llevar por lo que sentían y olvidarse de todo lo demás. Después de todo, a él le venía muy bien olvidar y también ignorar cualquier cosa que lo indujera a pensar que Victoria fuese de otro. En el fondo de su corazón, tenía el deseo, la secreta esperanza de que no fuese así y no sabía por qué. En ningún momento se había planteado continuar con eso fuera de Punta del Diablo, pero por alguna razón le molestaba la idea de imaginarla con otro hombre, hasta al punto de alejar ese pensamiento de su mente cada vez que acudía a ella y los celos lo ahogaban.

El deseo de llevarla a la cama era tan fuerte, que improvisó ese discurso de paréntesis y treguas con la esperanza de persuadirla, y que accediera a entregarse a él por completo, olvidándose de la vida que llevaba en Buenos Aires. Tenía que tenerla desnuda entre sus brazos, y si convencerla de que “estrenar vidas” era una buena excusa para dejarse dominar por la pasión, no tendría problemas en recordárselo cada vez que la sintiera flaquear y retraerse como hacía instantes.

Solo un momento había dudado de que sus propósitos podrían hacerles más mal que bien, y fue cuando ella mencionó el maldito libro. Recordar que la protagonista muere al final de la novela, lo hizo pensar en Alma y en su trágica y absurda muerte. Por un momento lo invadió la confusión, pero se repuso con rapidez y la alejó de su mente mientras le devoraba la boca a Victoria.

Victoria. La sentía temblar entre sus brazos, la escuchaba suspirar mientras él se acercaba a su oído y le susurraba también entre suspiros:

—Adoro besarte, Vic. Me gusta todo de vos, hasta tus miedos. No los tengas, acá estoy yo para hacerles frente.

—No tenés ni idea...

Renzo tomó el delicado rostro de Victoria entre sus manos, y dijo sobre sus labios:

—Nada de lo que me puedas decir, podrá alejarme de vos. Nada podrá calmar esta necesidad tan grande de recorrer todo tu cuerpo con mis manos, con mi boca...

Te necesito, te deseo tanto. Sos la mujer más hermosa que vi en mi vida.

Victoria sintió las palabras de Renzo como una burla involuntaria. No de él, sino del destino. Era como si el maldito cáncer, muerto de risa, le dictara esas cosas al oído para que él las repitiera.

Nunca pensó que el hecho de que la llamaran hermosa la iba a enfriar de esa forma, pero lo cierto es que así fue. No lo rechazó, pero permaneció inmóvil, con los puños y los dientes igual de apretados, mientras él se afanaba por lograr que la mujer apasionada que había tenido hacía instantes entre sus brazos regresara.

—Victoria... —murmuró Renzo decepcionado, cuando se dio cuenta de que el momento mágico ya había pasado. Intentó mirarla, pero ella se soltó de su abrazo y se dirigió a la olla que ya burbujeaba.

El no dijo palabra, solo se limitó a observarla. Fue Victoria quien rompió el silencio a la vez que quebraba con fuerza el haz de espagueti que tenía en las manos, antes de echarlo al agua hirviendo.

—No hay tregua, no hay nada. Y antes de que pienses que tiene que ver con escrúpulos y una moral pasada de moda, te advierto que no hay nada de eso. Yo no soy la que vos crees que soy. No te vas a encontrar con lo que te imaginás, Renzo.

—No te entiendo.

Victoria cerró los ojos y tragó saliva mientras intentaba recobrar las fuerzas para decirle lo que realmente nunca le hubiese deseado confesar.

—¿No entendés? Claro que no entendés. Ni se te cruza por la mente lo que tengo bajo la ropa, lo que intento olvidar y no puedo. Y mucho menos te imaginás que eso es la punta del iceberg del daño que en verdad llevo por dentro.

—Explicámelo— pidió él, aun sabiendo que el conocer detalles de la vida de Victoria podría arruinar su propósito de acostarse con ella, por lo menos en el marco de ese encuentro suspendido en el tiempo en el que ignorar hacía más fáciles las cosas.

—No soy una mujer completa. No soy la mujer que vos quisieras tener en la cama, te lo aseguro —murmuró retorciéndose las manos, nerviosa.

—¿Qué decís? Victoria, por favor. Si tiene que ver con tu edad, dejame decirte que no puede importarme menos. Te deseo, y eso incluye todo lo que tenés bajo la ropa...

Un escalofrío la recorrió entera al escucharlo. “Ay, Dios. No me digas eso. Cuando sepas la verdad, cuando te enteres de mi mutilación vas a salir corriendo, y yo voy a querer morirme. Dilatar ese momento solo va a empeorar las cosas. Tengo que decírselo”.

—No tiene que ver con mi edad. Es otra cosa.

—Decímelo de una vez. ¿Qué tenés?— y de pronto se le ocurrió. Una enfermedad... ¿de la piel? ¿VIH? Carajo. Por eso se resistía a algo que a todas luces deseaba. Se sorprendió a sí mismo diciéndose que no le importaba, que quería tenerla a como diese lugar—. En serio, Vic. No hay nada que pueda hacerme desistir de...

Y ella no pudo soportarlo más. Tenía puesto un delantal con peto que había utilizado para no ensuciarse al amasar. Desató el nudo a su espalda y se lo sacó por la cabeza.

Debajo, una camiseta gris con la leyenda *I love NY* no revelaba nada de su secreto que estaba a punto de develarse. Sin dejar de mirar a Renzo a los ojos, metió una mano por dentro, sacó la prótesis del corpiño y la tiró sobre la mesa.

Él siguió atónito todos sus movimientos. ¿Qué era eso, por Dios? Cuando cayó en la cuenta de lo que sus ojos veían, no podía creerlo. ¿Todo este misterio para ocultar que se aumentaba el busto con relleno? Las mujeres nunca dejaban de sorprenderlo.

Observó sus pechos con el ceño fruncido y una clara expresión de perplejidad en el rostro.

Victoria miró hacia abajo y cayó en la cuenta de que él no comprendía lo que le estaba mostrando, porque la copa del corpiño aún tenía perfectamente marcada la

forma del seno. Tenía que hacerle notar lo que sucedía, porque no tenía las palabras para contárselo y por eso en un impulso hizo lo que hizo.

Se llevó las manos a la espalda, y tensó la camiseta sobre su torso, y recién en ese momento él comprendió.

Victoria observó con dolor como el rostro de Renzo se transfiguraba. Primero vio el asombro, y luego la confusión. Pero lo peor fue cuando vio la repulsión ¿o fue compasión? No lograba decodificar lo que decían sus ojos.

Renzo no podía creerlo. Si en lugar de esa especie de prótesis hubiese sacado un pene de sus pantalones, se habría sorprendido menos. Esperaba cualquier cosa, una enfermedad contagiosa, una excusa inventada para rechazarlo... Cualquier cosa menos eso.

—Victoria...

—Ya no. Ahora quedan pedazos de lo que alguna vez fui. El cáncer acabó conmigo, Renzo. Por ahora está bajo control, pero perdí mucho más que un pecho. Perdí la seguridad en mí misma, la autoestima, la dignidad.

Él estaba abrumado. Continuó escuchando lo que ella decía, pues no podía hacer otra cosa.

—¿Ahora entendés por qué no? No estoy entera en ningún aspecto. No me siento femenina, no puedo permitirme la sensualidad. Vos lo dijiste... *Vic*. Ahora soy *Vic*, pero igual podés decirme Víctor, porque para vos yo no puedo existir más que para tenerme lástima.

—No digas eso. Jamás vuelvas a decir algo así ¿entendiste, Victoria? —dijo él de pronto en un tono que hasta sonaba amenazante.

—¿Algo como qué?

—Lástima. Ni siquiera lo pienses. Lo que yo siento en este momento se acerca más a la admiración que a la lástima.

Ella bajó la vista, mientras una lágrima rodaba por su mejilla. Renzo dio un paso al frente y la atrapó con un dedo. Y en ese momento tuvo todo más que claro.

—Victoria, el saber lo que te pasó no lo modifica ni un poquito lo que siento por vos. Nada podría hacerte menos mujer, te lo aseguro —murmuró muy cerca de su boca. Y era cierto, completamente cierto.

De pronto se encontró deseando quitarle la ropa, y acariciar lentamente su cicatriz. Quería besar la huella que el dolor dejó en su cuerpo. Deseó a Victoria más que nunca.

Pero ella se apartó de improviso.

—Andate por favor.

—No. Quiero que me cuentes todo. Quiero hacerte de todo. Y si vas a llorar vení y hacelo acá —le dijo con los ojos brillantes por la emoción tocándose el pecho.

Victoria sintió que se le aflojaban las piernas al escucharlo. Por un momento consideró la tercera propuesta: llorar hasta dormirse en sus brazos. Y cuando ya no le quedaran lágrimas contarle todo. Y cuando las palabras se hubiesen terminado... No quiso ni imaginarlo, pues recordó que para ella esos placeres estaban vedados.

—Renzo, enténdelo de una vez. Lo que yo quiero es que te vayas y no verte nunca más —le espetó intentando controlarse.

—Si supiera que es cierto, quizás y solo quizás te haría caso —murmuró él inclinando la cabeza a un lado—. Pero sé que vos lo deseás tanto como yo. Sobreviviste al cáncer, Victoria, así que seguro que podrás tolerar que te bese de nuevo.

—Ni se te ocurra —le dijo poniéndole una mano en el pecho para detenerlo, porque Renzo estaba cada vez más cerca. Peligrosamente cerca.

—¿Por qué no? Lo que quiero de vos, lo que me hace desearte tanto, va más allá de tu cuerpo. Pero sos una mujer hermosa, con una, dos o cuatro tetas, Victoria. Así que si pensás que voy a huir por esto, te equivocás.

—¿No te importa cómo me siento? —preguntó ella temblando.

—¿Y a vos te importa cómo me siento?—replicó él dirigiendo la mano de Victoria hacia la zona más abultada de sus jeans—. ¿Vas a hacer algo para ayudarme? —agregó, mirándola de una forma que haría derretir hasta los polos.

La tenía hipnotizada con su encanto. Muy a su pesar, Victoria retiró la mano como si hubiese tocado fuego.

“No puedo creer que aún esté acá. No puedo creer que aún esté excitado. Y maldita sea, yo también lo estoy, pero no podría resistir el tener que mostrarle... No puedo permitirme soñar, no puedo permitirme sentir” se dijo con pesar.

Se sentía infinitamente disminuida, en inferioridad de condiciones. Estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, y él era un chico. Y como si fuera poco, su cuerpo era tan imperfecto como su alma. No tenía caso continuar. Tenía que ser drástica, y arrancar de su vida a Renzo. Era lo más lindo que le había sucedido en los últimos tiempos, pero para ella era imposible tener algo con él. A esta altura, ni siquiera podía permitirse ser su amiga. Hizo de tripas corazón, apeló nuevamente a la implacable mujer que había sido y le dijo intentando poner desprecio en su voz:

—Te lo digo por última vez, pendejo impertinente. Si te hiciste la película, lo lamento por vos. Andá a tu casa, y hacete una paja pensando en que sos maravilloso por hacer tu buena obra del día diciéndole piropos a una veterana mutilada. ¡Hacé lo que quieras, pero desaparecé! —le gritó.

Se sorprendió al escucharse tan firme y tan fría. Y supo que por fin había logrado lo que quería.

Renzo dio un paso atrás, herido, decepcionado, terriblemente frustrado. Nunca lo habían rechazado de esa forma, jamás nadie le había dicho palabras tan duras. La vida se estaba encargando de darle cachetada tras cachetada, y de pronto se encontró recordando todo lo que había intentado olvidar desde que llegó a Punta del Diablo.

Pero lo peor fue darse cuenta de que sufría más por el dolor de ella que por el propio. En lugar de enojarse, sintió que daría cualquier cosa por curar las heridas de Victoria, por darle un poco de paz, por demostrarle que a pesar de todo aún estaba en este mundo para ser feliz.

Y como no estaba en sus manos darle esa felicidad, se dio por vencido. Bajó los brazos, se rindió. Antes de abrir la puerta, se volvió a mirarla.

Ella permanecía totalmente erguida con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando por la ventana. Su expresión era inescrutable.

—Ojalá todo hubiese sido distinto —fue lo único que dijo, y luego le silbó a la perra y se retiró con ella cerrando la puerta tras de sí.

Segundos después, Victoria se derrumbaba mientras era presa de un llanto que parecía no tener fin

Esa noche Victoria no logró ni probar bocado ni conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. Durmió muy mal y despertó peor todavía.

No tenía ganas de levantarse de la cama, presa de una depresión que hacía bastante que no experimentaba. Se sentía nuevamente estafada por la vida. ¿Por qué tuvo que conocer a Renzo justo en ese momento? ¿Por qué el destino había hecho que lo deseara tanto? Y sin saberlo, se encontró pensando lo mismo que él con respecto a Alma: no sabía si lamentar haberlo conocido o lamentar no haberlo conocido antes. Antes... ¿Antes, cuándo? ¿Cuándo ella era joven, bella, sana? ¿Cuándo era libre? Qué estupidez. Hacía dieciséis años que estaba casada con Daniel; cuando ella era joven, bella, sana y libre, Renzo estaba iniciando el secundario. Estaba más que claro que jamás podría existir nada entre ellos, pues era un abismo lo que los separaba.

No sabía por qué se sentía tan atraída hacia alguien que apenas conocía. Era muy cierto que él era sexy, guapo, increíblemente masculino. Pero ella ya había conocido otros hombres así y jamás se le cruzó por la mente nada de lo que se le ocurría cada vez que lo veía, cada vez que lo tocaba... También se había sentido deseada por varios tipos más jóvenes que ella, y se había divertido dándoles alas y luego cortándoselas de golpe.

Estaba convencida de que lo que sentía por él tenía que ver con la vulnerabilidad de su alma, con lo sola que se sentía, y con Punta del Diablo. Esa atmósfera de aislamiento, el mar, el otoño... Y un joven como Renzo, mezcla de ternura y sensualidad. Un caballero. Un payaso. Un sueño imposible de cumplir. Una combinación letal.

Sonrió tristemente cuando se dio cuenta de que su pecho mutilado era quizás la última barrera que impedía que sucumbiera a los encantos del chico, y le adornara la frente a Daniel. Recordó de pronto lo que una amiga le había confesado hacía años: “Cuando sé que un tipo me gusta mucho, y que no me voy a aguantar, me pongo ropa interior desastrosa, Vicky. Pero solo si me importa como para querer seguir viéndolo, y que no piense que soy fácil por volteármelo en la primera cita. Si sé que tengo la bombacha rota, estoy salvada. Antes muerta que pasar vergüenza.” Como si tuviese una bombacha vieja, su cuerpo cruelmente deformado la mantenía libre de riesgos, completamente a salvo. Por eso había podido ser tan dura al rechazar lo que se moría por aceptar, haciéndole y haciéndose daño, para evitar... ¿Qué cosa quería evitar? ¿El polvo más memorable de su vida, el que la haría luego desear lo que ya no podía tener? ¿La vergüenza de mostrar su cuerpo en esas condiciones? ¿El serle infiel a un hombre que siempre le había sido infiel? ¿El descubrir que el cáncer le había quitado mucho, pero también le había dado la oportunidad de una vida distinta? Esto último era como un pájaro carpintero que le estaba taladrando la cabeza. Se la tapó con la almohada para no pensar, pero fue inútil. La idea de que esa crisis que estaba atravesando no era solo un castigo sino una forma de hacerle ver cuán vacía había sido su vida hasta el momento, comenzó a tomar fuerza en su mente.

No lo podía aceptar, sin embargo. No toleraba siquiera pensar en tener que aprender la lección de esa manera. El destino era demasiado cruel poniendo a Renzo en su camino, si tenía prohibido cumplir el sueño de tocarlo.

Se levantó como pudo. No podía continuar enroscándose en reflexiones que no la conducían a ningún sitio. Debía ponerse en acción para superar esa sensación de vacío que estaba sintiendo.

Momentos después, el vacío fue en el estómago. Más que un vacío fue como un golpe seco que la dejó sin aire. Y luego cientos de mariposas aleteando en su vientre y más abajo también.

Estaba a punto de salir a trotar cuando lo vio. Se había asomado a la ventana para observar el cielo y lo descubrió a unos metros de la entrada de la cabaña, igual que el día anterior. A su lado, Juan Carlos jugaba a atraparse la cola, ajeno a la expresión de contrariedad del rostro de Renzo.

“¡Mierda! Está claro que nunca se da por vencido. ¿Qué voy a hacer? No puedo enfrentarlo, no puedo salir. Estoy segura de que si insiste me veré en una situación que no podré manejar, porque ya no puedo negarme más lo mucho que me gusta. Me atrae, me fascina, me seduce... Lo miro y me derrito. Controlate, Vic. Ya no sos una nena.”

No tuvo el valor para salir. Se metió de nuevo en la cama, encendió la tele, e intentó olvidar que él estaba allí.

Al mediodía volvió a mirar a través del cristal de la ventana y observó incrédula que aún continuaba en el mismo sitio, pero estaba tomando mate sentado en el césped. Más allá estaba la perra mordisqueando algo distraídamente. A ninguno de los dos parecía molestarles el sol que les daba de lleno en la cara. Si no fuese porque al otro día era su cumpleaños y no quería que nadie la contactara, esa misma noche se iría de Punta del Diablo. Eso siempre y cuando él le permitiera salir.

Renzo le hizo la guardia toda la tarde. En ningún momento golpeó o intentó entrar. Se limitó a esperar paciente e inútilmente que ella saliera de la casa. Victoria lo observó impotente desde su ventana, sin animarse a hacer lo que se moría por hacer: correr escalera abajo y lanzarse en sus brazos. Besarle con desesperación. Morderle la boca.

Finalmente, Renzo se marchó con la cabeza baja luego del atardecer. Tras él, Juan Carlos lo siguió con paso cansino. Se volvió solo una vez y Victoria se apartó de la ventana rápidamente. Es que aún a esa distancia, sintió que su mirada triste la traspasaba.

Y como una niña, boca abajo en la cama, lloró su pesar mordiendo la almohada.

Renzo descansó como un bebé, y todo el mérito fue de *Jack Daniels*. Había encontrado una botella casi completa en uno de los armarios, y se la bajó mirando boxeo por televisión. Seguramente lo poco que faltaba se lo había bebido Alma, y en el último trago, la elevó sobre su cabeza y brindó "a su salud".

“Qué ironía”, pensó avergonzado. Brindar por la salud de alguien que hacía tiempo que estaba tres metros bajo tierra. La vida fue muy injusta para ella, para él, para todos.

Pero injusta o no, Alma se había marchado y él continuaba allí. Y Victoria le recordaba continuamente lo vivo que estaba.

Pensar en ella le hacía bien y le hacía daño. "De tus manos yo quiero hasta el bien que hace mal", había leído una vez. Ahora sabía de qué se trataba.

Sonó con ella esa noche. Victoria emergía del mar, bella como una sirena y se acercaba a él lentamente, con las manos en los pechos. Se veía tan hermosa, tan sensual, que de pronto podía escuchar el latido de su propio corazón, y un torrente de sangre alocada martillando en sus sienas. Despertó sobresaltado por otro sonido bastante irritante, y se dio cuenta de que ya era de día, y que el viento que había comenzado a soplar en la noche, se había intensificado bastante. Era lógico que se desencadenara una tormenta, luego del calor del día anterior, totalmente inusual en el mayo uruguayo.

Recordó lo sucedido el día anterior. Vaya tonto; en lugar de haber aprovechado el buen tiempo, se la pasó montando guardia en la puerta de Victoria esperando inútilmente que saliera. Ambos eran dos estúpidos: ella abrasándose adentro con las ventanas cerradas, y él afuera, al rayo del sol. En lugar de arder en la cama, de sudar pasión entre sábanas húmedas, habían permanecido alejados uno del otro como si un muro invisible los separara. Sacudió la cabeza, hastiado, y se concentró en el sonido amenazante del techo que parecía a punto de salir volando.

"Lo que me faltaba... Tengo que subir al techo y clavar estas malditas chapas, porque sino... ¿Por qué habrá permitido Alma que *El Granizo* se deteriorara tanto?", se preguntó aun sabiendo que la depresión que padecía le había impedido pensar en otra cosa que no fuese el infierno en el que vivió su corta vida.

Esa cabaña había sido un golpe de suerte inesperado, quizás el único de su vida. Alma trabajaba en forma independiente vendiendo seguros y no le iba del todo mal. Cinco años atrás, una terrible granizada hizo increíbles destrozos en la zona. Al siguiente año, no había nadie que no hubiese asegurado sus propiedades y cultivos, por lo que ella vio incrementado su capital en forma por demás notoria. Así que con ese dinero literalmente "caído del cielo" decidió invertir en esa cabaña, tan acogedora como vetusta, a la que le puso de nombre "El Granizo", en honor al golpe de suerte (o de mala suerte para muchos) que se la había proporcionado.

Renzo se estremeció al recordarla sonreír el día en que entraron juntos a la cabaña. Era evidente que allí se encontraba cómoda y quizás hasta feliz. Se esforzaba por acordarse solo de los buenos momentos vividos con ella, y a veces lo lograba.

Se duchó en tiempo récord y se puso un jean. Solo eso, nada de camisetas, nada de ropa interior, y mucho menos calzado. Tenía prisa por solucionar el tema de la precariedad de la vivienda antes de quedarse con el cielo sobre su cabeza y las cosas de Alma arruinadas por la inminente lluvia.

Maldijo en voz alta cuando salió y se dio cuenta de que el cartel que llevaba el nombre de la cabaña se había caído hacia un lado. En fin, ya se ocuparía luego de eso, porque en ese instante su prioridad era el techo que aleteaba alegremente con cada ráfaga. Se hizo de las herramientas y trepó ágilmente sin necesidad de recurrir a una escalera.

La perra no vio con buenos ojos su aventura y se puso a ladrar como una condenada, pero él la ignoró. Por unos minutos se abocó la tarea de solucionar el percance para evitar males mayores, sin pensar en otra cosa que no fuera en eso.

El primer trueno fue tan fuerte, que casi se cae. Por suerte tenía la chimenea cerca, y se aferró a ella como si fuera King Kong en el Empire State. Mientras se esforzaba por mantener el equilibrio, dirigió su mirada al océano y la vio.

Victoria corría por la playa, a unos doscientos metros de distancia. Era ella, no había dudas. Su cuerpo estilizado, su ropa deportiva... Nadie en Punta del Diablo salía a trotar. Estaban demasiado ocupados ganándose la vida, como para permitirse ese tipo de actividades de esparcimiento.

A Renzo se le paralizó el corazón al verla, aun así de lejos, y enmarcada por la nube más oscura que había visto en su vida.

¿Cómo se le había ocurrido salir a hacer ejercicio en un día como ese? No lo pensó ni un segundo: saltó del techo y corrió tras ella.

“Hay que ser tonta para salir a trotar en un día como este. Si no intensifico el ritmo, seguro que la tormenta me alcanza”, se dijo Victoria.

Sabía que lo mejor era haberse quedado en casa, y celebrar su cumpleaños bebiéndose el vino que le había llevado Renzo, pero el darse cuenta de que él había renunciado a seguir esperándola, la impulsó a salir. No se sintió feliz por eso, sin embargo. Más bien experimentó algo muy parecido a la decepción al no verlo frente a la cabaña, pero antes de que esa sensación de vacío se apoderara de su alma, decidió ponerse en acción. Después de todo, era lo que ella deseaba; retomar la libertad, el control de su vida. Sentirse encarcelada por no enfrentarlo no fue agradable, sin embargo tenía que reconocer que el hecho de no estuviese allí, la hacía sentir perdida.

Tenía que olvidarse de él. Estaba cumpliendo treinta y ocho años y había vencido al cáncer. Y pronto estaría de vuelta en el ruedo, así que ya era hora de mantener cierta constancia en su entrenamiento. Se puso la ropa deportiva y salió a trotar, con la esperanza de que la tormenta tardara en desencadenarse, y le diera tiempo a regresar seca. El primer trueno no la tomó por sorpresa. Observó fascinada como el rayo que lo precedió atravesaba el cielo y moría en el mar. Con los auriculares puestos, no pudo captar tenebroso sonido en toda su dimensión así que continuó trotando como si nada.

Cuando el viento se intensificó y además comenzó a llover, supo que no podría continuar haciendo ejercicio. “Tengo que regresar antes de que una ráfaga me lleve con el mago de Oz”, pensó sonriendo.

Cuando se dio la vuelta sucedió lo inesperado: se encontró frente a frente con Renzo.

Casi se infarta, y no solo por la sorpresa. Es que él se veía maravilloso con el torso desnudo y descalzo. Y con ese jean gastado que colgaba de sus caderas en forma indolente y sensual.

—¿Qué hacés acá? ¿Me seguiste?—le gritó mientras la lluvia arreciaba.

—Sí.

—¡No puedo creerlo, Renzo! ¿Se puede saber qué querés? —preguntó intentando ocultar la tormenta que se estaba desencadenando, pero dentro de ella.

La respuesta la dejó atónita, paralizada, sin palabras.

—A vos.

“A vos... No puede ser. No me digas eso por favor. Tengo que irme, tengo que huir ya porque sino...” Pero no pudo terminar el pensamiento porque antes de que ella pudiese reaccionar, él la había tomado por la cintura y se la había cargado al hombro.

—¡Ay! ¿Qué hacés? ¡Renzo, bajame ya!

Victoria pateó, gritó, le golpeó la espalda con los puños pero no consiguió que la soltara. Simplemente él ignoró su pedido y continuó caminando.

La llevaba como si fuese una pluma, incluso cuando tuvo que trepar por las dunas entre el viento y la lluvia. ¡Y el granizo! Porque momentos antes de que llegaran a la cabaña comenzaron a caer como pequeños guijarros que no alcanzaban a hacer daño, pero molestaban mucho.

—¡Mierda! —exclamó Renzo cuando las piedras comenzaron a golpearle el rostro. Victoria, iba cabeza abajo, por lo que el impacto lo sentía en su trasero, bastante amortiguado como para lastimarla.

Finalmente llegaron y él la dejó de pie en el porche y luego sacudió la empapada cabeza. Ella se lo quedó mirando como si de un dios se tratase. Era un sueño hecho hombre, semidesnudo, mojado, perfecto. No podía creer lo que sus ojos veían, y un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza mientras Renzo se pasaba las manos por el pelo y lo alborotaba para que dejara de gotear.

Estaba tan guapo que deslumbraba, y cuando él dirigió su mirada hacia ella, Victoria tragó saliva y tuvo que mirar a otro lado, porque esos ojos castaños la estaban matando. En ese momento notó el cartel medio caído, en el césped cubierto de granizo.

“*El Granizo...* ¿Es una broma? ¿La guarida de este hombre se llama así? Debí imaginar que todo lo podía, si es realmente un dios. Logró volverme loca, hacer que granizara, tenerme aquí a su lado totalmente subyugada por su imponente presencia. Estoy perdida”, pensó asombrada.

—Te lo voy a decir una vez: no intentes huir porque no es necesario. No te voy a secuestrar, no te voy a violar, es más, te prometo que no te voy a tocar, así que cambiá esa cara, Victoria. Vení a secarte —dijo Renzo abriendo la puerta y haciendo un gesto para invitarla a entrar.

Ella obedeció sin chistar. Se sentía una tonta por experimentar un dejo de frustración por la declaración del muchacho. ¡No se entendía ni ella misma! Cuando él avanzó como un gato, ella retrocedió como un ratón. Y ahora se encontraba decepcionada porque Renzo le advertía que no la iba a tocar. Necesitaba hablar con su psiquiatra, no había dudas de ello.

Cuando entró a la casa, se le erizó la piel y no fue por el frío. Es que la atmósfera reinante en esa acogedora sala estaba cargada de algo muy fuerte que no supo definir qué era, pero desde el momento en que puso un pie allí sintió que había algo especial en ella. Fuera lo que fuera, Renzo no pareció percibirlo. Y Juan Carlos tampoco, a juzgar por su persistente actitud de rascarse el lomo contra la alfombra de esterilla, poniéndola perdida.

—Allí tenés el baño. Hay una bata colgada, así que te podés duchar y pasarme tu ropa para que la seque en la estufa ¿de acuerdo? En marcha, Victoria, que te vas a congelar.

Como una autómatas se metió en el baño. Era enorme y blanco. ¡Y tenía bañera! Una de esas esmaltadas con patas de animal y enormes canillas de bronce. Contrastando con ella, una práctica ducha teléfono colgaba de un soporte.

Victoria vio la bata. Era rosa, y estaba salpicada de estrellas diminutas. La bata de una mujer, sin duda. No pudo evitar sentir celos, increíbles e injustificados celos de la dueña de esa bata, pero no pudo enroscarse en eso porque Renzo le golpeó la puerta.

—La ropa, por favor. Y las zapatillas.

—Ya voy —respondió mientras se quitaba la calza y la camiseta y le alcanzaba todo por la puerta entreabierta.

Se duchó rápido, y luego se colocó la bata rosa que le quedó perfecta. Encontró un secador de cabello en el armario, y lo utilizó para secar su empapada ropa interior. Le llevó bastante tiempo la tarea, y cuando terminó, ya tenía el pelo seco. Respiró profundo, y salió.

Renzo estaba inclinado en la boca de la estufa a leña, con sus jeans mojados, abocado por completo a la tarea de secar las zapatillas de Victoria. Cuando sintió su presencia levantó la vista, y la observó por un momento con una extraña expresión.

“La bata... Es eso. Le parece chocante verme con ella. Tengo que saber a quién pertenece” pensó, y mientras lo hacía descubrió las fotos. Era una chica muy joven, de cabello oscuro y mirada triste. Junto a ella se veía lo que parecía ser Juan Carlos cuando aún era una bola peluda y dorada. En otras fotografías, la perra ya era adulta, y la joven continuaba con el mismo aire de tristeza en todas ellas.

No pudo evitar preguntarle. Se mordió la lengua dos veces, pero igual se le escapó.

—¿Ella es tu novia? Porque no quisiera estar aquí si de pronto llega y me pesca con su bata.

Renzo movió los leños y respondió sin mirarla.

—No es mi novia. Y no te preocupes, que no va a venir.

—¿Ya no vive acá?—insistió Victoria, presa de una incontenible ansiedad de saber.

Él volvió la cabeza y la miró fijamente.

—No, ya no vive.

—Pero es la dueña de la perra ¿verdad?

—Ya no. Victoria, no quiero hablar más de ella —respondió él tercamente.

—¿Por qué?

—Porque Alma ya no está entre nosotros. Está muerta, y te repito: no quiero hablar de ella.

Se quedó muda de repente, abrumada por las palabras de Renzo. Muerta. ¡Su novia muerta! ¿O quizás fue su mujer? ¿Tendría hijos con ella? La cabeza le daba

vueltas y vueltas.

—Perdón. No debí preguntar.

—Está bien.

Victoria estiró las mangas de la bata, nerviosa. Ocultó sus manos dentro de ellas, como acostumbraba a hacerlo siempre, mientras buscaba desesperadamente algo que decir para romper con la tensión que se había generado entre ellos.

—¿Sabés si...?—se aclaró la garganta porque no le salía la voz—. ¿Sabés si el mal tiempo va a seguir? Todo este viento, y esas cabañas tan precarias... —dijo acercándose con cautela.

—No lo sé. Prendé la radio si querés. Aunque no lo creas, funciona. La adaptaron, obviamente —le respondió señalándole un aparato enorme, de lo que parecía ser baquelita. Se veía hermosa sobre el pie de una máquina de coser de hierro, tan antigua como ella.

Victoria la encendió, y comenzó a mover el dial. Para su sorpresa, se escuchaba la FM. Sí, era innegable que la habían adaptado a las exigencias de la modernidad, igual que la bañera. Sin embargo no lograba sintonizar nada más que descarga y estática, hasta que de pronto la música invadió la estancia. Se escuchaba sorprendentemente bien. Era una balada en español, bastante conocida. Alex Ubago era el intérprete, según ella recordaba. Sí, Alex Ubago y la chica de "La Oreja de Van Gogh". ¿Cómo era su nombre? Ah, sí. Amaia Montero.

Nunca le había prestado demasiada atención a esa canción, al menos hasta ese momento. De espaldas a Renzo, cerró los ojos y contuvo el aire cuando escuchó:

*Me muero por suplicarte, que no te vayas, mi vida.
Me muero por escucharte, decir las cosas que nunca dirás.
Más me callo y te marchas; mantengo la esperanza,
de ser capaz algún día
de no esconder las heridas que me duelen al pensar,
que te voy queriendo cada día un poco más...
¿Cuánto tiempo vamos a esperar?*

Apretó los puños, los dientes, apretó todo. No se atrevía a darse vuelta, pues la canción la estaba dejando en carne viva, exponiendo totalmente su alma. Y tenía la sospecha de que Renzo estaba sintiendo algo similar. No quería enfrentar su mirada, porque sabía que se perdería en ella llegando a ese punto de no retorno que quería evitar a toda costa. Permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, escuchando.

*Me muero por abrazarte,
y que me abrasces tan fuerte,
me muero por divertirme y que me beses cuando despierte,
acomodado en tu pecho, hasta que el sol aparezca,
me voy perdiendo en tu aroma,
me voy perdiendo en tus labios que se acercan susurrando,
palabras que llegan a este pobre corazón,
voy sintiendo el fuego en mi interior...*

Lo sintió aproximarse lentamente. Lo sintió en la piel, porque él no hizo el menor ruido. Cuando lo tuvo detrás, pudo percibir el calor de su cuerpo aun a través de la bata. Su corazón comenzó a latir de forma desenfrenada y se mordió el labio porque se daba cuenta de que su respiración se entrecortaba y temía que se le escapara ese gemido que pugnaba por salir de su garganta.

El ritmo de la de Renzo también era irregular y sibilante. Estaba tan pero tan cerca, que Victoria pudo sentir su aliento caliente en la nuca. Lo tenía a centímetros de su cuerpo, pero no la tocaba y ella se desesperó de ganas de que lo hiciera. Rogó en silencio que él se decidiera a acortar esa mínima distancia que los separaba, porque ya no resistía más el deseo de perderse en sus brazos.

*Me muero por conocerte, saber qué es lo que piensas,
abrir todas tus puertas,
y vencer esas tormentas que nos quieran abatir,
centrar en tus ojos mi mirada, cantar contigo al alba,
besarnos hasta desgastarnos nuestros labios
y ver en tu rostro cada día crecer esa semilla,
crear, soñar, dejar todo surgir,
apartando el miedo a sufrir.*

—Victoria... —murmuró Renzo contra su pelo, mientras la tomaba de la cintura—. Nunca fui capaz de cumplir una sola promesa.

Ella tembló y se recostó contra él. En ese momento sintió su erección en toda su plenitud en la parte superior de sus nalgas. Tuvo deseos de llorar, porque lo deseaba de una manera insana, pero su vanidad no estaba lista para dar un paso más. No hizo el menor gesto para alejarse, sin embargo le dijo:

—Quiero, pero no puedo. No puedo, Renzo. Es que no sé ni quien soy...

Lo sintió tensarse, y luego alejarse así, sin más.

—No sabés quien sos... ¿Entonces qué dejás para mí que me vengo a enterar a los veintiocho años de que soy adoptado?—replicó él, masticando cada una de sus palabras.

Al escuchar eso, Victoria se volvió como si el rayo que acababa de caer muy cerca, la hubiese partido al medio. El dolor en la voz de Renzo era tal, que le llegó al alma. ¿Cómo era posible algo así en esa época, por Dios?

El se había sentado en una banqueta junto a la estufa y con los codos en las rodillas y las palmas en la frente, permanecía en completo silencio, como si ella no estuviese presente.

—Ay, Renzo...

Se acercó a él despacio. Lo sentía tan lejos.

—No tiene caso, no importa—murmuró él sacudiendo la cabeza.

—Contame, por favor.

—No —respondió, aunque en el fondo deseaba hacerlo. Pero si rompía esa última barrera, tenía que olvidarse de la esperanza de tener algo con ella. La tregua, el paréntesis, o lo que fuera que le había propuesto, significaba no saber nada el uno del otro, ni siquiera el apellido. No quería perderse la posibilidad de tenerla, justo ahora que sentía que Victoria había entreabierto la puerta y estuvo a punto de dejarlo entrar a la fortaleza que rodeaba su alma. Pero ella le acarició el pelo, y él ya no pudo resistirse a esa necesidad de liberar la suya contándole todo. Se lo dijo. Lo de la adopción, y también le habló de Alma y su trágica muerte.

—¿Pero por qué te lo contaron, Renzo? ¿Por qué justo ahora? —preguntó ella asombrada cuando él terminó de hablar.

—Porque tenían miedo de que yo terminara acostándome con mi hermana.

Así de simple y a la vez tan complejo. Tan horriblemente duro.

Victoria no se atrevió a preguntarle si lo había hecho. No le pareció correcto, no le pareció justo ponerlo en ese compromiso. Quizás ahora era el único que sabía lo que había pasado entre ellos, y tal vez era mejor así. Estaba de pie, junto a la estufa, y él permanecía sentado en la banqueta mirando el fuego con la tristeza dibujada en el rostro. ¡Sintió tanta pena por él! Y en un arranque de ternura tomó la cabeza de Renzo y la oprimió contra su vientre. Lo rodeó con sus brazos y le besó el pelo una, dos, tres veces.

Él permaneció inmóvil por unos segundos, disfrutando del sorpresivo contacto. Y después se apartó un poco y levantó la cabeza para mirarla a los ojos. Se quedaron un tiempo así, mirándose el uno al otro sin decir palabra.

Renzo no sabía qué hacer. Tenía un dolor en el pecho que le estaba dificultando la respiración, y estar tan cerca de Victoria no ayudaba para nada. Esa boca

hermosa, esos ojos grises que lo miraban de una forma... Se moría de ganas de atraerla hasta la suya y comerla a besos, se moría de ganas de tocarla. ¿Cómo saber si podía...? ¿Cómo soportar un nuevo rechazo ahora que se encontraba tan o más vulnerable que ella? No se animaba a avanzar, pues sabía que era su única oportunidad de estar así, de esa forma tan íntima con ella. Un movimiento en falso y la perdería, lo sabía. Por eso no hizo nada hasta que ella enmarcó su rostro con ambas manos y le acarició la barba con los pulgares. Los movía en pequeños círculos sin dejar de mirarlo, primero a los ojos, y luego directamente a su boca.

Renzo no podía soportar más lo que estaba sintiendo. Le explotaba la cabeza y también los pantalones. Y el corazón le golpeaba el pecho con tanta fuerza que le dolía cada vez más. Nunca había experimentado una emoción tan intensa, tan demoledora... Era como si una soga invisible se estuviese entrelazando en torno a ellos, uniendo sus almas. Porque eso es lo que él sintió; en un momento se dio cuenta de que recobraba su esencia, y que todo su ser iba en pos de lo que siempre había deseado: una mujer como Victoria. Ese era su lugar; es allí donde debería estar siempre, entre sus brazos, envuelto en su mirada que le decía tantas cosas.

Lo supo, simplemente lo supo. Descubrió de pronto que al fin sucedería, porque no habría fuerza en esta tierra que pudiese evitarlo. Bajó la mirada y se concentró en el nudo de la bata, que deshizo lentamente.

Mientras él hacía eso, Victoria se mordía el labio inferior para no gritar. Un inusual desasosiego se apoderó de ella, y luego ya no pudo pensar. Lo único que podía hacer era sentir. Se entregó por completo a las sensaciones que invadían su cuerpo, y a los sentimientos que invadían su alma. Ya no tenía caso luchar contra lo inevitable.

Renzo separó los bordes de la bata y descubrió el cuerpo de Victoria. Lo primero que vio fue un vientre perfecto. Su piel era blanquísima y no tenía una sola marca que indicara el paso del tiempo, o de la vida. Él la acarició con el dorso de la mano, y ella dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo, presa de una súbita laxitud.

Lo dejó hacer. Le permitió que la tocara, y también que la besara. Cuando sintió su lengua en el ombligo no pudo evitar gemir, complacida.

Él parecía extasiado al notar cuánto le gustaba a Victoria sentir sus manos en la piel. Sin dejar de mirarla las introdujo dentro de la bata y se aferró a sus caderas. La alejó para poder contemplarla mejor. Tenía un conjunto de ropa interior negro, de microfibra. La parte inferior era diminuta, solo cubría lo que había que cubrir para evitar que se volviese loco.

La recorrió desde abajo hacia arriba. Carajo, qué belleza. Por un momento se olvidó del tema que a Victoria tanto la preocupaba, porque así, con el corpiño estilo deportivo de esos que se colocan por la cabeza, no se le notaba nada.

Era tan bonita. Se moría de ganas de desnudarla y recorrerla entera con la lengua. Ya no quería ir despacio, no podía. Su cuerpo pedía *Victoria*. Se puso de pie, y en un rápido movimiento le deslizó la bata por los hombros, y la dejó caer al suelo.

Ella cerró los ojos. Estaba casi desnuda ante un hombre que hasta hacía unos días no conocía. Un hombre increíblemente seductor, que prometía llevarla a lugares donde ella jamás había estado, por el solo hecho de acariciarla con sus enormes manos. Tenía que relajarse y disfrutarlo. Pero no podía hacerlo, no cuando él le lamía el cuello a la vez que intentaba levantarle el corpiño para sacárselo.

—No, por favor... Te doy todo menos eso —murmuró al borde de las lágrimas mientras le apartaba la mano.

—Quiero especialmente eso, Victoria—susurró él junto a su oído.

—Renzo, no me hagas esto...

Pero él no respondió, sino que se limitó a partirle la boca de un beso, que la dejó jadeante y temblorosa.

—¿Que no te haga qué? ¿Esto? —preguntó con voz ronca mientras deslizaba la mano hacia abajo e introducía los dedos dentro de la bombacha—. Me vas a dar esto... y esto... y esto también —le decía mientras la tocaba con exasperante lentitud. Una mano allí abajo, la otra en una nalga, y la boca descendiendo peligrosamente por su cuello.

Ella sentía su aliento dejar un rastro caliente mientras se aproximaba a su pecho. Pero de pronto él se detuvo. Levantó la cabeza y la tomó del mentón para mirarla a los ojos.

—Me vas a dar todo— afirmó.

Victoria asintió con la cabeza. Mientras Renzo la alzaba en brazos y la llevaba a la cama, se despidió de su vida tal como la había conocido hasta el momento. No le quedaban dudas de que habría un antes y un después de Renzo. Estaba lista, entregada, deseosa. Cerró los ojos y se preparó para disfrutarlo.

Victoria dormía boca abajo en la enorme cama de Renzo con la cara vuelta hacia él, que la observaba extasiado. Con el pelo revuelto y esa expresión relajada parecía una nena. Se moría de ganas de despertarla y se le ocurrían maneras algo alocadas para hacerlo, pero temía poner su paciencia a prueba y estropear esos momentos tan maravillosos que estaban viviendo.

Era realmente bella. Con el índice delineó con cuidado la línea de su nariz perfecta y sonrió cuando la vio fruncirla. Estaba tentado de hacerlo de nuevo. Quería perturbarla de alguna forma, porque ella lo había hecho con él hacia instantes, y cómo... Más que perturbarlo, había hecho temblar la tierra bajo sus pies. Perdió todas sus referencias, perdió el control. Durante un delicioso lapso de tiempo se sumergió en el placer más intenso que había experimentado en su vida, y estaba maravillado por eso.

No se tenía mucha fe al principio, porque Victoria lo miraba como una gacela asustada y él se sentía un león que quería devorarla entera, pero era consciente de que tenía que contenerse y comportarse más bien como un gato, yendo muy despacio.

Por eso la dejó en la cama con delicadeza, y se tendió a su lado apoyando la cabeza en un codo, con la mirada fija en su rostro arrebolado.

—Tenés miedo.

—Sí.

Claro que lo tenía, lo veía en sus ojos. No quería que lo sufriera, quería que lo gozara, pero no sabía cómo hacer para romper esa barrera que le cortaba el acceso a su alma. Porque tenía claro que eso no se trataba de eyacular dentro de una mujer hermosa, eso iba mucho más allá...

Era cierto que tenía una necesidad casi urgente de satisfacer el hambre que se le había despertado al conocerla, pero era más importante para él lo que ella sintiera. No sabía cómo transmitirle lo deseable que le resultaba, y cómo lo inquietaba esa forma de mirarlo entre temerosa y voraz, que lo estaba enloqueciendo.

Cuando comenzó a acariciarla pudo sentir ese miedo que la tensaba como un arco. Pero a medida que su mano se alejaba de la zona que Victoria consideraba de riesgo, su cuerpo se relajaba y aparecía esa expresión de hembra ardiente que le provocaba hacerle de todo.

Se guiaba por su instinto y por los suspiros de ella, para no dar pasos en falso y arruinarlo todo. Y así fue que las caricias dieron paso a los besos, y los besos a los mordiscos. De pronto se encontró sobre ella, entrelazando su lengua con la de Victoria, y gimiendo de forma descontrolada. Estaba tan excitado que le dolía, de verdad le dolía.

Qué mujer más exquisita. Dos días atrás había probado el dulce de sus labios, y desde ese momento no había pensado en otra cosa que no fuera repetir la experiencia de besarla. Lo hizo, la besó como un animal. Desde el instante en que la boca de Victoria desapareció dentro de la suya, se sintió perdido. Toda su cautela desapareció, y ya no pudo pensar. Cuando comenzó a sentir, igual que ella, todo fluyó de una forma increíble.

La besó, la tocó. Lamió su cuello lentamente y luego se fue acercando a su pecho, aferrándose al deseo de adorar las secuelas de su dolor, y a la confianza de estar haciéndole más bien que mal. La sentía contener el aire, podía percibir su ansiedad y buscaba con desesperación la forma de transmitirle la seguridad de que quería amar cada centímetro de su piel.

—Te deseo tanto que estoy haciendo grandes esfuerzos por contenerme y no arrancarte la poca ropa que tenés encima —susurró sobre su boca.

Victoria tembló por un momento.

—No es necesario que... me quite toda la... ropa...

—Me imagino que te sentirías más cómoda si yo ignorara la parte superior de tu cuerpo ¿verdad?—preguntó Renzo alzando las cejas.

—¡Sí!—respondió ella al instante.

—Pero resulta que para mí es imposible ignorar algo de vos. Quiero mirar, quiero besar cada centímetro de tu piel. No te quiero incómoda, Victoria. Te quiero así como estoy yo, loco de ganas —le dijo con voz ronca—. Así que voy a hacerte el amor desnuda. Me vas a mostrar lo que te gusta y también lo que no te gusta; me vas a mostrar todo, mi amor.

Y mientras decía eso ignoraba los gestos de protesta de ella y le levantaba el corpiño despacio.

Esperaba que cayera la prótesis, pero no fue así, ya que al parecer estaba incorporada a la copa y salió con ella. Se lo sacó con cuidado por la cabeza y luego contempló su rostro completamente arrebolado.

—Ahora voy a mirarte.

Y lo hizo. Recorrió su pecho, primero con los ojos, y luego con su mano. Acarició la perfecta redondez de su seno derecho, y después recorrió con un dedo la cicatriz que cruzaba el lugar donde había estado el izquierdo.

La sintió llorar cuando eligió poner su boca en ese lugar prohibido, pero no se permitió dudar. Deslizó la lengua sobre la línea irregular, mientras su respiración se hacía cada vez más pesada y se le enturbiaba la mente al descubrir que lo único insano en la situación era él, que estaba enfermo de deseo por esa mujer increíble que tenía en la cama.

Le dedicó toda su atención a la cicatriz por unos interminables segundos, hasta que sintió que el llanto se apagaba. Luego se incorporó y le llenó de besos toda la cara, y le mordió el mentón cuando ella se arqueó e inclinó hacia atrás la cabeza, dejando expuesto su cuello, y su pecho ya sin secretos.

Y cuando se dio cuenta de que nunca nadie le había dado tanto, no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Ay, Victoria... Ya no puedo más—murmuró sobre su boca.

La oyó gemir, complacido y luego decir con voz ronca.

—Entonces dame...

"Mi amor, te voy a dar... Vaya si te voy a dar. Pero no será nada comparado con lo que vos me estás regalando. Me estás dando tu orgullo, me estás dando tus miedos. Te despojás de tu vanidad junto con la ropa, y me mostrás tus imperfecciones como si lo único que te importara fuera lo que yo pienso de ellas. Pues las quiero, las amo. Pasó la vida por allí, pasó el dolor. Y aunque me muero de ganas de cogerte, no puedo dejar de pensar en cómo hacer para estar siempre a tu lado, para impedir que cualquier sufrimiento vuelva a tocarte."

Victoria estaba pasando por el momento más delicioso de su vida.

Cuando comenzó su vida sexual era joven, hermosa, y tenía dos pechos turgentes y firmes. La inició el chico más atractivo del secundario en la cama de sus padres estando éstos de viaje. Y lo hizo despacio, con ternura, murmurando dulzuras en su oído. Pero ni esa primera vez, ni las que siguieron durante veinte años, sintió lo que estaba experimentando en esos momentos.

Tenía unas ganas de soltarse que le daba miedo. Y todo lo que antes la había aterrado, había resultado el centro de su placer que irradió todo su cuerpo con sensaciones increíbles. Se sentía ardiente, y más mujer que nunca. Su cuerpo y su alma se hicieron uno, y ya no le importó otra cosa que no fuera la urgencia de sentirlo adentro y explotar con él.

Sus deseos tomaron el mando, y se dejó guiar por ellos.

Lo apartó sin mucha delicadeza, para alcanzar el cierre del jean, y se lo bajó mordiéndose el labio, sin poder ocultar las ganas que tenía de tocarlo allí.

Apenas tuvo tiempo de sorprenderse de no encontrar ropa interior entre el pantalón y su... ¡Ah, qué maravilla! Duro, hinchado, palpitante, asomaba entre una mata de vello oscuro. Lo liberó y ambas manos se cerraron en torno a él, mientras su dueño jadeaba su nombre desesperado.

—Ah, Vic... Sí.

Como las piezas de un rompecabezas todo encajó de maravillas. De pronto, y sin saber muy bien cómo, el pene de Renzo se encontró dentro de ella, y el pensamiento de los mil peligros de coger sin condón, apenas la rozó. Así, sin más, pasó de su mano a su vagina que lo esperaba receptiva, anhelante. No hubo tiempo para nada, ni para sacarse el jean, ni para sacarse la bombacha. Apenas se detuvo un segundo para apartársela, y luego la penetró a fondo, abriéndose paso a esa

exquisita resistencia húmeda, sin mayores contemplaciones. Por un momento permaneció clavado en ella, inmóvil, mientras se miraba en sus ojos. Y después comenzó a moverse como un animal, gruñendo apasionado, enfermo de deseo.

Victoria elevó sus caderas y marcó su propio ritmo, y él la siguió loco de placer, de deseo, presa de un descontrol maravilloso que le hacía vibrar desde el pene hasta el alma.

Entonces ella explotó. Acabó entre intensos gemidos, arañando su espalda y tensando su cuerpo una y otra vez. Ver por fin su orgasmo, sentirlo, saber que él había sido el disparador de ese placer, derrumbó todas sus barreras. Estaba a punto de vaciarse en ella cuando recordó que no se había puesto el maldito condón, y en ese instante de cordura logró salir de adentro de ella en el momento exacto. Mientras su pene bombeaba semen sobre el vientre de Victoria, su lengua se introducía en su boca, murmurando su nombre entre suspiros entrecortados.

—Victoria...

Después de eso, fue una fiesta de besos y sonrisas. Y cuando el placer terminó de disiparse, la rodeó con sus brazos y la colmó de caricias hasta que se durmió, extenuada.

Desde ese momento, no había dejado de contemplarla. La liberó a regañadientes cuando ella se revolvió para apartarse, protestando en sueños. Pero no pudo dejar de mirarla.

El atardecer lo sorprendió así, con los ojos entregados y también su corazón, que jamás logró retomar su ritmo, presa del embrujo de esa mujer que hasta dormida lo subyugaba.

Afortunadamente para Victoria, Renzo tenía toda una provisión de papas *Pringles*. Era lo único que había en la cabaña, y no era un alimento demasiado sustancioso, pero ella no era muy exigente cuando tenía hambre.

Cuando él regresó de la cocina con el magro banquete y algo de beber, Victoria ya había pasado por el baño y lo esperaba en la cama, peinada y con la ropa interior puesta.

Renzo sonrió al darse cuenta de que pasado el fragor de la pasión, volvían las inhibiciones. Ya se encargaría luego de ellas.

Desnuda o vestida, se veía hermosa con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. La miró con detenimiento y otra vez se impresionó por la perfección de su vientre y se preguntó si le habría mentido con respecto a su edad, porque realmente su piel no denotaba el paso del tiempo. Y también se preguntó si tendría hijos. La interrogante tomó tanta fuerza en su mente que cuando ella quiso saber en qué pensaba, se lo dijo.

—¿Tenés hijos?

Victoria tomó otra papita del tubo y permaneció con la vista baja, sin responder. Pero Renzo no se resignó.

—¿Hay algún hombre en su vida? Decime eso, al menos.

Pero ella permaneció en silencio, masticando, con la mirada invariablemente baja.

—No es justo. Yo te conté lo de Alma y vos no querés contarme nada de tu vida—le reprochó.

Ella lo miró por un segundo como evaluando qué decirle.

—¿Sabés lo que no es justo? Que vos hayas mirado hasta mi horroroso zurcido, y yo no haya visto casi nada —le dijo muy seria.

Renzo aceptó el desafío. Le gustaba esta nueva Victoria risueña y audaz y quiso probar un poco más.

—Tenés razón. ¿Querés que me quite los jeans? ¿Querés un estriptis? —le preguntó poniéndose de pie de un salto.

—Era una broma, Renzo— murmuró presa de una súbita timidez, al verlo frente a ella, imponente y masculino con sus jeans desprendidos, y el vello asomando.

—Ah... Cobarde. Es una pena, porque estoy entrenado para eso. De hecho fui estriper por un tiempo —dijo él mientras hacía el amague de bajarse el cierre de los pantalones, moviendo levemente las caderas. Su sonrisa era tan cautivante que deslumbraba.

—¿En serio? ¿Estriper?

—Ajá. No sé por qué esa cara de asombro. ¿Es porque a tu criterio no califico? —le preguntó, burlón.

Victoria lo miró con desconfianza, y cuando la risa de él le demostró que estaba mintiendo, le lanzó un almohadón en la cara.

—Sos de lo peor —lo acusó riendo. Pero lo cierto es que se moría por admirar el espectáculo de Renzo desnudándose lentamente. Carajo... ¿por qué no? ¡Ese día se había permitido tantas cosas! Desde que él la había rescatado de la tormenta de granizo, y la había llevado al hombro a esa pintoresca cabaña llamada precisamente "El Granizo", su vida había dado un giro radical.

Se había descubierto a sí misma como una mujer sensual. Su femineidad que creía perdida, había regresado con más fuerza, y lo que había experimentado con Renzo había sido algo fuera de este mundo. Solo de pensarlo, sentía calor en las mejillas, y fuego entre sus piernas. Esa intimidad que estaban compartiendo aún después del sexo, la hacía sentirse extrañamente audaz así que sucumbió a la tentación de provocarlo.

—¿Sabés qué? No solo tenés todas las condiciones para ser un estriper sino que quiero que me muestres tu talento —le dijo sonriendo, y al verlo alzar las cejas esa sonrisa se transformó en una carcajada—. No sé por qué esa cara de asombro —agregó, remedando lo que él le había dicho hacía instantes—. Me lo merezco; después de todo hoy es mi cumpleaños.

Al instante de haber dicho esto último, ya se había arrepentido. En primer lugar, porque su intención siempre había sido olvidarse de eso. No solo era un año más vieja, sino que también se cumplía un año del comienzo de su pesadilla. Y en segundo lugar, porque más allá de lo que era imposible ocultar, mantener su vida personal en reserva era muy importante para ella. Después de todo, el bendito paréntesis que dejaba en suspenso sus realidades, tenía como condición ineludible el desconocer cualquier aspecto de su privacidad que pudiese vulnerar sus sensibilidades. Y su edad, sobre todo con respecto a la de Renzo, era un tema más que sensible. Él tenía veintiocho y ella treinta y ocho. Claro que habiendo vencido el miedo a mostrar su cuerpo, diez años de diferencia en su contra no era nada comparado con el hecho de estarle siendo infiel a su esposo.

Mierda... Daniel. No se había acordado de Daniel hasta ese momento. Y lo más curioso de todo era que se sentía más culpable frente a Renzo por ocultarle que estaba casada, que por el hecho de estar poniéndole los cuernos a su marido.

Por extraño que resultara, se sentía más inmoral por la ausencia de remordimientos, que por el hecho en sí. La Victoria en la que se había convertido era sin lugar a dudas una caja de sorpresas.

Bueno, no del todo. Estaba segura de que nada cambiaría entre Daniel y ella, pues sabía por experiencia que el ignorar preservaba, así que continuaría con su vida, tratando de olvidar esa maravillosa tarde en que tocó el cielo con las manos, a pesar de estar cumpliendo treinta y ocho.

¿La culpa aparecería cuando volviera a Buenos Aires, o podría enfrentar a Daniel como si nada? No lo sabía, y en ese momento le importaba un comino, porque Renzo le estaba sonriendo de esa forma encantadora que la hacía derretir. Ya se encargaría de cuestionamientos morales al día siguiente porque ese día era para disfrutarlo a pleno. Ese día, era su tregua.

—¿Tu cumpleaños, Victoria? ¿Y recién ahora me lo decís? No te creo. A ver, mostrame el D.N.I., que también estoy seguro de que me mentiste cuando nos conocimos, y no tenés ni treinta.

Ella sonrió. Ese chico sabía cómo hacer feliz a una mujer en más de un aspecto.

—Te aseguro que tengo más de treinta y no acostumbro a salir a trotar con el documento encima. Además, vos mismo me hablaste de olvidarnos de todo lo que quedara afuera de esto.

En ese momento se terminó la broma, y comenzó otra cosa que Victoria no hubiese querido que empezara.

—Esto... ¿qué es esto, Vic? Decímelo porque yo no tengo ni idea. Solo sé que excede todo lo que me había propuesto, y también todas mis expectativas —le dijo, acercándose a la cama.

Ella se estremeció. Temía eso; lo temía, pero descubrió que también le encantaba.

—No sé —murmuró con la vista baja, y para distraerlo de su objetivo agregó—: ¿No me vas a desear un feliz cumpleaños, Renzo?

Él pestañeó, indeciso. No quería renunciar a hablar del tema, no quería renunciar a ella... Pero le iba a dar tiempo. Por el momento, lo dejaría pasar.

Así que aun de pie, la tomó del mentón y le alzó el rostro.

—Felices treinta y pocos.

—Yo diría que son treinta y pico. Treinta y ocho, para ser exactos— le dijo, pero en realidad se lo estaba diciendo a sí misma, para recordarse hasta donde podía desear, hasta dónde podía llegar.

—No sé si creerte. Vamos a hacer como que sí. Hagamos de cuenta que tenés treinta y ocho muy bien llevados, y que este día no se va a terminar nunca. Que no va a existir un mañana y que este momento suspendido en el tiempo se va a mantener por siempre... —murmuró Renzo llegando a su boca.

Ella lo recibió con la suya abierta, entrelazando su lengua a la de él, hambrienta.

Renzo le acarició el rostro con una ternura que la hizo estremecer, pero sonó devastadoramente sensual cuando le dijo sobre sus labios.

—Decime que querés de regalo, Vic. Podés elegir cualquier cosa que tenga dentro de mis pantalones. Lo dejo en tus manos.

Victoria entendió la consigna, y sin pensarlo dos veces se hizo de su regalo.

Si la primera fue algo fuera de este mundo, la segunda fue muy terrenal.

Cuando Renzo dejó caer sus jeans y salió de ellos completamente desnudo, a Victoria se le detuvo el corazón. Y ya que se había permitido tantas cosas ese día, también se permitió observarlo con descaro. Su mirada hambrienta lo recorrió entero, desde abajo hacia arriba.

De pie, con las piernas separadas y los brazos cruzados en el pecho, era la viva imagen de la belleza masculina. Era perfecto, simplemente perfecto.

Sus piernas velludas eran proporcionadas y musculosas, y su pene erecto se veía turgente y palpitante. Haciendo un gran esfuerzo, Victoria apartó por un momento los ojos de allí y continuó la fina línea del vello más allá del ombligo. Cuando llegó a su pecho, él desmenuzó los brazos para dejarla continuar la exploración visual, y cuando su mirada alcanzó en su rostro, se encontró con una sonrisa medio burlona, medio insinuante que casi la volvió loca.

—Ahora vos conocés todos mis secretos.

Ella se mordió el labio inferior mientras su mirada descendía en picada hacia abajo.

—Sos demasiado... lindo —sentenció en voz baja.

—¿Demasiado? ¿Cuánto es demasiado, Victoria? Y no sé si me gusta que me digas "lindo"... No, definitivamente no me veo así, decime que no, por favor —le dijo, fingiendo desesperarse.

—¿Y cómo te gustaría verte?—preguntó intentando sin éxito levantar la vista.

—Mmm... Macho, quizás. Viril...—respondió él—. Y mirame a la cara cuando te hablo —agregó riendo divertido.

Victoria se ruborizó intensamente, pero lo miró a los ojos de mala gana.

—Te ves muy masculino. Y joven. Ay, Renzo. Demasiado bien te ves. Y cuando digo demasiado me refiero a *derroche*... —confesó suspirando. Dadas las circunstancias, casi prefería que no fuese así.

Renzo se puso serio porque adivinó lo que pasaba por la mente de Victoria.

—Viniendo de una belleza como vos, "derroche" me sabe a gloria. O a Victoria, que es casi lo mismo —murmuró con voz ronca.

—Una belleza como yo...—repite ella frunciendo la nariz, mientras se miraba las manos, nerviosa. Le parecía increíble que sucediera algo así, que un hombre tan atractivo le dijera bella. Seguramente tendría a su disposición a decenas de mujeres. Lindas, jóvenes, o ambas cosas.

Él se arrodilló a sus pies.

—Una completa belleza. Completa, por donde se te mire, aunque hay algo que todavía no he visto —susurró mientras sus dedos índice y mayor "caminaban" por uno de sus muslos hasta llegar al borde de la bombacha.

Victoria atrapó su mano con rapidez, por puro reflejo.

—Epa... ¿Otro lugar prohibido, *Vicky*? Pero si anduve recorriendo ese camino hace un rato ¿te acordás?—le dijo, irónico, alzando las cejas. Y antes de que ella pudiese reaccionar, le sacó la prenda con facilidad. Parecía bastante seguro de lo que hacía cuando la deslizaba por las piernas de ella, que no podía evitar oponer una leve resistencia.

—No... Ay, no.

—¿No? ¿No es algo tarde para eso, mi amor?—susurró, seductor, mientras le separaba las rodillas con firmeza.

Cuando sintió los dedos dentro de ella, casi se muere de la impresión, pero cuando la boca de Renzo sustituyó a su mano, el efecto fue devastador. Se tendió de espaldas en la cama, mientras se aferraba a las sábanas con ambas manos.

El orgasmo fue tan intenso que sus gritos retumbaron por toda la casa. La tormenta había cesado afuera, pero por su cuerpo en ese momento pasó un vendaval que la dejó desmadejada y sollozante.

Renzo trepó por su cuerpo y la besó apasionadamente. En sus labios aún tenía el sabor de Victoria, y también su calor.

—Esto también me supo a gloria... O a Victoria —le dijo mordiendo su cuello—. Quiero más de eso, mucho más. Pero ahora no me puedo aguantar las ganas de cogerte —agregó mientras la ponía boca abajo sin ninguna delicadeza.

Victoria estaba lejos de tener control sobre sus actos, así que se dejó hacer de todo. La puso en cuatro, y la penetró hasta sentirla acabar de nuevo. Se la sacó porque si continuaba moviéndose dentro de ella su orgasmo sería inminente y quería aguantar. Lamió su sexo y su culo en esa posición, mientras intentaba contenerse apretándose la cabeza del pene con la mano. Quería cogérsela hasta que ella pidiera piedad. Quería llenarse de Victoria. Y también quería darle todo.

En ese momento, mientras la hacía vibrar con su lengua en los sitios más secretos de su cuerpo, decidió que no iba a dejarla escapar.

La quería en su vida como fuera. Y recién después de tener eso bien claro, comenzó a tomárselo con más calma.

Se puso un condón y la montó de frente. Alzó sus largas piernas y las puso en sus hombros, mientras la penetraba con fuerza una y otra vez. Cerró los ojos, porque el solo hecho de mirarla lo enloquecía al punto de hacerle perder el control de su eyaculación. Pero privarse de observar algo tan hermoso era un pecado.

Esa vez no había insistido en quitarle el corpiño. Deseaba que ella se relajara completamente, y aunque para él era un placer tenerla desnuda quiso complacerla en eso, y por eso no se lo quitó. Verla así, solo con la parte superior y el resto sin nada, era la experiencia más sensual de su vida. Ese corpiño continuaba siendo su armadura, le daba seguridad, pero en la parte baja de su cuerpo, no podía estar más desnuda. Desnuda, abierta y húmeda. Y toda para él.

El mundo comenzó a girar a su alrededor, y Renzo se desintegró entre sus piernas. La gozó como un animal, y gritó su orgasmo mordiéndole la boca.

Se quedó inmóvil un instante, pero luego, para sorpresa de Victoria, se tendió de espaldas llevándola consigo. La tenía sobre él a horcajadas, y había conseguido hacer la maniobra sin sacar el pene de su vagina.

Ella hizo una mueca de dolor, porque lo sentía enorme y firme dentro de ella, como si nunca hubiese acabado.

Pero el verle el rostro enrojecido entre la barba, y escuchar sus jadeos apasionados la puso a punto enseguida, y comenzó a moverse como una gata salvaje, arañándole el pecho y echando hacia atrás su cabeza, loca de placer.

Se inclinó para besarlo, y eso le produjo una presión en su sexo que le arrancó otro orgasmo intenso.

—Ahhh... Renzo.

—Sí, mi vida. Disfrutalo. Me estás matando, Vic... Pero cómo me gustaría morir así —murmuró al tiempo que le reclamaba la lengua.

Pero Victoria no quería que muriera. Lo quería vivo. Lo desmontó con rapidez y le quitó el condón. El pene continuaba rígido, empapado de semen, y ella se lo puso en la boca. Lo chupó, lo lamió, mordisqueó sus testículos con cierta rudeza. Y en ningún momento dejó de mirarlo a los ojos.

Esa vez, Renzo le acabó en la boca, tomando la cabeza de Victoria con ambas manos, mientras bombeaba más semen caliente en su garganta hasta que ella se retiró porque no podía respirar. Él observó cómo le caían las últimas gotas por el mentón y suspiró, entregado.

“Punta del Diablo... Me diste más de lo que esperaba. Vine a encontrar mi eje y lo logré. Acá está, entre mis piernas, y me mira con esos ojos grises mientras se relame. Dios, no puedo amarla más en este momento”, pensó con los ojos llenos de lágrimas.

Y para que ella no viera su llanto, la tomó de la nuca y probó su propio semen directo de su boca.

—Te saliste con la tuya.

—¿Por?

—Por esto. No te sacaste el corpiño esta vez.

—Renzo... Continúa siendo difícil para mí.

—Lo entiendo, Vic. Pero conmigo no tenés por qué.

"Con vos más que con nadie, hermoso. Sos el tipo más sensual, más perfecto que vi en toda mi vida, y yo soy... lo que quedó luego del cáncer. Y además, vieja. Pero no quiero pensar en eso ahora, cuando me tenés entre tus brazos y parece que no quisieras dejarme ir."

—Odio mi cuerpo.

—No digas eso, Vic. Vestida o desnuda sos hermosa.

—No es cierto. El día que llegué a Punta del Diablo... — de pronto se interrumpió porque se dio cuenta de que iba a revelar algo de su vida que no tenía por qué.

—Dale, contame —pidió Renzo sentándose en la cama y obligándola a ella a hacer lo mismo.

Victoria suspiró, resignada. Después de todo no era información codificada.

—Ese día suspendí la intervención en la cual me iban a reconstruir el seno —le dijo.

Él no pareció sorprenderse.

—Querías pensarlo mejor y por eso viniste acá.

—Sí. En realidad no lo sé. Salí de mi casa rumbo a la clínica a la mañana, y a la tarde estaba en Punta del Diablo.

—Vos no necesitás someterte de nuevo a esa tortura, Victoria. Una cirugía...

—Tal vez necesite más de una.

—¿Más de una? Hiciste bien en suspender eso.

—Qué sé yo. Es muy duro mirarse al espejo y desear romperlo.

—No digas eso, mi amor.

"Mi amor, me llama su amor. ¿Por qué me endulza el oído si ya obtuvo lo que quería? Esto se está saliendo de control. Me da consejos, se preocupa por mí. Si esto no es lo que me recetó la psiquiatra para sanar mis heridas emocionales, no sé qué puede serlo. No es cierto, ya lo sé. Pero cómo me gusta que me llame así."

—Es la verdad. Me siento incompleta, mutilada...

Renzo sacudió la cabeza una y otra vez. Buscaba las palabras correctas y no las encontraba, pero quería que ella supiera que tenía opciones. Y como no las encontraba, no le dijo nada. La miró unos segundos y luego le acarició los hombros, los brazos. Tomó sus manos y se las besó. Finalmente tomó aire y las palabras salieron.

—Sacate el corpiño.

—No.

—Por favor, Victoria.

No sabía que tenía el sí tan fácil, porque se rindió ante su mirada y obedeció. Quizás quería hacerlo.

Cuando sus ojos se encontraron, fue como si se reconocieran. Como si se volvieran a ver luego de mucho tiempo, y lo único que les importara fuese estar juntos.

Victoria no sentía ningún pudor, y no experimentaba ni rastros de incomodidad. Su inseguridad se había ido con el corpiño, porque lo único que podía sentir era deseo. Puro y franco deseo.

Renzo levantó la mano y la tocó allí, y ella sintió que se quemaba.

—Sos perfecta hasta en tus imperfecciones.

Se quedó muda, paralizada por la emoción.

—Solo te falta algo, Vic. Algo muy importante.

—Ya lo sé...

—Que seas mía. Eso te falta.

Mierda, no era lo que esperaba. ¡Pero cómo le gustaba oírlo!

"Basta, basta, basta. No quiero desear lo que deseo, no puedo hacerlo. No puedo soñar siquiera con algo así. No lo creo, y sé que debe haber alguna razón para que me esté diciendo esto. No me conoce, no lo conozco... ¿Entonces por qué lo siento tan cerca? Me acaricia la cicatriz y es como si me tocara el corazón" pensó, emocionada.

Y ese fue su último pensamiento antes de que Renzo le comiera la boca.

Dos horas después, Victoria despertó sobresaltada. Estaba en penumbras, y Renzo dormía a su lado, desnudo, iluminado por la luz de la luna. Se lo quedó mirando sorprendida por la intensidad de su deseo. Lo habían hecho todo el día, y aun así le tenía ganas.

"Hambre atrasada", se dijo. Atrasada de toda la vida.

De pronto sintió que alguien respiraba a su lado, y se volvió lentamente... *Juan Carlos*. La perra se encontraba junto a la cama y la miraba, completamente inmóvil.

Ella estiró el brazo y le acarició la cabeza. Era preciosa. Como su dueño y también como Alma. Había una foto en la mesa de luz y Victoria la observó con detenimiento. No se parecía en nada a Renzo, pero era muy bonita.

Se preguntó muy a su pesar hasta donde habrían llegado, pero enseguida desechó ese pensamiento, y se sorprendió al darse cuenta de que lo que podía ser doloroso para él, también lo era para ella.

Eso se estaba poniendo fuera de control. No podía permitirse sentir esas cosas. Y tampoco podía sentirse feliz cuando Renzo también se conmovía con su dolor, y se lo demostraba con una ternura que la hacía llorar, y una sensualidad que la hacía... Ay, Dios. No podía permitirse más.

Volvió su rostro a él y se lo quedó mirando por largos segundos. Así, dormido con la mejilla sobre una de sus palmas, parecía un adolescente. Parecía tan joven como su hijo.

De pronto se encontró pensando en él y la invadió una sensación de vacío, una inmensa nostalgia.

"Felipe... ¿estará preocupado por mí, o sentirá alivio por mi ausencia? Mi chiquito... De pronto siento unos deseos inmensos de refugiarme en tus brazos. ¿Llegará el día en que pueda hacerlo? ¿Quisiera tanto encontrar un punto de encuentro contigo, mi amor! Pero continuamos a años luz de distancia y yo lo único que hago es acrecentarla poniendo tierra de por medio, con el pretexto de pensar qué es lo que quiero. Pero lo menos que hago es eso. Acabo de echar varios polvos con un hombre que apenas conozco, que me detonó la cabeza a tal punto que me hizo olvidar de todo, hasta de vos, querido Felipe. Pero ya no. Terminó mi recreo; muy a mi pesar terminé, porque lo que estoy deseando es muy peligroso."

Después de todo, ella sabía que el dichoso paréntesis tenía fecha de caducidad y que tenía que regresar. Había planeado quedarse unos días más, pero se dio cuenta de que cada minuto que pasaba se sentía más atraída hacia Renzo, y en su corazón estaban comenzando a nacer sentimientos que la estaban asustando. Retrasar la despedida iba a empeorar las cosas, sin dudas. ¿Pero cómo decirle adiós a algo tan bello? Se sintió tentada de acariciarlo, de besarlo, de despertarlo a él y a su deseo al

mismo tiempo. Miró hacia abajo y vio que éste continuaba intacto y la tentación se acrecentó. ¿Y si solo se lo permitiera una vez más? Se lo merecía por lo mal que la había pasado. La perra resopló y ella volvió a mirarla.

Juan Carlos a su vez, la miraba fijamente. Era muy inquietante sentirse observada de esa forma por un animal, que parecía leerle la mente y reprobarla con los ojos. Y no se permitió un minuto más de duda. Regresó a la realidad a una velocidad vertiginosa, y con la misma rapidez se levantó y tomó su ropa interior.

Se marchó de la habitación procurando no hacer ruido, y sin volverse ni una vez a mirar a Renzo. Temía no resistir, y olvidarse de todo para gozarlo de nuevo. Sabía que si lo hacía, estaría perdida, y lo poco que le quedaba de la vida real podría hacerse añicos por una locura casi adolescente. Tenía que conservar a su familia, regresar a la realidad que le tocó en suerte. Tenía que recuperar a su hijo.

Se vistió en la sala, y cuando estaba a punto de marcharse, vio un bloc de notas sobre la mesa.

Vaciló. Sabía que no podía haber una despedida cara a cara. Es que si le hablaba no la habría sin dudas, porque caería en sus brazos, perdida.

Renunciar a Renzo la estaba matando. Jamás se había sentido tan vacía, ni siquiera cuando palpó su torso luego de la cirugía, y se encontró mutilada.

Miró el papel por unos segundos. Sería una forma de cerrar esa puerta, de darle un final a ese encuentro angelado y ardiente, aunque su corazón sangrara y su cuerpo pidiera más.

Minutos después, se fue. La perra colaboró con su retirada, pues no emitió ni un solo sonido de advertencia para su dueño.

Victoria la acarició. "Adiós, Juan Carlos. Cuidalo...", susurró con un nudo en la garganta.

Amanecía cuando Victoria llegaba a su cabaña, y en pocos minutos ya estaba camino a Buenos Aires con el rostro bañado en lágrimas y el corazón hecho pedazos.

Ni bien abrió los ojos lo supo. Sin siquiera volverse en la cama, Renzo tuvo la certeza absoluta de que Victoria estaba muy lejos de allí.

Los volvió a cerrar, con la esperanza de que todo fuese distinto. La imaginó dormida a su lado, con el cabello revuelto y ese delicioso aroma que lo volvía loco. El perfume de su piel era lo único real, y había quedado impregnado en las sábanas que fueron testigo de ese día maravilloso, de esa noche única. Era todo lo que quedaba de Victoria. No, no podría soportarlo. Ni siquiera podía admitirlo.

Se vistió como pudo y tomó la bicicleta de Alma. Pedaleó como un desesperado, rogando por llegar a tiempo. La perra no fue tras él como siempre lo hacía. Se tendió en el porche, observando la loca carrera de Renzo y así permaneció hasta que él regresó derrotado.

Entró a la cabaña sin mirarla. Con ella no tenía que disimular lo frustrado que se sentía, no tenía por qué ocultar su dolor. Se derrumbó en una silla de la cocina, y en ese momento vio la carta. El corazón se le detuvo por un segundo y luego comenzó a latir fuera de control. Le temblaba la mano cuando la tomó y se puso a leerla.

Estás leyendo esto porque soy una cobarde y no me animé a decírtelo en la cara. Tengo que irme así, como si me hubiese robado algo y esta metáfora no es casualidad. Me estoy llevando un recuerdo que me acompañará mientras viva, Renzo. Porque si hay algo de lo que estoy segura, es que no voy a olvidarte nunca.

Me diste más de lo que te podés llegar a imaginar. Y sacaste de mí cosas que yo no sabía que existían. Me voy con la certeza de que ya nada podrá ser igual, de que nunca más voy a poder comer papitas sin recordar que las hicimos pedazos al hacer el amor sobre ellas. De que cada vez que esté frente una hoguera, la voy a ver reflejada en tus ojos. Y de que la lluvia, el viento y el granizo, indefectiblemente me traerán a esta cabaña, directo a tus brazos.

No sé lo que pasó entre nosotros, no sé si esto fue más que un recreo. Y no quiero saberlo, porque te confieso que tengo miedo de no poder volver a sentirme entera si no es con vos. No hay cirugía que pueda reconstruir lo que vos hiciste en mí porque dejaste huellas en mi cuerpo y también las dejaste en mi alma. Me hiciste sentir más mujer que nunca, Renzo.

Gracias por esta tregua. Y tenés razón, no nos vamos a morir. No me mató el cáncer, y tampoco lo hará el amor. Al menos eso espero.

Me llevo a Victoria, vos quedate con Vic.

Un beso,

Yo

Y luego una gota de agua.

Carajo, eran lágrimas y eran suyas. No podía evitar que cayeran una detrás de otra sobre el papel. Lloró como un niño, lloró hasta que su corazón dijo basta.

Cuando levantó la cabeza, no quedaban ni rastros del que había sido. No solo él le había dado algo a Victoria.

Lo que Renzo recibió en esos días, se lo debía también a ella. Y en honor a ella iba a salir adelante. Ahora sabía que huir para siempre era imposible, pero si tenía que regresar, lo haría bajo sus propias reglas.

Ya no le importaba saber quién era; se conformaba con saber lo que quería y lo que no.

Quería hacer lo que le gustaba, así que al diablo con la maldita empresa. Eso fue asunto de su padre, y ahora lo sería de su madre.

Al diablo también con Carlos Benítez, que ya bastante cruz tenía con la muerte de Alma. Quería olvidarse de lo que ya no se podía remediar.

Deseaba reencontrarse con sus afectos, con su hija que estaba disfrutando tan poco. Con Fefe, con Lucas, con Danilo, sus camaradas de siempre, sus amigos de toda la vida. Quería cumplir sus sueños y también los de ellos, así que se iba a atrever a formar su propia empresa haciendo lo que mejor les salía, jugar con la tecnología.

Y lo más importante de todo: quería a Victoria. A como diera lugar, la iba a encontrar.

Lágrimas. Muchas... Victoria no había cesado de llorar desde que salió de Punta del Diablo esa mañana. Lo hizo mientras conducía, y en un par de oportunidades tuvo que detenerse porque estaba cegada por ellas y temía provocar un accidente. Sentada sobre la caja del auto, respiró hondo y trató de serenarse, pero fue inútil. Se había derrumbado un dique dentro de su alma, y no podía hacer nada para impedir que su dolor fluyera. Lloraba por ella, por Renzo, por lo que pudo ser y ya no sería. Lloró por el tiempo, por la distancia, por el encuentro, y por el final.

Se sentía tan triste, se veía tan destrozada, que la chica del peaje que separa Maldonado de Canelones le preguntó si estaba bien. Victoria sacudió la cabeza y no dijo nada.

No lo estaba, y ahora sabía que jamás lo estaría sin él.

Condujo como pudo hasta Colonia, y tomó el ferry a Buenos Aires justo a tiempo. Mientras la nave se alejaba de la costa, no pudo evitar acordarse de Renzo.

Recordó su sonrisa traviesa, las pintitas oscuras en sus ojos melados, la textura de su piel que aún conservaba el calor del verano. Recordó sus caricias, sus besos de fuego, la fuerza de sus manos aferrándose a sus caderas. La avidez con la que le reclamaba la lengua, la forma en que gemía cuando llegaba al orgasmo, el sabor de los sitios más íntimos de su cuerpo... Y la ternura.

De todas las cosas que él le había dado en esos días, la que más iba a extrañar era la ternura. Podía vivir sin sexo, de hecho había prescindido de él desde hacía mucho, pero sabía que después de haber probado la pasión y el deseo genuino de Renzo, ya nada podría estar a la altura. Y también sabía que vivir sin sentir que era importante para alguien, sin estremecerse al mirarse en los ojos de un hombre al que le sobraban brazos para contener cualquier desborde, iba a ser una auténtica pesadilla. Es que por primera vez en su vida se sintió aceptada en todas las dimensiones de su ser. Por fin pudo mostrarse cómo era, y no como los demás esperaban que fuera.

Renzo la hizo sentir perfecta aún en sus imperfecciones, y eso sería imposible de olvidar.

Era consciente de que los separaba un abismo pero no podía dejar de sufrir por el hecho de saber que ya no lo volvería a ver. Él había hecho trizas sus barreras, se había metido en su cuerpo y en su alma con igual intensidad, y había logrado que ella fuera más allá de sus temores, de sus inhibiciones. La hizo transgredir todas las reglas que había acumulado en su vida. Por él dejó de lado sus principios, rompió sus votos matrimoniales, se deshizo de su vanidad, y también de su necesidad de tener el control. Se dejó llevar por el deseo, se dejó arrastrar por esa pasión inmensa que jamás iba a poder saciar, y se olvidó de todo y de todos. Hasta se olvidó de su hijo.

Por un instante sintió que sería imposible cerrar ese paréntesis, esa puerta que se había abierto. Creyó que tenía derecho a sentirse así, que pecar era parte de su naturaleza, que se merecía un premio por tantas desdichas. Se justificó ante sus ojos, buscó cualquier pretexto para mantenerse aferrada al pecho de Renzo y quedarse así para siempre. Rogó para que jamás acabara el granizo, para que el viento no cesara nunca. Rogó más tregua. Pidió más tiempo.

Pero el rostro de Felipe y el imaginárselo dolorido por su abandono, la alejó de "El Granizo" y la devolvió a la realidad. Le dijo adiós a ese bendito recreo que le había llenado el cuerpo y le había desbordado el alma. Le dio la espalda a un sueño y se preparó para enfrentarse a la vida que le había tocado vivir.

Y allí estaba, camino a casa en un remis, mientras encendía por fin el móvil y se ponía a escuchar la cadena interminable de mensajes. Su madre, su padre. Daniel. Otra vez su madre. Su amiga Pepi... Ah, cómo la quería. La había dejado plantada en la clínica, avisándole mediante un mensaje de texto que no se haría la cirugía y que necesitaba irse lejos por un tiempo. Le pedía que le dijera eso al médico, y que le pidiera disculpas. "No te preocupes, dejalo en mis manos" fue su respuesta y Victoria la adoró por comprenderla y no hacer preguntas.

Pero estaba preocupada, a juzgar por la cantidad de veces que la llamó. "Vikinga, solo quiero que sepas que aquí estoy. No me voy a ir hasta que vuelvas a Buenos Aires, aunque eso signifique que me tenga que quedar a vivir en este lugar que odio tanto, que me trae malos recuerdos. Tomate tu tiempo, pero tené en cuenta eso", había dejado grabado en su contestadora.

Victoria sonrió por primera vez en todo ese largo día. Qué chantajista tan encantadora. Penélope Princesa Hermosa Hurtado era todo un caso. Tan increíble como su nombre, Pepi era noble, confiable y más que divertida. Inquieta y menuda, se tornaba a veces un torbellino que la dejaba agotada. Pero ambas sabían que podían contar la una con la otra desde siempre. De hecho Victoria se había pasado toda su infancia y adolescencia defendiendo a Pepi de los que se burlaban de su nombre.

Qué manía tenía la gente de ponerles nombres alusivos a sus hijos. ¿No se daban cuenta de cuánto daño podían causarles? "Princesa Hermosa"... No solo le habían puesto tres nombres de pila sino que dos de ellos eran cuando menos ridículos. Era algo bastante frecuente hacía unos años, pero no por eso dejaba de ser odioso. En la propia familia de Victoria había muchos casos así. Una tía uruguaya, Gloria Celeste, por ejemplo. Padeecía su nombre la pobre, y su jefe, un abogado a todas luces sádico, la llamaba por ambos invariablemente. Ella misma estuvo a punto de llamarse Victoria del Mar, y solo el apellidarse Ríos lo impidió. Es que resultaba demasiado redundante. Lástima que no pensaron igual al llamar Marina a su hermana mayor. Vaya obsesión tan tonta.

Victoria se salvó de tanta agua, pero se ligó otra tradición de su familia materna, los Hortiguera. Una de las mujeres tenía que llevar la V como inicial y como segundo nombre María, en generaciones alternadas.

Victoria María Ríos era infinitamente mejor que lo que le había tocado a la pobre de Pepi, sin dudas. Su amiga le alegraba el alma, y vaya si lo necesitaba. La llamaría luego.

Más mensajes, y ninguno de Felipe. La tristeza regresó a ella y se instaló para quedarse.

Estaba a punto de entrar a su casa cuando alguien la detuvo. Carajo, lo que necesitaba para darse cuenta de que había aterrizado de cara contra la realidad: encontrarse con su odiosa vecina Hanna.

—¡Victoria! ¿Cómo estás, nena? Le pregunté a tu marido cómo había resultado la cirugía y me contestó con evasivas, le pregunté a tu hijo y directamente ni me respondió. Pensé que habías muerto, te lo juro. Pero no. Aquí estás. Pero qué mal te ves, querida. ¡Tendrías que haberte quedado unos días más en la clínica! Igual acá se las arreglan bastante bien sin vos. Pero decime ¿cómo te sentís?—le dijo a una velocidad de vértigo.

Victoria la escuchaba, esperando que la mujer se quedara sin aire. En algún momento tenía que respirar seguro. Era insoportable, una *metelios* profesional que hurgaba en vidas ajenas porque no tenía una propia.

—Me siento bien, Hanna. Al final no hubo cirugía.

—¿Cómo? ¿Cómo que no hubo? ¿Pero por qué? No te irás a quedar así para siempre... Por favor, Victoria. ¿Entonces dónde estabas? ¿En un spa? Hablá de una vez, querida—insistió la mujer.

—Es que no me dejás.

—¡Pero sí soy toda oídos! Te escucho, hablá, dale. Hablá.

—No tengo mucho que decir. Me fui al Uruguay unos días a descansar...

—¡Al Uruguay! ¿Por qué al Uruguay? Si acá en Argentina tenemos de todo. ¿Por qué no te fuiste a las termas de Río Hondo? ¿O a las Sierras de Córdoba? ¡O a Mar del Plata! No sé para qué tienen ese chalet si no van nunca.

—Mirá Hanna, acabo de llegar y de verdad necesito... —comenzó a decir, pero una nueva interrupción de su vecina la hizo callar.

—¿Qué necesitás Victoria? ¿Algo de comer? Te veo tan flaca, querida, tan demacrada. ¿Estuviste llorando? Porque eso parece. Ya te dije que no te preocupes, que no te vas a volver a enfermar. Agendate de nuevo la cirugía así solucionás ese problemita y listo. Y no se te ocurra irte de nuevo, y menos al Uruguay ¿qué tenías que hacer ahí, me querés decir?

Era desesperante. Victoria tenía ganas de gritarle en la cara que lo que tenía que hacer ahí era conocer a un hombre hermoso que le había hecho el amor como nunca nadie se lo había hecho, cogiéndola y amándola al mismo tiempo. Pero no podía. Bajó la mirada, pues temía delatarse.

—Yo... Nada. No tenía nada que hacer, simplemente fue un... recreo. Nada más. Y ahora te tengo que dejar, disculpame—murmuró abriendo la verja.

—Esperá, Victoria... ¡no te vayas! Voy a pensar que no querés hablar conmigo. ¡Victoria! —gritó la mujer aferrada a los barrotes que Victoria había cerrado.

"Es tal cual, Hanna, no quiero hablar con vos. Es más no te soporto. Y si no fuese porque estás tan terriblemente sola, te hubiese mandado al diablo hace un montón de tiempo. Estoy harta de tus monólogos, de tu soberbia, de tu envidia. Odio tu empeño por llamar la atención, por defenestrar al que creés que te opaca, por intentar destruir, romper, separar... Pero también me da mucha pena tu vida vacía, tus resonantes fracasos. Mejor encaro los míos, que con eso tengo bastante. La diferencia es que yo acabo de aprender a asumirlos" pensó mientras entraba a la casa.

Al parecer no había nadie. No, se escuchaba una voz. Era Daniel. Se acercó despacio en dirección a él. Era evidente que estaba al teléfono.

—Sí, yo también.

Pausa.

—¿No me digas? Mirá qué casualidad. Yo quiero lo mismo que vos...

Daniel no notó que Victoria estaba detrás, y continuó hablando.

—Esta noche ¿te parece? Va a ser algo... Victoria —murmuró ni bien se dio vuelta y la vio—. Disculpame, después hablamos —fue lo último que dijo antes de cortar.

—Hola, Daniel.

—Hola, *mami*. No sabés cómo te extrañé —le dijo abrazándola.

Victoria estaba rígida como un poste. Dudaba sobre qué actitud elegir. ¿Debía seguir haciéndose la estúpida o había llegado el momento de tomar una determinación? Después de todo tenía la certeza absoluta de que el amor había muerto entre ellos hacía mucho. Quizás éste era el momento de terminar con todo lo que le hacía mal. Tenía que demostrarse que había aprendido a asumir sus fracasos, y que su vida perfecta estaba plagada de imperfecciones.

—¿Dónde te habías metido? Felipe estaba preocupado —preguntó Daniel, ajeno a todo lo que pasaba por su mente en ese instante.

Felipe. Era lo único que le interesaba. Por él había abandonado el paraíso junto a Renzo.

—¿Dónde está Felipe?

—Qué se yo. En el instituto, creo. Pero decime, ¿qué te pasó? El doctor Andrade estaba como loco. Lo dejaste con los guantes puestos y te tomaste los vientos.

—Quería pensar.

—¿En qué?

—¿Desde cuándo te importa, Daniel?

—Victoria, por favor. Tenías miedo. No tenés por qué. Vas a quedar divina, como antes. ¿Querés que reserve quirófano para esta semana, *mami*?

No le respondió. Un cansancio infinito invadió su cuerpo.

—Me voy a acostar, Daniel —dijo finalmente—. Y después tenemos que hablar.

—Hablar... ¿de qué? —preguntó él asombrado.

—De nosotros —le dijo sin mirarlo mientras subía la escalera despacio.

"Cómo me cambió la vida en solo una semana, Dios mío", pensó Victoria mientras guardaba su ropa cuidadosamente doblada en una maleta enorme.

En solo siete días le había pasado de todo. Conocer a Renzo y vivir con él los momentos más increíbles de su vida, tener que dejarlo aunque le sangrara el corazón, tomar fuerzas para pedirle el divorcio a Daniel...

Lo hizo, finalmente lo hizo. Pensó que no se iba a animar, pero se atrevió y se lo dijo la misma noche en que regresó a Buenos Aires.

Cuando bajó, Daniel estaba a punto de salir. Al parecer su presencia no alcanzaba para evitar que concurriera a su cita y por un segundo hasta lamentó arruinársela.

—Ah, acá estás. ¿Descansaste? —preguntó con aire despreocupado mirando su reloj con disimulo.

—Daniel...

—Decime.

—Quiero el divorcio.

—¿Qué?

Victoria vaciló al ver la furia nacer y crecer en los ojos de Daniel. ¿A qué le temía? No estaba segura, pero la expresión de él era francamente amenazante.

—¿Qué dijiste, Victoria? Me parece que escuché mal.

Ella no esperaba que él se lo tomara así. Y presentía que se iba a poner peor.

—Escuchaste bien. Ya no hay nada entre nosotros, Daniel. Hace mucho que debimos...

No la dejó terminar.

—¿Hace mucho que debimos qué? Vos estás loca, nena. Te hicieron mal las vacaciones. A propósito, no me dijiste por dónde anduviste.

Ella lo ignoró, pero sus palabras inevitablemente la llevaron a Renzo y eso le dio fuerzas para continuar.

—No lo hagas más difícil. Te pido que te vayas por favor.

—¿Que me vaya? Ni lo sueñes, querida. Andate vos si querés.

Victoria se lo quedó mirando. Estaba visto que no se la iba a poner fácil, pero no iba a renunciar.

—Prefiero que no, Daniel. Por Felipe. Es mejor que continúe viviendo en...

—¿Felipe? ¿Acaso pensaste que mi hijo iba a vivir con vos? Ah, pero sos más ingenua de lo que creía. Una completa estúpida, realmente —le dijo con desprecio.

—Es probable, porque dejé que me engañaras durante mucho tiempo. Pero ya no. Y sí, quiero que Felipe permanezca a mi lado.

Daniel rio como un desquiciado y Victoria comenzó a asustarse de veras. Y en ese preciso instante entró Felipe a la casa.

—¿Sabés que vamos a hacer, *mami*? Vamos a preguntarle al interesado. Vení, querido. Acá tenés a tu madre que acaba de regresar renovada de sus sorpresivas vacaciones. Tan renovada, que quiere que nos divorciemos —le dijo, irónico poniéndole una mano en el hombro.

—Daniel, por favor... —murmuró Victoria abrazando a su hijo—. Hola, querido.

Felipe miró a uno y a otro con una expresión de extrañeza y la saludó con su acostumbrada frialdad.

—Hola.

—Dejémonos de tantos "hola" y vamos a concentrarnos en los "adiós". Felipe, tu madre quiere dejarme. Y en vista de que está tan decidida, y yo no puedo hacer nada para evitarlo, me gustaría saber si te querés ir con ella, o quedarte acá en casa conmigo. Porque está claro que yo no pienso ir a ningún lado—declaró, muy seguro de sí.

—¡Basta! Quiero dejarte a vos, no a mi hijo. No pienso irme sin llevarte conmigo, Felipe —replicó Victoria temblando, pero sus esperanzas iban muriendo lentamente bajo la inquietante mirada del chico.

—Entonces no te vas, Victoria. Por Felipe. Vos misma dijiste que lo mejor era que continuara viviendo acá. ¿Qué te importa más? ¿Jugar a ser soltera de nuevo o tu hijo? Vos decidís.

Carajo, carajo. No podía ser que la estuviese manipulando de esa forma. Era un cobarde, una basura de hombre.

Felipe no dijo nada. Los miró largamente y luego subió corriendo las escaleras.

—Bien, querida. Las cartas están sobre la mesa. Yo me quedo, Felipe se queda... ¿Vos te quedás? ¿O vas a terminar de arruinar todo abandonando a tu hijo? —preguntó aproximándose.

Estaba demasiado cerca, y Victoria pudo observar un extraño brillo en su mirada. No dijo nada, no pudo. Si estaba todo dicho... No, se equivocaba. Aún había más.

—Además no creo que estés preparada para dar el gran salto. En este momento no tenés trabajo; no sabés si en el banco van a cumplir la promesa de esperarte hasta que te recuperes. No tenés dónde vivir tampoco. Y sinceramente, Victoria, sos candidata a ser la loca de los gatos. Estás destinada a estar sola, porque... ¿quién te va a querer en esas condiciones? Yo que vos lo pienso un poco—le espetó cruelmente.

Las lágrimas de Victoria corrían por su rostro y se sentía tan derrotada que no podía siquiera moverse. Permaneció inmóvil mientras Daniel sonreía en su cara, dichoso por su triunfo.

Cuando él se fue, subió a su dormitorio y se sentó en la cama sollozando desesperada. Era inútil seguir luchando por procurar una vida mejor. Renzo le había mostrado el camino, le había hecho creer que tenía opciones, que debía hacerse valer... Y ella lo había intentado pero había fallado. Se sentía tan deprimida, que hubiera deseado meterse en su cama y no volver a salir jamás. ¿Por qué no? Había pasado mucho tiempo así en el pasado, sumida en su dolor. Era una tentación abandonarse a la nada, sentir pena por sí misma, continuar sufriendo y echándole la culpa a la vida de todo lo que le pasaba.

Estaba a punto de rendirse cuando Felipe entró a la habitación sin golpear siquiera.

Jamás había hecho una cosa así.

—Hola.

—Hola, mi amor. Perdón. Por haberme ido sorpresivamente, por hacerte pasar un mal momento... —murmuró Victoria cuando él se sentó a su lado en la cama.

Él la observó por un rato en silencio. Y luego se lo dijo:

—Cuando me di cuenta de que te fuiste me enojé mucho.

Ella lo miró asombrada. Felipe le estaba manifestando sus sentimientos con respecto a algo que ella había hecho. Era insólito en él.

—Necesitaba pensar mejor lo de la cirugía, Felipe. Lo descubrí camino a la clínica, y...

—Mamá... Hacedo —interrumpió él mirándola a los ojos fijamente.

Ella no entendió al principio. Se quedó fascinada al escuchar llamarla así, pues rara vez lo hacía. Deliberadamente insistía en no nombrarla de ninguna forma. Pero ahora se lo decía, y también le decía otra cosa que ella no alcanzaba a entender del todo.

—¿Qué haga qué, querido?

Él suspiró.

—Que dejes a papá. No te quedes por mí. En muy poco tiempo me voy a Seattle, mamá. Por fin me aceptaron en la universidad —le comunicó con sencillez.

Ella lo esperaba, pero no se sentía preparada para dejarlo ir.

—¿En serio? Ay, Felipe. Me alegro por vos, porque sé cuánto lo deseabas, pero... —empezó a decir, pero él la volvió a interrumpir.

—Nada. No quiero escuchar que soy muy joven, que voy a estar solo, bla, bla, bla. Ambos sabemos que no soy un chico y que me gusta la soledad. Y que quiero ir más que nada en el mundo. Ahora lo que importa es que vas a hacer vos. Andate, mamá.

—No me digas eso—murmuró. No sabía si ponerse a reír o a llorar. O ambas cosas.

—Te lo digo porque... te quiero. Sé que no lo parece, pero es así.

Victoria se quedó muda. El corazón se le salía por la boca al escuchar esas palabras de la de su hijo. Había vuelto por Felipe y él la estaba dejando ir. Amor con amor se paga. Ay, Dios. Era tan sensato, tan adulto... Había crecido tanto. Cómo lo amaba.

—Y yo te adoro, mi amor —le dijo intentando reprimir el llanto que se le atoraba en la garganta.

—Ya lo sé. Por eso no quiero que te sigas postergando y mucho menos que lo hagas por mí. Que vivas en otro sitio, no va a cambiar lo que siento por vos, pero sí puede cambiarte la vida.

—Gracias — le dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Pero no sé si lo voy a hacer.

—No podés seguir así. Hace tiempo que estoy enojado contigo... —comenzó a decir él, pero Victoria lo interrumpió.

—Ya lo sé, Felipe.

—Lo que no sabés es el motivo. Yo mismo lo acabo de descubrir recién —continuó él, mirándola fijamente—. Mamá, nunca te vi mover un dedo por tu felicidad, y hoy lo hiciste, te sacudiste esa inercia. No tenés que soportar ciertas cosas ¿lo sabías? Así que hagas lo que hagas, yo te voy a apoyar —le dijo apretándole la mano.

Victoria no podía creer que su hijo le hablara con tanta madurez, y con tanto amor. Si aún faltaban meses para que cumpliera los quince. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, pues ya no podía controlarlas, y se sentía avergonzada y dichosa a la vez.

Habían terminado la conversación con un abrazo que se prolongó más de lo que Felipe hubiese deseado. Y tampoco eran necesarios tantos besos.

Así que allí estaba, con la maleta abierta sobre la cama, pensando. ¿A dónde iría, en el caso de marcharse? Sus padres vivían a varias horas en auto, en la ciudad de Córdoba, igual que su hermana. ¿A un hotel, quizás? No tenía mucho dinero, solo un par de tarjetas de crédito.

Contar con el apoyo de Felipe fue un regalo para ella, pero en lo estrictamente práctico, se le complicaba mucho el irse así, sin más. Solo le quedaba su amiga Pepi, que alquilaba un departamento por día, y no veía la hora de volverse a Córdoba. Había venido a la capital por ella y la maldita cirugía que nunca fue.

Victoria suspiró. Ese día no se marcharía, sin dudas. Pero tampoco continuaría conviviendo con Daniel. Tomó sus cosas, y las trasladó a una pequeño monoambiente con baño que tenían en el patio trasero, para cuando la familia iba de visita. Por el momento, esa sería su guarida.

Pensar en eso, y en Renzo, fue todo uno. Cómo olvidarse de “El Granizo”, la guarida de su dios, el que todo lo podía, el que había dejado huellas indelebles en su cuerpo y en su alma, el que había creado la tormenta para atraparla, el que había determinado que quedara prendida a su recuerdo para siempre... Después de Renzo, nada volvería a ser igual.

Había tomado las riendas de su vida por fin.

Y ya no las iba a soltar jamás.

“Esta conferencia es una pérdida de tiempo... El infeliz nos habla como si fuésemos principiantes, no aporta nada nuevo No sé para qué me inscribí”, se dijo Renzo suspirando.

Hacia varios meses había lanzado su propia empresa y estaba exportando software de video juegos a todo el mundo. Su fuerte eran aplicaciones para teléfonos móviles, y junto a su socio habían logrado que una de las principales empresas de telefonía dirigiera su mirada hacia ellos.

Lo que empezó bastante tibiamente, ahora se había convertido en un negocio muy redituable, y eso era lo único que rescataba de su vida actual.

Enfrentarse a su madre para decirle que la dejaba sola con el negocio familiar, había sido complicado. Magdalena lloró y pateó, pero Renzo continuó adelante con sus planes de establecerse por la cuenta en lo que era lo suyo. Y la cadena de supermercados de su familia no lo era, no había dudas de eso. Así que simplemente se abrió, se asoció a Federico Fernández, un analista de sistemas más conocido como Fefe, y comenzaron a trabajar.

La suerte estuvo de su lado, y pronto incorporaron a Danilo, otro amigo que también se dedicaba a la programación. Y finalmente tuvieron que contratar a un cuarto integrante, para que se ocupara del aspecto negocial. Así llegó Lucas, otro camarada que acababa de obtener la Licenciatura en Administración, y les vino como anillo al dedo.

Hailvic nació con prisa y creció vertiginosamente, pero no fue la suerte quien definió el éxito, sino el trabajo.

Es que Renzo pasaba día y noche frente al equipo programando. Siempre tenía una idea girando en su mente, y hacía lo imposible por desarrollarla. Y luego, por perfeccionarla. Tenía una intuición increíble, y se anticipaba a las necesidades de sus clientes, creando soluciones integrales, productos únicos y novedosos. Completamente innovadores.

Su padre lo había definido un día como “una mente brillante”, pero Renzo no se veía así, ni sentía como que lo que hacía era trabajo. Para él, estaba haciendo lo que le gustaba, y por eso empleaba todo su tiempo en sus proyectos. Por eso, y por Victoria.

Desde que regresó de Uruguay, no había día en que no la recordara. Más bien no había hora, porque pensaba en ella día y noche. La extrañaba tanto que el verla al menos en sueños bastaba para alegrarle la jornada. Con qué poco se conformaba.

Sabía que las posibilidades de reencontrarla, eran cercanas a cero, pero por alguna razón no se resignaba. Presentía que la vida tarde o temprano la iba a poner en su camino.

Intentó buscarla. Preguntó a la dueña de la casa que ella había alquilado, pero la mujer ignoraba el nombre completo de su inquilina. De la rentadora de autos, se negaron terminantemente a decirle cosa alguna. Un día, Fefe lo encontró intentando hackear la base de clientes de *Avis Rent a Car*, y tuvieron una fuerte discusión sobre la ética, y la obsesión que podía terminar en locura. Desde esa tarde se calmó un poco, pero solo un poco.

Googleaba su nombre, buscaba su imagen. No sabía nada de ella, y lamentaba haber pasado el tiempo saciando sus necesidades físicas, en lugar de sondear su pasado, de hacerla hablar. No, no era cierto. Disfrutó como nunca el haberla tenido en la cama, y no lamentaba nada, más que el abismo que los separaba en ese momento.

Es que hacerle el amor a Victoria fue la experiencia más placentera de su vida. Era tan hermosa. Al principio delicada, tímida, temerosa. Casi avergonzada. Pero después se transformaba en fuego, en gata, en hembra... Recordaba sus gemidos ante cada embestida y no podía controlar su erección. Y en más de una ocasión sucumbió a la tentación de masturbarse pensando en ella. Hacía tiempo que no lo hacía, y se sentía un perfecto estúpido manipulando su miembro recostado en los azulejos de la ducha como cuando era adolescente, pero no podía evitarlo. Era su única necesidad, su única urgencia. Necesitaba aliviar de alguna forma de esa fiebre que lo estaba consumiendo.

Una sola vez intentó hacerlo con una mujer. Pensó que sería buena idea eyacular dentro de una, con los ojos cerrados imaginando que era Victoria. Salió en la camioneta y antes de dos horas ya tenía una chica preciosa y dispuesta en el asiento del acompañante. Le había costado solamente una piña colada y un mordisco en el cuello llevarla con él. La observó con indiferencia mientras ella le bajaba el cierre del pantalón. Segundos después, la joven tomaba su pene en la boca, y Renzo echaba la cabeza hacia atrás para no verla, para no enterarse de que no era Vic.

Carajo, ni siquiera recordaba cómo se llamaba la chica. Lo único que sabía era que lo que le faltaba en pericia le sobraba en entusiasmo porque lo estaba haciendo bastante bien. Sí, eso era lo que necesitaba, e incluso comenzó a disfrutarlo.

Pero una sola frase de la muchacha, lo arruinó todo.

—Ay, nene... Qué grande la tenés. Sos un bombón.

En otro momento algo así lo hubiese encendido, pero esa vez el efecto fue exactamente el contrario.

—Mierda.

—¿Qué te pasa, mi vida? ¿Es algo que dije, o algo que hice? Porque esto no está funcionando —murmuró ella decepcionada.

Renzo apoyó la frente en el volante y suspiró. No era nada. Nada salvo el hecho de que ella no era Victoria, y caer en la cuenta de eso lo enfriaba al extremo de perder su erección por completo.

La devolvió al bar y les pagó una ronda de tragos a sus amigos. Terminó él también borracho y hastiado de todo y de todos, y cuando se acostó maldijo a Victoria a los gritos.

Esa noche se durmió llorando, y no fue la única.

Después de eso, no lo volvió a intentar; se conformaba con su mano y sus recuerdos. Con todos los sentidos revivía cada minuto pasado a su lado, y día a día comprobaba que no solo no la olvidaba, sino que crecía lo que sentía por ella, fuera lo que fuera.

Incluso allí, en esa maldita conferencia sobre videojuegos la recordaba. Se movió inquieto en el asiento. No era el mejor momento para excitarse, por cierto. Intentó pensar en otra cosa, y miró a su alrededor sin saber bien qué buscaba.

En ese momento, alguien ocupó un lugar vacío a su lado, y Renzo lo observó al pasar primero, y más detenidamente después.

Era un chico, un adolescente. Casi un niño. Desentonaba con la manada de nerds que ejercitaban los pulgares con desenfreno en ese instante, ignorando al expositor alevosamente.

Era un joven prolijo, y escuchaba impasible. Pero no fue eso lo que llamó la atención de Renzo, sino otra cosa. El chico le recordaba a alguien. Lo miró fijamente por largo rato. Observó su perfil, la línea de su nariz, su mirada gris... Lo conocía, pero no podía recordar de dónde.

—Mirá todo lo que quieras pero te aviso que no soy gay y además soy menor —murmuró el chico sin girar la cabeza hacia él.

Renzo casi se cae de la silla cuando lo escuchó.

—Disculpame... Yo tampoco soy gay, pero creo que nos conocemos —le dijo mientras intentaba que el calor no le llegara al rostro.

Él se volvió y le tendió la mano.

—Felipe. Y ahora sí nos conocemos.

—Renzo... —dijo él a su vez—. ¿Estás seguro de que no nos hemos visto en alguna de estas conferencias? Porque tu cara me resulta muy familiar.

—Es posible, vengo seguido. Pero ninguna me resultó tan aburrida como ésta. Creo que me voy ya.

—¿Viniste solo? No te ofendas, pero sos muy pibe, y me extraña verte acá.

Felipe alzó las cejas y resopló.

—Buen punto. Tenés razón; me trajo mi madre, pero me vuelvo en taxi. Era inútil hacerla venir a recogerme con éste tráfico infernal—aclaró.

A Renzo le seguía pareciendo extraño ver a ese chico solo en una conferencia que a pesar de ser bastante predecible, se daba cuenta de que para la mayoría de la gente podía resultar indescifrable. Le llamaba la atención su juventud, y ese aire a... Carajo, no podía recordarlo.

—¿Qué edad tenés, Felipe?

—Quince. Catorce... Quince, cumplo quince —respondió, algo confuso.

—Bueno, me imagino que tu madre te habrá dicho que no hables con desconocidos, pero te voy a invitar a una merienda, si querés. Te repito, no soy gay y mucho menos corruptor de menores, pero yo también estoy aburrido y me quiero ir —le dijo. No sabía por qué, pero no quería que se marchara antes de descubrir de dónde lo conocía.

Felipe lo miró por un segundo antes de decidir.

—Bueno, dale. Vamos.

Minutos después tomaban un cortado en un bar del centro, y a medida que hablaban, Renzo cada vez estaba más convencido de que ya lo había visto antes. No recordaba cuándo, pero estaba seguro de que así era. Y también estaba seguro de que Felipe no era un chico del montón.

Se contaron lo que les gustaba, y descubrieron que era exactamente lo mismo. Eran dos locos por la tecnología; de distintas generaciones, pero locos al fin. Y de pronto Renzo se encontró comentándole sus proyectos, mientras el asombro iba creciendo a medida que la conversación avanzaba, porque Felipe no solo comprendía su lenguaje; también lo hablaba. Y a un nivel absolutamente sorprendente.

—Escuchame, pibe. ¿Vos sos de otro planeta? ¿Cómo sabés tanto con quince años? —no pudo evitar preguntarle.

—Bueno, los especialistas dicen que tengo una habilidad intelectual superior a la media. Algunos nos llaman superdotados, otros polímatas. Lo cierto es que soy más inteligente que la mayoría de los de mi edad —explicó con sencillez, pero Renzo se quedó con la boca abierta.

—¿Superdotado? —repitió como un tonto.

—Ajá. Tengo un coeficiente intelectual de 151, y ya terminé el colegio y el pre universitario —acotó Felipe encogiéndose de hombros, como restándole importancia al asunto.

—Un verdadero niño prodigio. Caramba, es la primera vez que me encuentro con uno, de verdad. Y eso lo explica todo—dijo Renzo, riendo.

—Estoy acostumbrado a todo tipo de reacciones, incluso que se rían y se burlen —murmuró Felipe, inexpresivo.

—¡Epa...! Yo no me estoy burlando. Más bien estoy admirado —le aclaró enseguida.

—También estoy habituado a eso. Ahora contame de qué se trata tu último proyecto que no tenga que ver con videojuegos, que eso ya me hartó el día de hoy —pidió.

Renzo no lo podía creer. Encontrarse con alguien como Felipe era inusual, sin duda. Brillante y emocionalmente adulto con solo quince años. No, catorce. No había cumplido los quince aún.

Y le contó. Le habló del programa de Gestión de Clientes llamado provisoriamente *Costumer 3.0* y le enumeró los detalles sabiendo que él comprendía todo a la perfección. Se trataba de algo novedoso que a través de solo un dato captaba el perfil del potencial cliente, absorbiendo la sombra digital, la huella en la web, y capitalizándola.

—Entiendo —dijo Felipe luego de escucharlo atentamente—. Ese programa sería ideal para el banco de mi madre.

—¿Tu vieja tiene un banco? —rió Renzo, divertido.

—En realidad, no. Trabaja en uno, o trabajaba. Trabaja, más bien...

—¿Trabaja o trabajaba?

—Trabaja, pero desde mi casa por ahora. Es una larga historia. En fin, un banco es el cliente perfecto para tu producto.

—No sé... Por ahora los bancos andan con cautela en el tema. Yo sé que monitorizan las redes para sus campañas de marketing, pero me parece que aún consideran que usar los datos sociales podría ir en contra de las leyes de privacidad —replicó Renzo.

—Vamos... Cada día son más las financieras que usan LinkedIn, y las empresas que buscan en LinkedIn, e investigan en Facebook. La privacidad es solo una ilusión, Renzo. Nuestra sombra digital crece día a día mientras espera que alguien se tome en serio el acceder a ella con ética.

Renzo se atragantó con una medialuna, al escucharlo. El pibe era un caso serio... Increíble. Estaba hablando con un niño genio que además parecía ser su otro yo.

—Sos de otro planeta, está confirmado —le dijo cuándo recobró la voz luego de un acceso de tos.

—Es posible, no lo descarto. Pero ahora estoy en este y te voy a llevar a hablar con mi madre. Se puede ganar varios puntos en el banco si esto es bueno —afirmó convencido.

—¿Qué banco es?

—El Banco del Plata. Dale, vamos a hablar con ella.

—¿Al banco?

—No, Renzo, ¡a mi casa! ¿No te dije que ella estaba trabajando a distancia por el momento? —exclamó Felipe, impaciente. Ya se estaba parando y poniendo la mochila a la espalda.

Renzo lo miró por unos largos segundos. ¿A quién le recordaba, por Dios? ¿De dónde carajo lo conocía?

No lo pensó más, era inútil seguir con esa búsqueda infructuosa en su memoria.

Se puso de pie, pagó la merienda, y salió tras él.

Victoria giró ante el espejo y frunció la nariz.

—¿Cómo me veo, Pepi? —preguntó sin dejar de mirarse. Primero de frente, y luego de perfil.

—¿Cuántas veces me lo vas a preguntar, *Vikinga* endemoniada? Ya te dije que estás divina, como siempre. Tenés clase, nena, y con eso se nace.

—Es que estoy demasiado nerviosa. No es fácil volver al ruedo ¡Qué ansiedad, por Dios! —exclamó quitándose del cuello el tercer pañuelo que se probaba esa tarde.

—No sé por qué te hacés tanto problema si todavía falta un mes para volver al banco. Y además tenés todo bajo control. Marcos se encargó de cada detalle, y me parece que lo hizo bien. ¿Cuál es tu miedo? ¿Que él te saque el puesto o qué? —preguntó Pepi mientras encendía un cigarrillo.

—*Princesa Hermosa*, me prometiste dejar de fumar. Al menos no lo hagas acá porque ese olor me da náuseas, ya te lo dije. Y no tengo miedo de que Marcos me saque el puesto, pues me ha dejado en claro que está deseando que vuelva. Ya no soporta la presión y necesita que yo tome el mando para volver a ser mi mano derecha, y salir del ojo de la tormenta —respondió ella, despreocupada.

—A tu juego te han llamado, si a vos te encanta la presión. Pero donde me sigas llamando así, te prendo fuego la casita de muñecas en la que se te ocurrió venir a vivir. Y ya a me hablaste muchas veces de tus náuseas, y ¿qué te respondí yo, Victoria? Que podían ser debido a que el polvito que te echaste en el Uruguay venía con premio—replicó su amiga, sonriendo.

—Basta, Pepi. Me arrepiento de habértelo contado —murmuró ella, tensa.

—¿Todavía te duele, verdad? —preguntó Pepi súbitamente seria.

Victoria bajó la vista y tragó saliva. Sí, claro que le dolía. Como agujas clavadas en los ojos le dolía, y hablar de ello no la estaba ayudando demasiado.

—Espero que ahora que pasó tanto tiempo, te des por enterada que no hay ningún premio —murmuró.

—Perdoname. Pensé que a esta altura ya había quedado para la anécdota, pero veo que no. Te enamoraste, *Vikinga*—afirmó Pepi, apenada. Se acercó a ella, y le acarició el pelo con ternura.

Victoria no dijo nada. Continuó con la tarea de probarse ropa, sin apartar la mirada del espejo.

—Quizás el hablarlo te haga bien—insistió su amiga.

Ella inspiró hondo antes de responder. Tal vez fuera así, y eso merecía el esfuerzo.

—Pepi, a esta altura lo único que me puede hacer sentir bien es volver el tiempo atrás y desandar el camino al Uruguay, pero no lo puedo hacer.

—¿Tanto así?

—Sí. Me di cuenta de eso hace diez días, cuando me desperté de la anestesia. En ese instante supe que tener de nuevo dos pechos no me iba a dar esa sensación de bienestar, de seguridad, de *completud* que andaba buscando—respondió Victoria con un nudo en la garganta.

—¡Ay, *Vickinga*! Con razón no recuperaste la alegría luego de la cirugía, aun sabiéndote sana y de nuevo perfecta.

Perfecta. Ella ya lo era para Renzo, incluso con sus imperfecciones. Pero desoyó a su corazón y terminó en el quirófano para la reconstrucción del seno. Ahora había vuelto a tener dos, redondos, turgentes a fuerza de siliconas, pero le seguía faltando algo.

"Que seas mía, eso te falta", le había dicho él aquella tarde de granizo. Y a esa altura ya sabía que era cierto.

—Nunca voy a volver a sentirme entera, Pepi. Tengo dos tetas siliconadas, pero ¿de qué me sirven? Por dentro ya no tengo corazón, porque se quedó con él en Punta del Diablo —asumió con tristeza.

—Victoria, ahora sos una mujer separada y a punto de divorciarte. Hace meses que volviste a tener parte de tu sueldo trabajando desde tu casa, y ahora lo vas a tener completo al volver al banco. ¿Por qué no te proponés encontrar a ese hombre, y encarar algo? —preguntó su amiga tomándola de los hombros. Quería que reaccionara de una vez, y fuera en búsqueda de su felicidad.

—Ah, Pepi. Encontrarlo... Podría volver a "El Granizo" este verano y esperarlo, es verdad. Es probable que él vaya, pero también es posible que hayan vendido la casa. Como sea, no es solo la distancia lo que nos separa —reflexionó Victoria.

—¿Entonces qué es? Y no me salgas conque la diferencia de edad, con que él es un pendejo, y todo eso que te decís a vos misma como pretexto para no salir corriendo a buscarlo. Eso es una reverenda estupidez. Mirate, sos una diosa. Cualquier hombre, tenga la edad que tenga, forzosamente tiene que volverse loco por vos. Claro, eso si no es un perfecto idiota como tu ex —sentenció.

—Tiene que ver con eso, pero también tiene que ver con otra cosa. Mirá, estoy convencida de que el romance solo sucedió en mi cabeza. Para él, solo fue un encuentro sexual. Algo exótico quizás por mi condición, pero nada más que eso.

—¿Estás loca? ¿Y eso que me contaste sobre las cosas que te dijo, la forma en que tocó tu cicatriz? Y la ternura, Victoria. Te montó guardia en la puerta todo un día. Te llevó a la fuerza a su casa, y te curó el alma. Minimízalo si querés. Pero que ahí pasó algo más que cama, te lo puedo asegurar —afirmó Pepi mirándola a los ojos.

Victoria no sabía si alegrarse de que así fuera o ponerse a llorar. Porque estaba claro que lo que fue ya no volvería a ser. Y tenía que aprender a vivir con eso.

Lo extrañaba, cada noche lo hacía. Se acostaba pensando en él y a veces era tan vívido el recuerdo que podía sentir en su boca el sabor de la de Renzo.

Se dormía abrazada a la almohada y a esos recuerdos, mientras intentaba calmar lo que su cuerpo le reclamaba a gritos: más de él, mucho más. Había sido la experiencia erótica más intensa de toda su vida, pero para ella había sido también otra cosa: había descubierto la ternura y renunciar a ella le provocaba un inmenso dolor.

Hubo un antes y un después de Renzo. El sentirse valorada hizo que su autoestima escalara niveles insospechados, y por fin pudo deshacerse de sus ataduras y tomar el timón.

Recluida en el pequeño monoambiente mientras se recuperaba de su cirugía reconstructiva, se puso a trabajar para el banco a distancia. Empezó algo insegura, pero con el tiempo fue adquiriendo confianza en sí misma y ya estaba lista para volver a enfrentar su vida laboral. La sentimental no tenía remedio, pero todavía podía salvar la profesional. Solo le quedaban veinte días de convalecencia, y retomaría la actividad en su antiguo trabajo.

Si había logrado escapar de Daniel, de sus ruegos, de su acoso constante, de su velado desprecio, de sus caprichos de despechado y de sus amenazas, podría enfrentar cualquier cosa.

Le había pedido el divorcio, y aunque aún no tenía la sentencia, la separación era un hecho consumado, y se podía respirar tensión cada vez que se cruzaban al entrar o salir. Mantenían las formas por Felipe, y Victoria se daba cuenta de que él la había vuelto a mirar con deseo desde que tenía ambos pechos, pero no le importaba.

Daniel era cosa del pasado, y si aún continuaba allí era por su hijo, que con frecuencia dormía con ella y no en la casa grande. Victoria lo arropaba como cuando era niño y le quitaba con cuidado la Tablet de las manos cuando caía rendido en su cama. La relación entre ellos había crecido lo inimaginable, y eso para ella era su principal logro. Eso hacía que todo valiese la pena. Es que el hecho de haber decidido terminar con su padre, le había abierto una puerta al corazón de Felipe. Y no estaba desaprovechando la oportunidad de acercarse a él.

También estaba el tema económico. Habían acordado no dividir los bienes hasta la sentencia de divorcio, y estaba ahorrando para comprarle la parte de la casa a Daniel y quedarse con el lugar que aún consideraba su hogar y que había decorado con tanto cariño.

Para eso, tenía que volver con toda la fuerza del mundo al Banco del Plata.

"Estoy lista. Basta de paréntesis de dolor y de dicha. Llegó el momento de continuar con la vida que el cáncer interrumpió. Me liberé de la enfermedad, y también de Daniel. Y aunque sé que no puedo esperar más nada del amor, me siento tranquila. Tengo a mi hijo, y una constancia a prueba de todo. Lo voy a conseguir", se dijo

sonriéndole a la Victoria reflejada en el espejo.

Detrás de ella, su amiga Pepi la observaba con atención. Por alguna razón, intuía que no estaba dicha la última palabra con respecto a Renzo. Estaba segura de que todo era cuestión de tiempo, y de que el destino caprichoso hiciera de las suyas logrando que sus vidas se volvieran a tocar.

—Es acá. Pará ahí, delante de la verja blanca—le ordenó a Renzo.

Parecía muy decidido de presentarle a su madre, y por eso se dejó llevar por el entusiasmo del chico. No sabía muy bien por qué lo hacía, pero lo cierto es que Felipe parecía tan seguro de sí, que le resultaba difícil negarse.

—Vamos, Renzo. Dale... —le dijo cuándo bajaron invitándolo a entrar.

—Pará, che. Mejor te espero acá en la entrada. Decile a tu vieja que estoy, y si ella accede a escucharme, me venís a buscar. ¿Te parece? —le propuso.

Creía que sería una falta de respeto el imponerle su presencia a la mujer. Quizás estaba acostumbrada a que su hijo le trajera desconocidos con propuestas para "su banco", pero por las dudas prefería no entrar hasta saber si iba a ser bien recibido.

—Está bien. En unos minutos vuelvo, pero no te muevas de acá —accedió Felipe de mala gana. Era evidente que no le gustaba que lo contradijeran.

Se metió en la casa y Renzo se quedó revisando el móvil, recostado en la verja. Estaba a punto de responder un mensaje cuando sintió la presencia de alguien a su lado. Levantó la cabeza y se encontró con unos ojos de un color indefinido, pequeños y saltones.

—Joven, ¿se puede saber qué hace acá parado? ¿Está esperando a alguien? —le preguntó la mujer con cara de pocos amigos.

Renzo pestañeó, confuso. ¿Qué carajo le importaba? ¿Tenía que responderle o simplemente mandarla a la mierda? Era una dama muy extraña, de unos cincuenta años, con su largo cabello negro partido en dos, y una increíble nariz de gancho. Decidió ser un caballero y responderle con calma.

—Sí, estoy esperando a alguien.

—¡Ah! ¿Y ya lo atendieron? Porque quizás no haya nadie en la casa. ¿Se aseguró de que haya gente? No sea cosa de que espere en vano.

—Espero a... la madre de Felipe. Él ya fue a buscarla y... —comenzó a decir pero la mujer lo interrumpió.

—¿Usted es amigo de ella? Porque se ve demasiado grande para ser uno de los amiguitos de Felipe. No sé, joven. Le soy sincera: resulta algo sospechosa su presencia en este lugar. Lo observé por la ventana y salí a advertirle que este vecindario está siendo vigilado por una empresa de seguridad, y está a punto de pasar el coche centinela. Si lo ven acá parado, lo van a detener. Y no queremos que eso suceda ¿verdad? —dijo la mujer de un tirón, y no parecía tener necesidad de respirar.

—Mire, señora. Yo no tengo nada que ocultar. Estoy acá esperando a Felipe y a su madre, y voy a...

—Creí escuchar que estaba esperando a mi hijo y a mi esposa. ¿Quién es usted? —se escuchó una voz a sus espaldas.

—¡Daniel! Querido, menos mal que llegaste. Este hombre dice ser amigo de Felipe, pero a mí no me lo parece. Y ahora veo que vos tampoco lo conocés... Lo que sospechaba, es un desconocido con malas intenciones. Si yo lo huelo desde lejos...

—No te preocupes, Hanna. Yo me encargo de esto —dijo Daniel con calma mientras observaba a Renzo de arriba a abajo—. ¿Escuchó o se lo repito? ¿Quién es usted y qué hace acá?

En ningún momento Renzo sintió miedo. Solo un intenso fastidio se iba apoderando de él, y con los puños apretados respondió:

—Quien soy no es asunto suyo por el momento. Estoy en la vía pública, esperando a *su* mujer porque *su* hijo cree que mi proyecto puede interesarle a *su* banco —dijo enfatizando cada "su" sin saber por qué.

El rostro de Daniel permanecía impasible; solo un pequeño rubor denotaba su enojo por la arrogancia del hombre que tenía enfrente, que después de todo no era más que un muchacho.

—Mirá pibe, bajá esos humos porque sino con quien vas a ir a hablar es con el comisario en la jefatura, no con mi mujer —declaró acercándose a él lentamente.

Renzo guardó el móvil en el bolsillo trasero de su jean y se quedó de pie en la acera, con los brazos cruzados sobre el pecho. Parecía un duelo al estilo del lejano oeste: dos tipos uno frente a otro, y observando la escena, una damisela algo madurita que se retorcia las manos con nerviosismo.

—Ay, Daniel, por lo que más quieras, no hagas un espectáculo acá en la vereda porque están todas las chusmas en las ventanas. No las veo, pero las presiento. ¡Son terribles! Y vos sos un cirujano, no vas a arriesgar los dones que Dios puso en tus manos pegándole a este chico. Mirá si te lastimás esos dedos maravillosos—le dijo, pero era evidente que sí deseaba un espectáculo en la vereda, y también ser una espectadora privilegiada.

—No le voy a pegar, Hanna —masculló Daniel, disimulando perfectamente lo tenso que estaba—. No va a ser necesario ¿verdad, pibe? —preguntó sin quitarle los ojos de encima.

Por unos segundos, Renzo estuvo tentado de desafiarlo. Pero enseguida se dio cuenta de que hacerle frente para satisfacer su ego, para demostrarle que no le temía, solo iba a empeorar las cosas. De todos modos, ya no importaba porque por más que la madre de Felipe se mostrara lo suficientemente interesada como para recibirlo, este incidente con el marido anulaba cualquier posibilidad de que recomendara el programa en *su* banco.

Estaba hastiado de toda la situación. El chico era increíble pero el padre... Y tal vez la madre fuese igual de altanera. No, no necesitaba recomendaciones de gente así. Él era el dueño de su destino, y si no encontraba a alguien que le allanara el camino, él mismo lo iba a hacer. *Costumer 3.0* podía interesarle al Banco del Plata, o a cualquier otro banco, pero lo intentaría por su cuenta, y que la madre de Felipe se ganara puntos en su trabajo de otra forma. Si habría algún punto en juego, sería suyo y por mérito propio.

—No. Ya me voy. Dígale a Felipe que... Dígale lo que quiera —dijo, y enseguida se dio media vuelta y se metió en la camioneta.

En el instante en que la ponía en marcha, Felipe corría por el camino para evitar que se fuera, pero llegó tarde. De Renzo no quedaba más que el humo del caño de escape.

—¡Carajo!

—¡Felipe! —Lo reprendió Victoria que venía detrás —. ¿Qué forma de hablar es esa?

—Es que se fue, mamá. Se fue... —murmuró incrédulo.

Ella frunció el ceño. No entendía nada... Primero su hijo había corrido a su departamento y casi sin aire, le había dicho que en la entrada había alguien que valía la pena conocer. Cuándo ella le preguntó quién era esa persona, él le respondió que era un hombre que tenía un proyecto brillante, y podía serle muy útil en su trabajo.

Y Victoria fue tras él, porque la palabra "brillante" no era una que Felipe usara con frecuencia ¡si todo quedaba opacado ante su propio brillo!

Y ahora estaban allí y lo único que veía en la verja era a Daniel hablando con la insoportable de Hanna. Al parecer el hombre del proyecto brillante se había marchado, y era una pena, a juzgar por la cara de decepción de su hijo.

—Bueno, querido. No importa. Ya volverá...

—No lo creo. Estoy seguro de que papá y la vieja bruja lo espantaron —dijo, enojado.

—No digas eso de Hanna. Es muy feo, Felipe —volvió a reprenderlo.

Él se encogió de hombros.

—Lo es, mamá. Es insoportable y vos lo sabés —declaró muy seguro de sí.

—Está muy sola.

—... Y por eso cuando pesca a un incauto, habla hasta por los codos. Lo habrá mareado, pobre. Cualquiera saldría despavorido ante ese panorama.

Victoria no tuvo más remedio que reír y darle la razón.

Más allá de la verja, Daniel la observaba por encima de la cabeza de Hanna. Ella sintió su mirada azul recorriendo su cuerpo, y cuando una media sonrisa se formó en su rostro, no pudo soportarlo más. Se dio la vuelta asqueada, y emprendió el regreso a su guarida.

El Banco del Plata era una institución de prestigio que en los últimos tiempos se había *aggiornado* lo suficiente como para permitir la entrada de nuevas vías de comunicación con sus clientes. Continuaba siendo una entidad bancaria cuyo principal patrimonio era una reputación intachable, y una tradición de confianza que se esforzaban en conservar, pero habían marchado también junto a los vientos que corren.

Estabilidad y movimiento eran la clave del éxito para ellos, así que se renovaban acompañando los cambios, pero sin perder la imagen de solidez que los caracterizaba. Y parte de esos cambios, había sido favorecer el acceso a mandos superiores a mujeres como Victoria.

Ella había escalado posiciones a una velocidad de vértigo, a fuerza de trabajo constante y una personalidad arrolladora para la cual no existían imposibles. Había cosechado admiración, pero también mucha envidia en ese camino al éxito.

Su techo fue el cáncer. Así de simple y de trágico.

Pero en ese momento, dieciocho meses después de ese quiebre en su vida, Victoria se encontraba en la puerta de la institución, y no se atrevía a entrar.

No estaba segura de qué era a lo que le temía. Normalmente ella no se amedrentaba en su actividad profesional, pero el haber estado tanto tiempo fuera de combate la hacía sentir algo inquieta. Si bien no había cortado el lazo con la institución trabajando desde su casa, una sensación de extrañeza, un miedo a lo desconocido la invadía de pronto. Era como si el retorno tan esperado, tampoco lograra colmar sus expectativas de sentirse plena. Solo una cosa podría hacerla sentir así, pero ya no la tendría.

"Por Dios... Es increíble que aun habiendo pasado tanto tiempo de mi regreso de Punta del Diablo, continúe recordando a Renzo con esta intensidad. No es sano, estoy segura. Si cada vez que pienso en la palabra felicidad, no puedo evitar asociarla a él, ni que se me aflojen las piernas al hacerlo. Carajo, tengo que controlarme y concentrarme en lo mío", se dijo. Y lo suyo era volver al ruedo, y en ese instante dio el paso que le faltaba, y entró al banco con la cabeza en alto.

Cuando finalmente pudo deshacerse de las decenas de las personas que la rodearon para saludarla, se dirigió con paso firme a su antigua oficina a encontrarse con Marcos Galarraga, quien había sido su segundo al mando y luego se hizo cargo de todo a la espera de su regreso. Lo hizo a regañadientes, porque el dirigir una división como Banca Minorista era para alguien con un temple que él no tenía.

Bien, Victoria poseía ese temple y allí estaba para demostrarlo una vez más. Al pasar por una pared espejada en el pasillo, sonrió al observarse. Su busto era perfecto y su cabello le llegaba a los hombros y ya había abandonado su etapa de rebeldía. Se veía muy bien con su *tailleur* azul marino, blusa blanca y altísimos *stilletos*.

Y con esa misma sonrisa abrió la puerta y se encontró con lo inesperado.

Sentada en su sillón giratorio, y tecleando en su ordenador, estaba Adriana Camarano con una repugnante expresión de haberse comido el queso. Sus pequeños ojitos ratoniles la miraron, y Victoria pudo ver una sonrisa de satisfacción que dejaba al descubierto sus dientes desparejos.

La de Victoria, se marchitó al instante. No entendía nada.

—¡Bienvenida, Victoria! Qué gusto tenerte nuevamente entre nosotros —le dijo con exagerada cortesía.

Pero ella no pudo responder con la frase irónica que tenía en la punta de la lengua, porque detrás de sí pudo escuchar que entraba alguien a la oficina.

Se volvió y se encontró cara a cara con el director general del banco, Eduardo Arocena, y con Marcos.

—Queridísima Victoria... Coincido plenamente con lo que acaba de decir Adriana, qué inmenso placer verte tan bien, tan entera. Bienvenida. Acompañame a mi despacho que vamos a celebrar tu regreso —le dijo Arocena igualmente ceremonioso, mientras la tomaba del brazo.

Victoria caminó junto a él, pero al pasar frente a Marcos alzó las cejas, interrogante. El pobre parecía apesadumbrado. Se encogió de hombros e hizo una mueca que ella no supo interpretar.

—Eduardo, me sacaron un tumor y no el cerebro. Así que te pido dejes de darle vueltas al asunto y me lo digas de una vez —le dijo a su superior ni bien se sentaron en un enorme sofá dentro del lujoso despacho.

Él sonrió. Era evidente que la tigresa había regresado con las garras listas. Sabía que no había nadie como ella para ese puesto, pero temía que se hubiese vuelto demasiado cautelosa. Había realizado un seguimiento personal del trabajo que Victoria había cumplido a distancia, y la notó algo debilitada. Era lógico, después de lo que le había tocado pasar. En fin, la quería en su puesto pero con sus facultades de antaño y para eso debía ponerle una piedra en el camino, una especie de incentivo. Tenía claro que el dinero no funcionaba con Victoria, pero si el desafío era superar obstáculos, ella siempre estaba dispuesta a dar un paso más.

Adriana Camarano no sería jamás ni la sombra de Victoria. Pero al darle ese puesto, podría ser también para ella un incentivo para mejorar. La división iba muy bien, y podía correr el riesgo de dejarlo en sus manos por un tiempo, ya que Marcos ya no aguantaba más.

Además, había otra cosa. Se trataba de un programa de gestión de clientes que debían poner a prueba, y si resultaba lo que prometía, sería algo revolucionario. Quería a Victoria al frente de la evaluación y las pruebas del mismo para definir la compra. Era una inversión importante y ella era la indicada para estar a la cabeza del proyecto y a la vez demostrar que la tigresa estaba nuevamente en acción.

Se lo dijo y obtuvo la reacción que esperaba.

—¡Adriana Camarano en la Gerencia! ¿Estás mal de la cabeza? Con todo el respeto que me merece ella, no la veo al frente de este monstruo. ¿Vos crees que por haber dirigido el departamento de préstamos durante un año, puede hacerlo con toda la división? —le dijo indignada.

—No lo hará tan bien como vos, Victoria, pero se merece una oportunidad... Además tengo otros planes para que ejecutes y te luzcas, como siempre. Algo que no implica administrar tanto personal, pero no por eso es algo sin importancia. Por el contrario, la tiene, y mucha.

Le explicó lo del programa *Costumer 3.0*, mientras observaba crecer en su mirada ese brillo que prometía dinamita. Una vez que terminó, se quedó esperando, expectante.

—Debí haber muerto en mi última cirugía porque me resulta increíble estar viviendo esta situación, estar escuchando esto que me decís. Eduardo ¿qué se yo de la maldita "social media"? ¡Por favor! ¡Ni siquiera tengo Facebook! Y encima me pedís que trabaje codo a codo con personal externo. ¿Cómo diablos se llama esa empresa?

—*Hailvic S.A.* —respondió al instante.

—No tengo ni la menor idea de quienes son, ni cómo llevar adelante ese testeo que me pedís para definir la compra. Y estamos hablando de una inversión de doscientos cincuenta mil dólares, Eduardo.

—Ya se te va a ocurrir cómo. Vas a estar al frente del proyecto, y vas a trabajar con dos expertos programadores. Quiero tu visión comercial, tu conocimiento de nuestra cartera de clientes, tu capacidad de concretar metas, Victoria. El aspecto más "nerd" se lo dejás a ellos. Y no vas a tener que lidiar sola con esto. Marcos te va a acompañar como siempre, y también Mariel Ruggieri —le acotó.

—¿Mariel? ¿Pero ella no estaba a cargo del Call Center de Ventas?

—Exacto, estaba. Ahora está a tu cargo. Aceptala, Victoria, porque si no lo hacés la perdemos. De hecho estuvo a punto de renunciar, y no lo hizo porque yo la convencí de trabajar en este proyecto menos estresante y menos abarcativo que el Call Center.

—¿Renunciar? ¿Por? —preguntó ella extrañada.

—No lo vas a creer, pero ahora es escritora. Así como lo escuchás. Y ya que vas a ser una experta en redes, googleá su nombre y te vas a enterar qué es lo que hace y le insume tanto tiempo y energía como para pensar en dejarnos —le dijo Eduardo sonriendo.

—Experta en redes... No tengo idea de cuál puede ser mi aporte en esto —murmuró Victoria vacilante.

—Tenés un experto en tu casa, querida: tu maravilloso hijo. Y estás inscripta en unas jornadas para principiantes que se llevarán a cabo este fin de semana en el Centro Cultural Recoleta. El lunes vas a volver con el entusiasmo que te caracteriza a encarar este nuevo proyecto, y también vas a conocer a los titulares de *Hailvic*, que se van a encargar personalmente de la instalación del programa para el testeo. Ellos son... A ver, por acá lo tengo.

Cómo si hiciera falta que le dijera, igual no los iba a conocer ni remotamente. Ese tipo de gente podía formar parte de los círculos de Felipe, no de los suyos.

—Ah, sí. Acá está —dijo Eduardo al llegar al mail que buscaba en su equipo—. Federico Fernández y Lorenzo Lombardi. Ellos, Marcos, Mariel y vos van a sacar adelante esto, Victoria. Y si no funciona, tendrán que hacerlo funcionar porque es endemoniadamente bueno, te lo aseguro. Vale cada dólar que pagaremos por él.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—No sé si reírme o llorar, te juro.

—Ni una ni otra cosa. Mejor pedile a Marcos que te muestre tu nueva oficina, y de paso te encontrás con Mariel para ir familiarizándote con la nueva tarea.

Ánimo, querida. Lo vas a lograr, estoy seguro —remató mientras la conducía a la puerta.

Victoria no dijo nada, pero una vez que traspasó el umbral se recostó en la pared más cercana porque las novedades la habían dejado por el suelo.

"Más cambios... No sé si podré soportarlo. ¡Y Adriana Camarano en mi puesto! Qué ilusa fui al pensar que lo conservarían para mí. ¿Cómo voy a hacer para dirigir algo que me es totalmente ajeno? Y con dos sabelotodo. Por Dios, si Felipe no me ayuda estoy perdida." se dijo. Los pensamientos se sucedían sin control en su cabeza, y ella la sacudió fastidiada.

Mientras se alejaba por el pasillo de salida del Directorio, deseó por enésima vez tener una varita mágica que le permitiera volver el tiempo atrás, y desandar la distancia para regresar al momento y al lugar dónde se sintió completa, segura, y amada por última vez.

El domingo por la noche Victoria se encontraba hecha un lío. Estaba en pijama, y la cama estaba regada de papeles, resaltadores, y su notebook encendida.

Se había pasado el fin de semana entero investigando sobre la Social Media, y las sombras digitales. Entre la conferencia a la que había asistido, y toda la información que había encontrado en internet, tenía la cabeza a punto de explotar.

Para colmo, Felipe se encontraba en un campamento y no había podido siquiera consultarle por dónde empezar. Se sentía muy sola y demasiado abrumada por este desafío que no sabía si iba a poder superar.

Lo que más le molestaba era tener que tratar con personal externo al banco. Seguramente serían unos nerds del estilo de la serie *The Big Bang Theory*, expertos en cosas que para ella eran indescifrables, igual que su hijo. Pero a Felipe solo tenía que quererlo, no trabajar con él.

Seguramente serían jóvenes que se querían llevar el mundo por delante e intentarían aprovecharse del hecho de que ella no supiera nada del tema, como los mecánicos de coches.

"Vamos, no es cierto. No sabés de programas, pero sí sabés de clientes, Vic" se dijo. Y al pensar su nombre de esa forma, recordó la maravillosa tarde de abril en que había dejado de ser Victoria por un rato, para transformarse en Vic entre los brazos de Renzo.

Se le erizó la piel al evocar cómo él había besado su cicatriz, cómo la había tocado. Se estremeció cómo si eso hubiese sido el día anterior. No solo recordaba cada detalle, sino que al hacerlo sentía el mismo fuego que aquel día extendiéndose por todo su cuerpo, y su corazón comenzaba a latir intensamente.

Se tendió en la cama sobre el mar de papeles y tomó sus pechos y los acarició, preguntándose cómo sería que él los tocara a ambos por primera vez. Y luego su mano se deslizó por su vientre y se metió dentro de la ropa. Gimió al imaginarse que eran los dedos de Renzo los que hurgaban en su sexo buscando el lugar dónde se desataba la hoguera que la estaba consumiendo. Y mientras palpaba su cálida humedad, fantaseó con que era él quien la tocaba, y que era él quien la lamía como lo había hecho aquella tarde una y otra vez.

Era tan real lo que sentía, tan intenso, que en un momento creyó tenerlo encima, percibió el aroma de su piel, y hasta llegó a imaginar que el vello de su pecho tocaba su rostro cada vez que se movía dentro de su cuerpo. Oyó sus apasionados jadeos, sintió sus manos abriéndole las piernas, y su lengua enlazada a la de ella.

Y cuando estaba a punto de entregarse a esa fuerza que palpitaba en su mano queriendo estallar, alguien golpeó la puerta.

Victoria casi se cae de la cama. Estando Felipe fuera de casa, y su amiga Pepi de regreso en Córdoba, solo podía ser Lola, la mucama.

Pero no. Era Daniel.

—¿Qué hacés acá? —le preguntó una vez que se compuso lo suficiente como para abrirle la puerta. Estaba recostado en la entrada en mangas de camisa, y tenía una botella en la mano y dos copas en la otra.

—¿Interrumpo algo? Espero que no. Vine para que festejemos tu retorno a la vida—explicó con una de sus cautivadoras sonrisas.

"Mi retorno a la vida... Caradura, no tenés ni idea de que eso sucedió hace seis meses y no fue entre tus brazos precisamente.", pensó.

—No hay nada que celebrar, y si así fuese no lo haría contigo, te lo aseguro —le dijo intentando cerrarle la puerta en la cara, pero él se lo impidió.

—Victoria... No es necesario que continuemos así, como dos enemigos. Tenemos un hijo, una vida juntos. ¿Podemos comportarnos como seres civilizados y hablar? —le dijo con una pasmosa calma.

—No tenemos nada de qué hablar —replicó friamente. Pero por un segundo se preguntó si no sería buena idea escucharlo. Por Felipe.

—Ah, no lo creo. Yo tengo cosas para decirte. Que estás hermosa por ejemplo. Nunca te vi tan linda, querida —murmuró acercándose peligrosamente a ella.

—Andate, Daniel —le dijo recelosa, adivinando sus intenciones.

—Por favor, Victoria. No me pidas eso. Todavía sos mi esposa y te deseo tanto...

Ella estaba tan tensa que le dolía el cuello.

—Lástima que cuando me tenías, te acostabas con otras.

Daniel sonrió y no parecía para nada avergonzado.

—Estabas enferma. No quería molestarte con mis urgencias —explicó con calma.

Victoria sintió que la ira se iba apoderando de ella. *En la salud y en la enfermedad* ¿no era así el versito que recitaron en la iglesia? Pero ese infeliz jamás respetó el trato y la hizo sufrir mucho cuando aún lo amaba.

—Entonces te lo agradezco mucho. Fuiste muy considerado, pero ahora necesito que te vayas y me dejes en paz —le dijo con los dientes apretados.

Daniel suspiró y dejó la botella y las copas sobre una mesa.

—Te pido perdón, *mami*. ¿Por qué no intentamos...? —comenzó a decir mientras le tomaba el rostro y se aproximaba a su boca.

Ella no lo dejó continuar, y lo apartó con ambas manos con tanta fuerza que casi lo hace caer al suelo.

—Qué estúpida. Ahora que sos de nuevo una mujer, venís a sacar las garras... —dijo él en voz baja. Le brillaban los ojos y respiraba agitadamente.

Pero Victoria no se amedrentó. No le hicieron ni mella sus crueles palabras.

—Te vas ya. Y nunca vuelvas a tocarme ¿Entendiste, desgraciado? —le gritó.

Cuando lo vio marchar por el sendero, derrotado, sonrió. Y luego estalló en una sonora carcajada.

Se sintió liberada de un peso que tenía en torno al cuello y no la dejaba levantar la cabeza. Se había dado el gusto de rechazarlo abiertamente, se había hecho valer. Eso le daba una inmensa satisfacción. Y así cómo estaba, en pijama y sonriendo, destapó la botella y brindó a su salud.

Que le timbrara el móvil fue un buen pretexto para salir al balcón a contestar la llamada. Estaba siendo un fin de semana de locos para Renzo y no veía la hora de que llegara a su fin.

—Hola.

—¡Renzo! Te estoy llamando desde ayer y siempre me cae en el correo de voz. ¿En qué andás?

—Ay, Fefe. Complicado... Tengo compañía —respondió sin perder de vista a su "visita" que en ese momento estaba recostada en el sofá con las piernas en alto y el cabello rozando el suelo. La perra, echada a su lado parecía estar hasta la coronilla de la intrusa.

—¡Bien ahí! Por fin. Ya era hora de terminar ese duelo autoimpuesto y olvidarte de esa mujer que te detonó la cabeza —le dijo su amigo riendo.

—No es lo que creés. Y nunca voy a olvidarme de ella, Fefe. Pero ahora tengo a Lucía en casa. La trajo Jimena ayer —murmuró suspirando.

Amaba a su hija. Era como una muñequita perfecta, y él estaba orgulloso de haber contribuido a hacer una nena tan linda. Pero era tan inquieta y tan locuaz que lo volvía loco. La falta de costumbre también hacía que se sintiera así de abrumado por su presencia. La veía muy poco, una vez al mes. Y para eso volaba a Córdoba un fin de semana y la sacaba a pasear un par de horas cada día, y luego regresaba a Buenos Aires exhausto.

Esa vez su madre tenía un compromiso y se apareció con la nena en el departamento de Renzo, el sábado por la mañana, sin avisarle siquiera. Solo habían pasado poco más de veinticuatro horas, y tenía ganas de golpearle la cabeza contra la pared hasta quedar inconsciente. Ya estaba en la etapa en que le decía sí a todo, y ella se aprovechaba.

Al otro lado del teléfono, Renzo creyó escuchar que Fefe se reía.

—Ups, lo siento por vos, amigo —le dijo.

—No te rías, desgraciado. Si fueras mi amigo vendrías corriendo a ayudarme a lidiar con esto.

—Renzo, estoy preparando la presentación de mañana. Alguno de los dos tiene que trabajar ¿no? Con respecto a eso, hay algo que no sabés...

—¿Qué cosa? —preguntó Renzo, intrigado.

—Que no será Marcos Galarraga el que dirigirá el proyecto. El viernes a última hora me llamó para decirme que conoceremos a “la jefa”.

—¿*La jefa*? ¡Por Dios! Una mujer que merece ser llamada así no debe ser nada fácil, Fefe. ¿De dónde salió esa? Porque no había ninguna mujer en las reuniones que tuvimos hasta ahora.

—No tengo idea, pero parece que Galarraga la respeta mucho. ¿Será la madre del chico que conociste en la convención?

—No, esa mujer trabajaba desde la casa, así que es imposible. No hay de qué preocuparse —le dijo a Fefe, pero en realidad se lo estaba diciendo a sí mismo. No le gustaría nada toparse con ella, y mucho menos con el idiota del marido.

—Renzo, te voy a pedir encarecidamente que no llegues tarde.

—¿Cómo se te ocurre? —preguntó él, sonriendo porque sabía que su amigo tenía razón al recordarle su punto débil: la puntualidad.

—Te conozco —dijo Fefe, simplemente.

Renzo colgó riendo. Le encantaba poner nervioso a Fefe, y bien merecido lo tenía por haberse burlado de su karma actual. Lucía... Suspiró, y luego volvió a la sala, resignado. Le había prometido que iban a jugar a las “princesas” y lo iba a cumplir.

La nena se durmió tarde esa noche, por eso la mañana transcurrió a las corridas. Le dio el desayuno volando, y enseguida la llevó a la casa de Magdalena, para que Jimena la pasara a buscar por allí después.

Tenía los minutos contados, y el destino confabuló en su contra, porque cuando se agachó para despedirse de Lucía, ella le manchó la camisa con lápiz labial.

—¡Renzo! —exclamó su madre, alarmada—. Andá a mirarte al espejo, querido. ¿Cómo se te ocurre permitir que una nena de esta edad se maquille?

—¡Carajo! Mamá, sabés muy bien que ella hace lo que quiere. ¿Y yo qué hago ahora? —preguntó a punto de entrar en pánico.

—Subí y fijate en mi placard. Aún conservo alguna camisa de tu padre —le indicó ella.

Renzo obedeció, y encontró una. Se la llevó a la nariz... Aún podía oler el perfume de Juan Andrés, el hombre al que había idolatrado y que finalmente resultó que no era su padre. No pudo, sencillamente no pudo ponerse la camisa. Y marchó a la reunión con una marca de labial en el cuello, y los ojos llenos de lágrimas.

Cuando estaba a punto de entrar al banco miró el reloj y maldijo en voz baja. Cinco minutos tarde. Fefe lo iba a matar.

Y como si hubiese escuchado sus pensamientos, su amigo le envió un mensaje “Cuando te agarre te voy a dar la paliza de tu vida. Estamos con la jefa reunidos y solo faltás vos... ¿SE PUEDE SABER DÓNDE CARAJO ESTÁS?”

Rápidamente digitó la respuesta: “Entrando”. Y al instante volvió a sonar el aviso de que tenía un mensaje. Lo leyó sin dejar de caminar. “Pasillo, alfombra verde, tercera puerta. Ya”. Era evidente que Fefe estaba furioso, y tenía toda la razón pero ¿qué podía hacer en ese momento más que apurar el paso?

Eso hizo y al llegar al lugar indicado, alzó la mano para golpear la puerta.

—¿Llegando tarde eh? ¡Yo también!—dijo una voz de mujer.

Renzo se la quedó mirando. ¿Sería la famosa “Jefa”? Sinceramente no lo parecía. Era una dama de cabello rojizo y pecas. Parecía haberse peleado con el peine esa mañana, y tenía cara de haber dormido mal. El buen humor detrás de sus palabras, desmentía la expresión de su rostro.

—Bueno, somos dos. Eso lo hará menos duro —dijo él mientras le daba paso. Traía consigo un montón de papeles.

—¿Sos Lombardi, no? Yo soy Mariel. Pero no me saludes, mejor abríme la puerta que yo no puedo...

Él se apresuró a obedecerla y luego entró tras ella.

—¡Hola a todos! —saludó la tal Mariel alegremente. Al parecer le importaba un comino el haber llegado tarde—. Acá estoy y miren lo que traigo conmigo: a otro rezagado, el licenciado Lorenzo Lombardi.

Lo primero que vio Renzo al entrar fue un maravilloso culo de mujer. Era redondo y se veía más que firme dentro de la apretada falda azul marino.

La dueña de ese culo, era sin duda *La Jefa*. Se encontraba inclinada sobre la gran mesa ovalada, completamente de espaldas a él, al parecer mirando unos papeles. Sus largas piernas torneadas eran perfectas y terminaban en unos zapatos de taco aguja altísimos. Se sintió incómodo de pronto al darse cuenta de que no podía apartar los ojos de ella, así que se obligó a reaccionar.

—Por favor, díganme Renzo. Y les pido disculpas por la tardanza.

Segundos después, ella se incorporó y se dio vuelta despacio. En ese instante el corazón de él se detuvo, para luego palpitar de forma tan descontrolada que temió que se le escapara por la boca, y tuvo que aferrarse a toda su fuerza de voluntad para no gritar su nombre y luego correr como un desesperado y perderse en sus brazos.

¿Era posible pasar del más absoluto fastidio a la emoción más intensa en un par de segundos? Para Victoria fue así.

Si había algo que ella odiaba profundamente era la impuntualidad. Era casi obsesiva con el tema, por eso el hecho de que uno de los dos "externos" se diera el lujo de llegar tarde a la primera reunión la estaba sacando de quicio.

El otro, un joven rubio de aspecto refinado llamado Federico, había llegado diez minutos antes, como correspondía. Pero al parecer no podía empezar sin su socio, así que permanecieron en silencio, esperando a que éste se dignara a aparecer.

Y para colmo de males, Mariel, la otra integrante del equipo asignada por el director del banco, tampoco había llegado.

Los minutos pasaban y ni señales del tal Lombardi ni de la loca de Mariel. Victoria se estaba impacientando demasiado y miró a Marcos al borde de la exasperación, mientras se ponía de pie para a revisar unas estadísticas que había sobre la mesa de reuniones. Vaya, esa información era muy interesante. Tanto, que ni siquiera se dio vuelta cuando se abrió la puerta detrás de ella, y entraron los impuntuales.

No lo hizo hasta que escuchó la voz.

"Por favor, díganme Renzo. Y les pido disculpas por la tardanza..."

En un principio su cerebro se resistió a registrar lo que sus sentidos percibieron. Pero no pudo seguir negándose a la evidencia y la sangre comenzó a latirle en las sienes. Las piernas se le aflojaron y su garganta se tornó súbitamente seca. Apretó tanto el bolígrafo contra el papel, que se le quebró la punta.

Era la voz, era el nombre ¿Era él...? No podía creerlo, sin embargo.

Se enderezó y se volvió lentamente, concentrándose en disimular lo perturbada que estaba, la locura que se estaba desatando dentro de su alma. Cuando lo vio de pie frente a ella, con el rostro transfigurado por la sorpresa, sintió que le faltaba el aire.

"¡Dios mío! Renzo. Ahí estás. Yo al menos tuve un par de segundos para prepararme, pero vos... A juzgar por la cara que estás poniendo, no te esperabas algo así. Sí, soy yo. Ahora que estás acá, vuelvo a ser yo" se dijo, temblando.

El resto de los presentes notó que algo no estaba del todo bien. O por el contrario, quizás era algo que lo estaba, y mucho.

—Perdón, ¿se conocen?—preguntó Marcos asombrado, y todas las miradas, confluyeron en él por un momento.

Renzo abrió y cerró la boca dos veces, pero no consiguió emitir ningún sonido. Fue Victoria la que habló, sin dejar de observarlo directamente a los ojos rogándole con la mirada que no revelara la verdad. Solo esperaba que él entendiera el mensaje y no metiera la pata.

—No, claro que no. Es solo la... sorpresa. ¿Vinieron juntos?—preguntó para desviar la atención dirigiéndose a Mariel, aunque sabía que no era así.

—¡Por supuesto que no, Victoria! Nos encontramos en el pasillo recién. Mil perdones, el tránsito era un caos. Bueno, al menos a mí me pasó eso. No sé cuál será la excusa de Renzo—respondió ella risueña.

El aludido aún no podía reaccionar. Se encogió de hombros y prefirió quedar como un estúpido antes que decir algo inconveniente, ya que era evidente que Victoria no quería que supieran que ellos ya se conocían.

—No la tengo. Les pido disculpas de nuevo.

Nadie sabía el motivo, pero lo cierto es que la tensión se respiraba en esa sala de reuniones. Nadie, salvo ellos dos, que continuaban devorándose con la mirada. Sabían que no debían hacerlo si no querían que todos se dieran cuenta de lo que estaban sintiendo, pero no podían evitarlo.

—Bien. No hay problema. Comencemos, entonces—dijo Victoria haciendo un gran esfuerzo mientras se dirigía a su asiento. Le tembló la voz, le temblaron las piernas. Le temblaba todo.

Renzo no podía quitarle los ojos de encima.

"Victoria... Es increíble que sea ella, pero lo es. ¿Cuál era la probabilidad de volverla a encontrar en mi camino? Ninguna prácticamente. Pero aquí estamos, Víc. Y no habrá fuerza en este mundo que pueda alejarme de vos" se juró, mientras se sentaba frente a ella, al otro lado de la mesa.

Sabía que lo que sentía por Victoria era muy fuerte, pero no estaba preparado para la magnitud de las emociones que le desbordaban el alma y hacían estragos en su cuerpo. Era una mezcla de ansiedad con regocijo, de excitación con alegría. Su corazón cantaba. Literalmente cantaba. "Bendito el lugar, bendito el motivo de estar aquí. Bendita la coincidencia...". No sabía por qué de pronto sonaba en su mente ese tema de Maná. No era de sus bandas preferidas, pero en ese momento sintió que la canción había sido escrita para ellos.

Victoria movía papeles sobre la mesa, nerviosa. Él le buscó la mirada con desesperación pero no lo logró. Ella hablaba, y parecía que se dirigía a todos menos a él. Se movió inquieto en el asiento. No escuchaba lo que decía, solo estaba pendiente del movimiento de esos labios que él conocía tan bien. Le adivinaba la lengua que había saboreado en Punta del Diablo cómo si fuese la última vez. Y lo había sido, o al menos eso creyó en ese entonces, pero ahora el destino le demostraba que estaba equivocado, y que ambos estaban allí por un solo motivo: estar juntos.

Por primera vez en mucho tiempo sintió que la vida confabulaba a su favor. Y no cesaba de dar gracias por eso.

Pero en ese momento todos lo observaban expectantes, y al parecer esperaban que dijera algo. No tenía idea de qué podía ser, porque estaba completamente en blanco.

Fefe lo sacó del apuro, y comenzó a proyectar la presentación en la pared.

En esos tres minutos mientras todos estaban atentos, captando las bondades del programa *Costumer 3.0*, sus miradas se volvieron a encontrar con disimulo y Renzo no pudo evitar sonreírle. ¡Qué hermosa era esa mujer! Había conocido su faceta más sencilla, la había disfrutado a cara lavada, y se había muerto de amor. Y ahora, al verla tan elegante, tan perfecta, se sintió nuevamente subyugado por su belleza. Treinta y ocho años... Imposible. La piel de su rostro era absolutamente tersa. Le quedaba tan bien el pelo largo. Carajo, corto o largo, se veía magnífica. ¿Cómo había tenido la suerte de acostarse con una mujer como ella? No lo sabía, pero era un privilegio que volvería a repetir en cuanto tuviese la oportunidad. ¿Estaría sintiendo Victoria lo mismo que él? Parecía turbada, pero quizás era solo por la impresión del reencuentro casual. Tenía que saberlo, porque si no iba a enloquecer.

Pudo guardar la compostura, sin embargo, y la reunión continuó de acuerdo a lo previsto. Quedaron en comenzar la instalación al día siguiente, en colaboración con el equipo de Tecnología y Operaciones del banco, así que no tendrían oportunidad de verse de nuevo hasta varios días después.

Renzo maldijo en silencio. Bueno, había llegado el momento de generar las oportunidades. Ahora sabía que ella no iría a ningún sitio, que ya no podría huir de él, pero no quería esperar. Necesitaba con urgencia hablar con Victoria, saber de ella. Necesitaba tocarla. Mierda, no podría ponerse de pie porque sería más que evidente lo excitado que estaba solamente por mirarla, y recordar todo lo que habían hecho aquella tarde en "El Granizo".

—Victoria, antes de irnos, me gustaría discutir con... usted, la metodología de trabajo. ¿Es posible que hablemos unos minutos?—preguntó con una extraña mirada.

Ella pestañeó varias veces seguidas antes de responder:

—Por supuesto, los escucho.

—En realidad quería discutirlo directamente con usted. A solas— le aclaró, asombrado por su propia audacia.

La vio vacilar.

—¿Tampoco quiere que su socio esté presente?—preguntó ella alzando las cejas. Era evidente que se había recuperado del golpe, y que estaba tentada a jugar un poco con la situación. Si ella quería jugar, él lo deseaba aún más.

—Federico tiene cosas que hacer. Andá tranquilo, Fefe—dijo con calma sosteniéndole la mirada. Su amigo ya había caído en la cuenta de lo que sucedía, y se marchó presuroso. Marcos y Mariel, hicieron otro tanto.

Se quedaron solos en la inmensa sala de reuniones. Aún se escuchaba el taconeo de la pelirroja alejándose por el pasillo, cuando Renzo se acercó a Victoria rodeando la mesa.

Ella permaneció sentada, pero se reclinó un poco hacia atrás y contuvo el aire.

—Hola Vic —murmuró Renzo, y esas simples palabras la hicieron derretir. Era como fuego líquido escurriéndose en la silla.

—Te llamas Lorenzo —fue lo único que atinó a decir.

—Y vos sos “la Jefa” y estás tan sorprendida como yo por esta bendita coincidencia—afirmó.

—Sí—admitió ella—. Lo estoy.

—Pero creíste conveniente mantenerlo oculto...

—¿Qué querías que dijera? No me esperaba algo así. Creía que... el paréntesis, se había cerrado en el Uruguay y que nunca te volvería a ver —murmuró.

—No sé. Me pareció que la razón para ocultar que ya nos conocíamos fue otra. ¿Estás con alguien, Victoria? —preguntó él inclinándose hasta que su rostro quedó a la altura de el de ella.

"Carajo, Renzo. No podés ser tan directo, por Dios. Me vas a matar. No me mató el cáncer, no me mató el amor, pero en este momento tener tu boca tan cerca hace que me muera de ganas de besarte."

No le contestó. Se puso de pie de pronto y comenzó a caminar por la sala, nerviosa.

—Y a mí me parece que no deberíamos permitir que esto se salga del cauce, Renzo. Estamos aquí para trabajar, y eso haremos. Nada de preguntas personales, nada de referencias al pasado, nada de...

Él no la dejó terminar. La tomó de un brazo desde atrás y la hizo girar bruscamente. Victoria bajó la vista, y observó la mano que la estaba aferrando. Y de pronto recordó cómo esa misma mano se había deslizado por su pecho mutilado. La había tocado como nunca nadie lo había hecho, con ternura y sensualidad al mismo tiempo. Tenía un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas.

Los cerró para contenerlas y lo siguiente que sintió fue la lengua de Renzo introduciéndose en su boca. Se besaron hambrientos una y otra vez. Él la tomó del rostro con ambas manos y le comió la boca como si de eso dependiese su vida, y ella se lo permitió totalmente entregada a la pasión que la estaba consumiendo.

—Vic... Ah, Vic... —murmuró él sobre sus labios—. ¡Cómo te extrañé, mi amor!

Ella quería decirle que le había pasado lo mismo pero sabía que no debía hacerlo.

—No llores por favor... —rogó Renzo sin dejar de acariciarle la cara.

—No estoy llorando.

—Si estás— afirmó él tomando una lágrima con un dedo y mostrándosela.

Victoria la miró por un momento, y ya no pudo soportarlo más. Lo estrechó entre sus brazos y hundió el rostro en su cuello sollozando, totalmente fuera de control.

—Ay, Renzo...

—Te quiero.

—No me digas eso.

—Te quiero, Victoria. Es la verdad. Y sé que vos también sentís algo por mí.

"¿Algo? Todo, siento todo por vos" pensó. "Todo lo que intenté enterrar para siempre está aquí presente como si no hubiese pasado el tiempo. Pero no estoy lista para admitirlo, porque ahora son más las cosas que nos separan que la que nos unen."

Se separó bruscamente y le dio la espalda.

—Mirá, lo mejor será que olvidemos todo. Esta situación podría resultar perjudicial para nuestro trabajo, así que dejémoslo por acá —le pidió intentando sonar firme.

—No me importa el trabajo. Solo me importás vos...

—Renzo, no podemos. Si nos dejamos llevar, se va todo al carajo. Si no te importa tu trabajo, pensá en tu socio, en mis compañeros... En mí. Todos tenemos muchas esperanzas en este proyecto —le dijo intentando sonar convincente.

—¿De verdad este trabajo es tan importante para vos? ¿O es que no querés admitir que estás con alguien, que siempre lo estuviste y que lo que pasó entre nosotros fue una canita al aire, nada más? —murmuró él sin moverse.

Victoria se quedó helada. No supo qué responder, y no tuvo que hacerlo porque en ese momento sonó el celular de Renzo.

—¿No vas a contestar?

—No.

—Pero deberías... —comenzó a decir y de pronto vio algo que no le permitió seguir—. Tenés una marca de labial en la camisa—afirmó con una frialdad que estaba muy lejos de sentir. Y por primera vez en mucho tiempo volvió a sentir una punzada de celos.

—Ya lo sé. Me la hizo mi hija esta mañana.

"Su hija. Dios, tiene una hija. Y quizás una esposa también. Tal vez el de la cana al aire fue él, no y o" pensó mientras los celos le roían las entrañas.

—¿Tu... hija?

—Sí. Tiene cinco años y le gusta jugar a las princesas y pintarse la boca. Me tocó hacerme cargo de ella este fin de semana. Fue un verdadero caos —le dijo sonriendo con esa cara de nene travieso que la había vuelto loca hacia ya seis meses y lo volvía a hacer en ese instante—. Así que ya no son necesarios los paréntesis, ya entré en tu vida y no pienso salir. Ahora sabemos más el uno del otro, Vic. Vos sabés que tengo una hija, y una empresa. Yo sé que trabajás en el Banco del Plata, y me gustaría saber mucho más.

—Ya te dije que no podemos y por qué no podemos.

—Sabés tan bien como yo que esto es inevitable. ¿Querés mantenerlo en secreto? Lo hacemos. Si no querés, no se entera nadie. ¿Sabés que quiero yo? Sacarte la ropa y besarte todo el cuerpo. Pero jurame que sos solo mía porque no te quiero compartir. Me vuelvo loco nada más de imaginarlo. ¿Estás con alguien, Vic?

—No lo estoy —admitió por fin. Aún estaba casada, pero solo era un estúpido papel sin importancia. Y estaba en vías de disolver judicialmente ese vínculo que hacía mucho y ya estaba disuelto en el los hechos.

Lo vio relajarse y sonreír y su corazón se detuvo cuando se acercó y le acarició la cara.

—Bien... Muy bien. Entonces ¿nos vamos ahora o dentro de cinco minutos? Vos elegís.

—¿Adónde?

—A algún lugar donde pueda hacerte el amor hasta hartarme de tu piel, Victoria. Y como eso no va suceder jamás, preparate porque no volveremos a salir de ahí, te lo aseguro—le dijo con voz ronca por el deseo.

Eso fue demasiado para ella. Se olvidó del banco, de lo joven que era Renzo, de su matrimonio. Estuvo a punto de flaquear y decirle que sí. Y si no hubiese tocado a la puerta Eduardo, quizás lo hubiese hecho. Pero el director del banco entró en el momento justo, rompiendo la magia y aportando la cuota de cordura que hacía falta.

Se separaron, turbados, y Renzo se despidió de prisa.

Pero algo en sus ojos le indicaba que no estaba dicha la última palabra.

—Es la tercera vez que llama desde ayer, Victoria.

—Lo sé. Decile que estoy ocupada, Juanita. Que deje el mensaje y que cuando pueda lo llamo.

—Eso es lo que le dije la última vez. ¿No lo quiere atender? Pensé que la gente de *Hailvic* era bienvenida.

Victoria miró a su secretaria con expresión severa.

—Juani, lo son. Simplemente ahora no puedo.

—¿El problema es con el Licenciado Lombardi? Porque es evidente que algo hay —insistió tercamente.

Era increíble lo entrometida que podía ser esa chica. Y también lo perspicaz.

—Estás equivocada. Pasamelo.

Juanita sonrió y salió del despacho con una expresión de triunfo en el rostro y dos segundos después le transfirió la llamada. Estaba tentada de escuchar... Pero no, no debía. Sin embargo, estaba segura de que su jefa no soportaba al atractivo licenciado. Debería agendarle una visita al oculista, porque era un bombón ese hombre. En fin, allá ella.

Mientras tanto, *La Jefa* cerraba los ojos e inspiraba hondo antes de levantar el teléfono.

—Renzo.

—Pensé que no me ibas a atender.

—No lo iba a hacer.

—¿Qué te pasa, Victoria? Se supone que trabajamos juntos, y que el proyecto te interesa mucho —dijo Renzo, bastante tenso.

—Estoy segura de que no me llamabas por eso, pero me gustaría saber cómo estuvo todo con el equipo de Tecnología y Operaciones. Me dijeron que existieron algunos inconvenientes con la instalación.

—Eso está resuelto. Lo que no lo está es lo nuestro —acotó él con firmeza.

—No existe *lo nuestro*, ya lo sabés. No podemos tener ningún tipo de relación trabajando juntos—le recordó.

—Perfecto, entonces me retiro. Aún no firmé nada, lo dejo a Fefe y me voy—dijo Renzo, decidido.

A ella casi se le cae el teléfono al escuchar eso.

—¿Estás loco? Ni se te ocurra hacer eso —le ordenó, presa del pánico y sin saber por qué. Lo único que sabía era que Renzo era capaz de eso y mucho más.

—Puedo hacerlo, lo sabés. Pero no quiero hablarlo por teléfono, estoy acá abajo. ¿Podés venir? —preguntó mientras cruzaba los dedos. Tenía una imperiosa necesidad de verla, de respirar el mismo aire que ella, de tocarla.

—No voy a bajar, así que te podés ir yendo por donde viniste. Nos vemos el jueves, de acuerdo a lo previsto.

—¿Vos sabés que puedo ser muy persistente cuándo quiero algo? Te voy a esperar hasta que salgas —replicó antes de cortar la llamada.

Victoria estaba furiosa. ¿Así que quería presionarla? Bien, iba a salir tan pero tan tarde que no habría ni rastros de él a esa hora. Se iba a hartar de esperarla, sin dudas.

Se asomó a la ventana y lo vio subiendo a una camioneta bastante costosa. No se imaginaba que podía tener acceso a una así. En realidad no tenía idea de nada de la vida de Renzo; solo sabía de su cuerpo y de la ternura que le había regalado aquel día.

Continuó observando, y se sorprendió al ver que no la ponía en marcha. Esperó cinco minutos, pero la camioneta no se movió. Carajo, no podía pasarse el día vigilando a su vigilante, así que se puso a trabajar.

Una hora después, la situación no había cambiado, y así se mantuvo durante toda la tarde ante los atónitos ojos de ella que no podían creer lo terco que era.

La última vez que se asomó eran las once de la noche. No tenía prisa por irse, tenía mucho trabajo y Felipe aún no había regresado del campamento, así que podía darse el lujo de esperar todo lo que fuera necesario.

No estaba. Finalmente se había ido, pero por alguna razón no se sentía liberada, sino triste, muy triste.

Salió del banco con paso rápido, porque para colmo de males había comenzado a llover entre estruendosos truenos, igual que aquella vez en Punta del Diablo. Mierda, no solo no lo había olvidado, sino que ese momento mágico estaba más presente que nunca.

La lluvia comenzó a arreciar, y ella aún tenía cosas para hacer, como pasar por un cajero automático porque un rato antes había verificado que su monedero estaba casi vacío y sabía que en su casa no tenía nada de comer. Se puso a correr procurando no salir del resguardo de los pretilos, y casi se muere del susto cuando alguien atravesó corriendo la calle y le cortó el paso. Tenía que haber previsto que cuando a Renzo se le metía algo en la cabeza... Allí estaba, frente a ella, con el pelo y la ropa empapados, igual que aquella vez en el porche de “El Granizo”. Un dios griego, pero del asfalto. Las piernas comenzaron a temblarle.

—Tengo la camioneta a dos cuadras. Los de seguridad me hicieron moverla para que entrara una remesa —explicó—. Vamos, Vic. Yo te llevo.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Ni pensarlo, yo tengo mi propio vehículo más cerca que eso —fue su seca respuesta.

—Bueno, te acompaño —dijo él quitándose la campera y levantándola sobre ella para protegerla de la lluvia.

—No es necesario, Renzo. Además antes tengo que pasar por un cajero a retirar...

—Dale, te acompaño adónde sea.

—Te dije que no es...

—Victoria, empezá a mover esas hermosas piernas antes de que tus carísimos zapatos se hagan mierda con esta lluvia —le dijo interrumpiéndola, y ella lo obedeció como impelida por una fuerza extraña.

Corrieron por la acera y media cuadra más adelante entraron juntos al cajero automático. Era uno de esos recintos donde se hallan varios dispensadores de dinero, y también un largo mostrador en el que apoyar los talones para completarlos. Jadearon al unísono, se sacudieron las gotas de lluvia de la ropa en idénticos movimientos, y sonrieron divertidos al notar que actuaban como en espejo.

Renzo agitó su campera que era una especie de canguro deportivo con capucha, y tomándola del revés donde estaba más seca, la acercó a la cara de Victoria para secársela. Ella se dejó hacer, intentando por todos los medios no mirarlo, pero el magnetismo de sus ojos era tal que no pudo evitarlo. Se observaron mutuamente, se devoraron con la mirada.

Sus bocas estaban a centímetros del beso, y cuando se hizo urgente e inevitable fundirse el uno en el otro, ella se alejó e introdujo la tarjeta en el cajero. Le temblaba la mano al hacerlo, y en el momento en que el aparato le pidió el código secreto, se quedó completamente en blanco.

—Poné el número que yo no estoy mirando —dijo él, sonriendo mientras se recostaba en el dispensador. No era necesario aclararlo porque en ningún momento apartó los ojos de ella.

Digitó vacilante, y fue un milagro que lograra completar la transacción. Mientras guardaba el dinero en el bolso Renzo permaneció inmóvil contemplándola, pero ni bien ella terminó, dejó caer su campera al suelo y con ambas manos abiertas y apremiantes, le tomó el rostro y acercó la boca a la de ella. Victoria se quedó paralizada, pestañeando asustada porque su mirada era puro fuego, y era tan intenso que hasta resultaba amenazante.

Renzo ya no era él. La deseaba tanto que tuvo miedo de hasta dónde podía llegar con tal de tener a esa mujer otra vez. Se sentía enfermo de deseo, completamente desquiciado. Era consciente de que le estaba oprimiendo la cara con más fuerza de la que debería, y que la estaba asustando, pero no podía evitarlo. Intentó concentrar su energía en retomar el control de sus actos, y un segundo antes de comerle la boca logró contenerse, y solo le rozó los labios con los suyos, y bebió deleitado los jadeos de ella.

Gimió y le mordió el labio inferior, demorando el beso, haciéndola desear. Y cuando notó cuánto le gustaba a Victoria ese juego de seducción, continuó con los mordiscos. En los labios, en el mentón, en la nariz...

“No te lo voy a dar, hermosa. Puedo controlarme, puedo hacerlo. Todo sea por verte arder igual que yo, por hacerte sentir lo que yo siento cuando no me das lo que quiero. Y lo que quiero sos vos, Victoria. Como sea”.

El bolso se deslizó de las manos de ella y fue a dar al suelo regando su contenido por todo el lugar, pero ninguno de los dos hizo ningún movimiento para recoger nada.

Victoria estaba literalmente desesperada. Apretó tanto los puños, que se hizo daño con las uñas. Deseaba ese beso como loca. “Solo uno, solo uno” se repetía, aun sabiendo que era imposible que fuese así. Una vez que dejaran que el dique se rompiera, sería imposible contener esa pasión avasallante que ambos conocían y deseaban volver a experimentar.

Finalmente fue ella la que perdió el control. Lo tomó del cuello y le metió la lengua en la boca. Renzo casi se desmaya cuando ella se dejó de preámbulos y profundizó el beso de esa forma. Sentir que ella lo tocaba, fue demasiado para él. Le soltó la cara, la tomó de la cintura, y la hizo girar apretándola contra el dispensador, sin ninguna consideración. Inmovilizada contra el aparato, se concentró en devorarla sin límites. Adiós contención, adiós jueguito. Ya habían pasado el punto de no retorno.

—Me muero por vos, Vic. No sabés cuánto deseé encontrarte, cuánto te busqué... —gruñó sobre su boca.

—Ay, Renzo —dijo ella suspirando. Y en ese instante recordó que había una cámara de seguridad tomando todo el recinto—. ¡Por Dios! Olvidamos la cámara. Nos están grabando —murmuró escondiendo la cara en el hueco de su cuello. Él la soltó por un momento y miró a su alrededor hasta que la ubicó. Le sonrió a Victoria, a la vez que se sacaba la camiseta y la lanzaba sobre el foco. Una vez que comprobó que estaba cubierto, se dio vuelta y al ver la expresión del rostro de ella, casi se infarta.

Lo miraba con un deseo que jamás había visto. Nadie en toda su vida lo había mirado así. Se conmovió profundamente, y se le erizó la piel al ver como ella recorría su torso desnudo. Se veía... hambrienta. Esa era la palabra. Victoria tenía hambre de él y se maravilló al descubrirlo.

Despacio, se acercó a hasta quedar a unos centímetros de distancia.

—Nos van a meter en la cárcel. Eso que hiciste está prohibido en este lugar —murmuró ella acariciándole el pecho.

—¿Ah, sí? Y lo que voy a hacer ahora lo está aún más. Cadena perpetua nos van a dar —fue su respuesta.

Bajó la cabeza y le lamió el cuello mientras le levantaba la falda con las dos manos. Cuando llegó a las caderas introdujo una debajo y en un instante dos de sus dedos se movían en las profundidades del cuerpo de Victoria, que no pudo evitar gritar cuando lo sintió hurgar en su sexo de esa forma tan inesperada y apremiante.

—Me encanta escucharte gritar —le dijo Renzo mordiéndole el cuello sin contemplaciones.

—No podemos hacerlo acá —jadeó ella mientras una de sus piernas se elevaba como si tuviese voluntad propia contradiciendo sus palabras. Se estaba abriendo para él y no podía evitarlo.

Él toma su muslo y lo elevó aún más con la mano libre, y cuando la oprimió contra la pared, ella pudo sentir la fuerza de su erección contra su vientre.

—¿No podemos? ¿En serio? Me parece que ya lo estamos haciendo, Victoria.

—No... Por favor, Renzo.

—Es lo mismo que me dijiste en Punta del Diablo... ¿te acordás? Te cansaste de decirme que no. Ya conozco todos los secretos de tu cuerpo, ya anduve por ahí. Te recorrí entera, Vic. Te disfruté tanto... Y quiero volver a hacerlo. No puedo más —murmuró en su oído.

Y ella simplemente no pudo resistirlo. Acabó entre sollozos arañándole la espalda y murmurando su nombre una y otra vez. Solo salió del éxtasis cuando lo sintió manipular el cinturón contra su vientre casi con desesperación. Se separó de él, y quiso ayudarlo pero un sonido metálico e insistente los dejó paralizados. A través de la puerta de vidrio esmerilado había una persona y parecía estar golpeando el cristal con una moneda

—¡Salgan de una vez! Sé que están ahí porque les veo los tres pies —gritó alguien desde afuera. Se trataba de un hombre bastante mayor por el tono de voz.

En menos de un segundo, Victoria bajó la pierna avergonzada. Ahora sí había cuatro pies, cómo debía ser.

—Ya salimos —respondió Renzo, mientras se subía el cierre y se abrochaba el cinturón, totalmente frustrado.

—¡Menos mal! Porque es evidente que no están haciendo nada bueno, no sé si me entienden... —dijo el hombre y Victoria se bajó la falda más rápida que un rayo, y se agachó a recoger sus cosas con una torpeza que no solía experimentar. Y mientras ella hacía eso, él intentaba ponerse la empapada campera sin nada debajo, y a que la camiseta que cubría la cámara de seguridad, estaba a una altura que la hacía irrecuperable.

De rodillas, ella continuaba guardando cosas en el bolso con rapidez. En un momento, alzó la mirada y lo vio. Y luego ya no pudo hacer nada.

Se quedó hipnotizada mirando el enorme bulto que tenía a la altura de sus ojos. Se derritió observándolo, y se humedeció los labios con la lengua porque de pronto se le secaron. Sin querer recordó cómo le había arrancado un orgasmo con la boca aquella vez en Punta del Diablo y cómo se había bebido hasta la última gota. No pudo evitar levantar la cabeza y mirarlo a los ojos. Cómo sospechaba él también la contemplaba, respirando agitado y por un segundo el tiempo se detuvo.

Renzo se llevó la mano a la fuente de su deseo y Victoria jadeó.

—¿Querés?—dijo él con la mirada turbia por el deseo.

Ella tragó saliva mientras recorría con la mirada lo que él le ofrecía.

—Quiero. Quiero, quiero, quiero ¡por Dios! No sabés cuánto. Pero por favor, hoy no. Estoy... desbordada por lo que está pasando, Renzo. Necesito pensar —le rogó.

—Será cuando vos lo determines, entonces.

—Pero vos no... —no pudo continuar pero intentó ser elocuente con la mirada. Le hubiera gustado que él obtuviera la misma satisfacción que ella minutos antes.

—No te preocupes, puedo soportarlo. Esperé seis meses, seguro que podré esperar un día más.

—¿Hace seis meses que no...? —preguntó y se arrepintió al instante.

—Sí y no. No hubo nadie en mi vida, pero me maté a pajas pensando en vos, Vic, recordando todo lo que hicimos en "El Granizo" antes de que me dejaras sin despedirte.

Ella abrió la boca pero no pudo decir nada porque el señor que estaba afuera se estaba impacientando demasiado.

—¡Necesito mi dinero! ¡Son casi las doce de la noche y no tengo mi dinero! Dejen de jugar a los bancos, o lo que quiera que estén haciendo y salgan porque sino voy a tener que llamar a la policía y...

—¡Ya salimos!—gritaron al unísono y luego soltaron una carcajada.

Pero cuando abrieron la puerta, eran la seriedad personificada. Pasaron por delante del anciano intentando parecer dignos, pero un leve aire de culpabilidad los delataba.

Él los miró con disgusto y se metió en el cajero murmurando algo sobre la juventud que estaba perdida y no tenía respeto por nada.

La calle estaba desierta, y ellos se quedaron parados en la acera mirándose en silencio por unos instantes.

—Te acompaño a tu auto.

—No, está en el parking de la esquina.

—Igual me gustaría...

—Renzo...—en realidad no sabía qué decirle. Solo sentía que debía alejarse lo más pronto posible si no quería cometer alguna locura—. Mañana lo hablamos. Por favor.

Y antes de que él pudiese reaccionar, le plantó un beso de película en plena boca y salió corriendo.

Era una verdadera tortura trabajar de esa forma.

Tenerlo así de cerca sintiendo su mirada ardiente sobre su rostro, sobre su cuerpo... No podía siquiera mirarlo a los ojos cuando no tenía otra opción que dirigirse a él, pero podía percibir cómo Renzo buscaba los suyos con insistencia.

Y lo peor de todo era que creía que Mariel ya había notado que pasaba algo entre ellos, pues en más de una ocasión se sintió sorprendida por su mirada suspicaz y la muy atrevida hasta se dio el lujo de alzarle las cejas con una inequívoca expresión de picardía en su cara pecosa.

Victoria se hizo la desentendida y continuó trabajando, intentado por todos los medios disimular su turbación, hasta que en un momento y ante una duda de ella, Renzo se acercó para darle las indicaciones solicitadas. Rodeó el escritorio y se situó detrás, antes de que ella pudiese prepararse para esa peligrosa cercanía.

—El acceso es muy sencillo —le dijo al tiempo que colocaba su mano sobre la suya y la obligaba a deslizar el mouse por la pantalla—. Es cosa de un simple click aquí... y luego aquí.

Un súbito calor que comenzó en su mano se apoderó de todo su cuerpo al instante. Y se tornó especialmente intenso entre sus piernas, cuando el cálido aliento de Renzo le rozó el rostro. No podía resistirlo; tenía una apremiante necesidad de huir pero se sentía acorralada. Y para su sorpresa, esa sensación de estar prisionera entre sus brazos la excitó aún más.

Estuvo a punto de perder el control cuando lo escuchó susurrar en su oído:

—Te morís de ganas igual que yo.

—¡Estás loco! No estamos solos —murmuró aterrada, pues temía que los demás notaran esa especie de intimidad que existía entre ellos. Pero tanto Mariel como Marcos y Fefe estaban enfrascados en una animada conversación, y no les estaban prestando ninguna atención.

—Podemos estarlo. Vámonos, Vic. Salgamos de acá ahora... —rogó él mirándola indirectamente a través del reflejo en el monitor.

Victoria se sofocó de pronto.

—Renzo... —protestó con voz ahogada mientras su cuerpo le pedía a gritos que lo obedeciera. Y realmente estuvo a punto de dejar todo, e inventar cualquier excusa para irse con él a cualquier sitio donde pudiese cumplir el deseo de comérselo a besos.

Pero no fue necesario definir nada porque la entrada sorpresiva del director del banco, hizo que Renzo se enderezara rápidamente y que ella se pusiera de pie de golpe como tocada por un rayo.

—Por favor, no es necesario que se levanten. Quise venir e invitarlos personalmente a un pequeño brindis que haremos en la sala oval para darles la bienvenida, tanto a la empresa *Hailvic* como a Victoria.

—¿A Victoria? —preguntó Renzo asombrado y todos se volvieron a mirarlo.

—Sí, Renzo. Victoria se acaba de reintegrar a sus tareas, luego de una larga ausencia —acotó Mariel en un tono que no admitía más preguntas.

—Así que los esperamos en una hora; no se retrasen por favor —insistió el jerarca.

—Por supuesto—, dijo Victoria acercándose y tomándolo del brazo. Y luego agregó —: ¿Podríamos hablar un minuto, Eduardo?

Salieron juntos y cuando se alejaron unos pasos del despacho, ella lo encaró.

—En lugar de tantas bienvenidas que no hacen más que recordarme un capítulo horroroso de mi vida que espero haber cerrado, lo que yo necesito es que me devuelvas mi puesto.

—Querida, ya hablamos de eso. Estás haciendo un maravilloso trabajo dirigiendo este equipo —replicó él tomándola de los hombros.

—No es lo mío, Eduardo. Deja a Mariel. O poné a Adriana Camarano... Vos sabés que ella no es idónea para gerenciar Banca Minorista.

—Victoria, Adriana tendrá su oportunidad, como vos. No sé por qué estás tan empeñada a salirte de un proyecto gracias al cual te podrás lucir con los accionistas —indicó Eduardo condescendiente.

—No puedo seguir con esto...

—¿Por qué?

No supo qué responderle. ¿Qué le podría decir? "Porque uno de los chicos de *Hailvic* me tiene loca, y en lo único en lo que puedo pensar es en volver a desnudarlo y pasar mi lengua por todo su maravilloso cuerpo." Sonrió al imaginar la expresión del rostro del conservador y puritano director al escuchar algo así.

—Ah, qué más da. No me vas a sacar, ¿verdad? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Claro que no. Lo estás haciendo muy bien. Nos vemos en un rato, querida.

Victoria suspiró al verlo marcharse por el largo pasillo alfombrado. No tenía otra opción que intentar salir airoso de este nuevo desafío. Se preguntó si su corazón también saldría igual de indemne y cómo haría para dominar los deseos que no le estaban permitiendo pensar con claridad.

Adriana Camarano era una mujer de unos treinta y cinco años, soltera pero con ganas de dejar de serlo. Y también era muy ambiciosa.

No era muy agraciada, pero por fortuna no tenía idea de ello. Dueña de una astucia a prueba de cualquier principio, y de un ansia incontenible de trepar pisando la cabeza que hubiera que pisar, se sentía orgullosa de sus últimos logros. Obviaba por supuesto el hecho que si no fuese por la enfermedad de Victoria, jamás hubiese llegado a disputarle la Gerencia de Banca Minorista. Pero supo aprovechar la oportunidad que el destino le brindó, y realizó los movimientos necesarios para quedarse con el puesto. Entre ellos, fue decisivo el haberse arrodillado bajo el escritorio del obeso y asqueroso hijo de Eduardo Arocena, el director.

Dardito Arocena hijo, el gerente de Marketing, era un joven libidinoso que no perdía oportunidad de brindar favores y obtenerlos también. Fue él quien influenció a su padre para que fuese Adriana la nueva gerente de Banca Minorista, convenciéndolo de que Victoria seguramente no sería la de antes, y que la enfermedad la habría vuelto temerosa y precavida.

Y todo gracias una mamada mal hecha a la hora del almuerzo.

"Peor es nada", se dijo aquella tarde una vez que Adriana cumplió el trato que en ningún momento se les ocurrió disfrazar de otra cosa que no fuese lo que fue: un encuentro breve, furtivo, forzado. Un favor que se pagó con otro favor, nada más que eso.

Pero para Adriana había valido la pena el sacrificio. Cinco minutos conteniendo la náusea y el puesto de gerente era suyo, lo que se dice una verdadera ganga. Lo había hecho gratis en muchas oportunidades, así que era muy bueno obtener más rédito que una palmadita en la cabeza alguna vez. Ese puesto lo valía, y también el tener que soportar la calurosa bienvenida a su rival, y conocer a los "externos" de *Hailvic*.

A eso iba, cuando se encontró con Renzo en el pasillo. Se quedó mirándolo extasiada... Dios, que hombre tan atractivo. Desde su metro con cincuenta centímetros, ella lo veía como un gigante. Una belleza que irradiaba masculinidad por cada poro de su cuerpo.

Solo logró salir de su estado de sopor cuando apareció Eduardo y se lo presentó junto con su socio, otro joven rubio y pálido que le pareció un tanto afeminado. O tal vez era demasiado refinado. Como fuera, el tal Federico parecía muy a gusto con la odiosa Mariel, así que se lo podía quedar tranquilamente. Ella quería al otro, al Licenciado Lombardi. Y haría lo que fuera para tenerlo.

Permaneció con una sonrisa forzada durante todo el discurso del director en el cual más que nada ponderó las virtudes de la estúpida de Victoria y manifestó su alegría de contar de nuevo con ella en el staff. Qué tontería, si se las habían arreglado a la perfección en su ausencia. No obstante aplaudió con entusiasmo el "retorno a la vida" de esa insulsa, mientras le echaba miradas furtivas al apuesto Licenciado que parecía bastante incómodo por vaya a saber qué cosa. Lo observó intensamente,

hasta que le pareció que todos notaron su interés y sus orejas quedaron al rojo vivo. Intentó luego alternar con los distintos ejecutivos para disimular lo que estaba experimentando, y en un momento él desapareció de su mira.

Recorrió el salón con ansiedad tratando de localizarlo, pero no lo consiguió. ¿Dónde demonios se había metido ese bombón?

El bombón no hacía otra cosa que seguir a Victoria cuándo ésta salió de la sala de reuniones. No le había quitado los ojos de encima, así que le leyó los labios cuando la vio acercarse a Mariel para avisarle que iba al baño. Sin dudarlo un segundo, fue tras ella.

La alcanzó en dos zancadas y la tomó de un brazo antes de que ella lograra entrar.

—Definitivamente estás mal de la cabeza, Renzo. Soltame.

—Vos me tenés loco. Pero lo que quiero saber ahora es por qué te reincorporás recién ahora. ¿Estás bien, Victoria? ¿Estuviste bien estos seis meses en que no nos vimos?—preguntó, ansioso. Desde que supo que hacía poco había retornado al banco, sintió temor de que el fantasma de su enfermedad la hubiese estado rondando nuevamente. Ella captó enseguida su inquietud.

—Si te referís al cáncer, acabo de hacerme todas las pruebas y gracias a Dios no regresó —afirmó ella tranquilizándolo.

—¿Entonces por qué demoraste en volver?

—No estaba lista, simplemente eso. Y basta de preguntas, tengo que ir a...

No la dejó terminar. Pero esta vez no la besó sino que se limitó a abrazarla con fuerza por unos segundos.

La sorprendió con ese gesto. La sorprendió tanto que ella no pudo reaccionar rechazándolo como debería, sino que cerró los ojos y disfrutó del contacto.

Y cuando Renzo la soltó, no pudo más que lamentarlo. Se hubiese quedado una vida en sus brazos... Pero esa vida duró poco porque de la nada apareció Adriana Camarano.

—Ah, Licenciado Lombardi. Lo estaba buscando.

—Renzo, por favor —pidió él intentando concentrarse en otra cosa que no fuera Victoria. Por el rabillo del ojo pudo observar cómo ella se excusaba y entraba al baño.

—Renzo... Y supongo que puedo tutearte también.

—Por supuesto.

—Bien, espero que estés a gusto con nosotros. Cualquier cosa que necesites, sabés que podés contar conmigo. Todo lo que tenga que ver con Banca Minorista está a mi cargo, no sé si lo sabías —le explicó intentando que él permaneciera un poco más junto a ella, porque parecía estar a punto de huir. Lo entendía perfectamente; Victoria podía espantar a cualquiera con esa obsesión que tenía por tener todo bajo control. El pobre chico seguramente estaba harto de esa estúpida.

—No lo sabía. Es decir, no tengo muy claro el organigrama, pero gracias por ofrecerme tu apoyo...—murmuró él, intentando recordar cómo se llamaba. Ella lo notó, y salió en su auxilio. Haría cualquier cosa por hacerlo sentir bien.

—Adriana Camarano.

—Cierto. Disculpame, me han presentado demasiada gente el día de hoy —se excusó.

—Imagino que debés estar harto de todos, especialmente de algunas personas —dijo ella haciendo un gesto con los ojos que Renzo no llegó a comprender—. ¿Qué te parece si después de esto salimos a tomar algo vos y yo? No en plan de cita, por supuesto. Pero me encantaría que me hablaras más de tu proyecto.

—Ehhh... Otro día quizás. Hoy tengo un compromiso.

En ese momento se abrió la puerta del baño y Victoria salió. Se la veía sorprendida de encontrarlos aún allí, hablando.

—Ah, Victoria. Espero que no te comportes como la chupasangre que siempre has sido, haciendo que el pobre Licenciado trabaje en exceso. Recordá que no es uno de tus subordinados, que ya no los tenés. Esto es trabajo en equipo, y si bien tu permanencia en el banco no depende de esto, para *Hailvic* es muy importante que el proyecto funcione. ¿Verdad, Renzo? —preguntó mirándolo con un exagerado batir de pestañas.

—Sí —respondió él, cortante. Era evidente que la presencia de Victoria lo ponía incómodo, incluso cuando permanecía muda, casi ausente.

—A propósito, ¿por qué se llama *Hailvic* la empresa? —preguntó Adriana de pronto.

Renzo frunció el ceño, y esperó unos segundos antes de responder.

—*Hail* significa granizo en inglés, y así se llama una cabaña en el Uruguay en la que pasé buenos momentos...—comenzó a decir él, vacilante, pero luego miró a Victoria y se interrumpió.

—¡Uy! ¿Y *Vic*? ¿Será algo premonitorio que vaticina un lucimiento de la renovada Victoria y el éxito del proyecto?—dijo Adriana riendo.

Pero ellos no reían. De Victoria era esperable, si era una amargada de toda la vida, y mucho más desde que el cáncer la había castigado. Y era evidente que el pobre muchacho se sentía cohibido por su presencia. Seguro que la odiaba y le temía, igual que lo había hecho la propia Adriana años atrás, cuando Victoria arrasaba con todo lo que se ponía a su paso y ella no hacía más que observar su camino al éxito. Pero ya no, había llegado su turno.

Y también era la hora de tomar de la vida las maravillas que le ofrecía. Maravillas como esa belleza que se erguía a su lado en todo su esplendor, aunque visiblemente incómodo.

Y también Victoria se veía algo inquieta. Más bien parecía estar al borde del llanto. Tenía razón el repugnante Dardito Arocena, cuando vaticinó que la tigresa sería una gatita luego del cáncer. Ahí estaba, temblando como una vara verde la muy estúpida. ¡Cómo habían cambiado las cosas! Ahora era Victoria la que se sentía intimidada, no ella. La vida daba tantas vueltas...

"Por fin se acomodan los zapallos en el carro. El destino terminó poniendo las cosas en su lugar. A mí en la Gerencia de Banca Minorista y a vos a mi cargo, Vicky querida. Como debió ser siempre. Pero no puedo evitar envidiarte el que puedas admirar esta maravillosa obra de la naturaleza cada día. Obviamente debés estar tan concentrada en destacar de alguna forma, que ni habrás notado que estás trabajando al lado de este ejemplar. Tonta, tonta. Me hacés reír, pero vos parece que tenés ganas de llorar" pensó, intentando mantenerse serio para ocultar su regocijo.

En ese instante, apareció Mariel que pareció sorprendida al encontrárselos allí.

—Ah! Estaban aquí... Eduardo los está buscando para el brindis —dijo observando fijamente a Victoria.

"Son tal para cual estas dos" se dijo Adriana sacudiendo la cabeza. "La misma clase de perdedoras. Qué patéticas son."

Movió la cabeza, burlona. Estaba rodeada de torpes incompetentes y encima estúpidas.

Si hubiese sabido lo que había en ese instante en el corazón de Victoria, si hubiese podido percibir la emoción que desbordaba su alma por los recuerdos que ahora sabía compartidos, y por haber descubierto lo importante que había sido para Renzo lo que vivieron juntos, no se hubiese retirado con esa expresión de triunfo pintada en su cara de ratón.

Estaba perdiendo la paciencia y también el control.

"Tengo que serenarme", se dijo mientras se echaba agua en la cara. Necesitaba enfriar sus ánimos porque la situación lo estaba volviendo loco. Tenerla al alcance de su mano y no poder tocarla era más de lo que podía soportar.

El día anterior, Victoria había huido luego del aburrido brindis de bienvenida en la sala oval. Lo evitó todo el tiempo y luego se marchó con Mariel prácticamente adherida a ella como un escudo protector. Estaba seguro de que esta última sospechaba que entre ellos pasaba algo, y que Victoria estaba aprovechando la situación para cubrirse y escapar.

Pasó toda la noche dando vueltas en la cama sin poder dormir, presa de un deseo intenso que le consumía el alma y le destrozaba el cuerpo. Las ojeras que el espejo le devolvía eran las huellas de su insomnio enfebrecido, y se daba cuenta de que estaba llegando al límite de su resistencia física y también mental.

Lo que más lo torturaba era la idea de que ella lo evitaba por algo que no tenía que ver con sus deseos. Estaba seguro de que Victoria tenía la misma necesidad que él, y que se moría de ganas de repetir todo lo que sucedió aquella increíble tarde en "El Granizo". Pero había algo que le impedía dar rienda suelta a lo que su cuerpo le pedía, y presentía que iba más allá de no mezclar trabajo con placer. Después de todo él le había garantizado mantener el secreto de todo lo que pasara entre ellos, y los torpes intentos de disimular lo que sentían, hacía más evidente lo que no querían que se supiera. No quería pensar que ella le había mentado cuando le aseguró que era libre, pero todo le daba a entender que así era.

Y ese pensamiento era lo que más le hacía daño. Lo que sentía por Victoria iba más allá de un deseo sexual. Habían tenido buena cama, era innegable, y estaba loco de ganas de volver a hacerle el amor. Pero tanto en "El Granizo" como en ese momento, sentía que estaba unido a ella por algo más fuerte que el simple instinto de saciar sus ansias en ella.

Por eso se desquiciaba al pensar que ella pudiera ser de otro. Se volvía loco de solo imaginarlo y también se sorprendía de sí mismo porque jamás se había sentido tan posesivo, tan celoso. "La quiero para mí. Toda para mí..." pensó, asustado al descubrir que ese deseo se asociaba a la idea de "para siempre" de una forma ineludible. Nunca se había sentido tan atraído por alguien, ni tan necesitado de que esa mujer sintiera lo mismo por él.

Estaba decidido a conquistarla, y si había otro hombre en su vida, él se encargaría de quitarlo del camino. No le interesaba la oportunidad que significaba venderle el programa al banco, si eso significaba privarse de Victoria. Tampoco le importaban nada los diez años de diferencia, ni las imperfecciones que ella se había empeñado tanto en ocultar.

Victoria era perfecta a sus ojos, a sus manos, a su boca. La quería así como era, como la había amado en Punta del Diablo, con las huellas que el dolor había dejado en su cuerpo y con ese encanto que era difícil de describir, e imposible de olvidar.

Y si no la tenía pronto, se iba a morir de desesperación.

"Debo calmarme. Apremiarla no funciona con ella. Quizás la indiferencia... Carajo, imposible. ¿A quién quiero engañar? No creo poder fingir algo que no siento. Desde que la vi me provocó cualquier cosa menos indiferencia. Lo único que sé es que tengo que cambiar de estrategia porque ella sí sabe emplearla conmigo, y cuando no puede se limita a huir. Si esto sigue así, voy a tener que secuestrarla." Realmente se sentía trastornado por Victoria, y por esa falta de reciprocidad que sentía de parte de ella. Esa forma de ignorarlo y de escaparse, lo enardecía más si era eso posible.

Se secó la cara con una toalla de papel y salió del baño decidido a lograr hablarle a solas. Y si ella continuaba esquivándolo no tendría otro remedio que cargársela al hombro como lo hizo aquella tarde en la playa, en el medio de la tormenta. La sacaría del maldito banco en brazos, y la encerraría en su departamento por un montón de tiempo. Por el resto de sus vidas, si dependía de él.

Allí estaba ella, tomando un café con Mariel y Marcos, mientras Fefe revisaba unas estadísticas en su laptop. Ni bien lo vio entrar, su actitud cambió. Ya no se la veía distendida, y no podía disimular la inquietud que le provocaba su presencia. Darse cuenta de eso, le dio mucha tristeza... Eran otros los sentimientos que quería inspirar en ella.

Se concentró en su trabajo, y para eso debió evitar mirarla. Se dirigía al resto del equipo cuando era necesario, pero la mayoría del tiempo permaneció en silencio, sentado frente a su ordenador, sin dejar de digitar.

Victoria notó que algo no andaba bien, y su tensión aumentó al extremo de causarle un intenso dolor en la nuca. Lo observó trabajar como si le fuese la vida en ello, y se sorprendió al darse cuenta que lo prefería acosándola, y no así de triste. Porque era evidente que lo estaba.

Se frotó el cuello con la mano. Tenía un nudo detrás que la estaba matando.

—¿Te duele, Victoria?—preguntó Mariel que siempre se las arreglaba para estar atenta a todo. Parecía imposible algo así, porque la mayoría del tiempo parecía absorta en sus fantasías que luego volcaba en el papel, pero lo cierto es que no se le pasaba nada. Ni siquiera lo que existía entre Renzo y Victoria. No sabía qué era, pero sin dudas había algo.

—Un poco —respondió ella moviendo la cabeza a un lado y a otro.

—Renzo es especialista en masajes. Un verdadero "dedos mágicos" —repuso Fefe, que sí sabía lo que había pasado entre ellos, y no pudo resistir la tentación de intervenir.

El aludido ni pestañeó. Continuó con las manos en el teclado y la vista fija en su monitor.

—¡Qué bueno! Renzo, a ver si lográs que esta mujer se afloje. ¿Te animás? —preguntó Mariel sonriendo.

"Ay Dios. No podría resistir que me tocara. No, por favor. Me muero de ganas pero no..." se dijo Victoria, nerviosa.

—Si ella quiere... —dijo él, serio. Se notaba que no estaba de humor para nada.

—¡Claro que quiere! —insistió Mariel.

Renzo miró a Victoria de una forma que la hizo derretir. Sabía que la estaba incomodando al mirarla así, pero continuaba haciéndolo, de una forma casi desafiante. Bien, no le daría el gusto de verla amedrentada y aceptaría el reto.

—Por supuesto. Veamos si es cierto eso de "dedos mágicos"—dijo en voz alta. Era más que cierto ¡si lo sabría ella! Se sorprendió de su propia osadía, aunque eso no le impidió continuar con lo que había comenzado, y se apartó el cabello mientras giraba en su sillón para ofrecerle la nuca.

Él no dudó. En un par de segundos estaba detrás, y sus manos se cerraban sobre los hombros de Victoria. Sus pulgares comenzaron a masajear la base del cuello con suavidad...

Ella contuvo el aire mientras sentía una corriente eléctrica recorrer todo su cuerpo. El simple hecho de que la tocara la hizo arder. Fue cómo si se encendiera una mecha, y tuvo que hacer un gran esfuerzo por serenarse mientras crispaba los puños sobre su regazo.

Los demás continuaron trabajando como si fuese lo más normal del mundo que Renzo le hiciera masajes a Victoria, pero ambos tenían la sensación de que lo que pasaba entre ellos se podía percibir en el aire y que tendrían que hacer grandes esfuerzos para borrar esa impresión de que estaban muertos de deseo el uno por el otro.

Los dedos de Renzo masajearon el hueco encima de sus clavículas, y su tacto era tan suave como una caricia. A Victoria se le erizó la piel cuando su mente se llenó de recuerdos... Las manos de él recorriendo su cuerpo, reconociendo cada uno de sus rincones, dejando un rastro de fuego que luego apagaría con su boca. Ya no podía soportar tanto placer y a la vez no quería que terminara. La misma contradicción que la había alejado de Punta del Diablo seis meses antes. Cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones que le volvían a recordar lo viva que estaba.

En ese momento Adriana Camarano abrió la puerta y los vio. Le llevó una fracción de segundo darse cuenta de que había más que un simple masaje entre compañeros de tarea. No fue por la actitud de Renzo, que parecía concentrado en lo que hacía, sino por la expresión de éxtasis del rostro de Victoria. La insulsa Victoria disfrutando que el chico la tocara... Una insólita furia comenzó a gestarse dentro de ella amenazando con sofocarla. Se quedó inmóvil, masticando su rabia y conteniendo

las ganas de golpearla.

Ellos jamás la vieron porque otro incidente inesperado, los descolocó a todos. ¡Un apagón! No solía ocurrir algo así, pero ese cuatro de noviembre había sido un día especialmente sofocante, algo poco usual en esa época del año. El consumo de electricidad se disparó y sucedió lo inevitable, una sobrecarga en la central eléctrica, dejó a toda la zona céntrica a oscuras.

—Tranqui, chicos. No se muevan. El generador se encenderá en treinta segundos —advirtió Mariel como si estuviese acostumbrada a ese tipo de contratiempos.

Y en medio de la oscuridad las manos de Renzo pasaron de los hombros de Victoria a su rostro, y antes de que pudiese reaccionar la estaba besando como si el mundo se fuera a acabar ese día. Inclinado sobre ella, le devoraba la boca con avidez robándole el aire y también la cordura. Por unos segundos ella se olvidó de todo menos de esa lengua que se movía envolviendo la suya, y ni por un momento se le cruzó por la cabeza rechazarlo. Era como si el destino estuviese confabulando una vez más para unirlos. Granizo, lluvia, y ahora penumbra.

Ya no podía luchar más. No quería hacerlo. Por eso, cuando él le susurró en su oído: "Será en secreto, a tu manera. Pero va a ser hoy. En una hora en Figueroa Alcorta y Pampa. Seguime con tu coche", ella no pudo menos que decir: "sí", totalmente entregada. No fue una pregunta y una respuesta, tampoco fue una propuesta, fueron dos afirmaciones. Rendidos ante lo que sabían iba a pasar tarde o temprano, en ese instante supieron que era inútil resistirse.

Se movieron rápido. Cuando la luz regresó, los encontró a dos metros de distancia. Mientras Renzo cerraba su laptop y se excusaba con un compromiso recordado súbitamente, Victoria observaba por la ventana la calle iluminada solamente por los faros de los autos, de espaldas a todos para que nadie notara su turbación.

Una hora después, el Honda Civic de ella se situaba detrás de la Kia Sportage de Renzo. Victoria no sabía adónde irían, pero se dejaría llevar, se dejaría conducir por él a la locura, al mismo infierno si fuese necesario.

Y eso fue lo que hizo. Cuando él se puso en marcha, ella lo siguió a una prudente distancia.

Renzo condujo despacio para que ella no lo perdiera entre el tráfico de hora pico. No fue muy largo el trayecto, porque a los diez minutos la Sportage se estacionaba frente a un moderno edificio de fachada vidriada. Victoria esperó en el auto, nerviosa. Más que eso, estaba al borde de un colapso y se aferraba al volante con ambas manos en busca de una estabilidad que estaba muy lejos de conseguir.

Lo vio descender del vehículo y aproximarse al suyo, despacio. Cuando llegó le abrió la puerta y le tendió la mano.

Ella se quedó muda y paralizada, observándola.

—¿Será que tendré que cargarte al hombro como la primera vez, Victoria?—murmuró él sonriendo, y eso bastó para hacerla reaccionar.

Bajó del auto y caminó muy erguida hacia la dirección que él le mostró con un gesto. Esa seguridad en el andar tenía muy poco que ver con lo que estaba sintiendo. En realidad continuaba con el corazón en la boca y la mente turbia por el deseo que se iba acrecentando segundo a segundo, y cualquier movimiento fuera de lo calculado la ponía al borde del abismo.

Había un montón de gente en el palier, y unos cuántos también en el ascensor. Ellos permanecieron en un incómodo silencio, el cual se prolongó incluso hasta que se encontraron solos en el departamento.

Renzo cerró la puerta tras de sí, y lanzó las llaves en la mesa del recibidor.

Mientras Victoria se adentraba en la sala, él la observaba en silencio, recostado en el vestíbulo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Acá vivís? —preguntó ella mirando a su alrededor. Estaba todo bastante ordenado como para ser un departamento de soltero. ¿Lo sería? Jamás habían hablado de eso, y por un momento temió que hubiese una mujer en su vida.

“Basta Victoria, dejá de boicotearme porque sabés muy bien que nadie le pone tu nombre a su empresa si no es porque fuiste... algo. ¿Qué fui, qué soy para Renzo? Porque él significa para mí, mucho más de lo que estoy dispuesta a admitir. Y presiento que este reencuentro me va a cambiar la vida” se dijo, temblando.

—Por supuesto.

—¿Y la perra?

Renzo abrió una puerta, y Juan Carlos hizo su aparición de la forma en que acostumbraba, a los saltos y barriendo con todo lo que estaba al alcance de su cola peluda. Se abalanzó sobre Victoria como lo había hecho aquella vez en las dunas, y le llenó la cara de lengüetazos.

—¡Hola! Uf, ya veo que estás feliz de verme —dijo riendo, mientras le acariciaba las orejas.

Él se estremeció al recordar la primera vez que la vio.

“Ay, mi amor. Te veo así con la bestia endemoniada, y siento que el tiempo no pasó y que otra vez estamos en El Granizo, apartados del mundo en un paréntesis que jamás debió terminar. ¿Tendré que vencer tus reparos, quitarte los miedos? ¿Podré hacerte sentir segura de nuevo? ¿Recordarás lo perfecta que sos para mí o volverás a esconderte de mi mirada, de mis manos, de mi boca? Voy a vencer tus barreras una a una si es necesario” pensó.

—¿Tuviste suficiente de Juan Carlos o querés jugar con ella un ratito más? Porque te advierto que yo también estoy muy feliz de verte, y que también quiero jugar. Vos me dirás cuándo es mi turno... —le dijo acercándose.

Y entonces la estremecida fue Victoria. Ni siquiera intentó disimular el temblor de sus manos, de sus labios. Renzo llegó junto a ella y tomó a la perra del collar para apartarla.

—A la terraza— ordenó, y para sorpresa de ambos, el animal obedeció y se marchó con la cola entre las patas —. No puedo creerlo... Me hizo caso. Es la primera vez que lo hace —murmuró extrañado siguiéndola con la mirada.

—Siempre hay una primera vez—replicó ella rápidamente, y también así de rápido se arrepintió de haberlo dicho, porque Renzo la miró de una forma tan intensa, que se le aflojaron las rodillas.

—¿Te acordás de la nuestra? ¿Te acordás de nuestra primera vez, Vic? —preguntó acariciándole el pelo.

—Sí.

—¿Lo recordaste estos meses? ¿Pensaste alguna vez en mí?

—Siempre —musitó entre dientes. ¿Cómo era posible sentirse tan tensa y tan deliciosamente relajada a la vez? Una mezcla de laxitud y nerviosismo estaba haciendo destrozos en su cuerpo.

—¿Qué? No te escuché. Más fuerte.

Carajo, qué difícil se le estaba poniendo esto a Victoria.

—Dije que sí... Todo el tiempo, Renzo —murmuró con la vista baja, por eso no vio venir el beso. Simplemente se le cortó el aire cuando la boca de Renzo cubrió la suya, y al instante su lengua la invadió húmeda y apremiante. No estaba preparada para esa marea de sensaciones que recorrió todo su cuerpo en un instante.

Se dejaba explorar la boca, con los brazos colgando a los lados el cuerpo, y él la besaba de esa forma tan particular, tomándole el mentón con una mano, oprimiéndole las mejillas para que ella no tuviese otro remedio que abrir la boca. Y la otra mano...

Victoria jadeó cuando sintió como Renzo le acariciaba la espalda y luego la atraía hacia él. La oprimía con desesperación y no dejaba de besarla.

—Ah, mi amor... Te quiero, te necesito. No me vuelvas a dejar... —rogó, y se sintió como un nene tonto al hacerlo. No podía más. Estaba perdido de amor por esa mujer.

Y antes de que ella pudiese reaccionar, la levantó en sus brazos igual que lo había hecho aquella vez en “El Granizo”, y la llevó a la cama.

Esa vez, no la dejó sobre ella. Es que ni bien entró con Victoria en brazos y logró despegarse por un segundo de su boca, se dio cuenta de que su cama era un revoltijo de ropa, cobijas, papeles... Mierda, debió llevarla a un hotel y no a esa cueva de osos en la que se había convertido su dormitorio, desde que le prohibió la entrada a Sarita su ayudante en las tareas. Preservar su intimidad se había tornado imprescindible a causa de los sueños húmedos que había vuelto a tener, gracias a Victoria.

La bajó, y la miró algo avergonzado por el desorden.

—Ya ves que no tenía planeado esto —le dijo con una expresión que a ella se le antojó deliciosa.

Victoria sonrió al observar la cama, y el resto de la habitación. Al parecer había ropa y zapatos en cualquier lado menos en el vestidor. Y en ese momento supo que hacía mucho tiempo que una mujer no pisaba ese lugar.

Su sonrisa se hizo más amplia, y como mujer práctica que era, se puso a recoger la ropa y a doblarla.

—¿Se puede saber qué hacés, Vic?

—Ordenando.

Renzo lanzó una carcajada.

—Mi amor, esto se ordena así... —explicó mientras sacudía la sábana superior y lanzaba todo lo que había sobre ella al suelo.

—Ohhh... —dijo Victoria intentando ignorar esa forma tan especial de llamarla—. Eso está muy mal, Renzo. Vas a tener que comprar otro control remoto porque acabás de destruir el que tenías en ese caos...

—Daños colaterales menores. Vení —le pidió cambiando el tono y la expresión.

Ella se acercó sin dejar de mirarlo a los ojos. Se sintió súbitamente tímida, pero también experimentó esa maravillosa sensación de compartir la intimidad con alguien. Era un momento único porque ya no existían los pudores que la habían perturbado la primera vez y además sabía que la esperaba un placer inmenso.

Ahora las expectativas pasaban por otro lado. ¿Qué diría Renzo cuándo se diera cuenta de que ella se había sometido a una reparación estética que él consideraba innecesaria? Por un momento tuvo temor a su reacción. Le importaba demasiado lo que él pudiese pensar de ella, que la considerara vana, superficial. Pero desechó esos pensamientos enseguida; si él la había deseado antes, en las peores condiciones ¿por qué no habría de hacerlo en ese momento?

Ajeno a los pensamientos de Victoria, Renzo eliminó la distancia que los separaba porque la espera se le estaba haciendo eterna. La tomó del cuello, posesivo, y le comió la boca como solo él sabía hacerlo. Los labios de ella se perdieron en el beso, y el mundo comenzó a girar para ambos. Perdieron la cabeza por un instante y se devoraron mutuamente con una urgencia tal que Victoria no pudo evitar emitir un quejido cuando él se descontroló tanto que terminó mordiéndola con desesperación.

—Perdón... Perdoname —dijo él jadeando mientras le desprendía los botones de la blusa torpemente y con prisa.

Ella atrapó sus manos cuando llegó al último.

—Esperá...

—No, Vic. Otra vez no... Ya sé lo que hay ahí y no me importa nada. Así te conocí y así te quiero —murmuró sin soltarle la blusa.

—No... No es lo que vos pensás, Renzo. Dejame hacerlo a mí. Quiero mostrarte... —replicó más perturbada de lo que quisiera estar. Y antes de que la asaltaran nuevamente los temores, se sacó la blusa y también el corpiño. La mirada de él cambió de pronto: del deseo al asombro en una fracción de segundo.

—Finalmente lo hiciste... Pusiste en riesgo tu vida por una estúpida vanidad. ¿O es que alguien te lo pidió? —le dijo con la decepción plasmada en la voz.

Victoria no podía soportar que la mirara así.

—Vos nunca lo entenderías. Tendrías que nacer de nuevo, y mujer, para comprender lo mal que me sentía. Jamás podrías imaginar lo que es sentirse incompleta...

—¿Incompleta para quién? —preguntó él, visiblemente molesto.

Ella pestañeó varias veces. Era una situación tan incómoda... Estaba semidesnuda delante de un hombre que la miraba como si hubiese cometido el peor de los delitos.

—¡Para mí! —exclamó con lágrimas en los ojos.

Renzo hizo una pausa y tragó saliva antes de decir:

—¿Y lo lograste, Victoria? ¿Te sentiste entera cuándo saliste del quirófano?

Ella negó con la cabeza pues tenía un nudo en la garganta que no le permitía hablar.

—¿No? ¿Y se puede saber qué es lo que te hacía falta para sentirte así? —insistió él, rudo.

Y Victoria ya no dudó. Cerró los ojos y respiró hondo.

—Vos. Vos me hacías falta...

Cuando los abrió ya lo tenía encima. Pero no la besó, simplemente la tomó de la nuca y la miró como nunca antes lo había hecho. Era tal la intensidad de su mirada que a ella le faltó el aire.

—No... No llores, mi amor —murmuró Renzo acariciándole el rostro con el dorso de la mano.

Ella se sorprendió al descubrir que de verdad estaba llorando. Siempre le pasaba lo mismo. No lograba darse cuenta de su llanto hasta que alguien se lo hacía notar.

—Jamás logré alcanzar esa plenitud que vos me hiciste sentir en “El Granizo”, Renzo.

—No me digas eso que me matás, por favor.

—Es la verdad.

“La verdad... Estoy en carne viva. No puedo creer que ella sienta lo mismo que yo. La amo, la amo y no puedo evitarlo. Entonces ¿por qué me comporto como un hijo de puta y la hago sentir mal por algo que debe ser más que lógico aunque yo no lo logre comprender? Para mí era perfecta antes, y aunque suene contradictorio también lo es ahora. Lo que amo de Victoria no tiene que ver con su cuerpo, Dios mío. Es así de simple”, se dijo sorprendido por sus propios sentimientos.

Pero la deseaba casi de forma obsesiva. Y cómo...

La abrazó con fuerza. Le acarició la espalda, primero con ternura, y luego con cierto desespero, porque tenía unas ganas increíbles de sentir su piel. Quería palpar cada centímetro de ella.

Pero sus manos, como si tuviesen voluntad propia, abandonaron la espalda de Victoria y se cerraron sobre sus senos. Hubiese querido no empezar por ahí, pero algo en él necesitaba tocarla allí.

La sintió tensarse y no pudo evitar preguntarle:

—¿Sentís algo?

Victoria lo miró a los ojos y sonrió.

—Renzo... Me toques donde me toques siento todo. Tus manos erotizan mi cuerpo. Yo soy fuego cuando vos me tocás —le dijo bajito.

Él no podía creerlo. El corazón se le disparó en el pecho y luego ya no pudo pensar. Pero sintieron. Vaya si sintieron...

Victoria lo desnudó con prisa. Se sacó las ganas de ser ella quien eliminara todas las barreras físicas que impedían que sus cuerpos se fundieran el uno con el otro. Primero la camisa... Descubrió su pecho, con el que tantas veces fantaseó, y enredó sus dedos en el vello oscuro mientras lo acariciaba. Él se dejó hacer, con los puños apretados luchando para contener los deseos que lo estaban matando. Cuando ella le bajó el cierre del pantalón, el efecto fue tan devastador que se obligó a concentrarse en otra cosa para no terminar antes de empezar. Pero no pudo, así que tomó la mano de Victoria y la apartó de su entrepierna rápidamente.

—Por favor... Vas a tener que parar porque se me está complicando —le dijo avergonzado.

Ella no entendió al principio, pero cuando bajó la vista y vio lo que asomaba no pudo evitar suspirar. Era una erección tremenda, que había logrado vencer la presión del elástico del bóxer y emergía palpitante y húmeda.

—En serio, Vic. No sé si voy a poder controlar esto...

La que no se podía controlar era ella. Y sin más vacilaciones cayó de rodillas ante él, y lo devoró con ansiedad. En menos de un minuto obtuvo lo que quería, y al escucharlo gemir apoyado en la pared para no caer, se sintió poderosa y sensual. Ese sabor le era maravillosamente familiar, lo había recreado muchas veces en sus locas fantasías eróticas, y no lamentaba el haberle arrancado ese orgasmo casi a la fuerza. En ese momento, su placer estaba enlazado al de Renzo y fue un regalo el verlo gozar.

Cuando él logró reponerse la hizo levantar, y así como estaban, de pie junto a la pared, le introdujo una mano debajo de la falda. Hábilmente encontró lo que estaba buscando y Victoria jadeó cuando sintió que sus dedos la invadían.

—Ahora viene la revancha. No puedo creer lo que me hiciste—le susurró al oído y ella echó la cabeza hacia atrás, totalmente dominada por la mano que tenía entre las piernas—. Estás toda mojada...

"Mojada, dispuesta, entregada. Haceme lo que quieras, hermoso, soy toda tuya, siempre lo fui. No me importa nada, ni los diez años que te llevo, ni que aún estoy casada, ni siquiera el banco me importa. Solo vos y esa forma que tenés de hacerme sentir única, Renzo" pensó mientras se dejaba llevar por las sensaciones.

Pero de pronto él retiró la mano de su sexo, y la dejó excitada, jadeante y con ganas de más. Victoria casi se muere cuando lo vio chuparse los dos dedos que momentos antes habían estado dentro de ella. La asaltaron unos intensos deseos de comérselo a besos, de violarlo, de hacerle cosas prohibidas pero muy placenteras también.

Se dejó conducir a la cama, y lo miró con desdén mientras él se terminaba de quitar la ropa. Y cuando estuvo completamente desnudo, Victoria vio su miembro totalmente erecto, como si no hubiese pasado nada momentos antes. El constatar la fuerza del deseo de Renzo, hizo que el suyo aumentara en forma extrema. Por eso no opuso la menor resistencia cuando él le sacó la bombacha y junto con ella arrastró los zapatos también. Y así como estaba, con la falda hecha un lío en torno a la cintura, le abrió las piernas y la penetró.

Renzo maldijo para adentro, porque no podía creer su falta de control. Generalmente en la segunda, se lo tomaba con más calma y procuraba el placer de compañera de cama, antes que el propio. Pero en esta ocasión la urgencia se mantuvo intacta. La embistió con fuerza una y otra vez, como poseído por una extraña energía que se apoderaba de su cuerpo y lo obligaba a saciar el hambre de esa mujer que lo volvía loco.

La miraba con los ojos cegados por las lágrimas, y sus propios gemidos se le antojaron ajenos. Nunca se había sentido tan caliente, tan desesperado.

Quería el orgasmo de Victoria, lo deseaba intensamente, pero no podía dejar de moverse aun sabiendo que el suyo era inminente y ni siquiera se había puesto un condón. Mantener la cabeza fría con Victoria desnuda en su cama, era imposible. Y ella no parecía dispuesta a colaborar con un poco de cordura, más bien era todo lo contrario porque se retorció y gemía con el mismo ardor que él.

Así que hizo acopio de toda su capacidad de autocontrol hasta que ella se tensó y acabó como una gata en celo, arañándole el pecho al punto de hacerlo sangrar. Y al sentir su vagina oprimiéndolo le estalló la cabeza, le estalló el corazón y no pudo evitar derramarse en ella. Sabía que era un error, pero a su pene no le importaba nada, y continuaba bombeando semen en el interior de Victoria en un interminable orgasmo que lo hizo gritar y lo dejó temblando.

Jamás le había pasado algo así. Incluso la primera vez que estuvo con ella, allá en "El Granizo", tuvo la suficiente lucidez como para salirse en el último segundo y acabar afuera. Pero en ese momento no había podido controlarse, y mientras la observaba volver a este mundo luego de haber gozado igual que él, sentía que podía quedarse allí el resto de su vida. No había otro sitio en el que desearse estar, que no fuese encima de Victoria, dentro de ella.

No pudo evitarlo; le salió del alma:

—Te amo, Vic.

Y con los ojos llenos de lágrimas hundió el rostro en su cuello. No quería una respuesta, ni siquiera se atrevía a ver en sus ojos si sentía lo mismo. Tenía miedo de que ella no le correspondiera, y prefirió quedarse con la duda antes de sentirse rechazado.

Pero Victoria estaba muy lejos de eso. Le acarició el pelo, y le rodeó la cintura con sus piernas como si no quisiese dejarlo ir. Tenía un nudo en la garganta, y lo usó para reprimir los intensos deseos de decirle que ella también lo amaba. Estaba segura de que Renzo se había dejado llevar por el momento, y que cualquier relación que implicara más que sexo sería un error para ambos y por varios motivos. Los diez años que le llevaba era uno de ellos, pero también el hecho de trabajar juntos impedía cualquier cosa que no fuese en el resguardo de cuatro paredes.

Y también estaba Felipe y su situación indefinida con Daniel. No, ni pensarlo. No podía permitirse algo así a la luz del día, pues podían salir todos lastimados.

Lo deseaba, lo adoraba. Jamás se había sentido tan cerca de un hombre, jamás había sentido tanta afinidad en la cama, ni la maravillosa sensación de unir el alma al juntar los cuerpos. No obstante era consciente del peligro de entusiasmarse demasiado con algo que no podría conservar, y por eso no le dijo nada, y se limitó a acariciarla una y otra vez.

Finalmente él se incorporó y la miró a los ojos. Apoyado en los antebrazos, permanecía dentro de ella, con una rigidez que ya estaba comenzando a preocuparlo. Con los pulgares le acarició el rostro, y sonrió. Fue una sonrisa triste, con un dejo de decepción porque en el fondo esperaba que Victoria le dijese que también lo amaba. Sabía que ella sentía algo por él, pero tal vez no estuviese lista para decirselo. Así que no comentó nada al respecto para no estropear ese momento maravilloso que estaban viviendo.

De pronto recordó el asunto del condón.

—Ay, carajo.

—¿Qué pasa?

—El condón. Soy un estúpido —declaró mientras se retiraba despacio y rodaba boca arriba sobre la cama tomándose la cabeza con ambas manos.

—En todo caso ambos lo somos —dijo ella incorporándose con la intención de levantarse de la cama.

Pero él no se lo permitió. La tomó de un brazo y la hizo girar tan hábilmente que un segundo Victoria se encontró tendida sobre el cuerpo de Renzo.

La inmensa erección era imposible de ignorar, y ella se quedó con la boca abierta al notarla.

—Si te embarazo, no voy a tener más remedio que *sacrificarme* y casarme contigo— murmuró él a unos centímetros de su boca. La expresión de su rostro era tan anhelante que el concepto de "sacrificio" no tenía credibilidad alguna.

Victoria cerró los ojos, porque esas palabras la abrumaron de tal forma que no pudo resistir su mirada.

—Eso no va a pasar. Para tonterías cómo esta existe la píldora de emergencia —respondió al tiempo que se apartaba de él.

Y el mágico momento que estaba a punto de repetirse, se truncó ante la gélida respuesta que hizo que los castillos en el aire que estaba construyendo Renzo desde hacía rato, se hicieran mil pedazos.

Se puso la píldora en la boca, mientras buscaba una botella de agua que siempre tenía en la parte de atrás del coche. Ahí estaba, a medio llenar y algo tibia, pero igual le servía. Era consciente de que meterse hormonas en el cuerpo no era la mejor idea, pero quería asegurarse de que su desborde de esa tarde, no trajera consecuencias.

No se sentía lo suficientemente serena como para conducir, pero tendría que hacerlo. Felipe regresaba esa misma noche del campamento de primavera, y quería llegar a tiempo para recibirlo. ¡Quedaban tan pocos días antes de que viajara a los Estados Unidos! No quería ni pensarlo.

Antes de poner el coche en marcha, se miró en el espejo retrovisor y casi se desmaya. Tenía una cara de recién cogida, y solo esperaba que nadie lo notara. Se arregló el pelo y el cuello de la blusa, y luego arrancó intentando controlar el temblor de sus manos.

Mientras conducía, se preguntó cómo era posible que una simple frase dicha casi sin querer, acabara con un momento mágico en cuestión de segundos. No sabía por qué diablos había sido tan fría. En el instante en que salieron de su boca esas palabras tan cortantes, se vio reflejada en los ojos de Renzo con una dureza en su expresión que la asustó.

"Si te embarazo, no voy a tener más remedio que *sacrificarme* y casarme contigo"

Dios, esa frase retumbaba en su cabeza. La hizo sudar frío en ese momento, y lo volvía a hacer al recordarla. Y lo peor que no tenía nada que ver con el temor a un embarazo; el miedo pasaba por otro lado. La intensidad que puso él al decirlo, revelaba unas intenciones, un deseo tan marcado que la dejó completamente descolocada.

Estaba loca por Renzo, perdida de amor por él, pero era consciente de que lo único que podrían tener, y eso solo porque no pudo resistirse, era una aventura. Otro paréntesis, otra tregua.

Verlo y desearlo fue todo uno, y que el destino lo hubiera puesto en su camino, una señal. Pero de ahí a pensar en algo más serio era imposible.

Mil cosas lo separaban, y la diferencia de edad era una de las más importantes. Victoria tenía un prejuicio muy arraigado con ese tema y lo reconocía así, pero no lo podía evitar. Estaban en distintas etapas de la vida, él empezando un emprendimiento, y con una hija pequeña. Ella, muy a su pesar, a punto de desprenderse de su rol de madre, y con una brillante carrera en el banco que debía esmerarse por mantener.

E involucrarse con Renzo estando trabajando juntos en un importante proyecto, no ayudaba en nada. Es más, era muy peligroso para ambos.

Tenían que evitar estar en estrecho contacto, porque eran como dos cables que al tocarse generaban una energía imposible de ignorar. El chispazo era instantáneo, evidente para cualquiera, intensamente perturbador. ¿Cómo lograr algo así? Cuando se marchó con él esa tarde, se dijo a sí misma que se iba a permitir por única vez ese placer. Se auto convenció de que era mejor sacarse las ganas, para poder continuar con el proyecto sin esa tensión sexual que se respiraba cada vez que sus miradas se cruzaban.

Ahora se daba cuenta de que eso no pasaría, que jamás podría saciarse de Renzo y que cada día quería más. ¿Qué haría, por Dios? ¿Cómo lograría concentrarse en su trabajo, cuando lo único en lo que podía pensar era en sus besos, en el aroma de su cuerpo, y en lo plena que se sentía cuando estaba dentro de ella?

Cuando lo sintió tan enamorado, tan deseoso como ella de quedarse enredados en esa cama y no salir de allí jamás, le entró el pánico. El mismo pánico que estaba experimentando al tomar consciencia de que estaba en medio de un gran problema.

No solamente era aún una mujer casada, sino que se estaba acostando con un joven que estaba prácticamente en relación de dependencia con respecto a ella. Prohibido por donde se lo mirara. El tabú ya no pasaba por entregarle su cuerpo mutilado, sino por otras circunstancias más preocupantes aún.

No quería pensar que podía suceder si en el banco se enteraran de ese... desliz. Su carrera se iría al demonio junto con su reputación. Y perdería el respeto de su hijo.

Mierda, en que terrible aprieto se encontraba. Y para colmo de males sabía que a pesar de todo, si Renzo le insinuaba algo sobre repetir la experiencia de esa tarde, dejaría todo y se iría con él.

"Dios mío, por favor. Dame fuerzas para encarar esto. Las mismas que me diste para enfrentar el cáncer, porque esto sí está acabando conmigo. Me roe las entrañas, me enturbia los pensamientos, me hace desear cosas en las que no debería ni pensar" rogó mientras entraba a su casa. Tenía que olvidarse del tema a como diera lugar esa noche, porque su hijo ya había regresado y quería dedicarse a él por completo.

Y Dios la escuchó porque por un rato, mientras estuvo con Felipe en su habitación, logró olvidarse de todo lo que tanto la inquietaba.

Era increíble lo mucho que había crecido la relación con él en los últimos tiempos. Se había ganado el respeto de su hijo y el pensar que podría perder de un momento a otro la hizo estremecer.

El encuentro fue más breve de lo que esperaba, porque él estaba cansadísimo y se le cerraban los ojos. Lo cubrió con la manta y le besó la frente.

Cuando estaba a punto de salir de la casa, se encontró cara a cara con Daniel.

—Hola Victoria.

Su voz sonaba algo extraña, como si tuviese un nudo en la garganta.

—Buenas noches, Daniel.

—Necesito hablarte.

—Yo ya me estaba yendo...

—Es un minuto, por favor. Es de Felipe que quiero hablar.

Él sabía cuáles eran las palabras mágicas y las utilizó astutamente.

Las pupilas de Victoria se dilataron y toda su atención se dirigió a Daniel.

—¿Le pasa algo? ¡Decime!

—Sí y no. Solo quedan dos semanas antes de que se vaya a Seattle, Victoria. ¿Lo acompañaremos ambos? —preguntó.

—Yo iré, eso seguro.

—Bien, entonces iremos los dos. Quería comentarte que antes de que llegaras estuvimos hablando de su partida ¿y sabés lo que me dijo? "Cuidala, papá". Eso me pidió.

Victoria tragó saliva. Unos meses antes, el propio Felipe la había impulsado a cortar con los lazos que la ataban a su padre y que le hacían tanto mal. No entendía cómo ahora...

—No sé por qué te dijo eso, Daniel. Felipe sabe que no necesito...

—¿Lo sabe? Porque parece bastante preocupado por marcharse y que nosotros nos quedemos en esta situación indefinida. En realidad está más que preocupado por vos, Vicky. Por vos y tu soledad.

Vaya momento incómodo. Su soledad... No se sentía así desde que Renzo había regresado a su vida.

—Pues no debería. Estamos bien de esta forma.

—Yo no estoy bien. Y para nuestro hijo sería una tranquilidad marcharse sabiendo que hay una tregua entre nosotros.

"Tregua. ¿No podías haber elegido otra palabra, Daniel? Mis treguas son solo de Renzo. Él es el único que puede sacarme de este mundo y llevarme a El Granizo cada vez que me toca."

—Le voy a decir que no tiene de qué preocuparse.

—No, por favor. Me pidió que no te lo comentara. Victoria, es importante para él vernos bien, unidos. ¿Podríamos estas dos semanas comportarnos como sus padres y no como enemigos? ¿Podrías soportar que estemos juntos hasta que regresemos de Estados Unidos, al menos?

Ella sacudió la cabeza, confundida. No podía creer que Felipe hubiese cambiado de opinión así de repente.

—No lo sé...

—Nunca te lo va a admitir, pero eso es lo que desea. Él vio mi cambio, Vicky. Vos no lo notaste porque estás reclusa en el monoambiente, pero él advirtió lo tranquilo que estoy, que ya no salgo por las noches. Le estoy dedicando tiempo, y Felipe ha aprendido a apreciar lo bueno que aún se rescata de su padre —le dijo, muy serio. Parecía bastante sincero, y Victoria comenzó a inquietarse. Cuando la felicidad de su hijo se ponía en juego, su capacidad crítica se anulaba por completo.

—¿Y qué pretendés que hagamos? ¿Jugar al matrimonio feliz? ¿Estamos a punto de divorciarnos, Daniel! —exclamó, nerviosa.

—Por favor, bajá la voz. No quiero que te escuche y se altere. Tiene que estar tranquilo para poder encarar esta nueva etapa como corresponde.

—Lo siento.

—No hay problema. Lo único que pretendo es eso, quitarle una preocupación de la cabeza. No te pido que vuelvas a mi cama, pero sí que estés más en la casa, que nos mostremos cercanos, felices. Eso le haría mucho bien a nuestro hijo, de verdad.

Victoria pestañeó varias veces, y Daniel se dio cuenta de que ya la tenía. La conocía muy bien, y sabía qué palabras usar para atraparla. Y lo había logrado, como en los viejos tiempos. Se volvió para que ella no pudiese ver la sonrisa de satisfacción que ya no podía contener.

—Es extraño que no me haya dicho nada.

—Ya sabés cómo es. Hermético. Es un milagro que me lo haya comentado a mí, te lo aseguro. Mirá, Victoria. Te veo muy cansada, se ve que trabajaste un montón.

Hasta ojeras tenés. ¿Qué te parece si continuamos esta conversación mañana? —preguntó, y ella casi se desmaya al escucharlo.

“Dios... hubo un montón de algo, y no fue trabajo precisamente. Fue puro placer, y también un gran error. No puedo creer que se me note. Qué vergüenza”, pensó completamente ruborizada.

Esa observación de Daniel, fue completamente definitiva para que a Victoria se le borraran todas las dudas y especulaciones de la cabeza.

—Sí... Por supuesto. Cuando vos quieras —respondió bajando la cabeza.

—Bárbaro, mañana después del trabajo lo hablamos más tranquilos. Hasta entonces —dijo él simplemente, y luego subió la escalera silbando.

Mientras la observaba digitar con atención en su ordenador portátil, Renzo no podía dejar de recordar lo sucedido la tarde anterior.

Habían hecho el amor de una forma tan intensa que él se había conmovido hasta las lágrimas. Pero al parecer para Victoria, no fue así.

En el momento de la pasión se había mostrado ardiente, y él creyó ver en su mirada algo más que deseo. Pero cuando sugirió veladamente un compromiso más fuerte, ella se retrajo, se enfrió repentinamente.

Tanto así, que se vistió a una velocidad de vértigo, y antes de que él pudiese inventar cualquier excusa para retenerla un poco más, ella se marchó murmurando algo que a él terminó por descolocar: “Perdón, pero hay cosas con las que no puedo lidiar. Por favor, que lo que pasó esta tarde quede entre nosotros y no vuelva a repetirse, Renzo”.

Eso, simplemente eso. El momento único que habían vivido juntos, para ella se resumía en “lo que pasó esta tarde”, y él no podía resignarse a que fuera así. Estaba tan enamorado de Victoria, que muy a su pesar, elegía ignorar todas las señales que le indicaban que debía apartarse de ella, y lo único en lo que podía pensar era en lograr que lo amara.

Por eso le envió ese mensaje. Estaban uno frente a otro en la mesa de reuniones, cada uno trabajando en lo suyo. No estaban solos, Mariel y Fefe también estaban presentes enfrascados como siempre, en una discusión productiva como a ellos les gustaba llamarlas.

La vio abrir los ojos como platos al recibir el mail.

“Estás hermosa, Vic. ¿Cómo puedo hacer para concentrarme en el trabajo, si al mirarte solo puedo pensar en las ganas que tengo de volver a hacerte el amor como ayer?”

La respuesta no se hizo esperar y fue muy breve:

“Basta”.

Pero Renzo no se amedrentó.

“¿Por qué? ¿Dije algo incorrecto? Y eso que no puse *cogerte* como me vino a la mente en un primer momento. Pero parece que a vos te gusta más coger que hacer el amor. Debí seguir en esa línea.”

Sonrió y se acarició la barba. Y no dejó de mirarla. Ella no levantó la vista en ningún momento, pero el color de sus mejillas delataba que estaba leyendo todo.

“Te estás pasando, te lo advierto. Tenemos que mantener las formas en este lugar, Renzo. Ya lo hablamos.”

El corazón le dio un vuelco. Esa simple frase le indicaba que no todo estaba perdido, así que decidió redoblar la apuesta.

“¿A qué le tenés miedo, Vic? No te mató el cáncer ¿te acordás? Tampoco lo hará el amor... Porque estoy convencido de que vos sentís lo mismo que yo. Vos también te enamoraste ¿me equivoco?”

La vio dudar. La vio escribir y cancelar una y otra vez. Finalmente levantó la vista y sus increíbles ojos grises hicieron que la erección que estaba experimentando desde que llegó, aumentara en forma extrema.

Por un electrizante segundo se miraron, y luego ella dijo en voz alta:

—No.

Renzo se quedó paralizado, intentando controlar su respiración al menos. Su corazón y su pene latían como si tuviesen vida propia.

Mariel se volvió y los observó con atención.

—¿Dijiste algo, Victoria?—preguntó.

—Sí... El control remoto del aire acondicionado. No lo encuentro.

—Aquí está —dijo Renzo alcanzándose. Por un instante sus dedos se rozaron y ambos supieron que estaban perdidos—. Hace calor aquí.

—Sí. Chicos, voy al baño unos minutos a refrescarme —murmuró ella dirigiéndose a la puerta.

—Y yo por unas Cocas frías. ¿Mariel querés una? ¿Y vos Fefe?

Ambos asintieron con una mirada extraña, pero Renzo los ignoró y salió tras Victoria.

Una vez afuera, ella se volvió y lo encaró.

—¡No sigas con esto! Estás poniendo en peligro todo lo que estamos logrando, Renzo. Además acordamos que nadie se enteraría, y vos estás haciendo cosas que lo hacen más que evidente —le dijo con el ceño fruncido.

—Esto se salió de mi control. Estoy completamente loco por vos. Quiero más, mucho más que un romance secreto de oficina.

—Está claro que estás demente.

—Está claro que vos también querés más.

Victoria lo miró un instante, y luego a su alrededor con disimulo. Y para su sorpresa lo tomó de la mano y lo arrastró escaleras abajo.

Ninguno de los dos decía nada, solo caminaban con rapidez, casi corrían, hasta que llegaron al segundo subsuelo y Victoria abrió una puerta que decía “Proveeduría”.

Entraron ambos y ella cerró y apretó el botón para trabarla.

Segundos después, se besaban con desesperación dando tumbos entre las estanterías repletas de insumos que iban cayendo al suelo. Pero ellos no lo notaban, continuaban devorándose mutuamente como si el mundo estuviese a punto de estallar.

Renzo le buscó la bombacha y la destruyó con ambas manos. Y luego hizo que Victoria se diera vuelta y la penetró así, de pie y desde atrás, haciendo grandes esfuerzos para no gritar cuánto la estaba gozando.

Una y otra vez entraba y salía de su cuerpo con tanta fuerza, que ella debió inclinarse sobre una mesa para no caer de bruces. Renzo la sostuvo con firmeza por los hombros mientras no dejaba de embestirla. Y en un momento perdió el control, la tomó del cabello y la obligó a volver la cabeza para comerle la boca.

—Te quiero. ¿Lo sabés, verdad? Seguro que lo sabés...

Victoria gimió deleitada. No debía disfrutar tanto ni de su pene, ni de sus palabras, ni de nada que tuviese que ver con Renzo, pero no podía evitarlo.

No le pudo decir nada porque la lengua de él no se lo permitió. Hurgó en su boca, y bebió sus jadeos cuando ella llegó al orgasmo moviéndose hacia atrás para intensificar la penetración.

Renzo se mantuvo dentro de ella mientras acababa, y se salió en el último segundo y a regañadientes. Derramó su placer sobre ella, mientras no podía dejar de mirar el culo que más había deseado en la vida. Ah, qué maravilla.

Si no hubiese sido porque alguien intentó abrir la puerta, seguramente hubiesen repetido. Pero la posibilidad de ser descubiertos enfrió sus ardores de golpe.

Se arreglaron la ropa en silencio. Victoria intentó como pudo acomodar el desastre que tenía detrás, y la puerta se abrió justo cuando ambos se inclinaban sobre la mesa fingiendo estar muy interesados en... ¿papel carbónico? Carajo, vaya forma de disimular.

Adriana Camarano los miró con el ceño fruncido, y cuando comprendió lo que pasaba, la furia se apoderó de ella.

“Qué hijos de puta... Estos dos están cogiendo, está más que claro. Y yo como una estúpida yendo a la peluquería todos los días, y buscando encontrarme con él en algún pasillo con la esperanza de que me... ¡Son unos reverendos hijos de puta ambos! Pero esto no va a quedar así” se dijo.

—¿Interrumpo? Digo, porque tuve que abrir la puerta con la llave, y la antigua Proveeduría ya no se tranca. Si no hay nada de valor aquí...

Victoria la observó con frialdad.

—Se habrá cerrado por accidente. Además, si no hay nada de valor ¿qué viniste a buscar? Nosotros vinimos por... carpetas. De las antiguas, las más grandes, pero parece que se terminaron — dijo sosteniéndole la mirada.

Adriana estaba lívida de rabia. No podía creer que Renzo se fijara en una mujer casada, estando ella completamente disponible para él. Ciertamente que la estúpida de Victoria sabía arreglarse y coquetear como una zorra, pero nunca se le había cruzado por la mente que ellos dos pudieran estar juntos.

—Vine a fumar a escondidas —admitió con descaro—. Siempre lo hago, pero generalmente no me encuentro con escenitas como ésta.

Renzo observó cómo el rostro de Victoria se iba transformando, y realmente temió que terminaran golpeándose entre ellas, así que creyó conveniente intervenir.

—No sé a qué te referís, Adriana, pero nosotros ya nos estamos yendo. Podés fumar tranquila que no te vamos a delatar —le dijo, conciliador guiñándole un ojo mientras tomaba a Victoria de un codo y la obligaba a salir. Ella no se dio vuelta a mirar a Adriana, pero pudo sentir su odio rozándole la nuca

—La que nos va a delatar es ella, Renzo—le dijo consternada mientras subían las escaleras.

—No te preocupes, yo me voy a encargar de que no diga nada. Vic, quedate por acá y dame un par de minutos para que vaya por bebidas. No es conveniente que nos vean aparecer juntos desde el subsuelo.

—Por supuesto—asintió.

Pero antes de marcharse, Renzo se volvió y le dedicó una sonrisa que a ella le llegó al alma.

—Mi amor, pase lo que pase yo estoy con vos. Te voy a cuidar, no tengas miedo —murmuró y luego corrió escaleras arriba.

Estaba a punto de meter unas monedas en la máquina expendedora de bebidas, cuando escuchó que lo llamaban.

—¡Renzo! ¿Qué hacés acá?

Se volvió sorprendido y descubrió con alegría que se trataba de Felipe, el chico genio que había conocido en la convención de videojuegos.

—¡Felipe! ¿Cómo andás, Cerebrito? —le dijo mientras le estrechaba la mano de una forma por demás informal, cómo lo hacen los jóvenes enlazando los pulgares.

—Todo bien. No me digas que finalmente lograste interesar al banco en tu proyecto.

—Es así, y todo gracias a vos por ponerme la idea en la cabeza. Estoy implementado *Costumer 3.0* en el "banco de tu mamá" y espero que funcione —respondió haciendo el clásico gesto con los dedos para dar a entender el entrecomillado.

—¡Ja! Increíble. Lo hiciste igual por tus propios medios, sin recomendaciones... Y aquí estás. ¿Habrás conocido a mi madre? Ella trabaja en este piso.

—No, no lo creo. ¿No era que hacía tareas desde tu casa?

—Ya no. ¡Mirá! Allí está. ¡Hey, mamá! —exclamó y salió corriendo. Renzo rio y se volvió para conocer a la señora y cuando vio a Felipe besando la mejilla de Victoria sintió que el mundo se le venía encima.

Los observó en silencio. Victoria le acariciaba el cabello al chico, y sonreía cómo jamás la había visto hacerlo. Podía adivinar qué estaba pensando en cada gesto. El ceño fruncido, denotaba confusión. Seguramente Felipe le estaba contando que se encontró con la persona que quería hablarle de su proyecto aquella tarde, pero huyó antes de conocerla. Victoria asintió; al parecer lo recordaba.

Y luego levantó la vista en la dirección que su hijo le señalaba. Sus miradas se encontraron y el rostro de ella se arrebó al instante. Incredulidad, nuevamente confusión. ¿Vergüenza? Si no lo estaba, debería. Y mucho.

Renzo se sintió engañado. Más bien se sintió traicionado. Sí, esa era la palabra. Ella le había ocultado que tenía un hijo y que... Carajo, el padre de Felipe. De pronto recordó al hombre que lo había destrutado aquel día y al que estuvo a punto de romperle el rostro de un golpe... No, no podía estar casada. Era imposible que le hubiese mentado así, pero los hechos le demostraron lo contrario.

—¡Renzo! —dijo Felipe mientras tiraba del brazo de Victoria para acercarlos—. Esta es mi madre, Victoria Ríos.

Antes de que ella pudiese decir palabra, Renzo acotó en un tono helado, que ya se conocían. No le quitó los ojos de encima, y ella no pudo soportar el dolor de su mirada y bajó la vista. Se sentía muy mal, se sentía como atrapada *in fraganti* en una mentira gruesa, y en parte así era. Pero no sospechaba cuán peor se podía sentir segundos después.

—Debí imaginar que ya se habían conocido, trabajando en el mismo piso... Y ahora te voy a presentar a mi papá, aunque creo que ya hablaron aquel día, en la puerta de casa. Papá, él es Renzo, el programador que conocí en la convención—dijo el chico, de buen humor. Lo puso muy contento el hecho de haber encontrado a Renzo. Él le caía más que bien, porque hablaban el mismo idioma, y tenían metas similares.

Daniel observó al joven con frialdad, y le tendió la mano por compromiso.

—Doctor Daniel Zúñiga —fue todo lo que dijo. Y luego se volvió y le dedicó a Victoria una deslumbrante sonrisa—. Hola, querida. Te vinimos a buscar para que ultimemos los detalles del viaje de Felipe.

Ella estaba al borde del colapso. La situación no podía ser peor... Se encontraba en un pasillo con su ropa interior en el bolsillo de la chaqueta, y la falda se le adhería a la humedad que corría por su trasero. Ni siquiera había llegado al baño, cuando Felipe la encontró.

Y frente a ella tenía a su hijo, a su esposo y a su... amante.

Podía justificar ante sí misma que la situación no era tan sórdida como parecía, pues estaba en trámites de divorcio, y lo de Renzo era más que una aventura. Pero no podía darle a él ninguna explicación en ese momento, y su corazón sangró por eso. Notaba su sufrimiento, su decepción, y una sensación de pérdida, de desolación, la invadió de pronto.

El silencio se hizo tan incómodo, que hasta Felipe lo notó.

—¿Pasa algo? —preguntó alzando las cejas.

Todos observaban a Victoria y ella no supo qué decir, pero Renzo sí supo:

—Nada. Un placer volver a verte, genio. Y feliz viaje... —le dijo a Felipe. Y así, sin más, se marchó.

Victoria quiso detenerlo, pero no lo hizo. Quiso correr tras él para explicarle, pero no pudo. Permaneció en su lugar, muda y con los ojos llenos de lágrimas, intentado recuperar la compostura.

—Espérenme en La Escala; en diez minutos estoy con ustedes—fue lo que dijo y luego corrió hacia el baño. Se sentía sucia, asqueada, y no precisamente por lo que tenía detrás. Eso en todo caso era lo único que podía rescatar de la terrible situación; el hecho de haber conocido al hombre de su vida, y el haber podido tener aunque sea un romance fugaz con él.

Fugaz... No, no quería eso. De solo pensarlo, se estremeció. Perderlo no era una opción, no tenía dudas. Haría lo que fuera por lograr que la perdonara por haberle ocultado tanto. ¡Dios, cuánto lo amaba! En ese momento se dio cuenta de la dimensión de sus sentimientos hacia él. Mientras lo creyó seguro, se engañó a sí misma diciéndose que solo podían tener una aventura. Pero ahora que sentía que todo podía terminar entre ellos, su alma se revelaba con tal intensidad que se asustó. Experimentaba sentimientos encontrados. Por un lado se hallaba terriblemente mortificada, y por otro, dichosa por haber descubierto que no solo era sexo lo que la hacía sentir viva, sino el amor tan profundo que tenía por Renzo. Tenía que recuperarlo de alguna forma.

Sus pensamientos se interrumpieron porque Adriana Camarano entró al baño. Las miradas se encontraron en el espejo un segundo, y luego Victoria bajó la cabeza y se lavó la cara.

—¿Sabrán los directores que te estás volteando a uno de los externos?—le espetó sin contemplaciones, la odiosa mujer.

—No sé de qué estás hablando—respondió ella mordiendo las palabras.

—Seguro que lo sabés. Te estás comiendo ese caramelito... No tenés moral.

Victoria resopló indignada. ¿Justo Adriana le hablaba de moral? A sus oídos había llegado la versión de que había logrado el puesto a cambio de una mamada al hijo del director. Pero ella no era el tipo de mujer que podía aprovecharse de una información de ese estilo, para defenestrar a otra. Aun cuando esa otra, no hubiese tenido problemas en hacer lo mismo, y también en robarle el puesto de forma desleal.

—Te repito que no sé de qué me hablás.

—¿Se conocían de antes? Bien, no me importa. Lo que sí me interesa es que no pongas en juego los intereses del banco por tus caprichos. Estás vinculada de una forma poco ética con uno de los involucrados, así que tu participación en la toma de decisiones no debería existir.

—No tenés pruebas.

—Si las busco, seguro las encuentro. Esto es un banco, Victoria. Hay cámaras hasta en los pasillos—le dijo Adriana sonriendo, mientras exhibía sin pudores su despareja dentadura.

Era cierto, y Victoria se estremeció. Le preocupaba que eso se filtrara, más por Renzo que por ella. Ese proyecto era una puerta que se abría para él, y perderlo podía significar un golpe importante para la flamante empresa. *Hailvic* podía irse al carajo.

Hailvic. En ese momento recordó el significado del nombre de la empresa. Granizo, en inglés. Y también... Vic. Su corazón dio un vuelco al tomar conciencia de con cuánta intensidad Renzo había pensado en ella todos esos meses. Eso le dio fuerzas, para salir del baño con la frente en alto.

—Hacé lo que consideres que tengas que hacer, Adriana. Yo voy a hacer lo mismo —le dijo antes de marcharse.

Cuando llegó a su despacho, no quedaban ni rastros de Renzo. Se había retirado sin dar explicaciones momentos antes, y Victoria ni siquiera intentó disimular su turbación al enterarse. Se desplomó en su sillón y se tomó la cabeza con ambas manos, mientras Mariel y Fefe la observaban consternados y sin saber qué hacer.

Cuando esa misma tarde Felipe se enteró de que sus padres planeaban acompañarlo a Seattle, se puso furioso.

—¡De ninguna manera! ¿Tía Marina no está viviendo allá? Ella me va a recibir y se va a encargar de llevarme.

—Nosotros también iremos, Felipe. Yo conozco el campus, pero tu madre no, y quisiéramos dejarte instalado y comprobar que está todo bien para quedarnos tranquilos—le dijo Daniel, terminante.

—Les digo que no es necesario. No soy un chico, ahora voy a la universidad, papá. No necesito que mis padres me lleven de la mano.

—Victoria, hacele entender que vamos a ir los tres a Seattle.

Ella vaciló. No conocía el campus, porque cuando Felipe y Daniel fueron a visitarlo, ella estaba finalizando el tratamiento de radioterapia. Amaba a su hijo, y obviamente le interesaba muchísimo su bienestar, pero en ese instante no podía concentrarse en esa conversación, pues sus pensamientos estaban dirigidos en una sola dirección: Renzo. La atormentaba la idea de que él creyera que era una mujer infiel, y que lo de ellos había sido siempre una aventura.

—¡Victoria!— exclamó Daniel chasqueando los dedos delante de sus ojos. Ella odiaba ese gesto tan suyo de llamar la atención—¿Estás con nosotros o en algún otro sitio muy lejano, querida?

—Disculpen. Yo creo que si Felipe no quiere que vayamos, deberíamos respetar sus deseos. En definitiva, si lo dejamos a su aire para que asista a una universidad en el extranjero, es porque creemos que puede hacerlo solo —dijo finalmente.

—¡Exacto! ¿Ves? Ella lo entiende. No quiero ser el único que llegue con mami y papi, y parecer un fenómeno del estilo de los de *The Big Bang Theory* —dijo Felipe gesticulando exageradamente.

—Si a tu madre no le interesa acompañarte, si no le importa dejarte solo, yo no voy a hacer lo mismo.

—Basta, Daniel. A mí me importa mucho mi hijo, y por eso sus deseos son cuando menos, dignos de ser escuchados y evaluados —replicó Victoria con una mirada de hielo.

—Perfecto, ya lo escuchamos. Ya lo evaluamos. Y ya lo resolvimos: te vamos a acompañar ambos, porque te amamos y queremos estar contigo hasta el último minuto. Y no se hable más del asunto.

La cosa quedó por esa. Se marcharon los tres en un incómodo silencio.

Felipe continuaba furioso, y Victoria, tal cual indicó Daniel, se hallaba en un lugar lejano. Muy lejano... Estaba nuevamente en “El Granizo”, deseando volver el tiempo atrás, para hacer las cosas distinto. Si hubiese sabido que eso que empezó como un "recreo" se iba a transformar en un amor tan intenso...

"Dios mío, solo espero que me entienda y me perdone. Si no puedo tenerlo, al menos quiero que sienta que no fue una aventura, y que no jugué a dos puntas en ningún momento" se dijo, presa de la angustia.

Y esa angustia fue *in crescendo* los días que siguieron a ese.

Renzo no se presentó a trabajar. En su lugar llegó otro de los socios, Lucas Samaniego, que parecía bastante empapado en el asunto y no tuvo ninguna dificultad en retomar el proyecto donde lo habían dejado.

Victoria estaba, pero no estaba. Por momentos era como una zombi, y por otros se abstraía de tal forma, que Mariel tenía que pellizcarla con disimulo para hacerla reaccionar. Nunca habían hablado del tema de Renzo, pero no era necesario. Era tan evidente lo que sucedía que no valía la pena explicitarlo.

Finalmente, no pudo soportarlo más, y ese mismo día fue a buscarlo a su departamento. Se colgó del timbre pero nadie le abrió.

El portero le dijo que no lo vio en todo el día.

Esa noche no pegó un ojo, y solo fue a trabajar con la esperanza de encontrarlo. Pero fue en vano; Renzo tampoco se presentó.

Cuando llegó a su casa, Victoria se sentó en su cama, respiró hondo y tomó el teléfono. Lo había buscado en el directorio esa tarde, primero por el nombre, y luego por la calle. Finalmente lo encontró. Por increíble que pareciera, nunca habían llegado a intercambiar números de móvil.

Antes de que pudiera prepararse psicológicamente, Renzo respondió.

—Hola.

Ella inspiró profundo antes de decir:

—Soy yo, Victoria.

Pausa. Incómoda y prolongada pausa.

—Decime.

Si se sorprendió por la llamada, no se notó para nada. Su forma de hablar era bastante cortante.

—Renzo, por favor, dejame explicarte.

—Sabía que ibas a intentar justificarte. No tenés que hacerlo; tengo todo más que claro —la interrumpió.

—No es lo que vos estás pensando.

—¿No te parece un poco trillada esa frase, Victoria? Lo que estoy pensando... No te hacés una idea de las cosas que se me vienen a la mente desde ayer.

A ella casi se le cae el teléfono al escucharlo. Su voz ahora sonaba gélida y distante.

—Sí que me lo imagino. Por eso quiero que me escuches.

—¿Qué me vas a decir que yo no sepa ya?

—Que estoy separada de Daniel, por ejemplo.

—¿Ah sí? ¿Lo estabas aquella tarde cuando sin querer tu hijo me llevó a tu casa? ¿Lo estabas cuando tuvimos sexo en “El Granizo”?—preguntó él con ironía.

“Tuvimos sexo... Ay, Renzo. Si hubieses dicho *cogimos* no me sentiría tan mal como ahora. Es que vos le dabas un sentido a esa palabra que me hacía estremecer de pies a cabeza. En cambio *tener sexo* me suena a algo sórdido, banal...” se dijo con tristeza. Pero él tenía razón y no tuvo otra alternativa que admitírselo.

—No... Decidí separarme cuando regresé del Uruguay. Aún vivo en el mismo lugar, pero no compartimos el mismo techo. Tengo un monoambiente en el fondo.

—No me importa. No me interesa nada de lo que me puedas decir, Victoria. Me siento un estúpido. Yo te cantaba amor, y resulta que sos casada.

—¡Me estoy divorciando! Además, habíamos convenido que lo que pasara en Punta del Diablo sería un paréntesis, una tregua. No era necesario contarnos nada de nuestra vida en Buenos Aires.

—Tal vez. Igual no deja de ser una mierda. Ahora me vas a decir que te separaste por mí. Por favor...

—Tuviste que ver, aunque no lo quieras creer. Me hiciste sentir única, Renzo. Lograste que me hiciera valer, y también que me volviera a descubrir como mujer —susurró, conmovida.

—Y por eso te operaste las tetas. No te creo nada, Victoria. Mejor ocupate de tu hijo, de tu viaje... Porque vas a ir ¿verdad? ¿Van a ir los tres, como la familia feliz que son? —le dijo, furioso.

—No me digas eso.

—¿Vas a ir o no?

—Sí...

—Eso quería saber. Me parece perfecto. Será una buena oportunidad para reconciliarse. Tu marido va a disfrutar de lo renovada que regresás a sus brazos luego de tu recreo conmigo.

—Basta. Eso no va a suceder. Renzo, tenés que volver al trabajo. Si no querés creerme, no lo hagas, pero volvé al banco—le rogó.

—No. Ya fue Lucas, el proyecto está en buenas manos.

—No me importa el proyecto, quiero verte —terminó confesando.

—¿Para qué? ¿Te gustó tanto coger conmigo? No lo creo. Y aunque así fuera, eso no va a volver a pasar, porque me voy de viaje yo también.

—¿Qué? ¿Adónde? —preguntó, y ni siquiera intentó disimular su ansiedad.

—Me voy a Córdoba unos días, a ver a mi hija.

Victoria se quedó helada. Por alguna razón, eso la inquietó en forma extrema.

—¿Y también vas a ver a su madre? —no pudo evitar preguntar.

—También, pero yo sí estoy separado. Lo estaba cuando nos amamos en “El Granizo”, y continúo estándolo ahora. Nunca te oculté nada, vos sabías que Lucía existía, supiste también lo de Alma y lo mal que me sentí por eso. En cambio, vos me mentiste abiertamente.

Ella no pudo evitar un sollozo. Tenía razón, se había empeñado en ocultarle la verdad. Pero eso no quitaba que lo amara tanto. Precisamente por eso lo había hecho.

—Te pido perdón... Por haber permitido que sucediera lo de “El Granizo” estando aún casada, por haber propiciado que continuara acá, sin haberte aclarado mi situación. No sé cómo hacer para que me entiendas, y logres perdonarme —le dijo mientras las lágrimas caían por su rostro.

—Ya es tarde, y quizás sea lo mejor. Tu compañera puede perjudicarte mucho. Quizás tenga que invitarla a salir para que se saque de la cabeza que vos y yo tenemos algo.

Eso fue el golpe de gracia. Fue como un puñal que hizo que Victoria terminara desangrándose lentamente. Quiso gritarle que no, pero de pronto recordó que *Hailvic* podría perder ese proyecto que necesitaba tanto a causa de Adriana Camarano.

Hailvic. Tenía que preguntarle aquello que nunca se atrevió.

—Renzo, lo de ponerle *Hailvic* a la empresa ¿tuvo que ver con...?

No la dejó terminar.

—Absolutamente. Estaba obsesionado con vos y con lo que pasó en la cabaña. Gracias a eso es que me atreví a lanzarme en esa aventura. En fin, valió la pena, aunque sea porque pude ver que hacer lo que me gusta, es más importante que el dinero. ¿Tengo que agradeceréte? Muchas gracias, Victoria. Tu “recreo” se independizó gracias a vos. Pero no te sientas obligada a votar afirmativamente cuando llegue el momento —le espetó cruelmente.

Victoria se estremeció al recordar que Adriana la había amenazado con hacer saber en el banco sobre su relación con Renzo, para poner en duda su objetividad en la compra del proyecto. Si eso llegara a suceder, sería desastroso para Renzo y su empresa. Pero no le dijo nada para no preocuparlo.

— Y vos no te sientas obligado a salir con Adriana para protegerme.

—Tenés razón.

—No vas a salir con ella, entonces —afirmó más que preguntó.

—No lo voy a hacer obligado —respondió él.

Mierda, no se esperaba eso. Ni en sueños se esperaba sentir esos celos tan intensos, tan demoledores. La puntada en la boca del estómago fue tan fuerte, que se quedó sin aire, y también sin palabras.

—Bien, Victoria. Aclarados los tantos, nos veremos quizás a tu regreso.

Ella tragó saliva, y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Nos veremos —afirmó. Y luego colgó.

Lo amaba como nunca antes había querido a un hombre. Pero no se dejaría abatir por su desprecio, ni se iba a lamentar toda la vida por los errores que ella misma había cometido.

Tenía el alma destrozada, pero era una sobreviviente. No la mató el cáncer; tampoco lo haría el amor.

—Te siento destruida, Vic.

—Lo estoy—respondió ella al otro lado de la línea.

—No te hace bien amargarte de esta forma.

—No puedo evitarlo, Pepi. Metí la pata hasta el fondo. ¿Qué puedo hacer?—le preguntó con lágrimas en los ojos.

En esa semana en que no había visto a Renzo ni sabido nada de él, su amiga fue su apoyo y contención como en otras ocasiones. Victoria la adoraba, porque además de levantarle el ánimo con su alegría, siempre aportaba la cuota de sensatez que ella necesitaba.

Pero esa vez, no había nada que pudiese decir Pepi, que a Victoria pudiera arrancarle una sonrisa. Estaban a cientos de kilómetros de distancia, pero igual sentían una conexión que iba más allá de todo.

—Bueno, no podías saber que lo que pasó en el Uruguay continuaría aquí... Victoria, yo no sé qué podés hacer; lo que sí sé es lo que no tenés que hacer. Una de las cosas es deprimirte. Y la otra es desmoralizarte y rendirte. Te conozco y sé qué tenés como una tendencia a boicotear tu propia felicidad. No te lo permitas esta vez, por favor—le pidió Pepi. En su voz no había ni rastros del entusiasmo que la caracterizaba, porque estaba muy preocupada por Victoria.

—Ese es el problema: no debí hacer lo que hice en el Uruguay. En mi condición física y psicológica, no tendría que haberme permitido eso.

—¿Te arrepentís del momento más excitante de tu vida? ¿No te atrevas!

—No, no me arrepiento. Reconozco que hice mal, pero no lo lamento. Lo que sí siento es no haber sido clara ni entonces, ni ahora al reencontrarnos. Técnicamente no mentí, pero el ocultar en este caso es una forma de engañar —replicó con amargura.

—Es así, y desde ese punto de vista entiendo a Renzo. Debe estar muy dolido... Es que un hijo y un esposo son cosas demasiado importantes como para mantenerlas en reserva, en una relación que ya tiene poco de aventura y mucho de romance. Debe creer que fue un juguete para vos.

—Sí. ¿No me tortures más recordándome! Ay, Pepi. Lo quiero. Lo amo tanto que ahora me parecen estúpidos los prejuicios sobre la edad, los laborales... No me importa nada; haría lo que fuera por recuperarlo.

—Me gusta cuando ponés el corazón antes que la cabeza, *Vikinga*.

El corazón. Sangraba, pero continuaba funcionando, y en cada latir clamaba por Renzo.

Recostado en la máquina expendedora de bebidas, Renzo conversaba con Adriana Camarano intentando mostrarse interesado en lo que ésta le decía. Estaba de regreso en el banco, luego de una semana de ausencia y lo último con lo que deseaba encontrarse era con esa irritante mujer. Y lo primero, aún no había llegado.

Victoria... La había extrañado a morir. Se le había desgarrado el alma esa eterna semana en Córdoba, pero no había sucumbido a la tentación de llamarla. Aún conservaba mucho dolor en su corazón, y hubiese sido mejor volver al trabajo cuando ella ya estuviese camino a Seattle, pero un inconveniente en las pruebas del programa hizo indispensable su regreso. Cuando lo supo, no pudo evitar que su corazón latiera desbocado.

Es que su herida no impedía que continuara deseándola. Victoria le había mentido, y él se sintió como un estúpido. Mil cosas tendrían que haberle hecho notar que ella no era libre, pero no las vio, o no las quiso ver. La idea de que ella lo había utilizado, lo torturaba en extremo, y por eso se debatía entre el intenso deseo de verla de nuevo, y el dolor que le provocaba el sentirse engañado.

—¿... Cualquiera día de estos?

Estaba tan sumido en sus pensamientos que por unos instantes dejó de prestarle atención a Adriana Camarano, así que no tenía idea de cómo venía la conversación.

—Claro—respondió esperando no comprometerse en nada.

—¡Maravilloso! ¿Mañana, a la salida te queda bien?

"Mierda, mierda, mierda. Espero que me esté hablando de trabajo, y no de una cita" se dijo, pero lo cierto es que no sabía qué contestarle porque no había escuchado la última parte de esa charla.

—No sé. Mañana justamente tengo que...—comenzó a decir, procurando escaparse por la tangente, pero se interrumpió de golpe en el instante en que la vio.

Victoria caminaba en dirección a su despacho, sin reparar en ellos. Se la veía bastante abatida, y Renzo deseó correr hacia ella, tomarla en sus brazos y sacarla de allí. No podía dejar de mirarla, y Adriana se dio cuenta de que él observaba algo por encima de ella. Rápida como un rayo se volvió justo en el instante en que Victoria entraba y cerraba la puerta tras de sí.

—Pero miren quien anda por aquí... Esta noche se va de viaje, y en lugar de quedarse en su casa, con su hijo que no verá por varios meses, prefiere venir a trabajar. Insólito, pero así es Victoria; el trabajo antes que lo demás —dijo sin siquiera intentar disimular la aversión que sentía hacia ella.

—Pero ella lo acompañará a instalarse, tengo entendido —murmuró Renzo. Al menos eso era lo que Fefe le había dicho.

—Sí, se irán los tres— y luego agregó, intentando sembrar cizaña por si aún continuaban en lo que ella sospechaba que andaban—: Es una pareja muy unida, y ese chico maravilloso es la frutillita de la torta que corona su felicidad.

A Renzo se le cayó el alma a los pies. Era lo que el sospechaba, estaban juntos. Los celos se apoderaron de él de forma tan violenta, que se marchó de allí sin siquiera esgrimir una excusa, dejando a Adriana con la boca abierta.

Entró a la oficina sin golpear, y la vio inclinada sobre la mesa de reuniones, con el maravilloso culo destacando en un primer plano, como la primera vez. Dentro de él se desató una tormenta de emociones. Celos, posesión, excitación... Y un amor inmenso que amenazaba con hacer estallar su corazón en mil pedazos.

Estaban solos, y Victoria sintió su presencia aún antes de volverse a mirarlo. Y también como la primera vez, lo hizo muy despacio y temblando de pies a cabeza.

Cuando sus miradas se cruzaron el mundo desapareció y el tiempo se detuvo por un momento. Permanecieron de pie, sin hablarse, pero sus ojos lo decían todo. Finalmente, fue él el que habló.

—Te vas esta noche—afirmó, más que preguntar.

—Sí.

—Y te vas con él.

Victoria inspiró profundo antes de responderle.

—No es así. Vamos a acompañar a nuestro hijo a instalarse en...

—Te vas con él—repitió Renzo tercamente, y cuando ella se disponía a explicarle lo que fuese necesario para convencerlo de que con Daniel todo había terminado, se abrió la puerta y entraron Mariel y Fefe a la oficina.

—¡Renzo! Qué bueno que volviste. ¿Fue un viaje de placer o de negocios?—preguntó Mariel, animada como siempre.

Él tardó un segundo en reaccionar. Le respondió a Mariel, pero sus ojos continuaban fijos en Victoria.

—Placer—dijo solamente y eso fue suficiente para que ella se sonrojara. Eran tan intensas sus emociones, que ya no pudo soportarlo más: tomó su bolso y unos papeles y se dirigió a la puerta murmurando una disculpa.

—Vine solo por unos papeles. Esta noche sale mi vuelo, pero me tendrán de regreso en unos días. Cualquier cosa que necesiten, pueden llamarme al móvil.

—Buen viaje, Victoria—dijeron Federico y Mariel al unísono y luego estallaron en una sonora carcajada que hizo que la tensión se disipara al instante.

—Gracias—dijo ella, y se marchó con la cabeza baja. No tuvo el valor para enfrentar nuevamente la mirada de Renzo. Sentía que estaba todo perdido, y al darse

cuenta de eso, no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas. Y por primera vez se le cruzó por la mente la idea, de que ese amor podría finalmente matarla.

Esa tarde, Mariel y Renzo se quedaron a solas durante un momento. Ésta lo observó con atención. Se lo veía muy abatido, tanto como Victoria.

Sabía que no debía involucrarse en ese asunto, pero no pudo evitarlo.

—Renzo, no sé lo que pasa entre vos y Victoria, ni quiero saberlo. Pero es evidente que algo hay. No, no me interrumpas por favor—le dijo anticipando las intenciones de él—. Solo quiero pedirte que no la hagas sufrir. Ella ya ha padecido lo suficiente con esa horrible enfermedad; su vida no ha sido nada fácil últimamente. El cáncer, la pérdida de su puesto laboral, el divorcio...

—¿El divorcio?

—Sí. Por lo que sé, ella tomó distancia unos días y se fue a Uruguay. Cuando regresó lo primero que hizo fue terminar con su matrimonio de dieciséis años. Eso fue hace más de seis meses, y está a punto de dictarse la sentencia de divorcio.

—Pero ellos viven juntos —replicó Renzo, con el ceño fruncido.

—No. Ella vive en el departamento de invitados dentro del mismo predio. Creo que no se ha mudado por no alejarse de su hijo, nada más. Pero ahora que el chico ya no...

Renzo se puso de pie de un salto. Victoria se había separado ni bien regresó de Punta del Diablo. Su corazón latía de prisa ¿podría ser que lo que pasó en “El Granizo” tuviese que ver en eso? ¿Sería posible que ella hubiese sentido lo mismo que él en ese entonces?

“Carajo, amo a esa mujer. La amo más que a mi vida, y me doy cuenta de que estoy buscando cualquier indicio que me lleve a creerle, a perdonarla. Si es verdad lo que acabo de escuchar... Dios, cuánto la quiero” se dijo, conmovido. Y antes de salir del banco, supo que ya nada ni nadie podría apartarlo de ella.

Felipe estaba tan disgustado que apenas hablaba. Iban camino al aeropuerto en remís, y Victoria no podía ocultar su preocupación por la actitud distante que volvía a tener su hijo hacia ella. En realidad se mostraba así también ante Daniel.

Es que el hecho de que sus padres lo "llevaran" a la universidad lo sacaba de quicio. Y no era solo eso; había algo más.

Luego de terminar de hacer el *check in*, y mientras Daniel abonaba las tasas de embarque, Felipe se acercó a Victoria y le dijo al oído:

—Tenemos que hablar antes de que regrese papá.

—¿Qué pasa? Desde ya te digo que no vamos a desistir en acompañarte ¡si ya hemos despachado las valijas, Felipe! Será mejor que...

—Mamá, escuchame bien: no vengas con nosotros. Ya sé que es imposible convencer a papá, pero al menos puedo intentarlo contigo. No vengas, mamá, por favor.

Parecía muy decidido al principio, pero la última frase a Victoria le sonó como a ruego, y se preocupó de veras.

—¿Por qué? Te prometo que me mantendré a distancia, y no habrá demasiados besos, mi vida. No quiero hacerte pasar un mal momento.

—El mal momento lo vas a pasar vos. ¿O te pensás que él no va a intentar nada para que vuelvan a estar juntos? Y lo peor es que sé que va a lograr convencerte y vas a volver a ser lo que eras antes.

—¿Y qué era antes?

—Una mujer infeliz.

Ella se lo quedó mirando. Era una verdad absoluta lo que su hijo le decía, pero estaba sorprendida de la capacidad que tenía de captar algo que tanto se empeñó en ocultar.

—No creo que él quiera...

—Creeme, lo hará. Le llegó la notificación de la audiencia de conciliación y ¿sabés lo que hizo? Se rio a carcajadas. Cuando le pregunté por qué lo hacía, me dijo que era porque no habría divorcio.

—¡Pero ya no hay nada entre nosotros!

—Ya lo sé. Él quiere recuperarte, mamá. Me lo dijo en la cara, y yo no quiero que eso pase porque sé que papá no te hace bien. Por favor, no te expongas a que intente nada. Estoy seguro de que me va a poner en el medio de forma que no puedas negarte, y el viaje de regreso va a ser el momento justo para eso.

Ella iba a replicar que no se dejaría engatusar tan fácilmente, pero no pudo hacerlo porque en ese instante llegó Daniel.

—Bien, todo listo. Embarquemos ya.

Pero ni Felipe ni Victoria lo obedecieron. Se miraban uno al otro sin decir nada, pero la mirada del chico era más que elocuente. Le pedía que no viajara, pero ella no estaba lista para tomar una determinación tan drástica en ese momento. Ya tenían los pasajes, ya estaban las valijas en la cinta rumbo al avión. No tenía el valor para plantarse con firmeza y cancelar el viaje.

Daniel los miraba impaciente. Consultó su reloj; ya se estaba haciendo tarde.

—Bueno, ¿qué esperan? Vamos.

Felipe no se movió y ella tampoco. La clásica voz en off omnipresente en todos los aeropuertos, comenzó a anunciar algo, y Daniel hizo un gesto de escucha con la mano.

"Su atención por favor, última llamada a los pasajeros del vuelo 322 con destino a la ciudad de Miami y conexiones. Sírvanse embarcar por la puerta..."

—¿Escucharon? ¿Se van a mover o no? Lo último que nos falta es perder el vuelo.

"Reiteramos, pasajeros del vuelo 322 con desti..."

Un súbito sonido, molesto y agudo interrumpió el anuncio logrando captar la atención de todos los presentes. Y enseguida, comenzaron a sonar los primeros acordes de una conocida canción.

No llegó a completar una estrofa.

Fueron menos de quince los segundos los que el personal del aeropuerto tardó en eliminar la interferencia. En esos breves instantes, el corazón de Victoria simplemente se detuvo. Conteniendo la respiración, permaneció inmóvil, escuchando...

Me muero por suplicarte, que no te vayas, mi vida.

Me muero por escucharte, decir las cosas que nunca dirás.

Más me callo y te marchas; mantengo la esperanza...

—¿Qué demonios es...? —comenzó a decir Daniel, pero de inmediato pareció tranquilizarse cuando la voz en off regresó, luego de otro horroroso y estridente sonido.

"Señores pasajeros, por razones ajenas a nuestra voluntad, la comunicación se vio interrumpida por unos segundos. Les pedimos disculpas por eso, y rogamos nuevamente su atención, por favor. Pasajeros del vuelo 322 con destino a..."

Pero Victoria ya no escuchaba. Movía la cabeza a un lado y a otro, aferrada a su equipaje de mano con ruedas como si su estabilidad física y emocional dependieran exclusivamente de él.

Y de pronto todo estuvo claro ante sus ojos. ¡No debía subir a ese avión!

Renzo... La canción que los había unido en "El Granizo" sonando en los altavoces, era una señal. Tenía que encontrar la forma de conseguir su perdón, de lograr recuperar la confianza, de hacer renacer la pasión. Miró a su hijo y le dijo lo que él estaba esperando.

—Mi amor, me quedo. Al finalizar el primer trimestre, te prometo que estaré allí para avergonzarte ante tus amigos.

—¿Qué decis? —inquirió Daniel con los ojos desorbitados, pero tanto ella como Felipe lo ignoraron.

—Te enviaré las valijas ni bien lleguen, mamá —dijo el chico sonriendo. No tenía idea de la razón por la cual su madre había tomado la decisión correcta, pero en ese momento no tenía importancia. Lo único que la tenía era que Victoria no se expondría a las manipulaciones de su padre.

—No te preocupes por eso. Disfrutá cada minuto, Felipe. Y si me necesitás me llamás, que en el siguiente vuelo... —intentó decir, pero él no le permitió continuar.

—Sí, mamá. Vendrás enseguida, ya lo sé. Y también sé a quién llamar en caso de emergencia médica. Ahora nos vamos porque de verdad perderemos el avión.

—Un momento, un momento ¿qué es esto, Victoria? ¿A qué estás jugando? —intervino Daniel, a un palmo de su rostro.

Pero ella no se amedrentó.

—A un juego en el que no estás invitado —le dijo fríamente, y luego acarició el rostro de Felipe con ternura. Del odio al amor, en segundos. Qué ironía.

—Adiós mamá —dijo él besándole sorpresivamente la mejilla.

—Hasta pronto, mi amor.

—Pero... ¡Felipe! ¿Están locos ustedes dos? —gritó Daniel fuera sí. El chico puso los ojos en blanco, y comenzó a caminar llevando a su padre del brazo. Era evidente que no se podía convencer de que Victoria no viajaría con ellos, pero ya se encargaría él de aclarárselo.

Victoria los vio desaparecer tras la mampara con los ojos llenos de lágrimas. El rostro sonriente de Felipe y la expresión azorada de Daniel fue lo último que vio antes de darse la vuelta y buscar la salida del aeropuerto.

Su corazón latía de prisa y no sabía por qué. O sí lo sabía... Renzo. La canción de Alex Ubago había despertado en ella el mismo espíritu de lucha que la hizo atreverse a amarlo.

"Tengo que recuperarlo, hacer que me quiera. Lo deseo en la cama y fuera de ella. Necesito de Renzo tanto como el aire" pensó, mientras se dirigía a la puerta.

Y ni bien el aire que tanto necesitaba le rozó el rostro, lo vio.

De pie, recostado en una columna con el morral cruzándole el pecho, y una sonrisa cruzándole la cara. Parecía estar esperándola.

Victoria casi se desmaya. Un vacío en el estómago, y muchas mariposas. La sangre latándole en las sienes y un zumbido en los oídos la hicieron dudar de lo que sus ojos observaban. Pensó por un momento que se trataba de una alucinación.

Dio un paso atrás, y luego otro adelante, enloqueciendo al ojo electrónico de las vidriadas esclusas que se abrían y se cerraban una y otra vez. No sabía qué hacer, se sentía desbordada de emociones.

Pestañeó varias veces cuando lo vio acercarse, porque tenía la vista nublada por las lágrimas.

—Tardaste demasiado —murmuró él quitándole la pequeña valija con ruedas, de las manos.

—Pe... Perdón —tartamudeó. Se sentía torpe, confundida y dichosa, todo al mismo tiempo.

—Estaba a punto de entrar a buscarte.

Ella se quedó muda, y con la boca abierta. Entonces de verdad la estaba esperando.

¿Y la canción? ¿Sería algo casual o...?

—Vic, cerrá la boca porque si no te la voy a tener que cerrar yo.

Fue lo último que le dijo, antes de tomarla de la mano y comenzar a caminar con cierta prisa, mientras ella lo seguía a los saltitos, sin poder creer lo que le estaba sucediendo.

Dos horas después, continuaba igual.

—Aún no puedo creerlo —murmuró apoyando la mejilla en el pecho desnudo de Renzo.

—Fue relativamente fácil hackear el sistema de altavoces del aeropuerto —explicó él, acariciándole el pelo—. Y eso es definitivamente peligroso. Cualquiera puede hacer un anuncio que genere pánico y provocar un desastre.

—Es verdad. Deberías "inventar" un programa que impida eso, genio informático.

—Muy buena idea, mi amor. De verdad es una excelente idea y la voy a tomar antes de que se la des a otro, ahora que sé que no soy el único genio informático en tu vida.

—Renzo, siento haberte ocultado a mi hijo.

—Ya está, Vic. Fue una bendita casualidad haberlo conocido y que él fuera una parte tuya. Siempre supe que me recordaba a alguien, pero nunca imaginé que era porque se parecía a vos. Felipe es increíble, lo sabés. Tiene un potencial único.

—Así es. Lo voy a extrañar tanto.

—No te pongas triste. ¿Qué puedo hacer para hacerte feliz?

Ella sonrió.

—¿En este momento?

—Ajá.

—Bueno, se me ocurren un par de cosas.

En un rápido movimiento, Renzo la tuvo encima de él, y le atrapó el rostro entre las manos.

—Qué linda que sos, por Dios —murmuró maravillado.

Victoria frunció la nariz.

—Linda, pero vieja.

—Dejate de joder. Nunca me mostraste el documento al final. No te creo que tengas treinta y ocho.

—Los tengo —dijo ella con un suspiro—. Te llevo diez años, Renzo.

—Un poco menos, entonces. Cumplicé veintinueve el 23 de julio.

—Mmm... Leonino. Signo de fuego, como yo. Soy de Aries.

—No tengo idea de lo que me estás hablando, pero fuego es lo que estoy sintiendo acá abajo.

—Yo también.

—¿Ah, sí? A ver... Mostrame dónde nace tu hoguera —le pidió. No sonreía al decirlo, y su voz se tornó súbitamente ronca.

Victoria jadeó. Su hoguera... Ardía de una forma incontrolable cada vez que estaba cerca de él. En ese instante era inmensa y completamente abrasadora. Y al parecer también la de Renzo, porque su pene enorme y caliente, era lo único que se interponía entre sus cuerpos transpirados.

—Vos ya sabés dónde —replicó con un hilito de voz. El deseo era tan fuerte que se sentía mareada y débil.

—Mostrame.

Y ella le mostró. Se incorporó hasta quedar a horcajadas sobre su vientre, justo donde terminaba su erección. Se tocó ante la atenta mirada de Renzo que no se perdía ni uno solo de sus movimientos. Victoria, a su vez, también lo observaba. Se veía increíble tendido bajo su cuerpo, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, disfrutando del espectáculo desde un lugar privilegiado.

Ella, sin embargo, se sentía bastante incómoda haciéndolo. Prefería que él la tocara, sin duda, y por eso se inclinó y le buscó la boca.

Obtuvo el beso, por supuesto. Y también logró que él la tomara por los brazos y la recostara de espaldas en la cama. Ahora el que se cernía sobre ella era Renzo.

Con las manos en sus rodillas, la obligó a abrir las piernas, pero no la penetró. Victoria permaneció expectante, esperando el siguiente movimiento.

—¿Te tocaste alguna vez en esos seis meses que permanecimos separados? —preguntó él de pronto.

—Sí —admitió ella, fiel a su promesa de no volver a ocultarle nada.

—Bueno, eso es lo que quiero ver. Mostrame, Victoria.

Ella tragó saliva. Al parecer, Renzo no se daba por vencido tan fácilmente.

Bajó la mano y comenzó a acariciarse. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, mientras se tocaba lentamente, y ahí fue cuando comenzó a disfrutarlo. Entendió que él quería ver sus juegos a solas, e hizo eso, precisamente. Se olvidó del mundo y masturbó para él.

Con dos dedos se frotó el clitoris hasta que un gemido ahogado la hizo abrir los ojos.

Renzo continuaba entre sus piernas, sin dejar de mirar el centro de su placer. Respiraba agitadamente y no le quitaba los ojos de encima. Eso fue para ella, completamente devastador. Sentir su mirada devorándola la desquició; cerró los ojos y mientras él se ponía un condón, Victoria experimentó un orgasmo tan intenso, que su cuerpo se contorsionó una y otra vez.

No pudo evitar rogarle, desesperada:

—¡Por favor! Quiero, dame...

—¿Qué es lo que querés, Victoria?

—Cogeme.

Pero él estaba decidido a hacerla desear. Le colocó las manos en la parte posterior de las rodillas, y le flexionó las piernas todo lo que pudo, mientras ella continuaba tocándose sin poder contenerse.

Ni bien lo sintió dentro de ella, explotó nuevamente. Y luego una tercera vez, cuando Renzo comenzó a embestirla con un desenfreno que hizo que la cama se moviera de lugar.

Sin dejar de observarla entraba y salía de su cuerpo, con los dientes apretados, y la mirada turbia por el deseo. En cada empuje le regalaba un gemido que a Victoria

la volvía loca.

—Más... dame más —volvió a pedir, fuera de control.

Ya no necesitaba estimularse con las manos así que las levantó y le arañó el pecho como una gata, mientras elevaba sus caderas en busca de más.

—¿Te gusta, mi amor? ¿Esto es lo que querías? —preguntó él entre jadeos.

—¡Sí!

—Yo también. Es lo que más he deseado en la vida—le dijo inclinándose sobre ella, hasta alcanzar su boca—. Y espero que te haga feliz, porque yo me estoy muriendo de amor por vos.

No la dejó responder; le cubrió la boca con la suya y perdió el control. Eyaculó con un gemido ronco y Victoria lo recibió aferrada a su cuerpo, y con su lengua envolviendo la suya.

Renzo se desplomó sobre ella, con el rostro hundido en el hueco de su cuello. Y cuando sus respiraciones retornaron a la normalidad, él escucho de la boca de Victoria lo que tanto había soñado:

—Te amo.

Fue una semana muy intensa.

Días de juegos de oficina, noches de devastadora pasión.

Hacían el amor durante horas en el departamento de Renzo. A veces no cenaban hasta la madrugada, porque era tal la tensión que sumaban en el correr de la tarde que apenas podían contenerse, e invariablemente terminaban la jornada quitándose mutuamente la ropa en el ascensor. La necesidad era tan urgente que apenas podían disimular lo que sentían, delante de los demás. Y a decir verdad, poco les importaba.

Estaban enamorados, locos de amor, de deseo, de lujuria.

A los tres días de actividad sexual extrema, Victoria debía sentarse de lado. Renzo no pudo dejar de notarlo, y se lo hizo saber.

“Te veo incómoda, Victoria. Hay algo que te esté molestando?” le preguntó por mail.

Ella lo fulminó con la mirada.

“Vos debés saber qué me pasa, ya que sos el responsable” contraatacó ella.

Renzo sonrió. Sí, él era el responsable. Horas disfrutando de su cuerpo, penetrándola una y otra vez, en todas las posiciones posibles, eran la causa de su incomodidad.

“Tenés razón. Pero vamos a solucionarlo: hoy habrá tregua.”

El rostro de Victoria pasó del asombro a la desilusión. ¿Tregua? No, prefería la guerra, prefería la acción sin dudas, aunque luego doliera y fuera un suplicio sentarse derecha.

“¿No nos veremos esta noche?” preguntó, ansiosa.

La respuesta de Renzo, le aportó más color a sus mejillas y tuvo que abanicarse con una hoja de papel para ocultar su turbación.

“Por supuesto que nos veremos. Y algo más también... Pero le daré un respiro a eso que tanto te duele. Te adelanto que igual no vas a poder sentarte mañana, ni de lado ni de ninguna otra forma. Te va a doler otro sitio, Victoria. Te voy a coger por el culo, y ambos lo vamos a disfrutar.”

Y eso hicieron. Victoria fue iniciada en las delicias del sexo anal de una forma tan placentera, que la hizo alcanzar varios orgasmos seguidos. Se preguntó por qué tantas mujeres se quejaban de algo tan maravilloso.

Bueno, debía reconocer que al principio tuvo un poco de miedo. Cuando llegó al departamento de Renzo, él le abrió la puerta con una toalla en la cintura como única prenda. Estaba recién duchado y a Victoria se le hizo agua la boca.

Sin mediar palabra, lo arrinconó en el recibidor y lo besó con la boca abierta. Lo devoraba y él estaba encantado. La dejó hacer, y cuando ella pareció saciarse de su lengua, recién pudo decirle algo.

—No vas a hacerme desistir de mis intenciones a fuerza de besos.

—Tenés la idea fija. Mejor otro día, ahora quiero esto...—murmuró ella poniéndose de rodillas. Pero no hubo caso, él no le permitió continuar. La obligó a ponerse de pie y luego murmuró sobre su boca.

—Creeme, no te conviene dejarme al palo. De verdad no vas a poder sentarte mañana...

Ella se quedó con la boca abierta. Era cierto, no iba a desistir. ¿Y por qué no? Se alejó de él y se desnudó lentamente mientras Renzo la observaba con mirada ávida, reclinado en el sofá. Pero no volvió a acercarse, sino que le sonrió y se metió en la ducha. En menos de un minuto lo tenía detrás.

Le enjabonó los senos, y luego continuó con su sexo. Con el rostro contra la mampara de cristal, Victoria jadeaba anticipando el placer. Un dedo en el ano, le indicó que ya no habría camino de retorno, y que Renzo realmente se saldría con la suya.

Se sorprendió de cuan placentero le resultaba que él la estimulara de esa forma, y no pudo evitar que sus caderas se movieran hacia atrás para intensificar la penetración. Instantes después, cuando ya no era un dedo lo que Renzo intentaba ponerle, no se mostraba tan dispuesta. Acorralada contra la mampara, no tenía hacia donde huir, y en un momento se dio cuenta de que no quería hacerlo. Le dolía, pero el jabón estaba facilitando las cosas, así que permaneció inmóvil mientras él la penetraba lentamente. Avanzaba muy poco en cada embestida; parecía dominar perfectamente la situación.

Pero lo cierto es que Renzo estaba muy lejos de tener el control. Más bien era todo lo contrario, porque estaba a punto de explotar antes de lograr estar dentro de ella por completo.

Se retiró porque ya no aguantaba más. Sacó a Victoria de la ducha, y así, empapada como estaba la llevó a la cama. Esa pequeña pausa le dio cierto aire, y pudo serenarse. Más poco le duró esa calma, porque para su sorpresa, ella se acomodó boca abajo ofreciéndole el trasero, tentándolo a propósito. ¡Así iba de mal en peor! La hizo darse vuelta, y se colocó las piernas de ella sobre los hombros.

Y sin poder contenerse más, volvió a introducirse en el culo de Victoria, y esta vez no fue nada gentil. La penetró intensamente, y ella gimió pero no lo rechazó. Lo miró a los ojos con esa expresión de gata que a él lo volvía loco, y sabiéndose perdido, se dejó llevar por las sensaciones y eyaculó dentro de ella, quedando extenuado pero satisfecho.

Para ella, fue la gloria. Tanto así, que a la mañana siguiente cuando le bajó la menstruación, volvieron a hacerlo por atrás. Y luego nuevamente en la ducha Renzo la volvió a penetrar, esta vez por la vagina. La sangre no fue impedimento para que continuaran saciando la sed que tenían uno por el otro.

Al amanecer, Victoria se marchó a su casa. Renzo le había rogado que se quedara, pero ella no lo quería así. Cada mañana se marchaba, silenciando las protestas de él a puros besos.

Ese día, al bajar de su coche en el camino de grava, se encontró cara a cara con Daniel que al parecer acababa de regresar del viaje antes de lo previsto. Le extrañó muchísimo que Felipe no le hubiese dicho nada la tarde anterior cuando conversaron, pero lo cierto es que allí estaba mirándola con cara de pocos amigos.

—¿De dónde venís? —la increpó sin miramientos.

Victoria le sostuvo la mirada.

—No es asunto tuyo.

Daniel se mostró sorprendido por la respuesta. Ella no solía mostrarse así de desafiante jamás y últimamente la desconocía actuando en esa faceta.

—Sos mi mujer, y me rompe las pelotas que los vecinos te vean aparecer recién a esta hora y con cara de... —de pronto se interrumpió mientras su cerebro se esforzaba por elegir las palabras más hirientes posibles.

—¿Con cara de qué, Daniel? ¿De felicidad? No te preocupes, no van a reconocer mi expresión ya que nunca me vieron así. Y no vuelvas a llamarme "tu mujer" porque ya no lo soy en los hechos y hagas lo que hagas, te juro que también dejaré de serlo en los papeles.

—¿Ah sí? Pues te la voy a poner difícil, querida. Más que difícil. Decime ¿qué esperás obtener de este divorcio? Además de tu libertad, por supuesto, para poder seguir comportándote como una puta sin restricciones. ¿Quién lo hubiese dicho? La contenida Victoria viviendo la vida loca. Qué falta de moral.

Ella sintió unas ganas intensas de golpearlo, pero supo contenerse.

—No me hables de moral, que vos no tenés ni idea de qué se trata—replicó, impasible.

Él sonrió.

—No me respondiste. ¿Qué esperás? Me estoy refiriendo a lo económico.

Victoria vaciló. No sabía si ese era el momento adecuado para establecer lo que deseaba obtener, sobre todo porque el brillo de los ojos de Daniel no presagiaba nada bueno, pero decidió aprovechar la oportunidad para tantear el terreno ya que nunca habían hablado de ello.

—Quiero la casa. Estoy dispuesta a comprarte mi parte.

Daniel soltó la carcajada.

—Bueno, querida, por mí no hay problema, pero a vos se te va a complicar para conseguir trescientos mil dólares.

—¿Qué? ¿Estás loco? ¡Esta casa no vale seiscientos mil! De hecho no vale más de trescientos mil dólares, Daniel.

—Es valiosa para vos, querida. Por algo la querés.

—Vos sabés muy bien cuánto hay de mí en ella, el amor con el que la decoré...

—No me importa. Es un bien ganancial ¿verdad? Y vos querés que te venda mi parte. No hay problema, pero va a ser bajo mis términos. Y si no te gusta, iremos a juicio y a remate con todos los gastos que eso implica. Ambos nos quedaremos sin nada, pero la verdad es que no me interesa ni un poquito.

Victoria tenía los ojos llenos de lágrimas. Amaba esa casa, la amaba de veras. Se había esmerado en cada detalle, había puesto su buen gusto y su cariño en cada rincón. Deseaba conservarla para vivir con Felipe en un futuro ojalá no muy lejano. Y quizás también con Renzo.

Con los labios apretados y también los puños se volvió y corrió hacia su departamento. Estaba claro que no podía tenerlo todo, pero le dolía tanto perder esa casa. De hecho no se había marchado para estar cerca de su hijo y para ahorrar cada peso que ganara para destinarlo a comprarle la parte a Daniel.

Pero ahora su hijo no estaba, y ella tenía la seguridad de que no soportaría enfrentarse a su padre cada día. ¿Qué podía hacer? Se sentía confundida y frustrada.

Renzo... Era su bálsamo, su refugio, su fuente de alegría y de placer. Estaba enamorada, totalmente perdida por él y si tenía que resignar su querida casa, lo haría. Si ese era el precio por liberarse de Daniel para poder vivir su amor con Renzo a la luz del día, lo pagaría.

Por él haría lo que fuera.

Esa noche, Renzo le confirmó con creces que valía la pena. Le hizo el amor de una forma tan apasionada y tierna que a ella no le quedaron dudas: no habría nada en este mundo que pudiese compensar lo que él le daba.

Cuando le contó lo que había pasado con Daniel, Renzo la abrazó con fuerza. No sabía qué decirle, y además se sentía muy mal, pues se creía el causante del ensañamiento de él con Victoria.

Pero dejarla ir no era una opción, sin dudas. En ese momento, lo único que le pedía a la vida era poder hacerla feliz, así que se prometió a sí mismo que haría lo que fuera para que Vic pudiese comprarle la casa al hijo de puta de su ex.

Cuando se estaban levantando para ducharse, timbró el teléfono de Victoria. Era Felipe. Qué raro; ya habían hablado ese día. Se apresuró a responder, nerviosa.

—Hola mi amor ¿qué pasa? Ah, me asusté. Perdón, perdón. Es que como ya hablamos hoy... ¿Renzo? —preguntó mirando al aludido con los ojos como platos—.

Y... ¿para qué querés su móvil, Felipe? Bueno, está bien. No pregunto, dejame ver... Anotá, corazón.

Se lo sabía de memoria, por supuesto, pero fingió buscarlo por un momento, mientras miraba a Renzo que se encogía de hombros, intrigado.

Segundos después, timbraba el móvil de él.

La conversación estuvo plagada de tecnicismos, pero por lo que Victoria pudo entender, Felipe tenía un proyecto increíble para Renzo, algo que era imposible dejar pasar, algo absolutamente sorprendente.

—... He soñado con formar parte de algo así toda la vida, Felipe. Al lado de esto, mi proyecto "revolucionario" de video juegos, parece una soberana idiotéz... Sí... ¡Por supuesto! Entonces... ¿Cuánto? Mierda, es un montón... No importa, poneme en contacto con ellos que de alguna forma lo voy a conseguir. Sí, supongo que lo del banco va a funcionar, y eso ayudaría mucho... Gracias, genio. No sé cómo voy a agradecerte todo lo que... Está bien, está bien.

Victoria se apretaba las manos con ansiedad. Presentía que algo grande iba a suceder, algo que cambiaría la vida de Renzo para bien y que Felipe sería el gestor de ese evento. La excitación en su voz, el entusiasmo con el que hablaba, le decían que eso era lo que él esperaba desde hacía mucho.

—... Sí, te entiendo. Espero tu mail, entonces—dijo, e inmediatamente el rostro de Renzo pasó de la alegría al asombro. Sus ojos se abrieron como platos, mientras su mirada se dirigía a Victoria—. Sí, ella está aquí conmigo. Estamos trabajando en... Bueno, ya sé que son las once de la noche. Sí, estamos mi departamento. Mierda, Felipe. ¿Siempre chequeás la geolocalización de la gente con la que hablás? Ajá... “solamente cuando se trata de tu mamá”, bien, te paso con ella.

Y ante la sorpresa de Victoria, le pasó el teléfono sonriendo.

—Tu hijo quiere hablarte.

Eso, simplemente. En ese instante ambos se dieron cuenta de que Felipe lo sabía. Ella tomó el móvil de Renzo temblando.

—¿Sí?—por unos momentos permaneció inmóvil, escuchando—. Me... da mucha vergüenza que... No, querido. Está bien. No puedo creer que seas tan maduro.

Ya sé que ya te lo he dicho muchas veces —murmuró sonriendo—. Te lo agradezco tanto. Sí, mi amor. Soy muy pero muy feliz... Claro que sí. Me voy a divorciar de tu padre, y no me importa cuánto tarde. Bien, le diré eso a Renzo. Te quiero, Felipe —fue lo último que dijo al teléfono antes de colgar, radiante.

—Lo sabe, Renzo.

—Sí.

—Y le parece *cool*.

—Me di cuenta, Vic.

—Ay, Dios —dijo ella, suspirando. En dos zancadas Renzo estuvo a su lado y la abrazó y besó, riendo alborozado.

—Tu hijo es tan increíble como vos.

—¿Qué te dijo? Por lo que pude entender tiene una propuesta, o algo así.

Y Renzo le contó. Al parecer, un par de ex empleados de una de las empresas más grandes de desarrollo tecnológico, estaban buscando un tercer socio para desarrollar un prototipo que aún antes de comenzar, tenía el éxito asegurado: buscaban lograr un equipo de impresión 3D de uso doméstico que estuviese al alcance de un público amplísimo, y producirlo a gran escala.

Participar de ese proyecto, implicaba una importante inversión, y Renzo no sabría exactamente cuánto hasta no ponerse en contacto con los promotores, pero al parecer se trataba de una cantidad de tres cifras. Lo más importante de todo, era que ellos lo habían considerado gracias a Felipe. ¡No podía creer en su buena suerte! Si eso lograba llevarse a cabo, tendría asegurado su futuro y el poder vivir de lo que más le gustaba. Y también sus amigos podrían hacerlo. Ese era su sueño.

Y el de Victoria, poder obtener su casa para ella y su hijo. Renzo le besó la frente y suspiró. Dinero, hacía falta dinero para cumplir sueños. Bueno, él lo obtendría.

Y si tenía que elegir no dudaría: los de Vic estaban primero.

Sentados uno junto al otro en el comedor común del banco, Victoria y Renzo intentaban disimular lo que les provocaba hasta el más mínimo roce. Sabían que no podían evitar el juego de seducción de miradas, y por eso no se ubicaban frente a frente. Pero instalados en el mismo asiento, en torno a la larga mesa dónde almorzaban varios ejecutivos, la proximidad era tal que podían percibir el calor que emanaba de sus cuerpos. Renzo no pudo resistirlo y bajó su mano. Debajo de la mesa, tocó la de Victoria que descansaba en su regazo y ella se sorprendió tanto que casi se traga el tenedor. Lo dejó en el plato e intentó ocultar su turbación cubriéndose la boca con una servilleta, pero no retiró su mano sino que la colocó en el banco con disimulo. La de Renzo permaneció encima, y con el pulgar le dibujó un corazón haciéndola estremecer.

Detrás de ellos, la aguda mirada de Adriana Camarano no se perdía detalle. Para cualquiera, ese insignificante roce pasaría desapercibido, pero para ella no. Masticaba su bocado junto con su ira, porque ahora estaba completamente segura de que Victoria le había robado a Renzo delante de sus narices.

Mariel cazó al vuelo la mirada cargada de odio de Adriana, y se preguntó a que se debería. La vio observar la nuca de Victoria con una expresión en su rostro que jamás había visto, y realmente se sorprendió al descubrir tanta violencia en su mirada.

El momento de tensión duró muy poco porque Adriana se puso de pie súbitamente y se marchó del comedor dando grandes zancadas. Mariel suspiró aliviada al verla partir, y tomó nota mental de averiguar que se traía entre manos la odiosa mujer. Ya le había quitado el puesto a Victoria, ¿querría quitarle algo más? se preguntó. Después de todo, el sentimiento que la unía a Renzo se había puesto en evidencia en reiteradas ocasiones en los últimos días. ¿Sería posible que Adriana lo hubiese notado? Y si fuese así ¿por qué su mirada denotaría tanta ira?

Sacudió la cabeza, confundida. Algo no le cerraba, y ya averiguaría qué era.

—Renzo, por lo que contaste esta mañana la única forma de que entres en ese proyecto yanqui es con el dinero que el banco te pagaría al comprarte el programa *Costumer 3.0*. ¿Es así?— preguntó para olvidarse por el momento de ese asunto que la preocupaba bastante.

—Ajá —respondió el aludido, intentando concentrarse en otra cosa que no fuera la mano de Victoria bajo la mesa.

—Bueno, un voto lo tenés seguro; el de “la jefa” aquí presente. Te faltaría lograr los otros tres.

—¿Lo tengo seguro, Victoria? ¿Me vas a dar un “sí”, *Jefa*? —preguntó él con intención de provocarla, mientras fingía estar concentrado en lustrar una manzana contra su camisa, y le apretaba más fuerte la mano.

Ella se soltó con cierta dificultad y puso ambas sobre la mesa.

—Probablemente. Es un proyecto muy bueno —respondió con la mirada al frente. No quería perderse en la miel de sus ojos, porque siempre temía que todo el mundo notara que estaba loca por él.

—Eso seguro —intervino Mariel—. El problema son los otros tres. Para empezar Adriana Camarano, y luego el representante de los accionistas y el estúpido de Dardito.

No podía evitar hacer una mueca de asco cada vez que nombraba al hijo del director. Es que al entrar al banco había sido una víctima de sus manos pegajosas que no perdían la oportunidad de posarse en su cuerpo con cualquier excusa. Ella se había librado de él hacía tiempo, pero había sido testigo del acoso sistemático que ejercía sobre las chicas jóvenes que acababan de ingresar y hacían lo posible por conservar el empleo, aún al costo de soportar a ese asqueroso. Por ellas era que lo había ridiculizado en una de sus primeras novelas, *Por esa boca*, haciéndolo encarnar uno de los personajes más odiados, el libidinoso “Pokerface”. De todas formas era tan tonto, que probablemente no se hubiese reconocido en él, aunque su descripción física coincidía, y también la alusión a la canción de Lady Gaga de quien Dardito era fanático.

“Todos lo identificaron, y casi me muero al escuchar en los pasillos que el villano de mi novela era idéntico al hijo del director. Pensé que me echarían del banco, pero el muy estúpido ni se dio por enterado” pensó, sonriendo divertida. Esa fue su venganza por los momentos incómodos que la hizo vivir, pero eso ya era cosa del pasado. Dardito había renunciado a molestarla, y por fortuna sus manos húmedas y su aliento fétido estaban muy alejados de ella. No obstante lo reconocía como peligroso en más de un aspecto, y sabía que por un simple capricho podría boicotear un proyecto tan bueno como *Costumer 3.0* aunque eso significara un retraso en las metas del banco.

Todo dependía de su estado de ánimo, y también del de Adriana Camarano que parecía tener cierta influencia sobre él. ¿Ella le daría un sí a Renzo? Seguramente, porque le constaba que lo apreciaba mucho. Demasiado lo apreciaba. ¡Mierda! Era eso. De pronto se dio cuenta de todo; la ira en la mirada de Adriana tenía un motivo: Renzo.

Y Renzo no estaba disponible para ella, de eso no había dudas. Maldijo nuevamente, porque se dio cuenta que el proyecto de *Hailvic* estaba en peligro, y junto a él los sueños de Renzo y por consiguiente también los de Victoria.

—... Así que no nos queda otra que esperar.

Tan concentrada estaba en sus elucubraciones que casi no escuchó lo que Renzo le decía. Pero eso no era lo importante en ese momento; lo que debía hacer ahora era poner al tanto a Victoria del riesgo que estaban corriendo al tener a Adriana en contra.

—Bueno, esperaremos entonces— repuso. Y luego se dirigió a Victoria—. ¿Podemos hablar en tu oficina? Tengo que comentarte algo —le dijo, y ambas se pusieron de pie y salieron del comedor, dejando a Renzo solo y muy intrigado.

Devolvió las bandejas y salió tras ellas rumbo a la oficina. Caminaba despacio para darles tiempo a hablar y mientras tanto iba comiendo su manzana. Ni bien completó el primer mordisco, Adriana Camarano le interceptó el paso.

—¿Se puede saber adónde vas tan apurado, bombón? —le preguntó sonriendo abiertamente, mientras exhibía su desperejada dentadura sin pudor alguno.

Renzo masticó en silencio. Cada vez que se encontraba con ella, tenía la sensación de estar en un campo minado. Sopesaba cada una de sus respuestas porque sentía que cualquier cosa que dijera, podría incentivarla a dar un paso más, y volver a invitarlo a ese desayuno, almuerzo, o cena de trabajo, que él se esforzaba por evitar a toda costa.

Esa mujer era un fastidio, y si no fuese un caballero, le hubiese gritado en la cara que no estaba disponible. Es más, si la relación con Victoria pudiese blanquearse, ya le hubiese dejado en claro que su corazón, su alma y su cuerpo le pertenecían a ella por completo.

—¿Qué pasa? ¿No me vas a decir adónde vas? —insistió ella, mientras su sonrisa se hacía más amplia, y batía exageradamente las pestañas intentando provocarlo.

—Al baño, Adriana—respondió finalmente, intentando esquivarla pero ella no se lo permitió. Se acercó más a él y levantó la cabeza para no perder el contacto visual.

—¿Al baño? Nadie va al baño comiendo, corazón —le dijo sin dejar de sonreír.

Eso fue demasiado. Qué fastidio, por Dios.

—Tenés razón —replicó él con la más seductora de sus sonrisas—. Tomá. Guardamela que en cualquier momento te la pido —dijo, mientras aprovechaba el desconcierto de ella para escabullirse al baño.

Ese desconcierto le duró poco a Adriana Camarano. Parecía una trastornada cuando se llevó la manzana a la boca para probar el sabor de la de Renzo. Abarcó su mordida, y recorrió con su lengua el borde irregular mientras imaginaba que era la boca de él la que tenía en la suya en lugar de una manzana a medio terminar.

Él no la vio hacerlo, y tampoco notó que Victoria observó toda a escena desde la puerta de su oficina. Lívida de celos, los vio conversar y reír. Lo de la manzana compartida fue lo peor. Sentía como un sentimiento de posesión le nacía en las entrañas y tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para no correr a quitarle la dichosa manzana a Adriana. Todo lo que la boca de Renzo tocaba le pertenecía; su saliva era solo suya. Se avergonzó de sentirse así y para que ni siquiera Mariel notara lo turbada que estaba, en lugar de meterse en su despacho, salió del banco para caminar un poco y poder serenarse.

No lo hubiese logrado jamás si se hubiese enterado que justo en esos instantes, Adriana Camarano descargaba toda su frustración haciéndole saber a Daniel por teléfono, de su relación con Renzo.

Algo andaba mal, lo sabía. Victoria no le había dirigido ni la palabra, ni la mirada en toda la tarde. Había llegado de la calle hacia dos horas, y desde ese momento no hacía otra cosa que trabajar en silencio. Sí, no había dudas de que algo no andaba bien. Hasta Mariel parecía bastante alterada y los observaba a uno y a otro con el ceño fruncido. ¿Qué carajo estaría pasando?

Cuando en un momento se quedaron solos en la oficina, no desaprovechó la oportunidad de hablarle.

—Vic, ¿qué pasa?

Ella continuó ignorándolo. Digitaba a una velocidad asombrosa, y no le contestó.

Renzo se aproximó y oprimió una tecla y todo lo que Victoria tenía en pantalla desapareció

—¡Qué mierda hiciste, Renzo! —exclamó, alterada.

—Ahora te lo recupero, pero antes me vas a decir qué te está pasando que ni me hablás.

Victoria se puso de pie y se dirigió a la ventana. Sin darse vuelta se lo dijo.

—No te hagas el inocente. Te vi compartiendo la manzanita con Adriana Camarano hace un rato en el pasillo.

—¿Compartiendo la manzanita?

—Y te deshacías en sonrisas.

Renzo largó la carcajada. Ver a Victoria celosa le hacía mucha gracia, y no pudo evitar reír. Eso a ella le terminó de desquiciar.

Se dio la vuelta y se acercó a él, furiosa.

—¿Se puede saber de qué carajo de reís?

Intentando ponerse serio, él se pasó la mano por la barba y le respondió:

—Es que yo no le llamaría “compartir la manzanita” a lo que viste en el pasillo. Más bien le diría “usarla de excusa para huir desfavorido”.

Pero los celos no abandonaban el alma de Victoria.

—¿Me vas a decir que te estaba acosando, Renzo? ¿Me vas a decir que sos inocente en todo este juego de seducción que yo misma presencié? —inquirió fuera de sí.

—No sé qué interpretaste, pero lo cierto es que sí, soy completamente inocente, mi amor.

Ella lo observó incrédula.

—Debería golpearlo por cínico.

—Hacelo. De tus manos yo quiero todo, hasta un buen tortazo. Pero después no te quejes de mi reacción —le dijo alzando las cejas.

La duda fue la que la hizo perder. O ganar, según como se mire.

Renzo tomó esa vacilación como una invitación y antes de que ella pudiese hacer ningún movimiento, la tomó de la nuca y la besó. Victoria le puso la mano en el pecho y presionó para apartarlo, no muy convencida de querer hacerlo. Y dudar dos veces era lo mismo que entregarse.

Lo hizo. Se entregó a pleno en ese beso que transformó la furia en deseo. Lo besó con un ardor que hasta a él lo sorprendió, pues Victoria no solía mostrarse así de efusiva en la oficina. Le correspondió de buena gana y pensó que valía la pena ponerla celosa si la respuesta iba a ser tan intensa. Y no pudo evitar un gemido de frustración, cuando ella reaccionó y se apartó de él súbitamente.

—Basta.

—Vic...

Ella lo miró con esa expresión que a él le movía hasta el alma.

—No quiero seguir hablando de esto.

—No estábamos hablando.

—Lo sé. Renzo, estoy muy preocupada por el proyecto. Mariel cree que Adriana Camarano puede ser un obstáculo. Por eso al verlos juntos, pensé... No sé qué pensé.

—Victoria, yo no me vendo. Y no hay nada que pueda hacer que me aleje de vos. Vení a vivir conmigo por favor...

Si Renzo le hubiese pedido que se lanzaran por la ventana tomados de la mano, se hubiese sorprendido menos. ¿Vivir con él? Sería... sería... Un sueño. Realmente sería un sueño, y por eso también sería algo imposible de cumplir. Si se marchaba de su hogar, si Daniel se enterara de que ella tenía un romance cuando aún estaban casados, sentía que perdería la chance de obtener su querida casa en la división de bienes.

La tentación era grande, sin dudas. Compartir las noches con él, mostrarle al mundo que era suyo, hacer planes a futuro. ¿Habría un futuro para ellos? Y al darse cuenta de que si no lo había no quería salir del presente, se sintió impulsada a decirle que sí. Por fortuna recordó el proyecto, y eso terminó con su sueño de irse a vivir con él. Si en el Directorio se enteraran de que había algo entre ellos... No quería ni pensarlo.

—No puedo. Podría perder la casa para siempre, Renzo. Y puse tanto de mí en ella... Quiero esa casa para disfrutarla con mi hijo algún día.

—No quiero que pierdas nada por mí, Victoria. Al contrario, quiero que ganes. Pero también quiero tenerte conmigo todo el tiempo.

—Sos muy tierno ¿lo sabías?—dijo ella suspirando—. Es muy difícil resistirse a tu encanto. Por eso creo que Adriana Camarano...

—Ay, Vic. No sigas con eso. Ella no me interesa. Me interesás vos, y no puedo tenerte.

—Me tenés, te lo juro.

—Pero no como yo quisiera.

Y la conversación se interrumpió abruptamente cuando el celular de Renzo comenzó a sonar. Victoria se alejó, y él vio que la llamada provenía de un número desconocido.

—Hola. Sí, soy yo... Benítez—dijo él con el ceño fruncido, y luego muy poco más.

La conversación fue breve y extraña, o al menos eso le pareció a Victoria.

—Era tu padre.

—En realidad no lo siento así. Y precisamente eso es lo que me preguntó, si alguna vez podré pensar en él como un padre. No pude mentirle... Esto es muy raro, Vic. Muy raro.

—¿Qué más te dijo?

—Que no podía vivir sin Alma, eso me dijo. Nunca más hablamos después de que ella... —no pudo continuar, y tragó saliva—. Lo sentí muy triste, muy deprimido.

—Renzo, no lo dejes solo. Se ve que está pasando por un mal momento.

—Voy a llamar a mi madre, a ver si sabe algo—dijo, y en ese momento entraron Mariel y Fefe. Renzo se preparó para salir y así poder hablar en privado con Magdalena.

Antes de marcharse, le recuperó lo que había borrado del ordenador a Victoria, y luego le susurró al oído:

—No olvides que te amo.

Ella asintió con los ojos llenos de lágrimas. Ella también lo amaba, y ojalá algún día pudiera decírselo fuera de la cama.

Ni bien subió a la camioneta llamó a su madre.

No habían vuelto a hablar de Benítez desde la muerte de Alma, pero por alguna razón sentía que las cosas no andaban bien y quizás ella, que lo conocía más que él, podría decirle algo que lo dejara tranquilo. Lo había escuchado muy triste, en esa llamada totalmente inusual en la que le había preguntado si algún día podría pensarlo como algo más que el antiguo chofer. Renzo dudó, pero optó por la verdad. Para él, su padre no podía ser otro que Juan Andrés Lombardi.

—Hola mamá.

—Querido ¿cómo va todo? Ya casi nunca venís... —comenzó a reprochar Magdalena, como era su costumbre.

—Mucho trabajo —se justificó. “Y mucho Victoria también”, pensó, y una sensación de vacío sacudió su vientre, pero se repuso de inmediato—. Escuchame, me llamó Benítez.

—¿Benítez? ¡Qué extraño! Pensé que nunca más iba a aparecer.

—Me pareció que estaba algo deprimido—le dijo, preocupado.

—Siempre fue depresivo, Renzo. Alma heredó de él su condición.

—¿Cómo? ¿No heredó de su madre la depresión? Benítez me dijo eso, cuando ella murió —replicó él, asombrado.

—No, querido. Benítez siempre tuvo problemas psiquiátricos. Yo... bueno, yo tenía mucho miedo de que vos heredaras esa horrible enfermedad, pero por suerte no fue así y siempre fuiste tan ale...

—Mamá, dame un segundo para pensar —pidió, mientras la cabeza le daba vueltas. Algo no le cerraba—. Decime ¿la madre de Alma no se suicidó, entonces?

—No. Murió de un infarto hace varios años.

—Mierda.

—¡Renzo! ¿Qué te está pasando? ¿Por qué estás tan alterado, hijo? ¿Qué te dijo Benítez?

—No es lo que me dijo, sino lo que yo sentí al escucharlo. Parecía que se estuviese despidiendo, mamá.

—¡Dios mío!—exclamó Magdalena asustada.

—Voy a llamarlo ya. Tengo miedo de que cometa una estupidez —dijo él, más asustado aún.

Y eso hizo. Llamó una y otra vez pero nadie respondió.

No sabía qué hacer. Estaba muy preocupado, y cada vez que la llamada caía en el contestador, la tensión aumentaba dentro de él.

El único medio de contacto que tenía era el móvil desde el cual había recibido el llamado una hora antes. Volvió a marcar, mientras su corazón latía extrañamente acelerado, y por fin respondieron.

No era Benítez, se dio cuenta enseguida. Una voz desconocida le pidió que se identificara y ni bien lo hizo, lo supo.

—Lamento comunicarle que su amigo ha sufrido un accidente de tránsito —le dijo el oficial de policía que contestó la llamada.

Renzo palideció.

—¿Cómo está? ¿Dónde puedo verlo?

—Señor, tengo que decirle que el señor Benítez ha fallecido.

Se le cerró la garganta, no podía hablar. De todos modos no sabía qué decir y tampoco qué hacer. Nada; ya no se podía hacer absolutamente nada.

Benítez estaba muerto y él no había hecho nada para evitarlo. Igual que con Alma.

Como en un sueño, su mente regresó al momento en que se había enterado que ella se había quitado la vida. Se desquició completamente y se sintió culpable, infinitamente culpable. Y ahora se estaba sintiendo igual o peor, porque ahora sabía que Alma no se había suicidado imitando a su madre. Siempre le quedaría la duda de si lo había hecho debido a lo que sucedió entre ellos o a la herencia maldita de la depresión, y sabía que tendría que vivir con eso el resto de su vida.

Necesitaba ver a Benítez. No sabía por qué, pero necesitaba verlo.

Treinta minutos después, era testigo de cómo se llevaban su cadáver a la morgue. No le quedaban dudas de que se había suicidado estrellándose contra la base de ese puente, pero no dijo nada y el hecho fue catalogado como un accidente.

Las náuseas lo atormentaban. Carajo, era su padre. Claro que para él era su antiguo chofer, pero la verdad era que ese hombre lo había engendrado, y ahora ya no estaba. Nunca podría escuchar de sus labios la palabra “papá”, pues él le había retaceado esa posibilidad. No había pensado ni una sola vez en él desde que había vuelto de Punta del Diablo. Es que no quería recordar a Alma porque eso le hacía mucho daño, y Benítez estaría para siempre asociado a su memoria.

Dios, ahora eran dos los muertos que tendría que cargar en sus espaldas. Sentía que no podía con eso. Necesitaba consuelo, necesitaba a Victoria. Hizo los arreglos necesarios para el sepelio, y luego corrió a sus brazos.

—Mi amor, ¿hay algo que pueda hacer para que te sientas mejor?

—Estar conmigo —murmuró contra su cuello—. Quedarte toda la noche... No te vayas a tu casa hoy, Vic.

—No me voy a ir.

Él levantó la cabeza, asombrado, y le buscó la mirada.

—¿Y vas a salir corriendo en la mañana, como siempre?

—No. Me voy a quedar contigo y haremos todos los trámites necesarios. Ninguno de los dos irá al banco mañana, Renzo.

—Me vas a acompañar —murmuró él entre incrédulo y fascinado.

—Jamás te dejaría solo en un momento así.

Renzo la abrazó con fuerza como si quisiera fundirse en su cuerpo.

—Te quiero tanto, Victoria— susurró sobre sus labios. Y luego de una pausa, preguntó —: ¿Está muy mal que el día de la muerte de mi padre, yo continúe loco de ganas de hacerte el amor?

—No, porque vos no lo sentías así. Yo sé que igual te duele, pero no quiero que esto te genere una nueva culpa.

—No puedo evitarlo. Siempre voy a pensar que Alma se mató por mi culpa, y que Benítez lo hizo porque no aguantó ese sufrimiento—afirmó con tristeza.

—Sí podés, claro que podés. Yo te voy a ayudar a evitar esa tortura esta vez, mi amor.

—El hecho de que me llames “mi amor” ayuda mucho, Vic —murmuró con una media sonrisa que a ella la conmovió profundamente.

—¿Y esto también ayuda? —preguntó deslizando la mano por el pecho velludo.

La respuesta fue un gemido que ella tomó como una invitación para continuar explorando su cuerpo.

Como una gata, sus uñas lo rasguñaban levemente pero su boca iba borrando el rastro de inmediato.

Por donde sus labios pasaban, Renzo sentía fuego. Le acarició el cabello, y no pudo resistir la tentación de obligarla a continuar descendiendo mediante una insistente presión en el cuello. Victoria captó sus intenciones y no se hizo rogar.

El pene de Renzo asomaba bajo el elástico de su bóxer de algodón, erguido en todo su esplendor. Ella lo tomó con ambas manos, y deslizó la sensible piel que cubría el glande. Lo oyó suspirar cuando su lengua se introdujo en el diminuto orificio y lamió la gota que allí asomaba, con verdadero deleite.

Y luego lo devoró.

Lo hizo gozar tanto que a él se le saltaron las lágrimas, liberando toda la tensión contenida durante el día. Y cuando su corazón retomó su ritmo, la acercó a su boca para compartir con ella el fruto de su placer.

—Vic, eso fue...

—...Algo increíble —completó ella entre beso y beso.

—Podemos tenerlo cada noche, pero yo quiero amarte a la luz del día, y gritarle al mundo lo que siento por vos.

Ella suspiró.

—Yo también lo deseo, pero primero tengo que terminar con mi matrimonio. En un par de semanas ese tema quedará resuelto, Renzo. Solo espero que Daniel se muestre razonable en la división de bienes, y pueda comprarle su parte de la casa a un precio justo —le dijo con una mueca.

—¿Tan importante es para vos obtener esa casa? —preguntó Renzo, acariciándole la espalda.

—Sí. Y ya te dije por qué. Pero si mi ex continúa empeñado en ponerme las cosas difíciles, creo que voy a perderla. Tendré que dejársela a él, porque si va a remate ambos nos veremos perjudicados —explicó. La verdad era que no quería continuar hablando del tema. Era un día muy triste para Renzo, y no quería agobiarlo con sus problemas.

—Te entiendo, mi amor. Y confío en que todo saldrá según tus deseos.

Era tan comprensivo, tan dulce, que Victoria se sintió egoísta al poner un bien material por encima de su relación. Por un momento se preguntó si no debía enviar todo al demonio, y no moverse del departamento de Renzo ni para ir a buscar su ropa. Pero no cedió a esa tentación porque se dio cuenta de que no estaba segura de la solidez de su relación. En ese momento estaba todo más que bien, pero ¿qué pasaría más adelante? Renzo era demasiado joven, y se movía en un mundo vertiginoso donde ella terminaba mareada y confusa cada vez que se asomaba a él.

Por un momento recordó a su hijo, y pensó que Renzo estaba intelectualmente más cerca de Felipe que de ella.

“Siento como que me estoy volteando a un amigo de mi hijo, qué horror. Ellos pertenecen a otra generación, y yo estoy a años luz de su mundo.”

Jamás se había planteado las cosas a esos extremos, y no entendía por qué comenzaba a hacerlo ahora. Y una vocecita interior le aclaró el motivo: “te estás boicoteando tu propia felicidad, como otras veces, Victoria”

Se levantó de la cama de un salto, y así como estaba, completamente desnuda, se marchó a la cocina para hacerse un café.

Renzo la siguió, también en cueros. Era tan evidente que algo no andaba bien que ni siquiera intentó disimular sus deseos de saber qué era.

—Decime que te pasa.

—Necesito un café.

—No me mientas.

Carajo, qué manera de meter presión que tenía ese chico. Y al verlo tan atractivo y masculino, desnudo en medio de la cocina se murió de ganas de tocarlo.

Cuando se acercó, su corazón le dijo que no estaba ante un chico, que estaba ante un hombre, un hombre de verdad. Un hombre al que le sobraba pecho para contenerla, y también madurez para llevar adelante una relación que podía llegar a ser más sólida que una roca.

Pestañeó incrédula. ¿Cómo era posible que segundos antes lo hubiera pensado como un amigo de su hijo? Renzo era, sin dudas, más adulto que ella. Y también infinitamente más sabio.

—Me estoy comportando como una tonta. Vos necesitás contención y yo me pongo a hablarte de mis problemas...

—Victoria, ya no existen “mis problemas” y “tus problemas”. Ahora vos y yo, somos uno. Estás dentro de mí, y podés sentir lo que siento. Y solo por estar aquí conmigo, me alegrás la vida —dijo él, simplemente.

Y ella no lo pensó más. Se dejó de elucubraciones y le echó los brazos al cuello.

—Te amo —le dijo al oído. Y luego agregó más para ella que para él —: Y estamos fuera de la cama...

—Eso lo solucionamos ahora —fue la rápida respuesta. La tomó en sus brazos y sin dejar de mirarla a los ojos la llevó a su habitación —. Quiero escucharlo de nuevo, pero esta vez dentro de la cama.

Victoria se mordió el labio. Estaba a punto de estallar en sollozos, tal era la emoción que la embargaba, al saberse dueña de sus sentimientos al punto de poder expresarlos en voz alta. Jamás le había pasado algo así.

Hicieron el amor una y otra vez, y cuando le gritó que lo amaba en cada orgasmo, y a pesar de que tenía la mente obnubilada por la intensidad de sus sensaciones, tenía plena conciencia de lo que le estaba diciendo.

Su último pensamiento antes de caer rendida sobre su pecho fue que dentro o fuera de la cama sentía lo mismo: lo amaba por encima de todo, y ya no podría vivir sin él.

Veinte días después la casualidad hizo que en el mismo instante, pero en lugares distintos, ambos se encontraran en trámites legales con sus abogados.

Victoria *versus* Daniel, en una discutida partición de bienes y a punto de obtener la esperadísima sentencia de divorcio. Y Renzo había sido citado por el abogado de Benítez para la lectura de su testamento; algo completamente inesperado para él.

Distintos los motivos, distintas las situaciones y seguramente muy distintos los resultados.

Para Victoria, el liberarse de Daniel podría significar perder su querida casa. El precio de venta que había fijado él, duplicaba el valor de tasación y a ella se le hacía imposible cumplir con los trescientos mil dólares que él le exigía para venderle su parte.

Los abogados de ambos no paraban de discutir los términos del acuerdo. Al parecer, Daniel se mantenía en sus trece con el hecho de fijar un precio tan elevado. Aducía que había firmado un documento con la universidad a la que asistía Felipe en el cual se comprometía a abonar ciento cincuenta mil dólares en los próximos tres años, y que Victoria saldría indemne si él no podía cumplir. Justificaba de esa forma la insólita cifra que le pedía para venderle su parte.

Ella permanecía en silencio, con los ojos llenos de lágrimas. Le parecía increíble estar viviendo una situación así. ¿Cuándo se habían convertido en enemigos tan acérrimos? ¿Por qué tenían que disputarse algo que en su momento les había dado tanta felicidad?

A medida que avanzaba la discusión, ella sentía cada vez más lejana la probabilidad de quedarse con la casa. Trescientos mil dólares era demasiado. Tenía solamente cincuenta mil, y el banco podría prestarle unos cien mil más, pero jamás llegaría a la cantidad que su ex le exigía para venderle su mitad. Entendía perfectamente que Daniel tenía toda la responsabilidad por el documento que había firmado con la Universidad de Seattle, pero estaba dispuesta a cederle parte de su salario y compartir los gastos.

No surtieron efecto sus buenos propósitos, Daniel estaba plantado en los trescientos mil, y el juez ya se estaba cansando. En un momento pidió hablar a solas con ambos abogados, dejándolos también a solas a ellos dos.

Victoria permaneció con la mirada fija en la vista que tenía a sus pies, desde el piso veinte del edificio donde se encontraban. No quería hablar con él, ni siquiera quería mirarlo.

Fue Daniel quien inició el diálogo.

—Vicky, no creas que es mi intención estafarte...

Ella pestañeó, intentando dominar la furia que crecía dentro de sí.

—No, seguro que no.

—En serio. La deuda con la universidad es lo que me impulsa a pedirte eso —le dijo con calma, pero ella no le creyó.

—Ya te dije que te ayudaba con esa deuda. Lo tuyo es realmente abusivo, Daniel. Nos vamos a quedar ambos sin la casa y sin dinero por tu capricho.

—Querida, a propósito de caprichos, ¿cómo va el tuyo con el chico genio del banco? Sí, no te sorprendas: lo sé todo. Y también sé que en cualquier momento te echan a la mierda, y me vas a terminar clavando con la deuda, así que no pienso aceptar tu propuesta.

Victoria tragó saliva. ¡Lo sabía! ¿Quién diablos...? Lo peor era que si él lo sabía, también lo sabrían los demás.

"Estoy en problemas", pensó desolada.

—¿Te quedaste muda, Vicky? ¿Estás dispuesta a perder tu trabajo y tu casa por un macho? Ya te lo dije una vez: primero perdiste a tu hijo. ¿Vas a seguir perdiendo? —preguntó él, irónico.

—No perdí a mi hijo, y esto no es asunto tuyo.

—Vamos... Todavía estás a tiempo. Mirá mi contrapropuesta: vos te olvidás de tu amante, no nos divorciamos, y si en un año aún mantenés el comportamiento de una señora y no de una puta, pongo la casa a tu nombre. ¿Qué te parece, amor?

Era un descarado.

—Olvidate de eso.

—O sea que el pendejo te tiene bien atendida. Lo que sospechaba. Vos lo quisiste así: si hay divorcio, te quedás sin casa. Es muy simple —dijo sonriendo.

—Y vos también te vas a quedar sin casa. Vamos a perder todo lo que logramos para Felipe.

—A mí no me importa. Tengo el departamento de mis viejos, y la casa de Mar del Plata a mi nombre. Mi hijo siempre va a tener un techo; el que le daré yo, su padre. Le voy a pagar la educación y también le dejaré algo cuando muera. Mientras tanto vos seguí revolcándote con Lombardi, que cuando se vaya con una pendeja como él, vas a venir a mí rogando que te perdone.

Las uñas de Victoria se clavaban en sus palmas, para contener las ganas de golpearlo, pero eran tan fuertes que ya no soportaba más. Si no fuera porque entraron los abogados y el juez, de veras le hubiese pegado.

—Bien, terminemos con esto. Quiero dictar sentencia hoy mismo... A ver, acá no está en juego la tenencia del menor, que está emancipado. No hay pensión alimenticia en juego; solo hay una casa. La negociación se orientó hacia lo siguiente: fijamos el precio de venta del inmueble en cuatrocientos cincuenta mil dólares, monto que está en el medio del valor de tasación y lo planteado por el doctor Zúñiga...

"Dios, no quiero perderla, pero esa cifra es aún inalcanzable" se dijo Victoria con un nudo en la garganta. Tragó saliva y continuó escuchando lo que decía el juez.

—... Si la señora Ríos no puede asumir la compra de la cuota parte correspondiente, tienen un año para venderla. Y no logran hacerlo, irá a remate. El producto, que desde ya les adelanto que no será mucho, se repartirá entre ustedes en partes iguales. Mientras tanto, pueden seguir compartiendo el usufructo de la vivienda, que según tengo entendido ya tienen bastante aceitado el asunto.

Cuatrocientos cincuenta mil era demasiado. Le faltaba mucho dinero para llegar a comprarle la mitad al cínico de su ex, y además estaba decidida a asumir la parte que le correspondía en los estudios de su hijo. Era un callejón sin salida.

No tuvo más remedio que aceptar. Quería salir de allí desvinculada legalmente de Daniel para siempre. Luego vería si soportaba continuar viviendo en el departamento de huéspedes o no pero lo cierto era que no toleraba la idea de cruzárselo alguna vez, entrando o saliendo. Se sentía asqueada y quería alejarse de todo, pero sabía que en lo inmediato no podía irse. Firmó, y cuando estampó la última rúbrica, se sintió realmente liberada. No renunciaría a su querida casa, y haría lo que fuera para tenerla, pero se había quitado de encima una pesada carga.

Antes de marcharse, Daniel se acercó y le susurró al oído en la puerta del ascensor:

—Si me das una última noche no le cuento a nadie que te estás volteando al pibe ese. Estás preciosa y me muero de ganas de ponértela...

Victoria no pudo contenerse más. No le dio un cachetazo, eso sería demasiado poco para lo que se merecía ese cobarde. Se puso frente a él con una sonrisa en los labios, lo tomó de la solapa y lo acercó aún más a ella. Y cuando lo tuvo casi pegado a su cuerpo, alzó una de sus rodillas y le dio de lleno en los testículos.

Daniel cayó a sus pies, ahogando un grito, y ella le pasó por encima pisándole una mano, bastante más levemente de lo que debería.

—¡Hija de puta! ¡Me dañaste mi herramienta de trabajo!

—¿Cuál de las dos?—preguntó sonriendo—. Esas no son tus herramientas de trabajo, querido Daniel. A una la tenés para divertirte y a la otra no la necesitás, porque vos ganás dinero usando la extorsión. Así que no te preocupes: tus ingresos están a salvo —fue lo último que le dijo antes de desaparecer tras las puertas automáticas del ascensor.

Descubrirse como una mujer vengativa no le hizo bien del todo.

Un sabor agrídulce le quedó en los labios. Necesitaba con urgencia un beso de Renzo para deshacerse de esa sensación de inmediato.

Renzo, en ese momento no estaba para nadie.

En el bufete del abogado que lo había citado el día anterior "para arreglar los asuntos de Benítez", aguardaba ansioso. Sabía que él no tenía más que la cabaña que Alma había comprado en Uruguay tiempo atrás, así que no tenía idea de qué quería decir "arreglar" sus asuntos. Había tenido su negocio, pero Alma le contó que hacía tiempo lo había vendido y que jamás dijo qué había hecho con el dinero. Sus cuentas estaban vacías, y él vivía de forma muy sencilla, así que Renzo estaba seguro que se encontraría con deudas y más deudas. Solo esperaba que con la venta de "El Granizo" se pudieran cubrir.

Pero lo que le causaba más nerviosismo era el hecho de que lo hubieran llamado a él. Creía que Benítez no le había dicho a nadie que era su padre, pero ahora se daba cuenta de que era posible que lo hubiese contado. Por algo lo habían citado.

Intentó serenarse, tal como Victoria le había aconsejado. "No te precipites, Renzo. Espera a ver qué tienen para decirte. Con preocuparte no lograrás nada, lo que tenés que hacer es ocuparte cuando llegue la hora." Pobre Vic, ella tampoco estaría pasando un buen momento. Ojalá lograra obtener lo que quería, porque en lo que a él se refería estaba seguro de que solo obtendría problemas. Y lo que era peor, se sentiría comprometido a afrontarlos de una forma u otra.

Todas sus esperanzas estaban cifradas en lograr cerrar el trato con el banco para poder ayudarla a comprar la casa. Y si después de eso le quedaba algo, podría utilizarlo en cumplir su sueño invirtiendo en el proyecto de Seattle. El banco sería la salvación de ambos, y al día siguiente sabrían si *Costumer 3.0* les daría esa salvación.

El abogado de Benítez interrumpió sus cavilaciones. Carraspeó, tomó una carpeta y mirándolo por encima de sus anteojos le dijo:

—Bien, Licenciado Lombardi, seré muy breve. El señor Benítez lo ha nombrado su único heredero. Eso es posible por no tener ningún pariente vivo, así que procedo a entregarle su legado.

Acto seguido, le entregó un sobre bastante pesado.

Renzo lo abrió y se encontró con dos llaves. Una de ellas, tenía un papel enganchado con una bandita elástica, y se leían dos palabras que decían mucho: "El Granizo". No fue del todo una sorpresa encontrarse con eso, porque ya sentía a esa cabaña como suya. En el velatorio de Alma, Benítez le había dejado en claro que ella había pedido que él se hiciera cargo de su casa en Punta del Diablo y de su perra, y había aceptado sin dudarlo. Y por lo que le estaba diciendo el abogado, ahora además sería suya en los papeles.

La segunda llave lo tenía intrigado. Estaba sujeta a un llavero con forma de auto, pero no pertenecía a un auto, sin dudas. Detrás tenía un papel pegado que decía: AV2215-BANCOCENTER. Se la quedó mirando sin entender.

—Es la llave de un cofre de seguridad, Licenciado. El señor Benítez lo habilitó para acceder a él, y esta es la llave.

—Pero yo nunca firmé nada.

—Tengo entendido que usted es cliente de Bancocenter, y ellos ya tienen su firma registrada.

—Sí, así es.

—Bien, el contenido del cofre es suyo.

—¿Usted sabe que hay en él?

—No tengo ni la menor idea.

Renzo estaba desconcertado. Un cofre... ¿Qué podía tener Benítez allí? ¿Documentos, fotografías? ¿Tal vez joyas de Alma? Los títulos de propiedad de "El Granizo" no estaban en él, sino sobre la mesa del abogado en ese momento. Carajo, tenía que saberlo ese mismo día, porque sino se iba a morir de la curiosidad.

Tomó los papeles y se despidió del abogado con prisa.

Media hora después, inspiraba profundo en un cubículo del Tesoro de Bancocenter, y abría la caja de seguridad que Benítez le había legado.

Victoria estaba nerviosa. Marcaba el número de Renzo una y otra vez, y siempre caía en la contestadora. No sabía cómo le había ido con el abogado, ni siquiera sabía dónde se encontraba en esos momentos. Se moría de ganas de contarle de que era una mujer libre, pero a la vez temía que Renzo hubiese recibido una mala noticia con respecto a Benítez y sus asuntos.

Deudas era lo último que necesitaban en ese momento, pero fuese lo que fuese lo iban a afrontar juntos.

No eran deudas, sin embargo, lo que Renzo encontró en la caja de seguridad del banco. Más bien todo lo contrario.

Sus ojos no podían creer lo que estaban viendo. Billetes, muchos. Todos verdes y de a cien. Un montón de fajos de diez mil dólares. Los contó, eran veinticinco en total. Doscientos cincuenta mil dólares.

Pero eso no era todo. Cuando terminó de sacar el dinero, descubrió en el fondo de la caja había un sobre. Le temblaba la mano cuando lo tomó. Decía "Renzo" en el exterior, y estaba cerrado.

No quiso leerlo allí. Tomó el dinero, y se dirigió a las cajas para depositarlo todo en su cuenta corriente. Y luego se metió en su camioneta y abrió el sobre.

Era una carta, y a medida que la iba leyendo, el rostro se le iba transformando y su corazón acompañaba su estado de ánimo latiendo cada vez más de prisa...

Querido Renzo:

Si estás leyendo esto es porque yo pasé a mejor vida, y porque al fin me decidí a hacer lo correcto.

Hace mucho que quiero irme, aún antes de la muerte de Alma, y espero que no me tiemble la mano cuando llegue la hora señalada.

Hice todo mal, Renzo, todo mal. Cuando acepté el trato con Juan Andrés jamás pensé que años después todo terminaría de esta forma. ¿Cómo iba a sospechar que tendría una hija y que ese trato tendría que ver en su muerte? Maldigo el momento en que acepté.

Renzo, le juré a él que mis labios estarían sellados mientras viviera, pero seguramente eso ya no es así, y ahora vas a saber la verdad: yo no soy tu padre.

Hizo una pausa, pues las lágrimas lo cegaban y se las secó con el dorso de la mano. Benítez le confesaba que no era su padre... Entonces ¿quién lo era, por Dios? Tragó saliva y continuó leyendo.

Te estarás preguntando quién es, y me vas a odiar porque seguramente pensarás que estoy jugando contigo. No es así... Yo creo que en el fondo de tu corazón, vos nunca dejaste de sentirlo como lo que era. Sí, Renzo: Juan Andrés Lombardi era tu padre.

Cuando supo que María, el ama de llaves, estaba esperando un hijo suyo, me rogó que yo reclamara esa paternidad. Y no solo me rogó, me dio una importante suma de dinero con la cual luego monté mi negocio de alquiler de autos. Tu mamá era muy joven, no tenía familia y estaba pensando en abortar.

Lo que sucedió después fue tal cual te lo contó Magdalena: María aceptó que el matrimonio Lombardi hiciera pasar al bebé como propio, pero a pesar de tener una excelente atención médica, murió en el parto.

Eso no impidió que se cumpliera lo planeado, y nadie sospechó nunca que no eras hijo de Magdalena y Juan Andrés Lombardi. Cinco años después me fui de esa casa a pedido de tu madre, que veía fantasmas por todos lados, y creía que vos y yo nos estábamos encariñando demasiado. Y no sé por qué tuve la necesidad de regresar el día en que murió tu padre.

Cuando Magdalena se dio cuenta de lo que se estaba gestando entre Alma y vos, se desesperó y me pidió que lo impidiera. Le dije que no podía hacer nada. En realidad me preocupaba muy poco, porque yo sabía que no eran verdaderamente hermanos.

Cómo me arrepiento de no haber dicho la verdad cuando ella te dijo lo que te dijo. Ese fue el principio del fin.

Bueno, eso no es del todo cierto, porque Alma hacía mucho que estaba enferma.

Tenía lo mismo que yo, Renzo. Estaba enferma de infelicidad y nada ni nadie podría curarla, pero si no fuera porque fui tan cobarde de no decir la verdad por un estúpido trato que hice con alguien que ni siquiera estaba en este mundo, quizás ella no estaría muerta ahora. O sí, quien sabe...

Hace treinta años mi silencio te condenó a vivir, y ahora mi silencio terminó siendo la sentencia de muerte de mi propia hija.

Así que no te sientas mal, pues toda la culpa es mía. No es de Magdalena, ni de tu padre. La culpa es solo mía.

Yo fui el culpable de lo que sucedió con Alma y también de la tortura por la cual tuviste que pasar cuando supiste que tu identidad era otra, cuando creíste que te habías acostado con tu hermana, y poco después cuando te sentiste responsable por su muerte.

Callar fue lo peor que pude hacer en vida, y quizás hablar sea lo mejor que pueda estar haciendo ahora que me estoy yendo para siempre.

Me gustaría pensar que en realidad sos mi hijo, y que voy a dejar alguna huella en mi pasaje por este mundo, pero sé que no es así. Pero al menos voy a hacer lo correcto por primera vez: te voy a devolver el dinero que me dio tu padre en su momento. No me sirve para nada, ya no tengo a quien hacer feliz con él. La mujer que amaba me dejó, mi hija también lo hizo y yo estoy muy solo.

También es tuya la casa de Alma, aunque yo sé que vos la sentís como propia, porque ella así lo quiso. Ojalá te sirvan ambas cosas para encontrar la felicidad que ni ella ni yo supimos hallar.

Hasta siempre.

Carlos Benítez

Renzo dejó la carta en el asiento del acompañante y apoyó la frente en el volante. Sus hombros se convulsionaban por los sollozos que no podía evitar.

Lloró largo rato. Su llanto era por él, por Alma, por Benítez... También por su madre, que había sido engañada por partida doble.

Su identidad era algo tan frágil... En poco tiempo había recibido dos golpes fuertes, y si no se había hecho añicos con el primero, seguro lo haría con el segundo.

Su padre era su padre. Así de simple.

Por eso se veía parecido a él, por eso sentía esa afinidad inexplicable, y ese sentimiento tan intenso que aún después de su muerte y de saber de su mentira, no lo abandonaba.

"Dios mío... ¿qué debo hacer? ¿Se lo diré a mi madre?" se preguntó, inquieto. No sabía cómo decirle a una mujer que su amado y ahora difunto esposo la había engañado delante de sus narices. Y por otro lado, sabía que las convicciones morales y religiosas de Magdalena hacían que ella continuara torturándose con el pensamiento de que él se había acostado con su hermana, cosa que no era cierta.

Realmente no sabía qué hacer. Sentía un sabor amargo en la boca, y lo único que le brindaba cierto consuelo era tener la casa de Victoria asegurada. Porque eso haría con el dinero que le había caído del cielo; se lo daría a ella para que le comprara la parte a su ex. Con lo que tenía ahorrado más lo que acababa de recibir, llegaría justo a la cantidad necesaria.

Y si lo del banco iba como lo esperaba, quizás pudiera cumplir también sus sueños.

Victoria se enteró de la carta, cuando Renzo se lo dijo por teléfono.

Se la leyó con un nudo en la garganta y la dejó completamente sin palabras.

En realidad no le leyó todo, pues omitió la parte en que Benítez le decía que le devolvía el dinero. No quería que Victoria supiera aún sus planes de comprarle la mitad de la casa a Daniel porque sospechaba que si lo hacía, intentaría impedirlo.

—Renzo... No puedo creerlo.

—Ni yo, Vic. Estoy en el aire, no caigo. Y no sé qué hacer con respecto a mi madre. ¿Se lo digo o la dejo creer que me acosté con mi hermana?

—No sé qué responderte —repuso ella, mientras por dentro intentaba asimilar lo que sospechaba desde el principio: que Renzo y Alma habían sido algo más que amigos. Ese descubrimiento la inquietó demasiado y se sintió culpable por esos celos retroactivos e injustificados que estaba experimentando. Y más cuando su rival se trataba de una chica que había fallecido de una forma trágica.

—Estoy muy confundido.

—Lo sé. ¿Dónde estás?

—Yendo para el banco para que me cuentes como te fue hoy. Estoy desquiciado pero no lo suficiente como para olvidar lo de la audiencia. ¿Lograste un precio justo por la casa?

—No; sin dudas irá a remate. Pero tengo algo que no esperábamos: soy una mujer libre, Renzo— le contó, omitiendo deliberadamente que Daniel sabía de su relación y que no estaba nada contento con eso. Renzo ya tenía suficientes motivos para sentirse mal; no necesitaba uno más.

Él no esperaba sonreír ese día, pero lo cierto es que lo hizo. Ampliamente.

—¿De verdad? ¿Estás jugando conmigo?

—Renzo... Ni vos ni yo estamos para juegos hoy, ¿o sí?

Era cierto. Era una situación de mierda.

Él destrozado por dentro pero con un cuarto de millón de dólares en el banco. Ella libre, pero sin su casa.

Bueno, eso lo iba a remediar él, no había dudas. Si ese sufrimiento que estaba atravesando era el precio que tenía que pagar para lograr la felicidad junto a Victoria, lo pagaría con mucho gusto.

—Bueno, a mí me gusta jugar contigo siempre —le respondió haciéndola reír—. Voy para ahí ahora y me lo contás en detalle.

—Te espero, mi amor.

Lo adoraba. Renzo tenía el poder de hacerle cambiar de humor en cuestión de segundos. Solo él lograba ese tipo de cosas en su corazón.

Y únicamente Victoria podía sacarlo de un mal momento solo por escuchar su risa maravillosa. Se apresuró para llegar al banco cuánto antes, pues necesitaba urgente una dosis de ella.

Cuando estaba por entrar, escuchó que alguien lo llamaba y al darse la vuelta se encontró cara a cara con Daniel Zúñiga.

—Lombardi ¡qué encuentro más oportuno!

Renzo no dijo nada, pero pensaba exactamente igual a pesar de la repulsión que le provocaba ese tipo, que lo miraba con soberbia mezclada con odio.

—Creo lo mismo —le dijo mirándolo a los ojos.

—¿Ah, sí? Magnífico. Solo quería preguntarte algo: ¿no te importa que Victoria tenga su empleo en la cuerda floja por tu culpa?

Renzo sabía que tarde o temprano llegaría el momento de enfrentarlo, y estaba listo para hacerlo. Es más, consideraba ese encuentro providencial para hacerle la propuesta de compra de la casa, pero el hecho de que mencionara que Vic estuviese a punto de perder su empleo por su culpa lo descolocó por completo.

Era evidente que Daniel ya sabía de su relación, y también lo era que eso le disgustaba profundamente, mas su único temor tenía que ver con Victoria, no con él.

—Mire, yo no quiero que ella se vea perjudicada de ninguna forma.

—Entonces dejala.

—Ni loco.

Daniel vaciló. El "pibe" no se amedrentaba tan fácilmente. Bueno, al menos lo había intentado por las buenas, quizás era hora de probar por las malas.

—Evidentemente sos estúpido. Si no lo hacés por ella, hacelo por vos. Salvá tu maravilloso proyecto apartándote de Victoria.

—No hay nada que pueda hacer que me aleje de ella —fue su terminante respuesta—. Y si me permite, tome su consejo para sí mismo. Salve su patrimonio, no se quede sin nada llevando la casa a remate. Yo le compro su parte al precio que usted marcó.

Eso fue el golpe de gracia que terminó con los afanes de Daniel de doblegar a Renzo. ¿Así que el pendejo era capaz de poner trescientos mil dólares por Victoria? Carajo, la había subestimado, y ahora se sentía bastante arrepentido de haberla dejado ir.

—¿Vos tenés ese dinero en efectivo?

—Sí. Puedo darle un cheque certificado mañana mismo.

—¿Tanto la querés? ¿Qué estás obteniendo de ella, que a mi jamás me dio?—preguntó sin poder evitar su asombro.

—Si no sabe qué es, es porque no la merece —afirmó Renzo—. ¿Acepta el trato o va a perder trescientos mil dólares por un capricho absurdo?

Daniel lo observó en silencio por unos instantes. Sabía que lo que pretendía obtener por la casa era ridículo, y seguramente esa sería su única oportunidad de conseguirlo.

—Acepto. Deje llamar al estudio jurídico —le dijo a regañadientes, mientras tomaba su celular y se apartaba unos metros para hablar con su abogado. Minutos después, regresaba junto a Renzo.

—Mañana a las diez, acá tenés la dirección —fue lo último que le dijo tendiéndole una tarjeta

—Nos vemos allí—le respondió el joven al tomarla.

Y mientras Daniel se perdía entre la gente, Renzo entraba al banco silbando bajito.

No le dijo nada a Victoria de su encuentro con Daniel. Si lo mencionaba, también debía contarle lo de la casa y no quería hacerlo hasta que fuese un hecho consumado.

Cuando ella terminó de decirle lo mal que le había ido con respecto a la misma, él le preguntó:

—¿No vas a renunciar a tu propósito de quedarte con la casa, Vic?

—No, Renzo. Y tal vez tenga que quedarme un tiempo más viviendo allí, porqueirme sería comenzar a perderla... Tengo la esperanza de que Daniel recapacite y me la venda a un precio razonable —le respondió.

—Bien. No me gusta nada, pero puedo entenderlo.

—Gracias, mi amor. ¿Decidiste algo con respecto a tu madre? ¿Se lo vas a decir?

—Creo que no. Me parece que sufriría más al saber que mi padre le fue infiel. Prefiero darle a entender que entre Alma y yo no pasó lo que pasó, para que no continúe torturándose con eso, porque yo sé que lo hace —comentó, preocupado. Había comenzado a ver a su madre con otros ojos desde que murió Benítez y ella se mostró conmovida por el hecho y lo acompañó en todo momento.

—Es lo mejor.

—¿Venís está noche a mi departamento?

—Creo que necesitás estar solo, Renzo. Tenés que reflexionar sobre todo lo que te enteraste el día de hoy —le contestó—. Y yo también tengo que hacer algo así. Debo elaborar una estrategia para lograr obtener la casa.

Él asintió. De pronto se encontró triste, desganado. El hecho de que Victoria continuara viviendo en el mismo lugar que Daniel era la causa de su pesar. Pero al día siguiente, todo cambiaría y él se encargaría de que eso sucediera.

Cuando estaba llegando a su departamento, recibió un llamado. Era Adriana Camarano; la reconoció al instante por su forma de dirigirse a él.

—Hola, bombón.

—Adriana. No es buen momento para hablar ahora — le dijo, seco.

—Una pena, porque vas a tener que escucharme —replicó ella, con un tono que a Renzo no le gustó nada —. Sé cuánto necesitás que mañana la votación arroje el resultado de la compra de tu proyecto, y yo puedo ayudarte.

—¿De qué forma?

—Participo de esa votación, querido; vos lo sabés. Lo que no sabés es que puedo hacer que Dardito Arocena vote lo que yo decida. Con mi voto, el de él, y el de tu noviecita Victoria, estás adentro —le dijo.

—Qué bien. Gracias por decírmelo.

—¿Gracias? No, bombón. Todo tiene un precio en esta vida.

—¿Qué significa eso?

—Significa que el precio por obtener los doscientos cincuenta mil dólares por la compra de tu programa, es dejar a Victoria. Sí, corazón. Ella no te conviene, en cambio yo te puedo dar muchas satisfacciones en todo sentido.

Renzo no podía creerlo.

Dos intentos de chantaje en un mismo día, y ambos involucraban el abandonar a Vic. ¡Era demasiado!

Nunca era cruel si podía evitarlo, pero esa vez no podía; de veras que no podía.

—No me digas... Adriana, tu propuesta es muy tentadora, y si no fuera porque estoy enamorado de Victoria quizás la consideraría—le dijo con voz seductora. Pero de inmediato cambió de talante—. Vaya, ni yo me lo creo. Jamás se me ocurriría dejarla, y mucho menos para tener algo contigo y en el marco de una propuesta extorsiva. ¿Sabés qué podés hacer con tu voto y el de Dardito Arocena?

—No te atrevas a...

—Metételes en el culo. Y ojalá te den las satisfacciones que estás necesitando —le dijo, y luego cortó la llamada.

Sabía que había echado a perder todas sus posibilidades de lograr que el banco le comprara el programa, pero por alguna razón eso ya no le importaba. Tenía el dinero para ayudar a Victoria; después vería qué hacer con sus proyectos.

Sonrió. Abandonarla... No existía nada en este mundo que lo hiciera contemplar esa posibilidad.

A las diez de la mañana en punto, Renzo estaba sentado en el despacho del abogado de Daniel junto con su propio letrado que lo había acompañado.

Se lo veía muy tranquilo y muy convencido de lo que estaba haciendo, pero por dentro temía que Daniel no aceptara el cambio de última hora que él le presentaría. Fue un giro inesperado que se le ocurrió mientras discutía con el doctor Lucas los pactos que suscribirían al día siguiente. Solo pedía que el otro abogado no pusiera trabas en la concreción de la venta, y que él cínico de Daniel Zúñiga tampoco.

Lo vio llegar con su habitual expresión soberbia y altanera, y cuando se sentaron uno frente al otro no se quitaron los ojos de encima. La mirada de Daniel era fría, y Renzo se la sostuvo sin mostrar ningún sentimiento en la suya, pero lo cierto era que le provocaba romperle la cara. Ese hijo de puta había hecho sufrir a Vic, y aún en ese momento que estaban desvinculados legalmente, continuaba haciéndolo. Se contuvo para no arruinar los planes que lo habían llevado hasta allí.

Cuando el doctor Lucas expuso los nuevos términos del pago, el rostro de Daniel fue perdiendo su impassibilidad, y la máscara de cera comenzó a derretirse a medida que la confusión se mezclaba con la ira.

—Están locos si piensan que voy a aceptar algo así. Lombardi, ayer hablamos de trescientos mil dólares en efectivo y hoy me estás hablando de la mitad.

Renzo no dijo nada, y fue su representante el que habló por él.

—No es así, doctor Zúñiga. Mi cliente quiere darle ciento cincuenta mil en efectivo en este instante, y otros ciento cincuenta mil en un fideicomiso para la educación de su hijo, cuando se compruebe que el inmueble está libre de embargos y se pueda concretar la titularidad del mismo.

—La casa no tiene ningún embargo, y les repito que están locos si...

El abogado de Daniel lo interrumpió.

—Zúñiga, seguime que tenemos que hablar. Si nos disculpan un instante, caballeros, enseguida estaremos con ustedes.

Tanto Renzo como el doctor Lucas asintieron, mientras los dos hombres salían al pasillo. Al principio la conversación fue bastante tranquila, pero luego fue subiendo el tono hasta que todo el estudio se enteró del motivo de la discusión entre Daniel y su abogado.

—¡De ninguna manera, Garcés! ¡Yo quiero los trescientos mil ahora!

—Zúñiga, tenés que ser razonable. Vos sabés que esa casa no vale más que esos trescientos mil que te ofrecen y la mitad es de tu mujer, así que con los ciento cincuenta mil en efectivo podés considerarte satisfecho. Y si encima te van a dar otros ciento cincuenta mil en un fideicomiso...

—¡Pero eso no es para mí!

—¿Ah, no? ¿De dónde va a salir la plata para pagar la universidad de Felipe? Te recuerdo que firmaste un documento donde te comprometiste a abonar esa cantidad en los próximos tres años. Si el dinero sale del fideicomiso, es como si te lo ahorraras, Zúñiga.

—¡Entonces tengo que dejar que este pibe haga conmigo lo que le dé la gana! —exclamó Daniel casi a los gritos.

—No, lo que tenés que hacer es actuar con madurez y darte cuenta de que te están dando más de lo que te corresponde de una forma u otra. Y si querés tirar esta oportunidad por la borda, para la próxima te buscás otro abogado —le dijo, terminante.

—Se cogió a mi mujer y ahora me quiere coger a mí. ¡Garcés, no puedo permitir eso!

—Victoria está perdida desde hace mucho, y tu orgullo estúpido te puede salir carísimo. Haceme caso, Zúñiga: firmá todo calladito la boca antes de que se arrepientan y se vayan con la música a otra parte —le advirtió el abogado.

Daniel parpadeó varias veces. Estaba lívido de rabia, pero se daba cuenta de que Garcés tenía razón. Con los ciento cincuenta mil en efectivo le estaban pagando lo que correspondía por su cuota parte. Los otros ciento cincuenta mil para los estudios de Felipe le venían de arriba, y si no era así, iban a tener que salir de su bolsillo de una forma u otra. No le gustaba doblegarse, y mucho menos ante el hombre que le había quitado a su mujer delante de sus narices, y menos aún le agradaba que el tipo fuese más joven, y que encima estuviese en mejor posición económica que él.

Un pendejo de mierda le iba a pagar los estudios a su hijo, se volteaba a su mujer, y se reía de él. Un hombre de verdad lo mandaría a cagar y después lo molería a golpes. Pero él no lo era, porque si lo fuera Victoria aún sería suya.

Carajo, el hijo de puta de Lombardi lo tenía contra la pared y no podía hacer nada. Bien, él no era un hombre de verdad, pero tampoco era un estúpido así que tenía que salvar algo de toda esa basura. El dinero lo compensaría y ya encontraría la forma de recobrar su orgullo pisoteado. Con todo eso podría comprarse una autoestima nueva, incluso. Rio tristemente, y minutos después su dilema llegaba a su fin.

Firmó la venta de su cuota parte y entregó su dignidad en esa rúbrica.

Y Renzo suspiró aliviado. Lentamente expelió el aire contenida durante esos largos minutos en que Daniel se debatía entre firmar y no hacerlo. ¡La casa que Victoria amaba sería suya! La había puesto a su nombre, y jamás el hacer un regalo le dio tanto placer.

Ahora ella era la dueña, y hacerla feliz lo llenaba de dicha a él también.

Estaba asombrado de la poca resistencia del hombre, sobre todo cuando antes de firmar le impusieron una última condición: debía abandonar la casa esa misma noche, llevándose sus cosas personales, y dejando al perro. Dijo que sí y se encogió de hombros, completamente derrotado.

Cuando se estaban por ir, Daniel detuvo a Renzo con la mano y lo miró a los ojos.

—Es evidente que a vos te dio algo que a mí jamás me dio—le dijo mordiendo las palabras.

—Que no le quepa la menor duda—fue la fulminante respuesta.

Y luego se marchó sin mirar atrás.

Victoria era un saco de nervios. Estaba por entrar a la reunión donde se votaría la pertinencia de adquirir el programa *Costumer 3.0* que *Hailvic* le ofrecía al banco, y su desasosiego tenía que ver con la duda que la agobiaba. ¿Adriana Camarano votaría afirmativamente? Y si su voto era negativo ¿también lo sería el de Dardito Arocena?

Estaba aterrada ante la posibilidad de que el proyecto fuese descartado, porque eso significaría el fin de los planes de Renzo de invertir en su sueño en Seattle.

"Victoria, tenés que pensar que todo va a salir bien. El proyecto es bueno, y es un gran avance en las metas del banco el adquirirlo. Por más que Adriana se haya encaprichado con Renzo, como dice Mariel, y quiera ponerle la vida a cuadritos, Dardito Arocena tiene que ser objetivo y pensar en el beneficio a corto plazo para el banco. No creo que sea tan poco profesional, de desechar un producto como éste solo porque ella se lo pida." se dijo. Pero lo cierto es que temía que así fuera.

Renzo también lo creía, y cuando la noche anterior ella le preguntó por teléfono el motivo, él le respondió con evasivas.

No sabía qué pensar. Y no tenía tiempo de averiguarlo, porque en ese instante Juani, su secretaria, la llamó a la sala de reuniones.

Ni bien entraron, Eduardo Arocena, el director del banco, tomó la palabra.

—Bien, estamos aquí para consensuar la compra del programa *Costumer 3.0* que la empresa *Hailvic* ha puesto a nuestra consideración. El señor Marcos Galarraga expondrá los resultados de los tests y luego votaremos. Les pido responsabilidad al hacerlo, y no perder de vista nuestra misión y nuestra visión, y tampoco la excelencia que buscamos en cada paso que damos. Gracias.

La exposición de Marcos fue breve pero muy esclarecedora. No quedaron dudas de lo bueno que era el programa, o al menos eso le pareció a Victoria.

Cuando llegó el momento de votar, ella ya estaba arañando las paredes de la ansiedad. El primero fue el representante de los accionistas, y su voto fue positivo. Luego de él, votó Dardito Arocena.

—Mi voto es negativo y les digo por qué: tenemos que renovar los equipos informáticos, y creo que comprar este programa sin tener claro con qué infraestructura contamos, sería ilógico. Además el Core Banking también está en pleno proceso de transformación y me parece que deberíamos esperar y ver si este proyecto funciona en el nuevo negocio bancario que estamos gestando —dijo mientras su mirada se dirigía a Adriana Camarano, y su sonrisa también.

Victoria palideció. Lo que más temía estaba sucediendo: Dardito Arocena se hacía eco de las presiones de Adriana y el proyecto de Renzo estaba a punto de naufragar. Por más que ella le diera su voto positivo, aún restaba el de Adriana y no había dudas de que le diría que no.

Eduardo Arocena la invitó a votar, sacándola de sus elucubraciones.

—Victoria, es tu turno.

Ella se puso de pie.

—Mi voto es positivo. *Hailvic* es una empresa seria, y el proyecto es excelente. Es tan versátil que se adaptará a la perfección a los cambios tecnológicos y al nuevo Core —dijo con voz firme a pesar de que por dentro se sentía derrotada.

Ni bien terminó de decirlo, se oyó más firme aún la insidiosa voz de Adriana Camarano.

—Tu voto, querida Victoria, no vale nada.

El aire se hizo de pronto tan denso que se podía cortar con un cuchillo. Fue el director quien reaccionó primero.

—¿Qué querés decir con eso, Adriana?

La aludida se recostó en el respaldo de su sillón y sonrió.

—Quiero decir que Victoria tiene una relación con el dueño de *Hailvic*, el Licenciado Lorenzo Lombardi, y que por eso existe un conflicto de intereses que impide validar su voto.

Victoria tomó asiento y cerró los ojos mientras sentía sus mejillas arder y la invadía la impotencia al no poder controlar ese rubor.

—¿Es cierto eso, Victoria?—preguntó Eduardo, serio.

La vergüenza que ella estaba sintiendo era tan intensa que hubiese deseado que la tierra la tragara por completo. No obstante, se obligó a levantar la vista y respondió con la verdad.

—Es cierto. Tengo una relación con Renzo Lombardi.

Adriana tosió con estrépito y fue evidente que lo hizo para disimular una carcajada. Se la veía dichosa al creer a Victoria derrotada.

—Ejem... Bien, lo admitió, señores. Menos mal; hubiese sido vergonzoso tener que recurrir a las cámaras de los pasillos para probar los devaneos de una funcionaria hasta ahora intachable—mintió intentando ponerse seria para no perder credibilidad. No tenía ni una sola grabación, y tampoco sería necesaria afortunadamente, porque la estúpida de Victoria lo había admitido sin resistirse.

—Bien, basta de circo —dijo Eduardo Arocena, cortante—. Victoria, no voy a juzgarte por tu vida privada, pero tengo que anular tu voto.

—Lo entiendo. Pero Marcos puede votar en mi lugar, Eduardo —pidió, intentando no entrar en pánico. Si Adriana votaba en contra, que era lo más seguro, y no validaban el voto positivo de Marcos, todo estaría perdido. El empate al menos le podía dar una segunda chance a Renzo.

Pero antes de que el director pudiese decir una palabra, la voz chillona de Adriana volvió a interrumpir.

—¡Imposible! Como subordinado tuyo, el voto de Marcos no se puede considerar. Otro conflicto de intereses, querida —le dijo triunfante—. Voy a votar yo, y que la decisión salga en base a tres votos, y no a cuatro...

—Entonces renuncio.

Si antes el silencio fue incómodo, con lo que Victoria acababa de anunciar, ahora lo era doblemente. En esa sala no se escuchaba ni el vuelo de una mosca, así de mudos quedaron todos por unos instantes.

—¡Qué decís Victoria! No hagas algo de lo que luego puedas arrepentirte— dijo Eduardo Arocena que nuevamente fue el primero en reaccionar, poniéndose de pie.

—Estoy muy segura de lo que estoy haciendo, Eduardo. Adriana tiene razón; como subordinado mío, Marcos no puede votar con libertad. Bien, entonces me hago a un lado —dijo muy segura de sí. Y luego se dirigió a él—. Marcos, sentí la plena libertad de votar lo que consideres conveniente, porque ya no soy tu jefa.

—¡Basta, querida! Renunciar al banco es una completa locura. Y hacerlo por un hombre lo es aún más. Te pido que... —comenzó a decir Eduardo, pero Victoria lo cortó con un gesto.

—Por ese hombre valdría la pena cualquier renunciamiento si hiciera falta, pero no es por él que lo hago—declaró—. Renuncio porque no tolero la injusticia, y el no adquirir este programa sin un solo argumento sólido, sería una gran equivocación que afectaría a varias personas y al banco mismo, y eso no puedo tolerarlo.

Y así sin más recogió su carpeta y se retiró de la sala.

Cuando se recuperaron de la sorpresa, Arocena, con el rostro impasible invitó a Marcos a votar, que lo hizo afirmativamente. Adriana no podía disimular su disgusto.

Con su voto negativo, obviamente, resultaría un empate y *Hailvic* tendría una nueva oportunidad de demostrar la conveniencia de adquirir su programa, cuando el nuevo Core Banking y la inversión tecnológica se concretaran.

Bueno, si lo pensaba bien eso podría ser bastante bueno. Renzo continuaría en el banco, y estando Victoria afuera. ¡Definitivamente era excelente! Por fin las cosas estaban resultando como ella quería. Con Victoria lejos, quizás podría intentar algo con él, pero tendría que ser muy sutil para no espantarlo.

Sonrió. Y cuando le llegó su turno, lo dijo sin dudarle, con voz clara y firme:

—Negativo.

Y luego se echó hacia atrás en su sillón y cruzó las piernas satisfecha. Lo dicho, por fin todo estaba confabulando a su favor. Tarde o temprano tendría a Renzo de rodillas, o mejor aún, ella lo estaría ante él. Y esa perspectiva la hizo sonreír más ampliamente aún, anticipando el placer.

Victoria ignoraba el resultado de la votación. Tenía la esperanza de que le permitiesen a Marcos votar, y de esa forma su sacrificio valdría la pena. En realidad siempre lo valdría; cualquier cosa que pudiese hacer por Renzo lo haría.

Pero lo cierto es que no estaba segura de que todo resultase como lo deseaba. En el mejor de los casos habría un empate, y quizás el programa tendría una nueva oportunidad. Y en el peor... No quería ni pensarlo. *Hailvic* no iría a la quiebra porque tenían varios proyectos en el mercado, pero el sueño de Renzo de participar como inversor en la propuesta de Seattle sería un imposible.

Las lágrimas pugnaban por escapársele cuando lo llamó.

—Hola, Renzo.

—Hola, mi amor... ¿novedades? —preguntó él con ansiedad.

—Aún no —respondió intentando disimular su pena—. Pero pronto se sabrá algo. ¿Venís a buscarme? Quizás cuando llegues tenga algo para decirte.

—Claro, Vic. Y quizás yo también tenga algo para decirte —repuso Renzo—. La verdad es que estoy tan nervioso que no puedo quedarme quieto. Ya salgo para ahí.

Ella se mordió el labio y colgó. Odiaría verlo decepcionado, y todo por culpa de Adriana. Mariel tenía razón, y subestimarla fue un error.

Como si la hubiese llamado con el pensamiento, su amiga entró en su oficina, que pronto dejaría de serlo.

—¡Victoria! ¡Te estaba llamando y me daba ocupado! ¡Felicitaciones! El proyecto salió al fin.

—¿Qué? Mariel ¿me estás hablando en serio? —preguntó, incrédula.

—Por favor, no bromearía con esto, y menos después de lo que me acaba de contar Marcos. ¿Cómo puede ser que hayas renunciado así? Dios, ¡qué envidia! Hace mucho que quiero hacerlo y no me atrevía, pero ahora...

—Decime cómo fue la votación —rogó, ansiosa.

—Parece que en el estatuto dice que el director del banco puede definir si hay empate. ¡Yo no lo recordaba y Marcos tampoco! Y al parecer tampoco lo recordaba Adriana Camarano, porque según me contó él, se puso a gritar como una loca ni bien Eduardo le levantó el pulgar al proyecto —le explicó sonriendo con picardía.

—No puedo creerlo. ¡Ya lo daba por perdido! Renzo se va a poner muy feliz cuando se entere de que todo salió bien.

—Y Fefe ni te digo. Me llamó quinientas veces en esta última media hora, te juro —exageró.

—Mariel, renunciar valió la pena entonces. Me voy del banco contenta, porque acaban de adquirir un producto excelente y además el hombre que amo podrá cumplir sus sueños. No puedo pedir más —le dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Y así, con el rostro húmedo por el llanto, se retiró de la oficina, y fue al encuentro de Renzo en el estacionamiento al aire libre. Lo vio ni bien salió, recostado en su vehículo con los brazos cruzados y su eterna sonrisa.

¡Cuánto lo amaba! Lo quería tanto que si él era feliz, ella también lo sería sin importarle más nada. El llanto se disipó de pronto, y en su rostro se reflejó la felicidad que sentía en ese momento. Corrió hacia él rebosante de dicha, pero nunca llegó a fundirse en el abrazo que estaba deseando. Y no lo hizo porque mientras atravesaba el estacionamiento, un coche se le vino encima.

Todo transcurrió tan rápido, que apenas tuvo tiempo para darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Mientras se acercaba a Renzo, lo vio mirar hacia un lado, y luego hacia ella nuevamente. Su rostro se transformó de un momento a otro, y cuando Victoria dirigió su mirada hacia lo que él había visto, ya era tarde para reaccionar. Los faros de un coche a un par de metros de distancia la encandilaron, y cerró los ojos.

Luego llegó el golpe, el chirriar de unos frenos y de pronto se encontró en el suelo, tendida encima de Renzo. No entendía cómo había llegado hasta ahí.

—¡Vic! ¿Estás bien, mi amor?

—Sí... ¿qué pasó?— preguntó, confundida.

—¡Victoria! Lombardi, ¿están heridos? ¿Ella está herida?—preguntó Eduardo Arocena que apareció de golpe junto a ellos. Marcos y Dardito estaban con él, y ambos lucían aterrados.

Antes de que pudieran responder, se oyó la voz de Adriana Camarano detrás.

—¡Perdón! ¡No los vi! No sé qué pasó, los frenos fallaron...

Todos se volvieron a mirarla. Nadie dijo una palabra.

Ayudados por el director del banco y su hijo, Renzo y Victoria se pusieron de pie. Afortunadamente él tenía buenos reflejos, la había apartado del peligro en un rápido movimiento, y ambos habían resultado ilesos.

—Así que no sabés qué pasó... —comenzó a decir Arocena con una mirada que daba miedo mientras se acercaba lentamente a Adriana, que parecía un pollo mojado.

—Eduardo, no estarás pensando que yo... —intentó en vano, defenderse.

—No estoy pensando en nada, Adriana. Yo lo vi todo—dijo él sin quitarle los ojos de encima.

—¡No es lo que vos crees!—chilló, histérica.

—Estás despedida.

—¿Qué? ¡No podés hacerme esto!

—Puedo y quiero. Estás fuera. Y agradecé que ellos están bien, y que tu viejo fue amigo mío, porque sino en este momento estaría llamando a la policía. No sé si Victoria querrá hacerlo, pero si es así, la entiendo perfectamente.

—¡No! Por favor, Dardito, hacé algo—suplicó, pero éste le dio la espalda. Era un pusilánime y un degenerado, pero no quería tener nada que ver con una potencial asesina.

Y cuándo ella se dio cuenta de que llevaba las de perder, bajó la cabeza y se rindió.

—¿Querés hacer la denuncia, Victoria?—preguntó Eduardo Arocena tocándole el hombro con suavidad.

Ésta sacudió la cabeza.

—No.

—Tenés mucha suerte, Adriana. Mañana pasá a buscar tus cosas y tu liquidación. Victoria, entremos y discutamos tu reinscripción en el banco. Te quiero de nuevo como gerente de Banca Minorista, lugar del cual jamás debí sacarte para poner a esta mujer —dijo él, para sorpresa de todos.

—¿Tu reinscripción, Vic? ¿Qué pasó? —preguntó Renzo, asombrado.

—Ella renunció debido a la relación de ustedes, para evitar un conflicto de intereses y que el programa fuese adquirido por el banco, cosa que finalmente sucedió—le explicó Arocena a Renzo—. Felicitaciones, Lombardi. Mañana mismo le acreditaremos doscientos cincuenta mil dólares de acuerdo a lo pactado. Y quiero que Victoria deje sin efecto su renuncia ahora mismo.

Al escuchar eso, Adriana no soportó más, se subió a su auto dando un portazo y se marchó del lugar.

—¿Renunciaste por mí? —preguntó Renzo, tomándola de la barbilla para obligarla a mirarlo.

—Bueno, yo...

—Lo hizo, Lombardi. Es usted un hombre afortunado. Entremos ya, por favor —pidió el director.

—No, Eduardo. Yo me voy a casa—anunció Victoria, decidida.

—Bueno, más tarde me paso por allí y discutimos sobre tu empleo. Y también quiero proponerle algo a usted, Lombardi. Vaya pensando en hacerse cargo del cambio tecnológico y del nuevo Core Banking

Él se quedó con la boca abierta.

—No me vas a encontrar donde siempre. Y a Renzo mucho menos, así que mejor hablamos mañana—dijo Victoria. Y luego tomó a al hombre de su vida de la mano, y se alejaron juntos.

Como se sentía demasiado inquieta como para conducir, se marcharon ambos en la camioneta de Renzo.

Antes de arrancar, él le acarició el rostro.

—¿De verdad pusiste en juego tu empleo por mí?

—No fue así, Renzo. Es que me indignó ver cómo se echaba a perder algo que podía resultar muy beneficioso para el banco.

—Vamos, Victoria. ¿Lo hubieses hecho si fuese el proyecto de otra empresa?—insistió, acariciándole el labio inferior.

Y ella no tuvo más remedio que admitirlo.

—No.

Renzo cerró los ojos por un instante. Cuando los abrió, los tenía brillantes y como encendidos.

—Gracias —fue lo único que pudo decir, pues tenía un nudo en la garganta.

—Estoy segura de que vos hubieses hecho lo mismo.

—No te hécés una idea de cuan ciertas son tus palabras, Vic. Te dije por teléfono que tenía algo para contarte, pero no será ahora sino en unos momentos. Ahora nos vamos.

—Yo también te dije que tenía algo para contarte.

—El resultado de la votación... ¿no era eso?

—No era solo eso. Renzo, me voy a vivir contigo. A la mierda la casa y todo lo que hay adentro. Mañana iremos a buscar mi ropa y...

—¿Ya no la querés?

—Amo esa casa, y lo sabés. Pero más te quiero a vos, y un montón de ladrillos no van a de interponerse en nuestra felicidad. Renuncié al banco y ahora renuncio a la casa —anunció con los ojos igual de brillantes que él.

—Victoria...

—Renzo, estás equivocando el camino, debiste doblar en Figueroa Alcorta...—observó mientras él continuaba conduciendo sin acusar recibo de su indicación.

—Vamos primero a tu casa.

—Te dije que podíamos esperar hasta mañana para recoger mis cosas.

—Vic, confía en mí —pidió, y ella guardó silencio, intrigada.

Minutos después llegaban a destino. Desde la acera de enfrente, observaron cómo Daniel, ayudado por la mucama, cargaba su vehículo con decenas de cajas de todo tamaño. El auto iba tan pero tan pesado, que el chasis casi tocaba el suelo.

—¿Qué está pasando, Renzo? ¿Es posible que Daniel se esté yendo de la casa? —preguntó ella atónita. No podía creer lo que sus ojos estaban viendo.

Él no le respondió. Estaba muy atento a las maniobras del hombre que con cierta torpeza intentaba amarrar una caja sobre el techo del Mercedes.

Y otra que estaba también atenta era Hanna, la vecina, que atravesó la calle sin mirar siquiera a los lados, y cuando llegó a él lo atomizó a preguntas.

—¡Danielito! ¿Te vas de viaje? ¡Uy, cuántas cosas! ¿Te vas por mucho tiempo? ¡Ojalá que no! ¿Querés que te ayude?

Pero él no estaba de humor, y además se había dado cuenta de que no tenía por qué seguir soportándola como un buen vecino, si ya no lo sería jamás.

—Sí, quiero que me ayudes. ¿Y sabés cómo podés hacerlo? ¡Cerrando el pico, loro del infierno!—le gritó.

Y mientras la pobre Hanna retrocedía con la mano en el pecho y los ojos desorbitados, Daniel le lanzaba las llaves a la mucama y se retiraba del lugar a toda velocidad.

—No puedo creerlo —murmuró Victoria, asombrada.

Renzo sonrió. Todo estaba saliendo a pedir de boca. Zúñiga había cumplido y ahora podía decirle a Vic la verdad.

—Creelo porque es cierto. Tu ex se fue, y la casa es tuya por completo ahora —le dijo con sencillez.

—¿Qué? No entiendo —repuso ella. De verdad no estaba comprendiendo qué era lo que sucedía.

—Vamos, Vic. Entremos —le pidió, y tomándola de la mano la hizo descender del vehículo.

Cuando le explicó todo, sentados en la sala, Victoria se quedó muda y la cabeza empezó a darle vueltas y vueltas.

—¿Me estás diciendo que le compraste la parte a Daniel con el dinero que te dejó Benítez, junto con tus ahorros? —alcanzó a preguntar con un hilo de voz.

—Algo así. La casa ahora está a tu nombre, y es un regalo que yo quería hacerte —le respondió.

—Renzo... No puedo creer que hayas hecho esto por mí —le dijo llorando abiertamente.

—No llores, mi amor. Vos sabés cómo es esto... No hay dinero que pueda pagar el estar juntos y felices. Eso no tiene precio —murmuró mientras ella se oprimía contra su pecho, y se fundía en su cuerpo en un abrazo que parecía no querer terminar nunca.

Una hora después, con Lola la mucama en un franco sorpresivo pero muy bienvenido, ellos dos se besaban en la piscina.

—¿Vas a venir vos a vivir conmigo, Renzo? Tené en cuenta que acá hay mucho espacio, y los perros pueden...

—Shhh... Mañana atenderemos ese asunto. Va a ser un día muy largo, Vic. Primero, traeremos a Juan Carlos. Luego, haremos los arreglos para redecorar el dormitorio principal y por último tenemos que ir al aeropuerto...

—¿Al aeropuerto?—preguntó Victoria asombrada.

—Así es. Mañana llega mi hija desde Córdoba. Esquivé el bulto todo lo que pude, pero ya no puedo hacerlo más. Tenemos un fin de semana de pesadilla con Lucía. ¿Me vas a ayudar, mi amor? ¿Podrías jugar a las princesas por mí? —le dijo guiñándole un ojo.

¡Era tan encantador! Conocer a su hija y jugar con ella, sería un verdadero placer.

—Estoy segura de que voy a disfrutarlo mucho —respondió.

—Yo también lo estoy. Princesa y reina. ¡Qué perfecta y devastadora combinación! —exclamó él. Y luego quiso saber si Victoria regresaría al banco. Se lo preguntó, y la respuesta lo dejó atónito.

—No. Es una decisión tomada, pero vos sí podés hacerlo, mi amor El hacerte cargo del cambio tecnológico y del nuevo Core Banking es una excelente oportunidad, Renzo —le dijo—. Yo puedo ayudarte, pero desde afuera.

Él sonrió.

—Vic, no regresaría a ese banco sin vos, ni loco. ¿Qué te parece si nos concentramos ambos en Seattle y en la propuesta que tu hijo y los inversores tienen para nosotros? —preguntó.

—Concentrémonos en eso mañana. Hoy prefiero que lo hagamos en esto... y en esto también... —murmuró mientras su mano se perdía dentro del bóxer de Renzo.

Suspiraron al unísono y sus lenguas comenzaron una batalla en la cual no habría perdedores. La desnudó con prisa, y mientras se introducía en el cuerpo de Victoria, le dijo sobre su boca:

—Quiero más. Casate conmigo, Vic.

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y Renzo le mordió el cuello con fuerza. Quería marcarla de todas las formas posibles.

—Yo también quiero más. Dame más, Renzo... —susurró tomándolo de las nalgas para hacerlo entrar más profundamente en ella.

—Te voy a dar todo, mi amor. ¿Eso que me dijiste puedo tomarlo como un sí? —preguntó jadeando, mientras el placer amenazaba con hacerle perder la cabeza, y el amor que sentía, el corazón.

La respuesta no se hizo esperar.

—Es un *sí* grande como esta casa, macho tierno. Soy completamente tuya...

Y a Renzo se le fue el alma mientras acababa entre gemidos, y también se le fueron todas las dudas, que se perdieron dentro del cuerpo de Victoria para siempre.

Dos semanas después Victoria luchaba con las cortinas del dormitorio intentando mantener el equilibrio sobre una escalera de pintor. Normalmente la decoración se la daba muy bien, pero se sentía tan cansada que no atinaba una. Finalmente lo logró, y una vez abajo, se tendió en la cama para admirar su obra.

Habían quedado de maravillas, y era el detalle que faltaba para hacer de esa habitación, un dormitorio de ensueño.

—¿Qué hacés acostada, dormilona? —preguntó Renzo entrando de improviso y recostándose junto a ella.

—No entiendo cómo te da la cara para criticarme, Licenciado. Me dejaste sola en esto, y no te lo voy a perdonar —le respondió fingiendo un enojo que no sentía.

—Ah, mala mujer, qué injusta sos. Me dijiste que la decoración era lo tuyo y yo te dejé hacer, aunque me moría de ganas de coser esas cortinas y colocarlas.

—¿Estás buscando que te golpee, Renzo?

—No lo estoy buscando, pero lo vas a hacer cuando te diga lo que te voy a decir —le dijo frotando la barba contra uno de sus hombros.

Victoria se incorporó, preocupada. Lo había escuchado hablar por teléfono en inglés varias veces en los últimos días, pero no había entendido ni una palabra, y eso que ella hablaba inglés a la perfección. Es que las palabras técnicas la superaban... Y cuando le preguntó a él, el panorama no le resultó más claro sino todo lo contrario, pero no dijo nada.

—Si amerita un tortazo, va a ser mejor que lo digas rápido —le advirtió.

—Bueno, pero recordá que te amo más que a mi vida. Ahí va: te tomaste todo este trabajito con el dormitorio en balde. En diez días nos vamos a Seattle —le dijo sonriendo.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo lo supiste?

—Recién. Nos esperan el veintitrés, y ya tenemos las reservas hechas a nuestro nombre. Incluso hay un departamento rentado para nosotros, a dos cuadras de la torre Space Needle... ¿No es genial, Victoria?—preguntó con los ojos brillantes.

Lo era, sobre todo cuando lo veía tan ilusionado. ¡A la mierda las cortinas! Lo único que le importaba en esos momentos era la felicidad de Renzo.

—Lo es —afirmó acariciándole el rostro.

—Y estaremos muy cerca de Felipe también. Todo cierra. Vamos a ser muy felices allí, estoy seguro.

—¿Y ya sabés cuánto tiempo viviremos en los Estados Unidos?

—No menos de dos años, pero vendremos con frecuencia. Tenemos muchas cosas para hacer, pero en este momento solo me interesa una.

—¿Cuál?

—Hacerte el amor —le dijo, y reafirmó sus palabras con su boca. Se acercó a ella y le besó el cuello desde atrás. Victoria se puso de costado, y él se pegó a su cuerpo, haciéndole percibir cuan excitado se sentía. Respiró hondo cuando se dio cuenta de que ella arqueaba la espalda y se frotaba contra él con una sensualidad que no dejaba de sorprenderlo. Deslizó las manos por el cuerpo de Victoria y la acarició lentamente... De abajo hacia arriba, hasta llegar a los pechos perfectos que había aprendido a amar tanto como las cicatrices que antes ocupan ese lugar. Con el pulgar y el índice masajeó un pezón bajo la camiseta, y luego abarcó la perfecta redondez del seno con toda la mano, mientras su lengua recorría la curva de su cuello haciéndola gemir y retorcerse.

Continuó tocándole los pechos desde atrás con ambas manos, sin dejar de maravillarse al darse cuenta de cuán hermosa era la mujer que más había amado en la vida. Y de pronto, todo cambió.

Sus dedos tocaron algo como al pasar, y se retiraron de inmediato, pero él ya no pudo ignorarlo.

Había un bulto allí. Volvió a masajear la zona, y esa pequeña imperfección se hizo presente enseguida. Definitivamente había algo allí. Algo que antes no estaba, algo que antes le había pasado desapercibido.

Era muy extraño, porque conocía a ese cuerpo tanto como al suyo. Sus dedos continuaban tocando el pequeño bulto, como si al hacerlo pudieran lograr que desapareciera. Pero no lo hacía; esa dureza permanecía tercamente en su lugar, volviéndose más real con cada segundo que transcurría. No quería asumir que estaba allí. No quería darse por enterado, que en el mismo sitio donde tiempo atrás anidó un tumor, ahora había algo... No, no podía ser.

Victoria no merecía pasar por eso de nuevo. Victoria no podía enfermar. Victoria no podía...

Tragó saliva, porque no podía imaginar siquiera el hecho de perderla. No sabía qué hacer, ni qué decir. Su alma se debatía entre la necesidad de hacerle notar su descubrimiento, y el deseo de ignorarlo y de hacer como que nada hubiese sucedido.

Y por más que frotaba, el bulto continuaba allí, implacable, tenaz, aterrador. Se preguntó cómo algo tan pequeño podía asustarlo tanto. No quería decirle nada, no quería preocuparla, pero se daba cuenta de que el tiempo podía ser decisivo en estos casos. En esos segundos mil cosas se le pasaron por la cabeza, y la mayoría no eran buenas. Su costado racional le decía que no tenía que ser un tumor, y que si lo era, no tenía por qué ser maligno, y que si era maligno, no tenía por qué ser mortal.

Victoria ya había pasado por eso y lo había soportado sin él a su lado, así que ahora, rodeada de su amor, seguramente todo sería más sencillo. Quería pensar en eso, quería poner la mente en perspectiva hacia lo positivo, pero lo cierto es que dudaba de poder transmitirle la seguridad de que todo estaría bien, porque él mismo estaba muy lejos de esa certeza. Lo único que sabía era que la amaba y que ella era lo único que le importaba en esos momentos.

No supo si fue la fuerza de sus pensamientos o sus vacilaciones lo que hicieron que Victoria percibiera algo, lo cierto es que de pronto la mano de ella sustituyó a la suya, y el maldito bulto ahora ya no era un secreto. Ella lo había notado, no había dudas. Permaneció inmóvil con la mano en su pecho y a él le sangró el corazón al imaginar todo lo que estaba pasando por la cabeza de Victoria en esos instantes. Sintió ganas de llorar, pero se contuvo porque entendió que debía mostrarse más sólido que una roca para poder contenerla.

Durante eternos segundos no dijeron nada. Renzo la sintió tensarse, y por un momento percibió el dolor y el miedo de Victoria traspasarle el cuerpo. No había dudas de que el mundo se le estaba derrumbando encima, y que él no podía hacer nada para evitarle ese sufrimiento.

—No tiene por qué ser lo que estás pensando —le dijo finalmente, porque no tenía caso fingir que no estaba pasando nada.

—Lo sé. Pero estoy segura de que sí es —respondió ella con un hilo de voz.

—Vic... Sea lo que sea, lo vamos a superar juntos.

Ella no respondió. Permaneció inmóvil, y Renzo tuvo que aguzar el oído para escuchar su respiración.

—Renzo ¿hay algo que te pueda decir que te haga correr tras tus sueños y no tras mis desgracias? —preguntó.

—Sabés que no. Mis sueños están donde vos estés. Así de simple es....

—Suponía que me ibas a decir algo así.

—Y eso es porque vos harías lo mismo de estar en mi lugar.

Un sollozo que ella intentó ahogar contra la almohada, le partió el corazón.

—Vic... Aún no sabemos si...

—Yo sé que sí. ¿Por qué, Renzo? ¿Por qué justo ahora? —preguntó mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Nunca es buen momento para cosas como ésta. Pero si llega a ser, y que conste que no sabemos si es, lo vamos a superar. Lo hiciste sola, mi amor, así que supongo que será más sencillo esta vez que contás conmigo para lo que sea.

—Estoy preparada para todo.

—Y yo para vivirlo contigo.

Por unos minutos ella no dijo más nada. Renzo no podía más. No soportaba el silencio. Haría cualquier cosa por escucharla hablar, por oírla reír.

De pronto Victoria se dio la vuelta y sus rostros quedaron a unos centímetros.

—Renzo ¿puedo pedirte algo? —preguntó, y hasta no verlo asentir no quiso continuar—. Lo que quiero pedirte es que cuando todo esto termine, me lleves a “El Granizo”. Quiero que nos encerremos en un capullo donde nada ni nadie pueda tocarnos, y que no volvamos a salir de allí —le pidió.

—Victoria....

—¿Podrías hacer eso por mí? ¿Podrías darme eso?

—Voy a darte eso y más. Voy a darte todo lo que quieras.

—¿Más? No podrías darme más de lo mucho que me das. Es tan grande tu amor, Renzo. Lo siento en la piel...

Las manos de él volvieron a sus pechos, y sin dejar de mirarla a los ojos, le dijo:

—Te amo, Vic. Y creeme que puedo darte más. Siempre puedo darte más.

Y cuando sus bocas se unieron ambos supieron que en adelante eran uno en el dolor y la dicha, y que su amor los mantendría juntos en cualquier prueba que la vida les pusiera en el camino.

FIN

Ni bien estacionó el coche en la puerta, de la nada salió Hanna y prácticamente se le tiró encima.

—¡Victoria! Te vi salir con valijas y creí que ya no volverías... —le dijo jadeante y con los ojos saltones, más saltones que nunca.

—Fui a llevar a Felipe al aeropuerto, Hanna —le aclaró, haciendo un esfuerzo por ser paciente—. Yo me voy mañana.

—¡Te vas mañana! ¡De vuelta a los Estados Unidos! ¿Y la loca de tu amiga va a seguir viviendo en tu casa?

Victoria inspiró profundo. Y luego respondió con una sonrisa algo forzada:

—Aún no regreso a Seattle; me voy de vacaciones al Uruguay. Y Mariel no es ninguna loca ¿por qué decís eso? —preguntó intrigada, mientras por dentro iba tomando sentido la trillada frase “cree el ladrón que todos son de su condición”.

—¡Es una loca suelta! Para empezar, no trabaja. Pasa todo el día encerrada en tu departamento de huéspedes...

—Es escritora, Hanna. Antes trabajaba en el banco, pero renunció para dedicarse a lo que más le gusta. Además me cuida la casa y los perros hasta que regresemos y...

—¡Habla sola! Y cuando le hacés preguntas de buena vecina te mira con cara extraña. Parece que no entiende el castellano, menuda escritora será si no comprende unas simples preguntas...

—¿Qué preguntas?

—Simplemente quise saber quién era el hombre que la visita por las noches, ¿y sabés lo que me respondió? “Es el misterioso señor H. Cuidado que si te agarra te saca la contractura para siempre.” ¿Qué me quiso decir con eso, Victoria? ¿Ese señor H. será kinesiólogo? —preguntó con los ojos más desorbitados si eso era posible.

La aludida casi se atraganta de la risa. ¡Mariel y sus locas ocurrencias!

Desde hacía tres meses, la risa era una constante en la vida de Victoria y tenía sus motivos. Para empezar, lo del bulto que tanto la había asustado, terminó siendo una concentración de siliconas sin importancia, y se resolvió con ayuda médica. Y para continuar, en un par de semanas se iniciaba como Ejecutiva de Negocios con el Exterior, en un banco de Seattle, muy cerca de la universidad donde estudiaba Felipe. La recomendación del director del Banco del Plata había sido decisiva en su contratación, y ella le estaba más que agradecida. Trabajar en lo que le gustaba, y tan cerca de su hijo era una bendición, realmente.

Para terminar... Y para comenzar de nuevo una y otra vez: Renzo. Él era su principio y su final. Era su todo, era su amor.

Se deshizo de Hanna como pudo, y lo llamó por teléfono.

—Hola, mi macho tierno.

—Hola, belleza. Te estoy esperando. ¿Cuándo vas a venir?

—Cuando despiertes mañana, voy a estar a tu lado en “El Granizo”. Acabo de dejar a Felipe en el aeropuerto, y esta noche se la voy a dedicar a Mariel y sus proyectos —le dijo sonriendo.

—Es una pena que tu hijo no haya podido quedarse una semana más para conocer la cabaña —mintió él deliberadamente. Ni loco querría que alguien interrumpiera sus días de amor en el paraíso junto a la mujer de su vida, ni siquiera su propio hijo por más bien que se llevaran, pero disfrutaba provocándola.

—¿Es una pena? Hagamos algo, antes de ir a Punta del Diablo paso por Córdoba y levanto a Lucía. Sería maravilloso tenerla todo el tiempo con nosotros en nuestro “nidito de amor”, querido.

—¿Lo decís en serio? ¡Que no se te ocurra algo así, Victoria! —suplicó—. Acordate de lo que pasó la semana pasada.

Victoria rio. Se acordaba, claro que se acordaba...

Lucía se había quedado un fin de semana con ellos, y no tuvo mejor idea que intentar afeitarse a su padre mientras dormía. La barba arruinada, la siesta arruinada, y la niña contenta por su obra de arte. Habían disfrutado ambas del desconcierto de Renzo al despertar, y de todas las maldiciones que echó mientras se afeitaba para emparejar el desastre.

—Bueno, entonces será un mano a mano entre vos y yo —le dijo finalmente.

—Entre vos y yo... Exacto. Vos, yo y la cazuela de mariscos que te voy a preparar. Espero que esta vez no faltes a la cita.

Victoria suspiró. No se la perdería, de eso no había dudas.

—No voy a faltar, mi amor. En esta ocasión no faltaré a nuestra cita —le aseguró antes de cortar.

Atardecía.

Victoria, tendida en la hamaca del porche de la cabaña, leía y escuchaba música en su iPod por lo que no escuchó a Renzo acercarse. Cuando él le tocó el pelo, casi se cae al suelo.

—¡Ay! —gritó llevándose la mano al corazón mientras se quitaba los audífonos—. ¡Vos me querés matar, Renzo!

El rio.

—¡Perdón! No te quiero matar; no se me ocurriría siquiera intentarlo. Ya dejaste más que establecido que sos dura de matar, mi amor —le dijo mientras se acuclillaba a su lado.

Victoria suspiró. El día anterior había regresado a “El Granizo” luego de un año; un bendito año que les había cambiado la vida a ambos.

Lo primero que encontró al llegar, fue a Renzo leyendo la carta que ella había dejado al marcharse.

“No me mató el cáncer, tampoco lo hará el amor” había puesto más que para él, para ella misma. No sospechaba que ese amor no solo no la mataría, sino que la haría sentirse más viva que nunca. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Ahora podía sentir cuando las emociones se asomaban a su alma, y Renzo era el responsable de esa maravilla.

—Vos me vas a matar, sobre todo si seguís con ese ritmo en la cama. No te olvides que mañana cumpla treinta y nueve y que ya viste mi documento cuando nos casamos, así que sabés que no te miento. Soy una señora grande, no aguanto tanta actividad.

—¿No te gustaría morir así, Señora Grande de Lombardi? A mí sí... Entre tus piernas valdría la pena —murmuró él sonriendo.

—Quizás. Hablando de morir, me estoy muriendo de hambre. ¿Qué vas a cocinar hoy?

—La cazuela de mariscos que te prometí. Y me alegro que no hayas faltado a la cita.

—Eso aún está por verse, y dependerá del aroma que salga de esa cocina. ¿Ya compraste lo necesario?

—Ajá. Tengo los mejillones y el arroz. No me falta nada.

—¿Y a eso le llamás “cazuela de mariscos”, Renzo? ¿Mejillones con arroz?

—Por supuesto. Es mi especialidad.

—Ay, Dios. Hombres... Hice bien en no venir a esa cita —dijo ella poniendo los ojos en blanco.

—Hoy vas a saber lo que te perdiste, y lo vas a lamentar. Te va a gustar, te lo aseguro. A ver, haceme lugar y contame qué estás leyendo y qué estás escuchando —pidió mientras se acomodaba frente a Victoria y enlazaba sus piernas a las de ella. La hamaca se acercó al piso de forma bastante inquietante, pero aguantó.

—Uy, cuidado —dijo ella alarmada, pero enseguida se dio cuenta de que no había peligro de terminar en el suelo—. Estoy escuchando “Entrégate” de Luis Miguel mientras leo la novela erótica que escribió Mariel con ese mismo título.

—¿Y está buena?

—Muy.

—Leeme algo, a ver si me motivo— dijo Renzo, riendo.

—¿Más? Mejor no. Siempre estás demasiado motivado.

—Dale, malvada. Leeme—insistió.

—Bien. Lo pediste, lo tenés. Ahí va... —dijo Victoria, e inspiró profundo antes de ponerse a leer—: “Me acerca más a su boca, y por unos segundos nos miramos a los ojos. Los míos entrecerrados, los de él abiertos y expectantes. Se pasa la lengua por los labios y sonrío. Casi acabo de solo mirarlo... Y luego arremete con todo. Lame, besa, mordisquea. Succiona, penetra, sopla. Ejecuta todos los verbos que puede conjugar una boca ávida en una vulva húmeda...” —hizo una pausa y lo miró, esperando su reacción.

Renzo se acariciaba la barba incipiente, y su rostro permanecía impasible, más no así su entrepierna que a todas luces acusaba una prominencia importante.

Victoria cerró el libro, acercó su pie desnudo a ella y lo acarició suavemente.

—Cuidado con lo que hacés.

—Parece que ahora sí estás verdaderamente motivado —le dijo, provocativa.

Rápido como un rayo él tomó su pie y se lo llevó a la boca. Le mordió un dedo, le lamó la planta. Y ahora la que estaba más que motivada era Victoria.

Renzo se incorporó y colocó ese pie en torno a su cintura. Cambió de posición hábilmente y en un segundo estaba tendido sobre el cuerpo de Victoria. Le enmarcó el rostro con ambas manos y le apartó el pelo de la cara.

—Qué bueno que estás acá —le dijo simplemente y ella se desintegró en sus brazos—. Ahora voy a comprobar si vos también estás motivada —murmuró mientras una de sus manos descendía, implacable.

El vestido de Victoria era tan corto y el traje de baño que llevaba debajo tan diminuto, que no le fue difícil llegar adónde quería llegar.

—Ahhh— gimió ella cuando sintió los dedos de Renzo invadiéndola.

—¿Esto es por Luis Miguel y la novela? —preguntó él sobre su boca.

—No...

—¿Entonces a qué se debe que estés tan pero tan mojada?

—Vos sabés a qué se debe —murmuró mientras su mano también bajaba con un único objetivo, el cierre de los jeans de Renzo. Él separó por un momento su cuerpo del de ella, para darle libertad para maniobrar—. A las ganas que tengo de tener esto adentro —continuó Vic mirándolo a los ojos, y antes de que pudiese reaccionar, su deseo se hizo realidad.

Como la primera vez, el pene de Renzo pasó de su mano a las profundidades del cuerpo de Victoria, y ambos gimieron al unísono al sentir que se fundían uno con el otro, y el placer los envolvía. Era algo mágico, pero cada vez que estaban juntos sentían que la tierra se movía y la confluencia perfecta entre sus sexos hacía que se acoplaran de una forma tan intensa que muchas veces terminaban llorando juntos al llegar al clímax.

Esa vez no fue distinto, pero la incomodidad de hacerlo en una hamaca colgante hizo que los movimientos fueran menos pronunciados al no existir ningún punto de apoyo. No obstante se las ingeniaron para disfrutarlo.

Victoria tomó con sus manos las caderas de Renzo y guio sus movimientos dentro y fuera de su cuerpo, hasta que ambos estuvieron al límite. Cuando notó que el pene de Renzo comenzaba a vibrar con la inminencia del orgasmo lo tomó de las musculosas nalgas y ella misma empujó sus caderas hacia arriba para intensificar la penetración hasta el fondo. Así lo mantuvo dentro de su vagina, hasta que el cuerpo de él dejó de convulsionar sobre el suyo, y en ese momento se permitió explotar y gozarlo ella. Acabó mordiéndole el cuello a su hombre y ahogando un grito de placer en su piel. Se durmieron entre caricias, saciados, completamente exhaustos.

Una hora después, Victoria despertó y por un momento no recordó dónde estaba. “El Granizo... la hamaca... Renzo...”, pensó, y al observarlo dormido sobre su pecho, con las largas pestañas sombreando sus mejillas sintió deseos de acariciarlo.

“Si no fuera por la barba, parecería un niño” pensó.

Pero no solo su cuerpo velludo le mostraba lo hombre que era; también su tamaño y su peso lo hacían. De costado a su lado, con una pierna flexionada sobre su cuerpo, le pesaba una enormidad y la tenía totalmente inmovilizada. Aun así, disfrutaba de su contacto en cualquiera de sus formas, y no quería moverse para no despertarlo.

Se estaba acalambrando, pero podía soportarlo con tal de no... No fue necesario; un terrible trueno los hizo saltar a ambos de tal forma que la hamaca se dio vuelta y terminaron en el suelo.

—¿Qué pasó? —dijo Renzo asustado, y la cara que puso hizo que Victoria soltara una carcajada. El pobre no entendía nada. Segundos antes descansaba sobre el cuerpo de su mujer, envuelto en el perfecto capullo en que se había convertido la hamaca colgante, y de pronto se encontró en el suelo junto a ella.

—Bienvenido al mundo, dormilón. Te asustaste por un trueno y acá estoy con un traumatismo de cráneo por tu culpa.

Ni bien escuchó eso, su mano voló a la cabeza de Victoria para revisarla.

—¿Dónde fue, Vic? ¿Acá? ¿Te duele? —preguntó alarmado.

Ella no paraba de reír.

—Ay, Dios. Te lo creíste. Sos tan inocente, mi amor.

Pero al parecer, “el inocente” no lo era tanto, porque se situó encima de ella más rápido que uno de los relámpagos que cruzaban la noche en ese instante. Le tomó las manos y las situó por encima de la cabeza, inmovilizándola.

—¿Aprovechándote de mi nobleza? La venganza será dura, muy dura...

La lluvia salvó a Victoria de esa venganza, aunque no estaba muy claro si ella quería esa salvación, a juzgar por cómo se movió contra él.

—Uy, mirá cómo llueve.

—No es solo lluvia, Vic. ¡Es granizo! Increíble, igual que hace un año... —murmuró Renzo asombrado. Pero le duró poco el asombro, porque ni bien dijo eso, pasaron por delante de sus ojos como una exhalación los dos perros, Juan Carlos y Moro. El ruido del granizo sobre las chapas del techo debió asustarlos.

—¡Renzo! Andá a buscarlos, porque si no se van a revolcar en el barro y luego dejarán la alfombra hecha un desastre —ordenó Victoria.

Él se puso de pie de un salto, y se apresuró a obedecerla. ¡Todo fuera por la alfombra! Pero los perros no tenían intenciones de entrar. Cuando Renzo lograba atrapar a uno e iba por el otro, el primero se le escapaba.

—¡Carajo! —exclamó mientras las pequeñas piedritas le golpeaban el rostro—. ¡Victoria! Si no venís y me ayudás renuncio, y ya podés ir olvidándote de la maldita alfombra. ¡Y también de la cazuela de mariscos!

De mala gana ella se acercó para asistirlo, pero los animales eran demasiado escurridizos y giraban en torno a ellos ladrando y a los saltos. Realmente los estaban mareando.

Victoria desistió enseguida, pero permaneció bajo la lluvia riendo como una niña y mirando como Renzo se desvivía por atraparlos, pero eran inútiles sus esfuerzos, pues Juan Carlos y Moro continuaban como si nada, haciendo de las suyas.

Entonces ella también hizo de las suyas. Recogió un par de guijarros de hielo y en un hábil movimiento los introdujo dentro del pantalón de Renzo.

—¡Mierdaaaa...! —gritó él mientras parecía estar practicando una extraña danza para liberarse del granizo que se derretía en sus partes íntimas mientras ella se moría de la risa—. ¡Victoria me querés matar vos a mí ahora!

—¡Ay, sí! Te quiero matar pero de amor... Te adoro, Renzo —le dijo acercándose con esa mirada de gata que a él lo trastornaba por completo.

Él dejó de bailar. Esa forma que Victoria tenía de observarlo lo desarmaba por completo, lo llenaba de deseo.

—Sería un placer morir así. Entre tus piernas valdría la pena —murmuró, al igual que lo había hecho un rato antes.

—Yo ya me estoy muriendo, pero de hambre —replicó Victoria repitiendo también la conversación, pero esta vez a un centímetro de su boca—. ¿Y mis mejillones con arroz para cuándo?

—Cazuela de mariscos —corrigió él mordiéndole levemente el labio inferior mientras ella se derretía al igual que el granizo en el césped—. Te va a gustar tanto que vas a pedir más.

—Siempre pido más—susurró Victoria, completamente seducida por el encanto de ese hombre al que amaba por encima de todo.

—Y yo siempre voy a darte más, mi amor. Siempre.

El beso fue inevitable.

Y la lluvia, el viento y el granizo fueron el marco perfecto para completar el círculo que se había iniciado un año atrás, en ese mismo lugar. ¿Era posible pedir más? La fuerza de la naturaleza junto a la fuerza del amor.

“El Granizo” sería el paréntesis que jamás se cerraría, y marcaría el inicio de la mejor etapa en su felicidad

Un lazo rosa para...

Para Mage y Lila que zafaron, para Angie y Maricarmen que se fueron, para Susana que no solo zafó sino que la vida luego le regaló un Renzo y la compensó con creces.

Para Raquel, Ángela y Sammy que la están padeciendo y van ganando una a una sus batallas con una sonrisa en el rostro y un pañuelo en la cabeza. Continúen así, jugando a ser piratas mientras su cuerpo sana y su alma se fortalece.

Y para Clarita Berenbau, emblema de la valentía y la belleza. Cuando eligió alejarse del “¿por qué?” y se enfocó en el “¿para qué?” llevó su lucha a los medios y nos enseñó a *vivir con él*.

La dicha de ser mujer a veces duele, y ninguna está libre de nada. Apoyémonos una en la otra, y difundamos la prevención a través de las redes sociales.

Nuestro primer amor debe ser nuestro cuerpo, y cuidarlo depende de nosotras.

Mariel

Nota: Me he tomado las licencias que me otorga la ficción en todo lo relacionado al tratamiento del cáncer de mama. Por ese motivo quiero aclarar que poco de lo que aquí se menciona sobre el tema tiene rigor científico, sino que es producto de mi imaginación, es posible que sea inexacto, y puede no corresponder con la realidad.

Agradecimientos:

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[EPÍLOGO](#)

[Un lazo rosa para...](#)



Foto: Pablo Rivara

Mariel Ruggieri ha irrumpido en el mundo de las letras de forma abrupta y sorprendente. Lectora precoz y escritora tardía, en 2010 publicó su primer libro, "Crónicas ováricas", una recopilación en tono humorístico de relatos relacionados con las mujeres y su sexualidad. Su primera novela, "Por esa boca", nació como un experimento de blog que poco a poco fue captando el interés de lectoras del género romántico erótico, transformándose en un éxito al difundirse en forma casi viral por las redes sociales. Fue publicada en papel en la República Argentina en mayo de 2013. En enero de 2014 lanzó su primer título con Editorial Planeta, "Entrégate", su proyecto más amado.

Actualmente reside en Montevideo junto a su esposo y su hijo, trabaja en un banco y estudia para obtener una licenciatura en Psicología. Encontrarás más información sobre Mariel y su obra en: www.facebook.com/MarielRuggieri.

Otros títulos de la autora: "Morir por esa boca", "Todo por esa boca", "La Fiera", "Cuidarte el alma", "Tatuada en mi alma", "Paulina, cuerpo y alma", "Corazones en la arena", "Atrévete", "La Tentación" y "Nada Prohibido"

No te pierdas más títulos de la autora, disponibles en Amazon©:

